

Carolina de Osorio

ALEJANDRO LOPEZ I. C.

*PROBLEMAS
COLOMBIANOS*

EDITORIAL PARIS-AMERICA

Paris -- 14-16, Boulevard Poissonnière — 1927

Para la noble esposa
de mi inolvidable
benefactor y padrino
General.

Pedro N. Ospina
su amigo.

q. d. d. n. b.

V. Lopez

Londres - Agosto - 1927

DEL MISMO AUTOR

En preparación:

El trabajo y su organización

ALEJANDRO LOPEZ I. C

PROBLEMAS COLOMBIANOS

EDITORIAL PARIS-AMERICA

14-16, Boulevard Poissonnière

PARIS

—
1927

F A E S

Biblioteca

QUEDA HECHO EL DEPOSITO QUE MARCA LA LEY

Copyright by Alejandro Lopez I.C. 1927

COMENTARIOS

Parte del presente estudio fué escrito con el propósito de contribuir a la tarea emprendida por la «Liga Patriótica por Antioquia y por Colombia», en su empeño de encauzar e impulsar el progreso de Antioquia, en estricta coordinación con los intereses nacionales. De ahí que algunos de estos ensayos se refieran especialmente a esa sección del País; sin embargo, si hoy fuera a rehacerlos para considerar esos temas desde un punto de vista menos regional, seguramente no haría cambios muy sustanciales. En primer lugar, porque es más exacto y acorde con la sinceridad científica emplear en la investigación observaciones y conocimientos propios o comprobados personalmente; fuera de que conviene evitar la vaguedad que introduciría el promediar datos y observaciones relativos a regiones tan heterogéneas como lo son las que integran el todo colombiano.

En segundo lugar, algunos de los temas estudiados adquieren en Antioquia una intensidad que permite analizarlos mejor, así como los metales

que contienen las plantas son más dosificables en las partes en que se encuentran concentrados. Antioquia no tiene problemas que no sean comunes a toda la nación, y lo que ocurre en mi tierra pasa en todo el País. Respecto a colonización y posesión de las tierras, puede decirse que cada región habitada hoy, fué conquistada a la selva venciendo los mismos obstáculos naturales y las mismas resistencias humanas, en el lento curso de las centurias. El pueblo de Antioquia ha mostrado, sin embargo, tal vigor, audacia y energía en dominar su propio territorio, y aún el vecino, que quien quiera estudiar los fenómenos agrarios en Colombia hallará en aquel Departamento su mejor campo de estudio.

El pueblo antioqueño venció más rápidamente las resistencias y, por lo mismo, las puso más de relieve. Otros se han ocupado en cantar la heroicidad de esas aventuras, y justo es que surja alguien que estudie las fuerzas que se hallaron en acción y que cedieron al empuje aventurero.

Pero ese pueblo es, además de aventurero, jugador, y el espíritu de juego con que trabajó sus minas lo ha llevado a todo otro campo industrial y especialmente al comercio, y juega con las deudas con tanta audacia como la que muestra en la simple aventura. Ofrece el crédito y lo acepta como recurso corriente de trabajo, dando así pábulo a su tremenda actividad, y emplea el fiado como medio de derrotar la competencia; esa es su táctica comercial. Claro está que los fiados y préstamos son recursos muy socorridos en las finan-

zas privadas y las públicas en toda Colombia, y aún en toda la América Latina; sin embargo, el investigador hallará en Antioquia más acentuadas las manifestaciones y consecuencias de ese que no vacilo en llamar detestable y peligroso recurso, y aún se sorprendería de que pueblo de tanto sentido práctico lo haya incorporado entre sus métodos corrientes de trabajo.

La publicación de estos ensayos, escritos, lo repito, para hacerlos circular privadamente, obedece a la inquietud que siento al ver tratados problemas por demás graves de manera casi opuesta a mis conclusiones. Hace un cuarto de siglo que vengo empleando todo exceso de energía en investigar, estudiar y meditar los problemas que hoy planteo en este libro, y algunos más, abarcándolos desde el punto de vista del trabajo, que es mi afición favorita, y que, como tema abstracto, he de tratar en otra obrilla. He procurado relacionar unos problemas con otros en busca de soluciones generales y comunes a todos ellos, de analogías reveladoras de causas que por igual los afecten, y en averiguación de fuerzas o errores doctrinarios que puedan estar refrenando nuestro progreso. Si es verdad, como parece, que «a todas nuestras faltas en la vida las liga una cadena misteriosa», debe de haber en la vida de los pueblos causas que retarden su progreso normal, o materiales flojos que haya que estar reemplazando en la estructura, o erradas doctrinas entre las que regulen la acción, todo lo cual bajaría el coeficiente de acierto y, en nuestro caso, anula ciertamente buena parte del

ingente esfuerzo de las huestes productoras de nuestro País. Sigo con el mayor interés ese esfuerzo productor, y no puedo menos de admirarlo, aplaudirlo y compadecerlo; lo primero, porque es él lo que da a Colombia ese enorme poder de recuperación que la ha permitido rehacerse tras de cada catástrofe y surgir de nuevo potente y vencedora; lo último, porque mis estudios me llevan a la conclusión de que si ese esfuerzo estuviese mejor dirigido, podría ser nuestra Patria un país de los más respetables, económica, moral e intelectualmente hablando. Mi conclusión general es, pues, que nuestra fuerza directiva es deficiente; una verdad que dicha al oído de mis amigos sería una insinuación, y que publicada asume aires de reproche.

La solución de nuestros problemas depende, ante todo, de la acción directiva de las clases influyentes; las fuerzas productoras están bien dispuestas como sinergías; las directivas son divergentes e incoherentes, y el porvenir sería nuestro si lográsemos su convergencia al fin colectivo.

Lo importante es llegar a un acertado diagnóstico de las fuerzas retardatarias de nuestro progreso, y localizarlas de modo tan concreto e inconfundible, que las soluciones se insinúen como ideas-fuerzas. Me he propuesto determinar, como dijera prestando su vocabulario al cálculo infinitesimal, los diferenciales que, integrados, den el todo que anhelamos; y en lenguaje de bacteriología, aislar y colorar los parásitos microscópicos que debilitan el organismo nacional y disminuyen su eficacia.

Creo ver una causa general de perturbación en la carencia de valores de inversión que inspiren plena confianza, y eso disloca toda la actividad nacional; se ven más claros sus efectos en el papel que se le ha asignado a nuestra propiedad territorial, que es hoy el principal medio de invertir dineros en función reproductora. Esto desorganiza y trastorna todas las funciones nacionales y esteriliza esfuerzos. Dicho papel, emitido por el Estado, asumiría de hecho aquella función, fuera de que sería el instrumento legítimo del ahorro. Ese papel obraría hoy en el organismo nacional como los jugos pancreáticos, cuya deficiencia afecta todas las otras funciones.

Otro de los graves males que apunto es la dispersión mental, la cultura mental extensiva, cuya mejor manifestación, para los efectos estudiados, es la multiplicidad de los oficios en que se ocupa simultáneamente cada individuo. No se falta impunemente al principio de la división del trabajo, y menos aún a la de categoría más elemental que es la de los oficios, ya practicada en el mundo hace unos tres mil años; y aunque el suscrito está lejos de aconsejar el fraccionamiento de los trabajos, con la consiguiente especialización del hombre, se atreve a aconsejar la conveniencia de que cada cual se concentre en un solo trabajo. La multiplicidad de ocupaciones seguramente fué condición indispensable de nuestra adaptación, hasta bien entrado el siglo pasado; hoy es un freno que estorba el avance, no vacilo en afirmarlo.

Como todos los problemas se relacionan entre sí y el efecto del uno es causa de perturbaciones en el otro, la falta de papeles de inversión lleva a la multiplicidad de oficios, en que incurre quien inicia un trabajo con las utilidades derivadas de otro; cuando lo racional sería confiar a un empresario, de preferencia al Estado, el empleo reproductivo del dinero.

No estoy por la exagerada especialización que se practica y exige en Inglaterra y Alemania, y que anquilosa el poder de readaptarse a todo cambio de trabajo; pero es muy discutible la audacia o el valor de quien desdeña saber algo en profundidad y prefiere dispersarse en varias ocupaciones, o en varios intereses mentales; lo raro, lo increíble, es que haya empresario que dé empleo a quien presume saber «de todo un poco». Concentrarse en algo, hacerse excepcionalmente capaz en algo es, ante todo, un acto de fe; dado el adelanto de Colombia en otros órdenes de ideas, debe de ser, además, un buen negocio y una real ventaja; dudarle sería afirmar nuestro atraso.

Esto es lo que llamo un elemento diferencial de progreso: Haga cada colombiano el pequeño sacrificio de concretarse a una sola actividad, y la integración será de proyecciones gigantescas.

Otro de los elementos diferenciales hallados en esta investigación, y expresado en términos positivos, tendería a curar el morbo de las deudas, que son un elemento de continua inseguridad respecto al resultado del esfuerzo. Ensaye cada cual a retener el dinero sin que le queme las manos,

y tras poco esfuerzo hallará fácil y ventajoso no trabajar sino con recursos propios. Dada la pujanza económica actual del País, ya debe de existir suficiente capital circulante para que pueda prescindirse de fiados y préstamos; contraerlos es consecuencia de un hábito que merma el carácter y disminuye la eficiencia general; y convertido en costumbre, como está hoy, sistematizado y elevado a la categoría de método indiscutible, es, en mi opinión, una de las mayores causas de perturbación de toda la función nutritiva de nuestra sociedad.

Otra de las cuestiones que apenas he tratado de modo superficial y de paso, pero que impregna todos los problemas nacionales, es la necesidad de obtener mayor productividad del trabajo; es en este campo donde el empirismo y la creencia en masa están desperdiciando más energía colectiva y sembrando causas de inquietud para el futuro. Cúpome la honra de ocupar puesto de avanzada en esta lucha, hace ya veinte años, sembrando doctrinas, enseñanzas y ejemplos, como en certera previsión de las dificultades actuales. El espacio es pequeño para bosquejar siquiera el asunto; básteme agregar ahora esta afirmación: ese es el único campo en que Colombia debe preocuparse por asimilar «los últimos adelantos de la ciencia»; y esta pregunta inquietante: ¿Estaremos todos los colombianos enterados de que existe una ciencia del trabajo y de su organización?

Son estos, y otros de menor importancia, los requisitos que condicionan nuestra prosperidad.

Todo ello converge y se resume en el problema de la educación, siempre que se incluya en esta denominación la reeducación de sí mismo, que ha de elaborar todo individuo en busca de su propia personalidad. Queda faltando, realmente, tratar ese magno problema y formular las realizaciones que la ciencia del trabajo reclama de la docente. ¿No ve el lector la íntima relación entre ellas? Claro que sí, como que la Escuela ha de darnos plena conciencia de nuestras necesidades, como base fundamental de su enseñanza y de su acción, que es de ennoblecer las necesidades y clasificarlas, con prelación del futuro respecto al presente, subordinación de lo material a lo espiritual, y de los fines próximos a los remotos. Paralelamente enseña la manera y modo de satisfacerlas bella y noblemente, con medios que sólo el trabajo alcanza. De ahí la interacción e intercambio de normas entre la Escuela y el trabajo, entre el trabajo y la Escuela, puesto que ésta prepara para el trabajo, y éste es la escuela en que se efectúa la reeducación.

Me atrevo a sugerir que este método de concretar objetivos definidos, y que formarían otros tantos centros de interés, es el camino de allanar nuestras dificultades de diverso orden. Menos estéril que la constante incriminación al Gobierno porque no hace la felicidad de los pueblos, como decían antes, sería fijarle y reclamarle objetivos concretos. La organización del crédito interno, por ejemplo, sería un objetivo generador de virtudes y dinamismos incalculables; un gobierno

capaz de emitir, colocar y sostener valorizados sus bonos, y de emplear ese capital de manera que cada peso quede representado siquiera por ochenta centavos en las obras públicas, tendría que poner en juego virtudes y capacidades que proyectarían su benéfica influencia sobre las demás funciones gubernativas, y aún sobre las del ciudadano.

Otro de esos centros de interés podría ser éste: lograr más tranquilidad y menos inseguridad para la persona y bienes del campesino. Y aún este otro: que el hombre no haga las veces de animal o vehículo de transporte. Recuerdo que al primer contacto con la civilización Norteamericana se me escapó esta exclamación, hace ya veinte años: «¡Aquí nadie carga!» Cosas bien sencillas al parecer, y bien difíciles de lograr; ideales grandiosos, dentro de su aparente humildad, y ante los cuales nuestras luchas políticas o filosóficas resultan minúsculas, vanidad de vanidades; por lograrlo bien valdría la pena de posponer muchas exigencias, de subordinar a ello muchos intereses, y de darles prelación sobre tantas otras realizaciones que solemos reclamar como imperativas, y que vendrán por añadidura.

*
* *

Importa mucho que hallemos pronto nuestras verdades. Sólo la verdad, y la sinceridad que consiste en conformar a ella nuestras acciones, pueden librarnos del desarreglo mental y del desconcierto en las ideas que, desgastando nuestro valor

y aumentando la desconfianza en nuestras propias fuerzas, preparan el terreno propicio a las epidemias morales. Sólo esta convicción excusa mi osadía al presentar en forma de postulados ciertas conclusiones de mi estudio, postulados que enuncio en seguida, por si fueren de alguna utilidad al lector que se aventure a leer las páginas que siguen.

Uno de los aspectos del progreso consiste en dar extrema movilidad a los productos y materias (Problemas de transportes). Mientras no se realice ampliamente esta condición, muchos principios importados del extranjero han de emplearse con precaución, como por ejemplo, la regla de la oferta y la demanda, o el principio de que el alza general del costo de la vida revela inflación monetaria.

Otro de los aspectos del progreso es estabilizar la población (Problemas agrarios). Si esto es verdad, todo lo que tienda a provocar la movilidad de la población, o siquiera contraríe su fijación en el suelo, es erróneo. Indudablemente hubo una época en que la humanidad se movía en busca del producto alimenticio, como los ganados; posteriormente las gentes se movían en pos del trabajo que les permitiese pagar los gastos de subsistencia; la verdadera civilización aporta trabajo y subsistencias a una población radicada en su suelo.

Uno de los más bellos aspectos de la libertad es el de concederle a cada cual la de realizar los más amplios resultados de su esfuerzo (Problema de los salarios). Es la libertad que redime al hombre cautivo de sus necesidades y crea condicio-

nes de bienestar universal, por estar asociada a la justicia y satisfacer el más fundamental de los móviles del trabajo.

La vieja lucha entre la ciencia y el empirismo se localiza en los pueblos jóvenes en el esfuerzo del vulgo por mantener los problemas a su alcance. El progreso en ese orden de ideas consiste en hacer crecer las fuerzas en acción, de manera que queden fuera del alcance del vulgo y asuman proporciones en que el experto predomine. Bastarían unos pocos ejemplos para hacer resaltar la evidencia de este postulado. El vulgo traza y construye veredas y caminos de herradura, pero no ferrocarriles ni carreteras. Construye casas, mas se retira donosamente ante la obra monumental. Brega por conservar la agricultura extensiva, y se opone a aceptar situaciones que requieran la intervención del experto agrónomo. La dictadura tropical se hace imposible al complicarse los problemas sociales; y la prensa cae en manos del experto, cuando los pueblos se cansan de doctrinarismos y prefieren las cuestiones realmente políticas tratadas desde el punto de vista económico, o las económicas tratadas con un criterio político.

*
* *

La guerra civil de 1900 y su apéndice internacional de 1903 ocasionaron el hondo quebranto y el choque externo que había de prepararnos para grandes transformaciones. En este período de paz, que pronto completará un cuarto de siglo, la Na-

ción reflexiona, se reeduca y vacila con las dudas que preceden a todo conocimiento sólidamente adquirido y a toda revaluación de conceptos. Al amor de la paz y de la prosperidad económica que ha tanto tiempo esperábamos, la opinión va adquiriendo un mejor sentido de las proporciones, más exacta noción de sus necesidades y anhelos, y de la prelación en el empleo de los medios para satisfacerlos; subordina mejor lo pasajero y accesorio a lo trascendental, y cansado de doctrinismos que embargaron su atención por espacio de cien años, se entrega de lleno a completar su estructura material, como camino que conduce más o menos directamente al *standard* de dignidad, decoro y respetabilidad, confiando en que el impulso netamente espiritual que traía ha de preservarle el idealismo característico de nuestra raza, puesto que el empleo de métodos y procedimientos angloamericanos en el trabajo no es incompatible con la gentil idealidad latinoamericana, que seguirá obrando como fermento de las transformaciones imprevistas que el nuevo continente reserva al mundo.

No sería aventurado afirmar que hoy la aceleración de nuestro progreso será proporcional a la capacidad de las clases directivas para asumir realmente sus responsabilidades y readaptarse a nuevas condiciones; ese poder de readaptación tiene que manifestarse, ante todo, en sus dos órganos principales de acción, el Parlamento y la Prensa, instituciones que, por estatuto, tanto como por la independencia de que han de disfrutar, cuentan

entre sus funciones la de realizar su propia mejora y reforma, más delicada, compleja y difícil que la de dictar normas o la de asumir la tutoría y curaduría de las masas.

Estéril sería la persistencia en exigir del Poder Ejecutivo el esfuerzo de dirección cuya deficiencia vengo anotando; eso se justificaba tal vez en los tiempos en que se pugnaba y se moría por el triunfo de doctrinas filosóficas, y cuando aún subsistían los gobiernos más o menos irregulares que nos dominaron antes del Centenario. Justo motivo de orgullo es poder considerar hoy a nuestro Ejecutivo como una simple porción representativa de la clase influyente, sumiso a la ley, normas y objetivos que éstas le marquen; como un organismo sensible a la opinión predominante o que logre predominar y, por lo mismo, ansioso de acertar en la solución de los problemas que la prosperidad va suscitando, y de vitalizar los engendros que los otros poderes le van creando.

Londres, Marzo de 1927.

LA CUESTION AGRARIA

Si territorio y población son los elementos de toda sociología, los esfuerzos del pueblo por poseer el territorio, el concepto del hombre sobre su posesión, y las consiguientes disposiciones legales impuestas o admitidas en el juego de la democracia, son fenómenos tan trascendentales en la vida de un pueblo, que toda otra cuestión resulta secundaria y casi derivada de la anterior; mucho más en tratándose de una raza tan ávida de la posesión de la tierra, como lo es la antioqueña.

Esto nos permitirá a la vez deslindar y caracterizar los dos períodos en que me tomo la libertad de dividir nuestra peregrinación en el tiempo, el uno de adaptación preliminar en la época colonial, y el otro de adaptación definitiva y de expansión. Este último queda comprendido entre la obra de Mon y Velarde y el Centenario de nuestra independencia de España, pues la labor administrativa de ese Oidor fué tan trascendental y oportuna, que puede considerarse como el prólogo del esfuerzo con que Antioquia había de contribuir treinta años después a la formación de nuestra

nacionalidad. Basta comparar el carácter y estado de ese pueblo de montañeses en 1782, con las extraordinarias cualidades y capacidades de todo género que ellos desplegaron de 1812 en adelante.

«Esta Provincia por su despoblación, miseria y falta de cultura, sólo era de compararse con las del Africa», informaban al Virrey los Oficiales reales en 1783; y el mismo Mon y Velarde escribía por entonces: «Es necesario conocer la índole de estos habitantes y el idiotismo y preocupaciones de que se hallan todos poseídos; pues en este, como en los demás puntos que pueden adoptarse para la felicidad de esta Provincia, es preciso luchar contra la ignorancia y total falta de instrucción que se observan en todas estas gentes, aún en aquellas que debieran ser más cultas».

Y esto lo decía «el Magistrado que regeneró sus costumbres (de la provincia de Antioquia) y su administración y trazó el camino que han seguido casi todos sus gobernantes», según dice Don Tulio Ospina en el excelente opúsculo publicado en 1900 y que debería reimprimirse y distribuirse ampliamente. Ese es el comentario que le mereció al Oidor el pueblo que figuró más tarde entre los de vanguardia en el progreso patrio, y que en esa década a que él se refiere contaba entre sus chichuelos a Del Corral, Restrepo, Girardot, Zea; a la multitud de héroes ignorados de nuestra guerra de independencia, y a mujeres que honrarían la historia de cualquier pueblo, como Pascuala Muñoz y Simona Duque.

Los datos anteriores, parecen, pues, justificar

la siguiente interpretación: entre las dos líneas rectas con que puede representarse la trayectoria de la vida de Antioquia, una de la época en que fué colonia de España, y la otra como parte de la nación colombiana y que abarca casi todo el siglo XIX, media una curva de evolución cuyos puntos de tangencia los marcan dos personalidades de gran talla, Mon y Velarde y el Dictador Del Corral. De ahí que al estudiar el problema agrario de Antioquia, como el más típico de la conquista del suelo colombiano por su población, me vea obligado a reconstituir e interpretar la obra del primero, en cuando ésta pudo afectar la propiedad y conquista del suelo por esa población.

*
**

Bien sabido es que al llegar el Oidor a Antioquia sólo existían como poblaciones no mineras Antioquia, Rionegro, Marinilla y Medellín. La primera fué por mucho tiempo el asiento de las autoridades civiles y eclesiásticas, y por lo mismo atraía la actividad como centro oficial; Rionegro y Marinilla por su suave clima eran, sin duda, centros preferidos por la raza blanca no mezclada, y Medellín, de más reciente fundación, era un término medio como clima, de suelo más benigno y feraz, y punto más central de todo el Departamento. Imagino que fué centro de reunión de una colonia de gentes de sangre más mezclada con la indígena, más mercaderes de profesión, y de costumbres sociales menos refinadas que las que se agrupaban en las selectas sociedades de An-

tioquia y Rionegro, cuyas distinguidas maneras sociales aún hoy se conservan. A Medellín, por el contrario, acudirían advenedizos enriquecidos en el trabajo de las minas, y muy especialmente los compradores de oro, que esperaban consolidar más fácilmente su predominio en una sociedad nueva, que en medio de la cracia ya establecida por las viejas familias españolas arraigadas en los centros mencionados.

Al llegar el Oidor a la Provincia hasta la minería se hallaba en plena decadencia, y de las famosas minas de Remedios sólo una se trabajaba con cuadrillas. Este estado se atribuía especialmente a las pésimas leyes, que daban facilidades extraordinarias para que algunas personas se apropiasen «vastos territorios minerales que no alcanzaban a trabajar». Otro tanto ocurría con la agricultura, y ya todos sabemos que los españoles al llegar a Colombia repartieron la posesión de la tierra a unos pocos influyentes, que obraban en calidad de amos, y que fué lo que dió pié a nuestros bisabuelos para lanzarse en la lucha por su independencia. La tradición, y quizás también las crónicas, nos cuentan que cada uno de los pocos colonizadores de esta Provincia poseía tierras que comprendían extensiones que hoy serían grandes para un término municipal; de manera que, excluyendo a los indígenas independientes, a los empleados públicos y a los negociantes (entre los cuales se debería contar el siempre floreciente gremio de los compradores de oro), la población se componía de unos pocos poseedores de

la riqueza territorial y mineral, y de una masa compuesta de lo que la Economía Política del Siglo XIX se empeñó en llamar en abstracto *mano de obra*.

En estas lamentables condiciones vegetó la colonia durante tres siglos, hasta la llegada del Oidor. De los buscadores de oro fácil, unos habían ganado en el juego, y volvieron a la madre Patria con buenos puñados de precioso metal, digo si en el camino no cayeron en poder del bucanero inglés; otros adquirieron la propiedad de grandes áreas consideradas metalíferas, que trabajaban en mínima parte, hasta donde encontraban trabajadores asalariados o esclavos; unos cuantos inmovilizaron en el suelo, en edificios y trabajos agrícolas, las ganancias del oro; los más, los desposeídos de pertenencias mineras o territoriales, o bien salían a trabajar furtivamente pertenencias mineras ajenas, o se resignaban a servir de mano de obra, o se entregaban a la «desidia y abandono», de que nos habla el Oidor.

Creo del caso copiar íntegros los párrafos pertinentes de uno de los informes de éste y que pintan bien la situación: «Si el procurar la buena educación de los antioqueños dentro de sus mismas casas presentaba tantos obstáculos ¿cuántos no se ofrecerían para excitar su desidia y abandono, a fin de que en los montes incultos y des poblados procurasen su sustento a costa de fatigas, de sudor y trabajo? De aquí se podría inferir que si las nuevas colonias han sido la redención

de Antioquia, el conseguir su establecimiento fué obra superior a mis débiles fuerzas..

«Que gentes bizarras y amantes de su gloria atraídas de la novedad y de la esperanza de mejorar de fortuna, dejasen su domicilio abandonándose en brazos de la suerte, nada tendría de nuevo y de particular; pero que unos hombres sin costumbre de ello y bien hallados con su pobreza y desdicha, adormecidos en el regazo de la ociosidad, criados en un país donde todo se ejecuta por imitación y donde se desprecia cuanto tiene visos de novedad, hayan querido hacer casas, arrasar montes, experimentar nuevos climas, y vivir, en fin, como los más industriosos, es empresa que aun después de realizada la miro como fabulosa.

«Sólo pudo haberla facilitado la viva impresión que por todos los términos les hice concebir, desde los más grandes hasta los más pequeños, de que todos habíamos nacido para el trabajo, y que había que mirar como delincuente en la sociedad humana al que era inútil a su patria y no empleaba sus fuerzas y talentos en procurarse por sí mismo la subsistencia... Felizmente inspirada esta idea entre aquellos habitantes, despertaron de su letargo; y como quien vuelve de un profundo sueño, empezaron a pretender terrenos para fundar sus nuevas poblaciones.»

*
* *

Las grandes reformas que introdujo el Oidor pueden clasificarse en dos grandes grupos: de un lado, la reforma política, administrativa y fiscal,

Si los blancos más influyentes de esa época se apropiaban fácilmente vastos territorios minerales, no lo harían menos con las tierras, en vía de establecer la aristocracia territorial, método de organización social muy español, muy de esos siglos, muy adecuado para sostener el poder español, pero destinado a fracasar totalmente en América.

Supongo que ya hoy nadie creerá que nuestros próceres se lanzaron en la rebeldía contra España solamente por un delirio romántico de libertad política, de orden meramente mental, y entiendo que nuestro pliego de cargos comenzaba por dos gruesos renglones de orden económico: la distribución de las tierras en forma de encomiendas como féudos territoriales, y las exacciones tributarias. De éstas nos habló muy extensamente la oratoria lírica que surgió a mediados del siglo XIX, cuando eran moda en los discursos callejeros las deprecaciones contra España; ya hoy quedan pocos recuerdos de los nombres que daban los chapetones a sus impuestos, pero encuentro casualmente una lista en el librito de Don Tulio: «De los pechos, tributos y alcabalas, diezmos, quintos y novenos, derechos de fundición, de bulas y de indultos, monopolios, zizas y averías, con que se gravaba inconsideradamente a las personas y a cuanto se importaba, producía o consumía la Provincia, nada se gastaba en beneficio de ésta.» En lo que no parece haber sido muy abundante la literatura política del año 40 es en lo de los féudos territoriales, ni parece (que yo sepa) que la independencia política nos hubiese dado un impulso en la extirpación del feudalismo territorial.

Sin pretender restarles mérito a otros puntos de la reforma fundamental llevada al cabo por el Oidor, especialmente en el orden administrativo, político y fiscal, ni al impulso que en todo sentido dió a la Provincia este vigoroso carácter, tengo para mí que lo verdaderamente sustancial y nuevo de la reforma debió de ser el fraccionamiento de la propiedad del suelo y del subsuelo; no solamente debió de acabar con la «facilidad con que algunas personas se apropiaban vastos territorios minerales» y agrícolas, agrego, sino que indudablemente revisó el *status* y lo modificó. Nadie puede creer hoy que fuese únicamente por «desidia y abandono» por lo que no se establecían colonias agrícolas, ni se fundaban nuevas poblaciones; y cualquiera se resiste a creer que los fabulosos resultados de que se precia el Oidor se hayan obtenido con una simple orden de establecer colonias agrícolas y de fundar ciudades. La fundación de un nuevo poblado es fenómeno algo más complejo que un simple mandato. Tan grandes efectos no pueden atribuirse racionalmente a causas tan triviales. Lo que pasó, indudablemente, fué que el Oidor autorizó la ocupación y posesión consiguiente de tierras ya asignadas por las corrompidas autoridades que le precedieron.

El estado de aniquilamiento a que había llegado la Provincia se comprende fácilmente. Unos pocos se habían hecho titular la propiedad del suelo y de los criaderos auríferos, y pretendían derivar de esa posesión nominal tributos para el Rey y para ellos, por medio del trabajo esclavo

de los indios y africanos, y del trabajo alquilado. Acabaron con los indígenas; los africanos eran pocos y su trabajo antieconómico. Los colonos restantes rehusaban trabajar alquilados como esclavos, prefiriendo volver al estado del salvajismo, fenómeno que aún se observa hoy; los señores feudales languidecían en consecuencia, y el resultado era como una huelga general. El español pobre y sin influencias y el mestizo rehusaban trabajar otros campos que los propios, o edificar sus casas en campo ajeno, lo que hoy también se observa. El Oidor llegó a la Provincia, organizó la vida social, principiando por la oficial, y puso a todo el mundo a trabajar, indudablemente repartiendo mejor la propiedad en que se ejercitaban entonces las actividades, la minera y la agrícola. Fué, o debió de ser, una verdadera reforma agraria.

Creo conveniente anticiparme a una objeción que veo venir: ¿cómo podrían faltar tierras a los deseosos de cultivarlas, aún entonces, cuando hoy mismo abundan, y si algo sobra en Colombia es tierra y monte?

Es preciso entendernos previamente sobre el significado del concepto. Tierra es uno de los elementos de la producción, el único que es natural, y por medio del cual obtenemos a cambio de nuestra energía empleada, artículos que son objeto de demanda general, cual lo son los géneros agrícolas, por lo cual podemos cambiarlos por otros géneros o servicios variados, que vienen a satisfacer nuestra propia demanda. De que se deduce rec-

tamente que en cuanto no hay posibilidad de cambios, no hay tierras; a lo más podría llamarse aquello una área, pero no tierra en el concepto económico, que es lo que interesa. Eso pasa con las tierras desprovistas de caminos y, por consiguiente, de población que pueda efectuar cambios. Podemos admitir el tipo de nuestro padre Adán como una necesidad religiosa, y aún el de Robinson Crusoe como un hecho singular, pero sería absurdo suponer que un ser racional se metiese a la selva por el mero gusto de no encontrar quien le disputase esa área. Todos sabemos que la Patria no es el mapa, ni las millas cuadradas que contiene, sino un tejido de derechos y de deberes comunes a todos; y que uno de los deberes es el de las contribuciones de sangre y de dinero, con el correspondiente derecho a esperar algo de esas contribuciones, como es, por ejemplo, el derecho a la protección de las autoridades, y a usar de los caminos que se hacen con el objeto de establecer los intercambios, que dan valor a la obra del hombre. Sin cambios, sin caminos, sin demanda, nada vale el esfuerzo humano, siendo así que es ley económica fundamental que el hombre produce para satisfacer con sus productos las necesidades ajenas, a cambio de medios para satisfacer las propias; y siendo natural también este otro hecho: que las necesidades humanas tienen una rotación más corta que la de las cosechas. Si los hombres no pudieren ir en manadas, como los zahínos, y eso dejando establecida la comunicación con las otras manadas, el lugar a donde vayan en busca de

poseer la tierra podrá llamarse lo que se quiera, menos Patria; y se convendrá fácilmente conmigo en que dejar el poco de seguridad, de sociedad, de caminos, y por consiguiente, de posibilidades de intercambio; en suma, lo poco que el concepto de Patria ha permitido acumular en el proceso lento y angustioso de la civilización; dejar, repito, eso al goce de unos pocos para internarse en el monte, no lo hacen sino locos o santos. Aún suponiendo que esto fuese posible, y de ocurrencia probable, se plantearía a la Sociedad otro problema: si se van al monte los desprovistos de tierras, estos les quedarían haciendo falta a los señores feudales, aunque no fuera sino como clientela para comprarles sus productos, es decir, como demanda; y ya se sabe que lo que la doctrina de Jesús no ha logrado hacer en el mundo para hermanar a los hombres, lo está haciendo ahora la necesidad de conseguir demanda, como que esto es lo único que no ha podido inventar el inglés. A la tierra le da más valor la buena situación respecto al mercado, que la fertilidad. Naturalmente esta premisa la omitió el economista inglés, al darnos los principios de la Economía Política, porque en las Islas Británicas no hay tierras mal situadas.

Lo que debió de exigir la gente de la Provincia, 25 años antes del grito de la independencia, no era sino el derecho a poseer la tierra que cultivasen, así como el terreno en que armasen su rancho, con la sola condición de que esa tierra estuviese en algún modo ligada a los caminos del

tráfico, siquiera fuese a las veredas indígenas, ya que los Españoles no habían hecho un camino, a dicho de historiadores. Eso entiendo que lo lograron de Mon y Velarde, e inmediatamente entraron en una actividad que sorprendió al mismo Reformador; y así surgieron los campos verdegueantes en aquellas esterilidades. Consta también que el Reformador limitó las pertenencias mineras; y así como tras la reforma agraria surgieron las poblaciones que hoy son ciudades, el parcelamiento de la propiedad minera fué de un efecto sorprendente, como se verá enseguida.

*
**

La tesis o hipótesis que vengo sosteniendo, de que el punto fundamental de la reforma de Mon y Velarde fué el reparto de las tierras, tiene su mejor comprobación en los resultados que buscó y logró por el mismo medio en la industria que explota el subsuelo: la minería. Véase primero en que estado de prostración se hallaba esa industria en 1785.

«Remedios se hallaba en el último término de miseria y pobreza, pues apenas había un vecino honrado que pudiera contar con lo preciso para manutención y decencia», y sólo una de sus minas se trabajaba en cuadrilla; Zaragoza constaba de cuarenta y cinco ranchos, y sus pocos habitantes vivían dispersos por los montes; Cáceres sólo tenía treinta vecinos, de ellos cinco blancos, dice el Señor Ospina, poniendo entre comillas palabras del Teniente de Gobernador; y en otra

parte agrega «La minería, que se hallaba en la triste condición que hemos descrito, al extremo de no trabajarse ya ni una mina de veta y de no haber entre las de aluvión una siquiera capaz de producir \$ 2,000 anuales, recibió especiales cuidados de aquel ilustre magistrado» y observa que estos datos los toma del informe rendido por Mon y Velarde a la Comisión Botánica.

Los remedios que puso el Oidor para la reforma de la industria minera los describe así el Señor Ospina : «Dos grandes rémoras de la industria minera remediaron las nuevas Ordenanzas, elogiadas por Mutís y Delúyar a cuyo estudio las sometió la Real Audiencia: la facilidad con que algunas personas se apropiaban vastos territorios minerales que no alcanzaban a explotar; y el estar sometidos los asuntos de minas a las autoridades comunes, legas en la materia».

La minería resucitó al conjuro de la reforma del Oidor, pues con el oro de Antioquia se financió la guerra de Independencia, incluyendo la expedición que hicieron los próceres hasta el Alto Perú, y la compra de materiales de guerra para libertarnos, pues las otras secciones del País no producían mercadería de cambio en el extranjero. Antioquia daba entonces a Colombia, como lo siguió dando después, el elemento de cambio internacional. Según los cálculos de Don Vicente Restrepo, Antioquia produjo oro por valor de 10 millones de pesos en el siglo XVI; de 50 en el XVII; de 64 millones en el XVIII, y en 86 años del siglo XIX el doble de esta última can-

tidad. Agrega que la producción en el siglo XIX comenzó por \$ 1.160,000 anuales y quien esto leyere no dejará de sorprenderse de que a esta cantidad se hubiese llegado tan pronto, en cosa de 15 años.

Si tan palpable progreso se debió principalmente a la subdivisión de la propiedad del subsuelo, lógico es concluir que la prosperidad agrícola, que dejó al retirarse, la fundamentó en la subdivisión del suelo y reparto de tierras, a todo lo cual agregó la reforma administrativa implantada.

*
**

¿Por qué fueron las nuevas colonias agrícolas «la redención de Antioquia», como él mismo lo anotó desde entonces? El Oidor tuvo el acierto de comprender la psicología antioqueña, y de tomar medidas eficaces en consonancia. A mi modo de ver, la «desidia» y el «idiotismo» que dominaban en la Provincia, y de que él se quejaba, no eran estados permanentes, manifestaciones de una raza inferior, sino una medida de defensa colectiva en Antioquia y en toda Colombia. Los pocos que se habían apoderado de la tierra trataban de convertir al resto en «mano de obra»; ese resto se resistía a ello, al impulso de una altivez indomable y de un anhelo inextinguible de independencia personal; estaban dispuestos a volver al estado salvaje antes que ceder a trabajar tierras ajenas al jornal, antes que plantar su rancho en tierras de otro. Los propietarios, faltos por eso de «brazos en abundancia», también languide-

cían, quedando comprendidos en la denominación de idiotas y de desidiosos. Nunca manejará bien al antioqueño quien ignore su anhelo de independencia personal; en persecución de ese ideal innato, gravado en las masas, los veremos hacer locuras, proezas, sacrificios. El jornal es la consagración de la derrota, por unánime consenso, y se rehuye hasta donde es posible.

El mismo concepto de la dignidad personal, de amor a la independencia individual y de repugnancia por el trabajo estéril, tienen las masas de población de otros Departamentos, tachadas aun hoy de «desidia y abandono» como lo fueron a su debido tiempo las masas antioqueñas; les habrá faltado, a lo sumo, capacidad de recuperación, para reaccionar contra tantos elementos adversos como han tenido en el pasado, y que van desapareciendo poco a poco, a medida que la confraternidad colombiana se estrecha.

*
* *

Los problemas nacionales no pueden tratarse independientemente unos de los otros, y de ahí que tenga que hacer ciertas digresiones, contra mi voluntad y mi plan, a fin de tratar menos mal la materia principal de este escrito. De acuerdo con el Principio de Economía o Ley de Parsimonia, base fundamental de toda Economía, el hombre trata siempre de obtener el mayor resultado del empleo de su energía, de lo cual se desprende como corolario esta verdad que no siempre se tiene en cuenta: que para obtener un resultado

dado y fijo, se tratará de emplear el menor esfuerzo. Esto lo hacen patrones y obreros, y si en el trabajo no entraren en juego todos los móviles que llaman al hombre a la acción, no entrará *todo el hombre* en el trabajo, y éste se convierte en una lucha de codicias. Nuestro País se ha caracterizado siempre por la manera, cándida por lo elemental, con que se pretende manejar al obrero, fijando como resultado del esfuerzo de éste un jornal por tantas horas de asistencia; el obrero trata de ganar el jornal con el menor esfuerzo posible. Esto de un lado; del otro, se comprende bien que no hay trabajo más caro, y en consecuencia de un precio de costo mas alto, que el trabajo forzado, o esclavo; la esclavitud en el mundo vino a su término, en realidad, en cuanto apareció *el precio de costo*, al abrirse los mercados. De ahí que no sea extraño que la producción nacional resulte tan cara; pero no es eso lo que quiero mostrar ahora; lo que importa señalar es ese proceso de degradación involuntaria e inconsciente por el cual se conduce a la parte más débil de la sociedad, los obreros, por medio del salario fijado independientemente de todo resultado, salario de cuadrilla y manejo en cuadrilla, sin diferenciaciones individuales posibles. Ante este hecho, el obrero se defiende, no trabaja, abaja su *standard* de vida, vuelve a la vida salvaje, se echa en brazos del comunismo de hecho que constituye nuestra vida familiar (en que los productores sostienen, indiscriminadamente, a los no productores) y así nunca llegaremos a realizar un levantamiento general y uniforme del nivel. Es

claro que en este proceso se salvan los más esforzados o mejor dotados; pero es triste ver reinar condiciones tales, como si de un ejército estuvieran expuestos a ser degollados los que se retrasen en la marcha, o no puedan correr. En general, del estudio del trabajo, que he venido haciendo hace muchas décadas, saco la impresión de que el País es una máquina de hacer «mano de obra», de producir «brazos en abundancia». La principal resistencia seria a esta inconsciente coalición de fuerzas ha sido la altivez antioqueña y su raro amor por la independencia individual, dispuesto a todo sacrificio por lograrla.

*
* *

Tras madura reflexion y con verdadera pena me veo obligado a afirmar que son muy escasos los esfuerzos de las clases dirigentes en el sentido de realzar y cultivar esa admirable independencia individual. Aunque de Antioquia salió hace unos años el movimiento contra el deprimente y anti-económico jornal fijo e independiente del resultado, es de temerse que se pasen aún muchos años sin que los métodos de remunerar el trabajo logren llegar al ideal de «salarios altos para obtener precios de costo bajos», y que tanto ha realizado en favor de la independencia y holgura del individuo, en los Estados Unidos. Seguirán por muchos años nuestros *agricultores*, quiero decir, propietarios agrícolas, clamando por la «abundancia de brazos» (para que sean baratos los brazos, aunque no los precios de producción), sin que se

deje oír el tímido zuzurro de los que pedimos «manejo eficiente», «abundancia de dirección».

Ni siquiera podríamos registrar algún esfuerzo serio en el sentido de fomentar o crear industrias caseras, e industrias a domicilio. La higiene moderna, por el contrario, aunada con el fabriquismo, van dando al traste con las pocas industrias caseras que poseían nuestras gentes y que les proporcionaban alguna independencia. Se va volviendo un crimen la vaca de leche casera, el puerco cebado con los desperdicios del hogar; ya ni se tolera la tenencia del perro que hace de guardián para cuidar lo que no cuida el policía: la fábrica de cigarros le quitó a la mujer esa industria a domicilio en que empleaba horas robadas al sueño o a la administración de la casa, para doblar tabaco que otro le proporcionaba y devolver cigarros que aquél distribuía; y gracias a que hemos sido incapaces de resolver el problema sencillo de la producción de huevos en grande escala, aun les quedan a nuestras dueñas algunas gallinas en el solar, mientras llega la Junta de Higiene a dar órdenes excluyentes. Quien estudie la historia del desarrollo industrial de estos pueblos europeos, de Bélgica, por ejemplo, se admirará de que hayamos pretendido saltar de la nada al fabriquismo, en materia de producción industrial, sin el obligado paso por la industria a domicilio y la casera, siendo así que estas se prestan admirablemente al cultivo de nuestra innata altivez; dan a la mujer y al niño una ocupación remunerada, durante horas elegidas a voluntad, abren sus ambiciones, les dan

medio de expresar su propia personalidad, y preservarían a nuestras vírgenes de tentaciones peligrosas.

Veo en todo ser humano, al considerar la faz económica, individuos cuyas necesidades se traducen en demanda de géneros y servicios que los obligan a trabajar para servir las necesidades ajenas: bien sea en empresas unicelulares (trabajadores autónomos) o en empresas multicelulares. Bien hayan los trabajadores autónomos, que si no dan trabajo a otros, al menos no tienen que confiar a otros el empleo de sus energías; se bastan a sí mismos; son unidades completas. Los pequeños negociantes, los profesionales, los artesanos, y, sobre todo, los terratenientes pequeños, pertenecen a este grupo, que entre todos son como la columna vertebral de las sociedades, y lo son realmente de la nuestra. Quedan una gran cantidad de hombres, que no son automotores, y que se pueden repartir en otros dos grupos, que corresponden a lo que en la jerga de mi profesión se llama poder motor y material rodante; unos pocos que arrastran, y muy muchos que han de ser enganchados. La conveniencia de la sociedad no es la de que haya muchos sabios ni doctores, sino mucho poder motor, de buena calidad, mucho espíritu de empresa, muchos conductores que informen su esfuerzo en los ideales sociales, en las conveniencias comunes. Si la educación pública no diere mucho poder motor, al menos que nos dé trabajadores autónomos; mas si por una errada o desacertada dirección sigue ahogando iniciativas y dispersando el

poder cerebral, vendrá a unirse a las otras fuerzas sociales que tienden a producir «mano de obra», o la anhelada «abundancia de brazos», cuando la Patria reclama una actuación más talentosa de parte de las clases directivas.

Volviendo otra vez al tema agrario, notemos que campo alguno como éste sería tan fecundo para dar pábulo al anhelo de independencia individual, por medio de disposiciones legales y de métodos económicos que hiciesen fácil la repartición de las tierras, facilitando la labor del campesino terrateniente, y creando una holgada clase media que sería, como en todo país civilizado, la columna vertebral de la sociedad, el nervio de la paz y de la estabilidad. Se convendrá fácilmente conmigo en que el tipo medio normal del colombiano, que da a nuestro país su gran poder de producción y de recuperación, que conserva las grandes virtudes del pasado, y es almáciga de donde salen los tipos más progresivos, no es el del jornalero, ni el del minero, ni el que es «mano de obra» en la fábrica, sino el artesano y el campesino terrateniente. El ser relativamente numeroso este gremio en Antioquia, da a nuestra raza una de sus grandes fuerzas; mas desgraciadamente encuentro que nada se ha hecho para favorecer o facilitar esta tendencia innata a la posesión de un pedazo de tierra para trabajarlo personalmente, como trabajador autónomo y libre. El instinto y el poder conjunto de la raza la han librado de los errores y tropiezos a que la ha dejado expuesta la falta de dirección. Esta convicción, que estoy

tratando de llevar al ánimo de quienes parecen haber asumido esa dirección, es la única excusa de mi atrevimiento al escribir esto que voy diciendo.

El movimiento iniciado por Mon y Velarde en la penúltima década del siglo XVIII, de reorganización administrativa y social, tuvo tan completo como inmediato buen éxito debido, en mi humilde y desautorizada opinión, a que puso en actividad todas las fuerzas vivas de la Provincia, por medio de la repartición de las tierras y de los criaderos de oro, es decir, del suelo y del subsuelo, lo que vino a satisfacer el anhelo individual de trabajar por cuenta propia en terreno propio. Entonces comenzó ese movimiento de parcelamiento de la propiedad y de ocupación de nuevos territorios, al compás de la proliferación de la población, y que ha sido fenómeno tan celebrado como una manifestación típica de la raza antioqueña. La fundación de nuevas poblaciones ya no se detuvo un momento. La prosperidad de los laboreos de oro dió lugar al aumento de población de las tierras vecinas, especialmente del sector de tierras de clima suave situadas en nuestra cordillera central, entre los ríos Porce y Cauca. En seguida se inició el movimiento de la población hacia el sur, ya no en busca de nuevos veneros, sino de tierras de agricultura, tierras que los ocupantes deseaban poseer, y que podían poseer.

*
**

Sería muy interesante que personas expertas en la legislación con que la naciente República reem-

plazó las leyes y disposiciones españolas, nos mostrasen si las nuevas instituciones republicanas vinieron a satisfacer o no el clamor de los pueblos contra el monopolio dado a los encomenderos y grandes señores territoriales por los agentes de España. Si no ando muy errado, el monopolio de las tierras y las crecidas tasas de impuestos fueron los dos motivos económicos de la lucha de emancipación, aparte de los motivos políticos que todos conocemos y aplaudimos. No sin un gran temor de errar, por deficiencia de información en asunto tan grave, me atrevo a creer que, si el régimen impositivo establecido por los españoles cambió sustancialmente, el régimen agrario no sufrió cambio tan sustancial, ni quizás mereció especial atención. Sugiero que de los derechos del hombre proclamados por la Revolución francesa, nos enamoremos de algunos más acordes con nuestra ideología, aunque de menor valencia económica, como la libertad de prensa y de reunión, con la correspondiente libertad de decir cuanto se nos antojase. La verdad es que las fuerzas vivas todas de la república han girado durante cien años al rededor de esos y otros principios semejantes, en relación con la libertad; que a fuerza de mirar cara a cara ese espléndido sol de la Libertad, la luz de la Justicia «que alumbra y da calor, pero no quema» ha quedado eclipsada, como la luz de la luna durante el día. La verdad, el hecho que salta a la vista, es que no hubo movimiento especial alguno respecto a la repartición de los grandes feudos territoriales, y antes bien, según entiendo,

la República recompensó a algunos de sus próceres con amplias concesiones territoriales. Y a falta de conocimiento de nuestra legislación al respecto, me atengo a hechos tan notorios y exactos como éste: todavía al final del siglo XIX se asignaba a una sola familia, por medio de fáciles rodeos de las leyes existentes, decenas de miles de hectáreas de baldíos. Quienquiera que estudie las disposiciones legales sobre baldíos, o los hechos que resultan como traducción de esas leyes, no podrá dejar de convenir conmigo en que la Nación ha mostrado un afán inexplicable en buscarles propietarios a nuestras reservas territoriales, lo que no es lo mismo que buscar quien las cultive.

Aún en mi ignorancia de esas leyes alcanzo a saber que existían dos medios disponibles para conseguir tierras baldías, al menos hasta el fin del periodo que vengo estudiando: el uno es el papel sellado, ayudado de más o menos influencias personales, o de ese detestable papel lanzado al mercado con el nombre de Bonos Territoriales; el otro es el hacha. Con un poco de papel sellado, y un mucho de influencias, se obtuvieron de los agentes de la corona de España todas las tierras que hoy constituyen la parte más poblada de Colombia, aparte las pocas que se repartieron para habitaciones de los excluidos, con el fin de fundar poblaciones. Con papel sellado, bonos territoriales y alguna influencia en las esferas respectivas adquirieron muchos ciudadanos de la República grandes concesiones territoriales, en parajes de buenas perspectivas de valorización futura; y

ya sabemos todos que quien adquiere la propiedad de miles de hectáreas de tierras fiscales no significa con ello su voluntad de internarse en la selva bravía a fundar una empresa agrícola colossal, sino que más bien adquiere el derecho de excluir a los verdaderos colonizadores, y esperará que éstos valoricen las tierras adyacentes, por medio de la apertura de caminos, de siembras y de habitaciones numerosas. El incauto colono que ignore que la propiedad ha sido ya asignada, y que los montes que va a tumbar son ajenos, pierde irremediablemente su esfuerzo, ante el derecho excluyente del gran propietario. Es ésta, es bien sabido, la iniquidad que lamenta todo colombiano, sin poder remediarla.

No pretendo hacer una apología sentimental del otro tipo, del campesino que adquiere tierras fiscales por el hecho de desmontar y cultivar la mitad de su porción. Bástame invitar a cualquiera que desee darse cuenta del proceso, para que todos nos descubramos asombrados ante tan inaudito esfuerzo. Quien sale de poblado a conquistar tierras con el hacha no sorprende tanto por el esfuerzo en derribar la selva, cuanto por su resolución heroica de aislarse del mundo, de vivir por años lejos de todo contacto, de sostenerse como por milagro de yerbas y de animales silvestres mientras llega la cosecha. La suya es una empresa industrial, en que va a producir sin otra demanda segura que la suya propia, y sin intercambio posible con la producción ajena, por luengos años; su obra implica una gran confianza en sí mismo, y una confianza irreductible

en el futuro. Tan heroicas resoluciones no pueden ser inspiradas sino por un sentimiento arraigado de independencia personal, que toma como medio la posesión de la tierra. Solo el derecho exclusivo a la tierra puede inspirar esa obra, que es de genuina *posesión*, en el sentido bíblico del vocablo.

La colonización en esta forma, sin ser obra exclusiva de los antioqueños, es tan notoria en Colombia, que casi se considera como obra peculiar de esa raza, y una de sus manifestaciones más genuinas. En ello ha jugado gran papel, no hay duda, el maíz, como base de alimentación y grano propio para mantenerse casi exclusivamente de él, en tanto que el colono puede sistematizar otros cultivos que den alguna variedad en la alimentación.

Y ahora pregunto si habremos hecho lo suficiente para favorecer a este tipo de poseedor de las tierras; o si, por el contrario, la organización social está hecha de tal manera que al fundador del pejugal solo le queden libres las tierras que no ha abarcado el poseedor excluyente de la propiedad. Confieso abrigar un serio temor de estar contemplando estos fenómenos desde un punto de vista de combate, y no desde la realidad de los hechos que conviene a quien aspira a ser ante todo verdadero, es decir, científico. Veo una lucha sorda entre el papel sellado y el hacha; entre la posesión efectiva de ésta y la simplemente excluyente de aquél. Pienso que ésa era la situación que encontró Mon y Velarde al finalizar el siglo XVIII, y que este gran político resolvió por

medio de la repartición de muchas tierras. Creo observar que eso dió un movimiento incontenible de expansión de la población de Antioquia, cuyos saludables efectos vinieron en apoyo de la causa republicana en el movimiento de emancipación de la madre patria; que con el impulso dado con ese triunfo, ese movimiento de fraccionamiento se continuó, repletando la parte ya medio poblada y adaptada, y preparando el camino de la expansión. Ese fraccionamiento contaba con fuerzas convergentes que, en Antioquia, como en otros Departamentos montañosos y áridos, cual lo es Santander, tienden a ocasionar la división de la propiedad, tales como las siguientes:

1.º El terreno montañoso y árido o nada fértil, que hace de las tierras simples trabajaderos, que dan la vida a quienes las ocupen, mayordomos o dueños, pero no una renta.

2.º Las familias numerosas.

3.º La tendencia de la población a emplear ahorros o utilidades en tierras para evitar la evaporación de las fortunas, lo que constituye una demanda permanente de tierras, aumentando los precios de éstas, independientemente de los beneficios esperados.

*
**

Decía antes que a principios del siglo pasado empezó la población de la Provincia a extenderse hacia el Sur, y así fueron surgiendo las poblaciones unas tras otras hasta Manizales y el Arquía; pero puede decirse que la fundación de las po-

blaciones actuales del territorio antioqueño se efectuó, salvo excepciones casi insignificantes, antes de mediar el siglo XIX.

Hacia esta época tuvieron lugar dos órdenes de fenómenos que pueden clasificarse entre los más importantes de nuestra historia local, de grandes repercusiones y trascendencia: el aprovechamiento industrial de dos plantas, el café y el pasto de engorde llamado de Pará, de un lado; y del otro, el principio de la ocupación del Cauca antioqueño y de la región del Quindío. Nótese que sólo me es posible decir que esto ocurrió a mediados del siglo, y sería interesantísimo que alguien se ocupase en precisar estas fechas.

Las dos plantas industriales al rededor de las cuales ha venido desarrollándose gran parte de nuestra actividad agrícola son de caracteres diametralmente distintos. El café es la planta por excelencia adecuada al pejugal, al trabajo en pequeño, pero independiente. Prospera mejor cultivada en pequeño, en el huerto y en familia; quiero decir de mejor calidad y con mayor rendimiento y beneficio por planta y por brazo. En Colombia no existen plantaciones como las del Brasil, de varios millones de árboles, y es ésa una de las causas de nuestra superioridad en esa producción, que acabará por oscurecer y supeditar a la del Brasil. El café en aquellas condiciones no requiere mayor capital, y antes se observa que los empresarios en grande (propietarios de 2 o 300.000 árboles) se ven en continuas dificultades de crédito, por el cual pagan ingentes intereses, mien-

tras que la pequeña plantación cultivada por toda una familia le da a ésta prosperidad y desahogo económico. El café prospera en tierras de clima medio, más propicias para la vida normal de la familia y el desarrollo de la población. Es, finalmente, una planta que se presta al cultivo intenso, más capaz de absorber trabajo que resulte bien remunerado, y el día en que nuestros campesinos se acostumbren a emplear en su cultivo el abono de los desperdicios bien empleados, se prestará a una mayor concentración de esfuerzos, y será posible cultivarlo en terrenos que hoy resultan estériles.

El pasto de engorde es casi todo lo contrario. Es una planta de cultivo extensivo, que emplea pocos brazos, que no podría ser materia de cultivo intensivo, si no es al rededor de las grandes ciudades. No es remunerativo su cultivo sino en grande escala, con capitales relativamente grandes para su primer establecimiento, y más grandes aún para su explotación. Desde el punto de vista social tiene el inconveniente de no requerir casi brazos, y estos por lo regular han de ser brazos alquilados; en realidad, sólo la recolección de frutos naturales puede hacerse empleando menos cantidad de trabajo personal, por hectárea. Hágase la estadística del trabajo humano que requiere o emplea la industria pecuaria, o más bien diré, del pastoreo, y se verá cuál de las dos industrias, si la del café o la del pastoreo, es más conveniente desde el punto de vista del empleo remunerado del trabajo, desde el punto de vista social. Com-

párese la cantidad y calidad de trabajo que proporciona cada una de esas dos plantas por hectárea ocupada: mientras que un vaquero, remunerado usualmente al jornal, cuida y maneja varias docenas de reses que están ocupando otras tantas docenas de fanegadas, una familia entera de campesinos vive holgada e independiente de la explotación de una hectárea de cafetos.

El momentum comunicado al País en el sentido del cultivo extensivo tiene relación con la mayor parte de los problemas nacionales, estorbando, a mi modo de ver, el desarrollo económico y suscitando nuevos problemas. Tiende a producir la «abundancia de brazos» en unas regiones y la migración de la población en otras; plantea problemas agrarios; impide la concentración de la población en el área ya conquistada, adaptada y con mercados disponibles, y dificulta por eso la creación de nuevas industrias, cuya viabilidad depende de una buena demanda; con ello se agrava el problema fundamental de los transportes y se acentúa la carestía de los mantenimientos. Sugiero, en suma, que errados sistemas o métodos con que se explota la industria pecuaria están perjudicando a todo el País, y que allí hace falta una dirección más intelectual que técnica; que ése no es un problema de ganaderos, sino de hombres de estado.

*
**

Hacia mediados del siglo pasado, o quizás menos vagamente, tras la guerra del 60, se acentuó

de modo muy notable el movimiento de expansión de la población antioqueña. Los pequeños poblados formados se saturaban fácilmente con unos pocos miles de habitantes, y tendían a arrojar el crecimiento vegetativo de la población hacia tierras nuevas, por un fenómeno bastante explicable: el aislamiento de cada poblado y el cultivo simplemente extensivo de las tierras creaba en cada población una economía cerrada con pocas posibilidades de intercambio de productos con otras más o menos lejanas. Semejante situación habría provocado en otras regiones fenómenos de ocurrencia usual, como la excesiva abundancia de mano de obra, miseria y declinación del nivel moral y económico de la población. Una raza de brío y tumultuosa como lo es la antioqueña, sedienta de libertad individual y de posesión de la tierra, optó por la aventura heroica de conquistar nuevos territorios, ocupándolos de hecho; y ya no fué la invasión lenta y progresiva del sur, fué la irrupción en masa que ocupó y colonizó la rica región, de subsuelo volcánico, que hoy forma el Departamento de Caldas.

Esos campesinos que invadieron el Quindío no llevaban ni papel sellado ni mayor sonante en sus morrales; el capital que invertían en la aventura está inventariado en el cuadro «Horizontes», de Cano: una hacha, un morral con semillas y otros menesteres, la esposa y la prole; confianza en Dios, confianza en sí mismo, y confianza en la esposa, a más de una resolución definitiva de prescindir de auxilios sociales, espirituales, profesionales, y de to-

do cuanto constituye la vida en sociedad, y protege contra la inseguridad en todo sentido. No iban a comprar tierras; iban a ocuparlas, las más de las veces arrebatándolas al poseedor excluyente. La ley no los protegía, pero la inmensa distancia, aumentada por la falta de comunicaciones con el centro político, los precavió contra acciones legales que habrían de entablarse desde Popayan; los favoreció la falta de gobierno, el absoluto aislamiento en que se situaban.

Como incentivo adicional para la colonización del Quindío se ofrecía al espíritu aventurero y jugador del antioqueño la posibilidad de las *guacas* o tesoros que se hallaban en los cementerios indígenas, circunstancia que parece secundaria, pues el movimiento de invasión fué un fenómeno netamente agrario: tierras ricas y sin propietario que las defendiese de la insatisfecha ambición de poseer tierras. Aún puede sostenerse la hipótesis de que esos tesoros indígenas hicieron primitivamente una peregrinación semejante.

Esta conquista del Sur por medio del hacha como título de propiedad no fué uniforme, sino que iba dejando grandes claros de monte primitivo en tierras que resultaron ser las mejores, si acaso no las únicas ricas del territorio antioqueño: las del Suroeste, especialmente la rica hoya hidrográfica del Cauca antioqueño.

La propiedad de esas tierras había sido adjudicada, bien sea por los agentes de la corona de España, cuya corrupción tan duramente flageló el Oidor Mon y Velarde, bien sea a cambio de unas

pocas hojas de papel con el sello de la naciente República; y no hay que perder de vista que en esos tiempos las adjudicaciones territoriales llegaban a tener el tamaño de lo que hoy sería un Distrito, como si la organización social de entonces tuviese el propósito deliberado de apoyarse en una casta territorial privilegiada. Esas tierras, huelga agregarlo, permanecían incultas y con sus selvas vírgenes, bien custodiadas por sus propietarios (puesto que se escaparon del asalto del hacha campesina), en espera de que el crecimiento vegetativo de la población, como bocas de consumo y como «abundancia de mano de obra», las valorizasen.

Este estado de inercia vino a romperse hacia el año de 1860, la época de la gran expansión. La raza criolla se había multiplicado de modo sorprendente; ya no cabía dentro de las tierras tan pobremente trabajadas con cultivos extensivos, y, a falta de una dirección intelectual adecuada que provocara la intensidad del cultivo, apretando y concentrando la población, ésta desbordó en invasión hacia el sur. En esta invasión entraron los campesinos más fuertes y de caracteres mejor templados en las tradiciones de la raza; no es aventurado suponer que los menos bien dotados, o menos arrojados, quedaban disponibles en el solar paterno, como mano de obra barata y abundante, que vino a aprovechar el gran propietario de las fértiles tierras del Suroeste para abrirlas. El equilibrio estático en que yacían estas tierras se rompió debido a un acontecimiento nuevo, de fausta recordación en los anales antioqueños: la adaptabilidad del pasto

de pará, para el engorde de ganados en la explotación de esas tierras. Y entonces vino a tierra esa inmensa selva y surgieron dehesas que al fin del siglo pasado podían engordar 60.000 o más cabezas de ganado, y que se trabajan y manejan con mil vaqueros pagados al jornal.

Las utilidades de tan pingüe negocio vinieron a contarse entre lo mejor de las riquezas de los antioqueños, y las rentas que esas tierras producían, con un trabajo mínimo en su manejo, son tal vez las únicas rentas territoriales que se derivaron en Antioquia, antes que las del café viniesen a entrar en lista. Acontecimientos de otro orden vinieron a fortalecer la posición, ya fuerte de suyo, de estos propietarios. Debido a fenómenos no bien estudiados aún, la importación de ganados del Valle del Cauca fué desapareciendo, quizás al desaparecer el comercio que hacían los negociantes antioqueños con el Sur del Cauca, en que proveían de mercancías importadas por la vía de Nare a regiones tan lejanas como Popayán. Poco a poco se fué formando una economía cerrada en el comercio de carnes; la selva antioqueña iba cayendo para dar lugar al cultivo extensivo y por demás costoso de los pastos para el ganado de cría, y esa economía cerrada, a la vez que daba buenas ganancias a los ganaderos, dificultaba la formación de la granja y del pejugal, que es el único medio de trabajar intensivamente la tierra y de sostener una mayor cantidad de población, una población más densa, sin la cual el problema de las comunicaciones se dificulta o hace imposible, dentro de

escasos recursos; sin la cual es casi imposible el nacimiento de nuevas industrias que vengan en apoyo de la agrícola, por el aprovechamiento económico de los subproductos.

*
**

He mencionado atrás el hecho, culminante para quien pretenda estudiar los problemas a que da lugar el actual estado de Antioquia, de que la porción más feraz de ese territorio, y rodeada, por añadidura, de poblados en toda su periferia, esté destinada al pastoreo; es decir, que aproximadamente cien mil hectáreas de las mejores tierras y mejor situadas con respecto a los mercados, estén casi desiertas, y no absorban sino unas pocas unidades de miles de trabajadores alquilados. Si el hacha del campesino antioqueño libre no hubiese tropezado en su camino hacia el sur con el hecho legal de la adjudicación de esas tierras, hoy estarían éstas ocupadas por 50 o 100.000 familias de campesinos, que vivirían altivos y libres en el propio solar, haciendo más densa nuestra población acomodada, y más fáciles todos nuestros problemas relacionados con el progreso. Es más: se podrían señalar otros tantos de miles de hectáreas de buena tierra, o al menos propicias para el cultivo intensivo, que hoy viven dedicadas a la cría de ganados, industria que es, tal vez, lucrativa para sus propietarios, pero no para la colectividad. Me limito a señalar este conflicto entre intereses individuales y sociales, sin entrar en el estudio de las fuerzas que lo

producen, lo que daría lugar a serias controversias. Por lo pronto me atrevo a pensar que la política de una economía cerrada en la producción de carnes y de grasas en Antioquia merecería una seria revisión, a la luz de principios económicos fundamentales, pues quizás convenga dejar a las sabanas de pastos naturales de Bolívar la tarea de suministrarnos esos dos elementos. Aunque carezco en absoluto de todo conocimiento en esta técnica de los ganados, y de su pastoreo, desgusanamiento y descuartizamiento para la venta de carnes y sebos, observo que aquí en Londres está la carne muy más barata que en Antioquia, a tiempo que el Packing House de Coveñas pretende vender aquí sus carnes con provecho, no obstante tener que pagar tanto intermediario como los que median entre los dueños de ganado en pie en Bolívar y el cliente de las carnicerías de Londres. En cambio, podrían dedicarse a cultivos más intensivos las tierras de Cauca, dedicadas hoy a la dulce industria del pastoreo; por ejemplo, al del algodón, del cacao, del azúcar, o de otros comestibles que pagan en Colombia al doble del precio de Londres. La sola industria del algodón, con sus posibilidades de consumo interior y de exportación, daría lugar a que se abrieran inmensos horizontes para esas tierras y para esa población. Con ello se resolverían, de paso, otros problemas que se han planteado, como la necesidad de traer a su tierra la gran cantidad de trabajadores que han salido a buscar trabajo en climas malos, y que ahora se ha visto que hacen falta en

Antioquia; o como el problema de la carestía de los mantenimientos, que se pretende resolver por medios tan empíricos como el de abrir las aduanas; pero en general, fácilmente se convendrá conmigo en que sin una población concentrada y que viva activa y libre del aprovechamiento intenso de la tierra, el advenimiento de la *industria* (en abstracto) tardaría hasta que, por los métodos que critico, hubiésemos cubierto todo el mapa colombiano con cultivos extensivos.

*
**

Naturalmente el cambiar el pastoreo por cultivos intensos; el lograr que una familia pueda vivir de la explotación racional de cuatro vacas—como en Holanda—o que las tierras de Cauca den actividad y lucro a razón de familia por hectárea, no podría lograrse sin un trabajo de readaptación propio de hombres de más imaginación y de menos espíritu imitativo del que revelan los que han venido prevaleciendo en la explotación de una industria que simplifica al mínimo todos los problemas de un propietario; y allí es donde el interés individual sumado no viene a totalizarse en interés colectivo. Por el contrario, son muy de temerse las inhibiciones que conduzcan a fines individuales, y de las cuales tenemos buenas muestras, como lo son la demora en la perforación del Túnel de La Quiebra, la hostilidad contra el camino Yarumal Montería, las altas tarifas en las vías férreas, etc., etc.

Odio como el que más la lucha de clases, y antes por el contrario todo mi esfuerzo público se ha ejercido en el sentido de procurar establecimiento de condiciones, e igualdad de oportunidades tales, que no vayamos a dejar por herencia a nuestros hijos una lucha de clases tan espantosa como la que se desarrolla ahora en Inglaterra, mientras escribo, con la huelga de tres millones de obreros. Optimista empedernido, siempre he creído que en nuestro País la vida sí es, como decía Valencia, «una fuente para todos llena», con tal de que no lleguemos a envenenar la fuente de manera irremediable. Por lo mismo me esfuerzo en buscar la clave de los fenómenos de nuestra vida social, en la investigación de la raíz de los problemas que pretendemos resolver al detal y como fenómenos aislados, cuando seguramente están íntimamente ligados por causas más o menos comunes.

La existencia de la clase territorial privilegiada no solamente ha tenido por efecto la casi despoblación de las tierras cercanas a las pocas vías de acceso, con tanto trabajo construídas, y en las cuales la población podría gozar del escaso progreso y comodidades y seguridades creadas, sino que ha tenido un efecto moral y político desastroso sobre la parte menos bien capacitada de la población, y contenida dentro de esos feudos. Estudiemos con ánimo sereno y sin espíritu de controversia el estado de cosas que ha creado o provocado la existencia de esas enormes porciones de tierra en poder de un propietario, en Boyacá, el Tolima, Bolívar y, en menor escala, en Antioquia y Santander; la

población contenida dentro de esos latifundios vegeta en tierra extraña, sin el apego y actividad que inspiran el vivir y trabajar en la propia heredad; viven como de paso, expuestos a todas las contingencias y condiciones, como los gitanos de las tierras balcánicas. Sabemos todos que una de esas condiciones impuestas, expresa o tácitamente, al arrendatario, es la del voto en los comicios populares, en favor del candidato favorecido por el propietario. Esto socava por su base la República misma, aunque es fenómeno que se pasa silenciosamente, aunque, en realidad, los dueños de latifundios quedan investidos de la pluralidad del voto.

Igualmente nocivo para la consolidación de la nacionalidad y para la paz misma de la Nación es la existencia de esa población nómade, ambulante, descontenta, sin raíces en la tierra en que vegeta, y lista a lanzarse a la revuelta, impulsada por una inconsciente sed de reivindicaciones no bien definidas ni concretadas, al llamado del primer político que azuce los peores instintos en nombre de causas abstractas. ¡Cuántas veces el jefe revolucionario sale a pronunciarse con sus mismos terratenientes como soldados! Ese estado de cosas ha producido la abyección entre las clases bajas de Boyacá, y una rebeldía tan temible en las del Tolima, que sólo podríamos apreciarla los que asistimos de cerca a la guerra de guerrillas de 1900. Si la República hubiese tratado a las pobres gentes del Tolima, que viven en suelo extraño, siquiera como los franceses manejan a sus

conquistados de Argelia, con medidas tan sabias como las de Lyautey, la guerra de 1900 no habría durado la tercera parte del tiempo, ni habría quedado el País tan desolado.

El caso del Tolima es típico dentro del tema que prentendo desarrollar. Mirad esas grandes extensiones de tierras cubiertas de pastos naturales y en parte artificiales, en donde la vista se pierde sin encontrar una choza, donde las pequeñas poblaciones en que se hacinan unos cuantos vaqueros y los negociantes que les venden algunos comestibles están como puestas en medio de la sabana, sin la huerta que nos es tan familiar a los antioqueños; las gentes parecen estatuas de desidia y abandono, incapaces de esfuerzo serio; pero son leones y leonas en la guerra, capaces de dar un esfuerzo sostenido durante días, conservando una reserva vital capaz de dar una carga que les dará, con el triunfo, armas y municiones para seguir luchando, sin siquiera preguntar en qué irá a parar tanto sacrificio. Esas tierras pueden no ser muy feraces, aunque sí lo son más que las de Bélgica, (que acabo de contemplar desde un aeroplano, tan divididas como un picadillo de papeles de diversos colores); son secas, pero las atraviesan grandes corrientes de agua; son deshabitadas, pero podrían contener millones de habitantes, que podrían trabajar pejugales propios, si fuera posible fraccionar los grandes latifundios. Esas tierras tolimeses tienen una ventaja que pocas regiones poseen en Colombia: una posición central, en medio de la zona más poblada de Colombia, con ríos nave-

gables, ferrocarriles y caminos como ninguna otra; y, en suma, con mercados fáciles para todo producto en todos ocho sentidos de la rosa náutica.

Otro tanto o más podría decirse de ciertas regiones de Cundinamarca y Boyacá, entregadas hoy al cultivo extensivo, que es el mejor medio de desparramar la población de un país, sin grandes ventajas para nadie, con graves inconvenientes para la comunidad, aunque no fuera sino por la infelicidad que producen abajo, y los cacicazgos que crean arriba.

No sería el suscrito quien aconsejase romper ese funesto equilibrio por la fuerza, ni acaso por la fuerza de la ley; pero es evidente que hay que salir de ese equilibrio.

De lo contrario habría que esperar a que la población ocupara todo el mapa colombiano, y luego refluyera al centro, hoy medio civilizado, para concentrarse y facilitar todos los problemas nacionales, cuando Colombia podría contener, dentro del área actualmente adaptada, el triple de la población actual, con sólo cambiar los métodos de manejo de las tierras y de los hombres.

*
* *

Al fin del siglo pasado ya no entraban ganados por el sur, quizás porque la escasa producción del Valle del Cauca apenas alcanzaba a proveer a las necesidades de los colonizadores del Quindio, de manera que a Antioquia sólo llegaba algún ganado de Ayapel, después de sufrir las bajas y enflaquecimientos consiguientes a tan largas jornadas por tales caminos y veredas. Esta situación se

fué agravando a medida que las utilidades en la industria cafetera y el espontáneo crecimiento de la población fueron aumentando el consumo de carnes. El ferrocarril de Antioquia se mantuvo cerrado, como camino y como vía férrea, para la importación de ganados de Bolívar, hasta el año 1911, en que se bajó la tarifa un poco, provocando con ello tales protestas, que aún dura el vocerío de los interesados. Tras esa medida empezó un tráfico creciente de ganados casi gordos importados de Bolívar y que hoy alcanza proporciones respetables. A más de eso, como repercusión de esa medida, las tierras que demoran a lado y lado de la vía férrea han sido convertidas en dehesas, o se están convirtiendo a gran velocidad. Esas tierras, que han visto desfilas a tantos emigrantes antioqueños en busca de tierras que puedan poseer, permanecieron por cuarenta años incultas e impenetrables, dando el espectáculo curioso de la selva atravesada por el riel sin la menor modificación, a pesar de que el Departamento entraba por mitad o tercera parte en la extraña comunidad propietaria. La famosa hacha antioqueña respetó esas tierras, atemorizada por el papel sellado o por el revólver, hasta que un día intervino el pasto de engorde en la contienda por la posesión de ellas, al amparo de fletes menos altos para el transporte de ganados que se conducen hacia el interior. Se produjo entonces un choque, no de rifles ni de hachas de filo acerado, sino del papel sellado contra el papel sellado, y como resultado de esa contienda vemos hoy la selva descuajada

de sus montes seculares e imperar la famosa yerba de engorde. Es otra colonización por empresarios de la industria pecuaria, en selvas que hubo de respetar el hacha del campesino ansioso de *poseer* la tierra. Muchos habríamos preferido que se hubiese formado una verdadera colonia agrícola, y se hubiesen distribuido en propiedad, en lotes de a cincuenta hectáreas con la prohibición de juntar lotes, so pena de perder la propiedad. En todo caso, la obra va adelante, y es de esperarse que esto permita dedicar las tierras de ceiba de Cauca al establecimiento de pejugales y huertos, ahora que les llega la vía férrea. Ya en ellas se cumplió hace tiempo la conquista de la selva por intermedio del ganado vacuno y del porcino, y hace tiempo que éste debió irse a otra parte a cumplir su misión peculiar, dejando el campo libre a la proliferación de la raza sin las migraciones del pasado.

*
* *

Creo haber mostrado con las consideraciones anteriores estos puntos:

1° Que las instituciones y métodos que predominaron durante la Colonia, no modificados muy sustancialmente durante los primeros cien años de la República, plantearon problemas agrarios graves en Antioquia, así como en el resto del País.

2° Que la raza antioqueña resolvió por sí sola su problema agrario, sin la menor dirección intelectual ni ayuda de orden legal, desparramándose por otros territorios, en donde pudo satisfacer su

ambición de poseer la tierra, y de conservarse «altiva y libre», con el desesperado esfuerzo de que es capaz esa raza.

3° Que si la raza antioqueña logró subsanar la injusticia social de la repartición de las tierras, mostrando un poder de recuperación asombroso, la Nación no tenía por qué esperar semejante esfuerzo del hombre medio colombiano, y eso explica en parte el relativo estado de atraso en que se hallaba todo el País en la época del centenario de nuestra emancipación.

4° Que aun sin contar ni tener en cuenta este pésimo punto de partida, existe aún con caracteres graves un problema agrario digno de la atención de los estadistas, por estar dedicadas nuestras tierras mejores, o más bien situadas, a la industria del pastoreo; y

5° Que la subdivisión de esas tierras por procedimientos razonables, con oportunidades abiertas para que los excluidos puedan adquirir pequeños fundos, es condición esencial para la resolución de la mayor parte de los grandes problemas nacionales.

Mayo, 1926.

DINEROS Y DEUDAS

La digresión anterior me permitió mostrar una de las principales manifestaciones del espíritu aventurero del pueblo antioqueño, que es la colonización, y sin detenerme a considerar otra manifestación tan marcada de ese mismo espíritu, cual lo es el movimiento migratorio de que está dotado, voy a analizar algunos de los fenómenos a que da lugar el espíritu de juego de nuestros paisanos, lo que equivale a anunciar que voy a considerarlos en función del dinero propio y del ajeno, es decir, a entrar en el árido e ingrato terreno de las finanzas privadas de esos conciudadanos, en cuanto ellas sean fenómeno de repetición o generalizable. El asunto resultará un poco trivial, pues no habrá que apelar a los principios de las altas finanzas para tratarlo, bastando al efecto unas pocas verdades de las de Pero Grullo.

Se habrá notado que como aventurero el pueblo de que me ocupo tiene buenas semejanzas con el inglés, mas bien que con el judío: emigrador,

colonizador, conservador de sus costumbres y tradiciones, resistente, sobrio y sufrido, aislado y silencioso por lo montañés, y tesonudo como el inglés; mientras que como jugador es todo lo contrario de un inglés, y no me explico cómo se ha sostenido que el antioqueño es judío, siendo tan jugador. Digo que el inglés no es jugador, y eso que están pasando las semanas de las tradicionales carreras de caballos, en que todo el mundo apuesta algo, como para eliminar el deseo de echar suertes, y precaverse contra el juego en las finanzas.

El colombiano le tiene un amor excepcional a la posesión de la tierra; siendo un pueblo esencialmente agrícola, la tierra es su campo de actividad por excelencia; la posesión de la tierra inspira a unos las hazañas de la colonización, en condiciones casi imposibles, a otros las austeridades del ahorro; mientras que el despecho de no poseerla lleva también a extremos que me he esforzado en mostrar. Pero esa posesión tiene a veces otros móviles, como el de la segura inversión del dinero adquirido, para librarlo de los enemigos que lo asedian. En la posesión de la tierra no siempre se busca un campo de actividad lucrativa, ni siquiera una inversión lucrativa; se trata en veces de inmovilizar el dinero, de convertir capital en riqueza, para evitar su demérito, o su consumo, o en espera de una valorización que resulte de factores sociales en juego, o por todos esos móviles a la vez. Esto viene a constituir una gran fuerza que se opone a la división de la propiedad, y a la vez es una causa del gran

valor que ha adquirido la propiedad territorial en Colombia, especialmente la urbana y la suburbana; de las restantes no puede decirse que hayan aumentado de precio en tal proporción, porque regularmente no están para la venta; son inversiones obligadas, por falta de otras mejores. Si en Colombia existiesen otras inversiones seguras para los capitales, la propiedad territorial sería más accesible a quienes desean poseerla para trabajarla personalmente, y los precios serían más razonables; pero como nuestra organización financiera permanece tan elemental como ahora cincuenta años, cuando se creaba menos riqueza, el valor de las tierras se ha inflado para tragarse la providencial bendición de lo Alto que es el café. Es así como un pueblo mal dirigido derrota sus propios fines, por falta de una organización en consonancia con éstos y con los medios ya creados para perseguirlos.

Un papel de Estado, sólido, que diese la más perfecta garantía contra la depreciación del capital y contra la falta en el servicio de intereses, obraría como el pararrayo que descarga la tensión atmosférica; de un lado, descargaría a las tierras de la misión social que ahora tienen, como medio único de inversión segura y sin juego, ayudando a dejar las tierras a quienes quieran trabajarlas con trabajo personal, que es siempre intensivo; de otro lado, crearía así un interés mucho más sólido que los otros en favor de la paz, de la tranquilidad y de la estabilidad.

Me he visto precisado a volver a hablar de las

tierras, arriesgando a aparecer difuso o desordenado, porque antes de entrar a analizar la tendencia del antioqueño al juego convenía mostrar cómo el hecho de ser la propiedad inmueble la forma de riqueza más inmovible y menos expuesta a los vaivenes de la especulación, ha venido a complicar el problema agrario.

*
* *

Para jugar no es necesario el manejo de las muelas llamadas de Santa Polonia; ahora se puede agregar que lo que pierde a los pueblos no son los cubos de marfil, sino el espíritu mismo del juego, de lo ilógico; el culto de lo inesperado que ha de llenar el vacío de la falta del cálculo preciso; es la suerte como factor integrante en el cálculo de las probabilidades; es la industria del azar. Jugador es todo pueblo joven, mientras acumula experiencias; jugador, en realidad, es todo colombiano, generalmente; mas el espíritu de juego se acentúa en el antioqueño hasta hacerse más tangible al estudio. Es, ante todo, una herencia española, pues entre los chapetones, aquellos que, fuera de ser aventureros, eran jugadores, preferían al llegar a la Colonia dirigirse a Antioquia, a correr el azar de la búsqueda del oro, que sólo allí encontraban. Esa herencia la cultivamos amorosamente por siglos pasados, cuando cada cual apuntaba unos ahorros a la suerte del denuncia de pertenencias mineras, hecho por cualquier aventurero a quien se le financiaba la jugarreta. Quien haya vivido entre mineros no discutirá este postulado: el minero es

esencialmente jugador, y cuando no juega a las minas en el trabajo, juega al dado o a las cartas. Difícilmente se encontrará en Antioquia vieja familia que no cuente entre sus papeles hereditarios unos cuantos denuncios y recibos de derechos de *estaca*, que se guardan cuidadosamente en espera de un *inglés* que nos traiga la buena ventura. Y como es ley que las riquezas de las entrañas de la tierra salen a fijarse en el suelo, en la industria agrícola u otras, los pueblos mineros corren el riesgo de llevar a las otras industrias el espíritu de juego que anima a esa de la búsqueda del oro.

Otro de los caracteres distintivos del minero es el gastar el dinero en consumos improductivos y en veces absurdos, con la misma facilidad con que lo consigue. Un minero antioqueño se somete por meses y años a las mayores privaciones, y aún a las torturas del hambre, sin abandonar su cantera de trabajo, hasta que le llegue la buena ventura; y si, al verle desdichado y perdidioso, le proponen que trabaje alquilado en venero ajeno, responderá indignado que no va a arriesgar que le llegue *su suerte* en trabajo de otro; mas en llegando la suerte, empleará el oro adquirido en los gastos más extravagantes, más locos y absurdos que puedan imaginarse. Abrigo el temor de que otro tanto resulte ahora con las inesperadas ganancias a que ha dado lugar el alto precio del café. La verdad de fondo, el hecho palpable, es que nuestras gentes obran como si el dinero propio les quemase las manos; y, en teniéndolo, gastan, gastan,

gastan todo cuando tienen, y no paran en el gasto hasta quedar agobiados por las deudas.

Las deudas ¡El fiado! He ahí el gran problema de Colombia entera, de Antioquia especialmente. Se ha hecho del fiado una industria nacional, con un motivo técnico o industrial o comercial cualquiera, pues parece que vender mercaderías al fiado es lo principal, y que lo importante es encontrar muchas personas que reciban algo al fiado. Lo importante no es el poder de compra del individuo, sino su capacidad para recibir géneros al crédito. La audacia antioqueña es probervial, tanto en adquirir los compromisos de las deudas, como en hacérselos aceptar a otros. La respetabilidad de una persona o de una firma se mide por la cantidad de deudas que puede contraer, y no hay adulación que cuadre mejor al carácter antioqueño—tan incapaz de adular—que la oferta de créditos, como que el negociar a crédito es su método favorito, si acaso no único. Se contraen deudas para en seguida abrir créditos a la clientela propia, de manera que el individuo queda crucificado entre sus acreedores y sus deudores; y como las deudas se entrecruzan como las hebras de una mota de algodón, al fallar algunos, por una de tantas causas imprevistas, lo regular es que venga el fracaso general. Es tan general este método de negociarlo todo por medio de créditos, que los que pretenden establecer condiciones de pago de contado se quedan a la vera de los negocios. Esto explicaría la ausencia de extranjeros, y aún de negociantes de otros Departamentos,

mentos, desalojados de Antioquia por la táctica comercial del fiado, en la lucha de la competencia.

Sin pretender discutir aquí si realmente el antioqueño es el colombiano de más iniciativa, o simplemente obra por espíritu de imitación, la verdad es que resultará más esforzado y más emprendedor que los de otras secciones del País; más industrial, más deseoso de emplear su esfuerzo, de aventurar en nuevas empresas; y me permito sugerir que este impulso sería muy fructuoso, si no fuera que su espíritu jugador lo lleva a convertir la industria en juego, a asumir riesgos que los otros pueblos no asumirían, por ser más prudentes, quizás más friamente calculadores. Encuentro, por tanto, escrúpulos en conceder al antioqueño la supremacía, no en el esfuerzo, sino en el resultado del esfuerzo, debido a sus errados métodos, a que juega demasiado al aplicar su esfuerzo, lo que casi equivale a decir que se esfuerza estérilmente; con menos trabajo y mejores métodos habría llegado más fácil y tranquilamente al resultado que ha obtenido.

*
* *

Antes de seguir adelante conviene hacer frente a dos objeciones entre las muchas que se le ocurrirá formular a quien esto leyere. La primera es que no es únicamente en Antioquia en donde se hace frecuente uso del crédito. En realidad, en Colombia entera, y aún en todo Sud América se acostumbra trabajar con dinero ajeno; lo que

pasa es que en Antioquia el vicio de contraer deudas y de vender al fiado se acentúan tanto, que son raras las transacciones que se verifican con dinero contante, lo que atribuyo a varias causas. La principal es el ambiente favorable al empleo del crédito; nadie entiende los negocios, especialmente los comerciales, de otro modo. Otra razón es la tradicional costumbre del antioqueño de ser muy puntual en sus compromisos, de manera que se le otorgan fácilmente los créditos que solicita, y él los otorga y aún promueve, ofreciendo vender al fiado. Una tercera razón es el ánimo del antioqueño siempre dispuesto al riesgo, al azar. Y finalmente, ha de citarse la actividad de estos montañeses, que apelan a todo género de procedimientos para poner en función su actividad. Todo ello creo que puede resumirse en dos: espíritu de juego, y deficiencia de principios económicos fundamentales, en un pueblo en que el contagio de hombre a hombre desempeña un papel principal.

La otra objeción es ésta: que para el suscrito el fiado y el juego son una identidad, siendo así que el papel que en el mundo desempeña el crédito es algo tan notorio, que basta enunciarlo. Y efectivamente, puede decirse que la civilización y el uso del crédito andan caminos paralelos; lo malo es que nada requiere tanta organización como el crédito; y si a la falta de organización se agrega el abuso de ese medio transaccional, puede llegarse al extremo a que se ha llegado en mi tierra: que la industria sea una cucaña, en que el individuo tan pronto se ve cercano al premio como en el suelo,

para volver a comenzar. Ya citaba en otra ocasión las amargas exclamaciones de uno de esos titanes laboradores, que cualquiera pondría como un bello ejemplar del esfuerzo de esa esforzada raza: «Esta es la tierra en que uno se arruina trabajando.» Creo que mi amigo se equivocaba; no era el trabajo el que acababa de arruinarlo; era él una víctima de sus métodos de trabajo. Entendámonos bien, porque este es el punto fundamental: digo que tomar dinero a interés alto y a corto término para emplearlo en el suelo, aunque sea trabajando día y noche, pero sin la seguridad absoluta de sacar en el mismo corto espacio de tiempo capital, interés y ganancia, es exponerse a una de dos cosas: o a sacrificar el capital acumulado antes, o a sacrificar la buena reputación. Trabajar en tales condiciones, y otras muchas muy semejantes o equivalentes, es jugar trabajando, o trabajar jugando. Estoy seguro de que ni éste ni otros antioqueños que tales métodos de trabajo adoptan, lo hacen por ignorar el camino seguro y llano, a la par que científico, que es el de no entrar en empresa alguna sin suficiente capital circulante, quiero decir, con dinero en mano suficiente para desarrollar todo el ciclo industrial, que es: comprar, transformar y vender; pero el antioqueño, y en menor escala y de modo menos general el colombiano, prefieren inmovilizar todo su capital, y quedarse a resultas del crédito para conseguir capital circulante, lo que es nada menos que echar una suerte.

El crédito desempeña un gran papel en la vida

moderna, es verdad, y mientras más se compli-
can y entrelazan las actividades económicas más
se apela al empleo del crédito; mas no olvidemos
que se trata del crédito *organizado*, según patro-
nes que los pueblos llegados primeramente a la
edad de la razón han establecido, y que los pue-
blos jóvenes han de copiar casi servilmente, a
menos que se empeñen en pagar el precio de su
propia experiencia, investigando medios más ori-
ginales. Esto lo escribo desde Londres, el centro
financiero del mundo, después de haberme empa-
pado en los métodos financieros de esta metró-
poli, donde se financian las empresas de casi todo
el orbe; a nadie extrañará, por tanto, que al hacer
la comparación entre estos métodos y los emplea-
dos en mi tierra, haya encontrado entre unos y
otros muy más honda diferencia de la que media
entre esta ya caduca civilización y la nuestra, ni
que me vea inclinado, por tanto, a atribuir a nues-
tros errados o improvisados métodos gran parte
de las dificultades que encuentra nuestro progre-
so. Todo el mundo sabe que en sanas finanzas
no se asumen los riesgos que en Antioquia son de
diario empleo, ni se apela al crédito sino por excep-
ción. En países de finanzas tan bien organizadas
como lo están las de Inglaterra, toda entidad, toda
compañía, empresa o individuo han de tener, y tie-
nen regularmente, dinero suficiente disponible,
como capital circulante de su industria o activi-
dad; cuando excepcionalmente han menester ape-
lar al crédito, éste se les concede en cambio de
seguridades completas, dando prendas en depó-

sito; o bien por medio de emisiones públicas, o
con hipotecas tan sólidamente aseguradas como
puedan imaginarse. Bien se comprende que con
la inmensa variedad y cantidad de obligaciones
sólidamente aseguradas que existen en este mer-
cado, se han creado prendas de crédito en canti-
dad fabulosa; sólo con los bonos de prenda, por
mercaderías en puerto, hay una circulación consi-
derable; y no hay para que añadir que el factor
personal juega aquí apenas un papel insignificante.
En resumen: aquí conseguirá dinero prestado o
comprará a crédito quien dé seguridades muy sufi-
cientes al efecto, juzgadas éstas con un criterio
que en Colombia no aceptaríamos; y es principal-
mente debido a esto que el interés del dinero es el
más bajo del mundo. El dinero es abundante, pero
a ello contribuye tanto la acumulación de riqueza
en este país, como el hecho mismo de estar tan bien
organizadas la finanzas y la función del crédito,
que los capitales afluyen de todas partes, en busca
de seguridades en su tarea de crecer y multiplicarse.
Llamo especialmente la atención hacia esto, por-
que me parece que no hemos prestado suficiente
atención a ese decisivo factor. El interés en nues-
tro país ha sido siempre caro, y unas veces nos
consolamos de ello atribuyéndolo a falta de ca-
pitales, otras veces a escasez de medio circulante.
Este lo tenemos ahora en abundancia, y si el al-
quiler del dinero no baja del 10 % en las capi-
tales y de algo más en provincias, nos consolamos
atribuyéndolo a la falta de capitales, exclusiva-
mente. Nadie sería osado a sostener que en Co-

lombia exista una superabundancia de capitales, mejor sería decir de capitalización, y es evidente que necesitamos la ayuda del capital extranjero; mas también es evidente que éste irá al país en proporción a las seguridades que seamos capaces de ofrecerle, pues para que los capitales entren en el juego de la concurrencia que abaja su alquiler, es indispensable que exista una absoluta seguridad. Espero poder probar más adelante que en existiendo esa seguridad para los capitales, nuestra propia capitalización sería más abundante y efectiva, lo que a su turno sería un incentivo para el capital extranjero.

*
* *

La competencia comercial que se ha desarrollado en Antioquia, desde el último tercio del siglo pasado, cuando la viabilidad del río Magdalena facilitó el comercio, es algo que carece de analogías. La febril actividad de estos montañeses, su marcada preferencia por el comercio y la facilidad con que conseguían en Europa cuantiosos créditos a largo plazo, determinaron el empleo de multitud de energías en ese oficio, con la consiguiente lucha de competencia por captar la demanda. Eran aquellos los felices tiempos en que la palabra equivalía al más sagrado compromiso, y en que Antioquia disponía de mercados tan extensos para su comercio, que llegaban, por el sur, hasta Popayán. La competencia se localizaba, tanto en los precios, como en los términos del pago, triunfando aparentemente—aunque es muy

dudoso que a la larga—quienes daban al fiado más cantidad y por más largo tiempo. El fiado era el incentivo para la demanda, y aún puede asegurarse que los precios son y han sido consideración secundaria, ya que la más indispensable era y es obtener largos plazos para el pago de la mercadería. Quien anda a caza de clientela, en semejantes condiciones, es claro que no exige seguridades; será más afortunado el comerciante que sepa medir a ojo las profundidades del alma humana y los calibres morales de sus clientes; pero convengamos en que tales operaciones pertenecen al género especulativo; son un juego de suerte y azar.

El radio de acción del comercio antioqueño ha cambiado radicalmente en el curso de los últimos 25 años, pero los métodos se conservan casi inalterables. Cada riel de avance en el Ferrocarril del Pacífico nos ha hecho perder un kilómetro en el radio de acción comercial, hasta circunscribir éste al propio territorio. Ya se ha perdido bastante la confianza en los hombres, a medida que las comodidades de la civilización van entrando como tentación hacia los consumos desproporcionados y suntuosos. Los créditos extranjeros son más cortos y caros. Sin embargo, el afán por apoderarse de la demanda es el mismo, y con la misma táctica.

Hoy, como hace cincuenta años, cuando nacía la industria bancaria, las deudas por préstamos de dinero se negocian y aseguran empleando los mismos rudimentarios y deficientes procedimien-

tos. El depósito de una prenda que dé perfecta seguridad no ha entrado aún en el juego ordinario de las finanzas. El valor del café que se exporta de Antioquia es 80 veces mayor que hace 30 años, y aunque ya se ha conseguido una legislación especial para los Almacenes Generales de Depósito y para los instrumentos de prenda agraria y bonos de prenda, la financiación del grano sigue la rutina hallada o improvisada cuando se exportaron los primeros mil sacos. Tenemos hoy, por añadidura, facilidades especiales para negociar documentos descontables, pero el Banco de la República espera siempre con amplios fondos la clientela que ha de presentarse a descontarlos, lo que hace creer que no existen muchos papeles que reúnan esas condiciones. Si las leyes sobre Almacenes de Depósito y Prenda agraria hubiesen tenido la efectividad de las relativas al Banco de la República y a los otros bancos, el solo depósito de mercancías extranjeras y frutos del país habría dado lugar a tal cantidad de documentos descontables, que esto solo habría dado lucrativo y seguro empleo, no solamente a todos los fondos del Banco central y de todos sus asociados, sino que habría atraído cuantiosos capitales extranjeros, de los que viven listos a viajar en busca de una segura reproducción. Por otra parte, el predominio de tan seguro instrumento de inversión habría contribuido a desalojar los préstamos *al aire*, los descubiertos y toda clase de préstamos inseguros, lo que ciertamente daría por resultado infalible la baja en el interés del dinero.

Hay que decir, por tanto, que, al menos en esta ocasión, el Gobierno, en sus dos ramas ejecutiva y legislativa, se ha anticipado al medio y ha brindado anticipadamente los medios de organizar el empleo del crédito, cual lo requieren otros aspectos de nuestro desarrollo, pero que el ambiente está tan aferrado a los viejos procedimientos y métodos, que tardará muchos años en hacer el recto y efectivo empleo de los medios que la ley brinda para llevar las finanzas privadas a un estado más sano.

Tal como están las cosas hoy, sólo existen, como papeles de inversión que pudieran darse en prenda por préstamos seguros, unos pocos millones de bonos hipotecarios; otra pequeña cantidad de millones de pesos en acciones ordinarias de compañías industriales, que son allá, como lo son en Inglaterra, papeles más o menos especulativos, y unos cuantos millones de acciones ordinarias de la industria bancaria, más o menos especulativos, también; fuera de unos pocos millones en papeles del Estado, recientemente muy valorizados, pero que ya se está pensando en recoger con dineros prestados en el extranjero. Este propósito revelado por el Gobierno Nacional, y muy especialmente por el Ferrocarril de Antioquia, de recoger sus excelentes bonos, con dineros provenientes de un empréstito extranjero, con lo cual se retirarían del mercado bursátil los únicos valores que podrían calificarse, como aquí, con el nombre de *trustees' securities* (o papeles en que pueden invertirse dineros recibidos en administración, sin incu-

rrir por ello en responsabilidad), es lo que ha dado motivo al presente estudio, pues espero llevar al ánimo de quien esto leyere, que el desarrollo armónico del país está impedido por la falta de papeles de esa clase, en buena abundancia.

*
**

Para lograr una sana reforma en los métodos de manejo y dirección de las finanzas privadas se tropieza doquiera con la falta de un papel de inversión inmovible y capaz de inspirar una fé absoluta al hombre de la calle. Como Antioquia ha contribuido con rara eficacia a crear esa atmósfera de falso y peligroso crédito en todo el país; por ser predominante allí, como en parte alguna, el vicio de comprar al crédito y de contraer deudas sin dar las seguridades consiguientes, a Antioquia estudio y me dirijo, afirmando que a ella corresponde la iniciativa en la reforma de crear un instrumento adecuado de crédito y de ahorro, para lo cual le serviría a maravilla el sano nombre creado al rededor de su Ferrocarril, en treinta y cinco años de esfuerzo nunca desmentido por hacer de esa Empresa un templo de devoción para la fé colectiva, y un instrumento de reformas sociales.

Refiriéndome nuevamente a la cuestión agraria, en relación con las finanzas, me permito recordar la observación hecha atrás, respecto a que la propiedad territorial va alcanzando precios excesivamente altos, por falta de otros medios de inversión, lo que viene a absorber o a anular las utilidades de otros negocios. Por la misma causa per-

manecen muchos latifundios individidos y dedicados al cultivo extensivo o espontáneo; al fraccionar esas propiedades se le daría cabida al campesino que cultiva personalmente (podría decirse intensamente) su huerto. Por la misma razón existen tantos propietarios de tierras y tan pocos agricultores verdaderos. Por falta de un medio de inversión adecuado el ahorro no prospera cuanto es posible, o se evaporan los ahorros hechos.

Debería ser un motivo de preocupación de las clases dirigentes, o más bien de los pensadores, idear y conseguir que el público, o como dicen aquí, el hombre de la calle, desconfiado y carente de esa información íntima en los negocios y que da confianza, tuviese a la mano medios de inversión que le inspiren plena confianza, una ciega confianza, para que invirtiese en ellos toda ganancia adquirida, o todo ahorro logrado, que es lo que podría llamarse *fortunas en vía de formación*. Como fenómeno general, que es casi una ley, todo beneficio tiende a emplearse en aquello en que se obtuvo, medio que es el más racional de ensanchar las empresas o los trabajos, pues el beneficio mismo está pregonando la habilidad de quien lo obtuvo, en lo que lo obtuvo. Hay, sin embargo, un gran número de actividades humanas en que no es posible o aconsejable reinvertir utilidades en lo que las originó. Aquello es evidente respecto a la empresa, sea unicelular (como en el trabajador autónomo) o multicelular, como podrían llamarse las empresas en que colaboran o cooperan muchos, como las industriales, comerciales, etc...; pero no es

cierto respecto al individuo que hace parte de esa empresa, sea empleado u obrero, gerente o peón. Se ve más claro esto respecto a los profesionales, empleados públicos y gentes de artes y oficios, en quienes toda inversión del lucro o ahorro implica salirse del campo propio para invadir ajenos campos o perderse en lo desconocido. La división de los oficios y trabajos es algo muy ventajoso y sabio, pero trae sus consecuencias y limitaciones. Por eso es tan fácil ganar como profesional y perder como agricultor; evaporar en empresa nueva lo que se consiguió en la propia habilidad, en el propio oficio. Si todo hombre sirve para algo, nadie sirve para varios menesteres; esto es tan cierto y natural, que la división de los oficios fué la aplicación primera y fundamental del principio de Economía de fuerza, y el no guiarse por ella en la aplicación del esfuerzo hace incurrir en graves sanciones. Me extendería demasiado si fuese a poner ejemplos de cómo la falta de instrumentos de crédito adecuados, y de medios de inversión, provisional o permanente, de las utilidades y del ahorro, nos ponen en abierta contradicción con el principio elemental de Economía, por los caminos peligrosos del juego. Mientras el comerciante en sus operaciones sea comerciante y financista a la vez, sin siquiera exigir a su deudor un documento descontable, que le permita traspasar a otro la operación financiera; mientras ese mismo comerciante sea a la vez propietario de tierras y de casas, ganadero, etc.; mientras el ingeniero y el artesano insistan en salirse de su actividad peculiar para tra-

bajar con sus ahorros; mientras exista, en suma, ese diletantismo petulante que lleva a todo el mundo a invadir actividades que han menester capacidad y entrenamiento especial; mientras exista esa falta de *método*, gran parte del esfuerzo será estéril. Para salir al camino real de los principios científicos es preciso concentrar el esfuerzo, y abandonar el *método extensivo*, tanto en la agricultura, como en toda otra actividad. Al crecer la población, la vida se complica, las relaciones se hacen más complejas, y se hace posible y necesaria la diferenciación.

**

Así como nuestra sociedad tiene el deber de proveer a la debida colocación de los 60.000 jóvenes que entran en función productiva anualmente, también ha de proveer a la acertada inversión de las utilidades y ahorros que resultan anualmente, si no es que estamos patinando en un punto. He ahí dos grandes objetivos, muy concretos, que deberían preocupar a los pensadores, y a todos los que aspiren a la estimación social a título de directivos: encuadrar, de la manera más productiva y eficiente (es decir, obteniendo los mayores resultados), el crecimiento vegetativo del elemento humano y el de los capitales. El «Dejar hacer» o inercia social, tiende a la solución espontánea de esos dos vitales problemas, que es como presumir que los trabajos existentes se ensanchen hasta absorber el aumento de la población y el de los capitales. Un análisis cuidadoso de esta hipó-

tesis haría ver que es tan absurda, como lo es el azar de las circunstancias, como todo lo que no lleva el sello del talento, de la previsión, de la voluntad. Implica, por ejemplo, que todo padre pueda colocar a sus numerosos hijos en su propio trabajo; supone que todo trabajo es ensanchable, o que la población excedente puede moverse al punto en que aparecen nuevos trabajos; que un inmenso número de hombres, que entran como partes insignificantes de una empresa, en su calidad de empleados u obreros, puedan colocar allí mismo a sus hijos y sus ahorros; o que puedan establecer a sus hijos con el dinero ahorrado, pero sin salirse de su habilidad específica, ni hacer incursiones en campos desconocidos.

Dejemos de un lado, por ahora, el problema de dar empleo al crecimiento de la población, por tentador que sea el magno tema, y vamos a la inversión reproductiva de utilidades y ahorros.

La tierna infancia de los capitales es problema social tan delicado como la infancia del hombre. Si fuéramos a hacer la cuenta de la mortalidad infantil de los capitales—si se permite la expresión—quedaríamos aterrados, y nos daríamos bien cuenta de que la *falta de capitales* se debe a esa causa; mueren al nacer, no por vicios o ineptitud de los dueños, sino por deficiencia de organización social. ¿En qué puede invertirse, segura y reproductivamente, una utilidad o un ahorro que carecen de acomodo en aquello que les dió lugar?

Regularmente en una inmovilización, tierras o casas, lo que presenta la ventaja de librar ese capi-

tal naciente de los ataques de los tres enemigos que conspiran contra él: los apetitos del poseedor, que tienden a consumirlo, sobre todo si está en forma líquida, en dinero; el mundo o el prójimo que atenta continuamente contra el dinero ajeno, en una u otra forma; y el demonio del Gobierno, con la inestabilidad de la moneda. Otro atractivo muy grande tienen las inmovilizaciones, y es la valorización espontánea, al amparo de los progresos hechos por la comunidad; pero si todos buscamos la posesión de la propiedad territorial para guarecer los capitales, no es extraño que los precios de ésta sean fabulosos, ni que el producto agrícola haya llegado a convertirse en subproducto del capital invertido.

De paso conviene anotar esta contradicción de funestas consecuencias: de un lado, el ímpetu de la población a inmovilizar los capitales formados; del otro, la perpétua queja de la falta de capital circulante. No es raro el caso del agricultor que, en lugar de reservar sus ganancias como capital de trabajo, compra nuevos territorios con ellas y se queda empréstando dinero con qué trabajar. Este método es muy común en todo género de actividades; se apela en muchos casos a extender éstas en oficios o empresas varias y no bien conocidas, mas bien que reservar el dinero en forma líquida para no tener que apelar al crédito. Se obra como si el dinero propio fuese una brasa.

Pongámonos en el lugar del inmenso número de nuestros conciudadanos que estén en posesión de los primeros mil pesos, como principio de for-

tuna, y supongamos que hemos llegado a convencerlos de que es un error inmovilizarlos, sea con la compra de tierras caras, que no pueden trabajar personalmente, sin menoscabo de la ocupación habitual, o comprando casas de renta, de difícil administración para quien no tiene ese oficio. Si, enseguida, los convencemos de que dar ese dinero a rédito es meterse en otro oficio que requiere conocimientos, habilidad y hasta sensibilidad especial, y de que *emprender* en otra cosa distinta de su ocupación habitual es pecado contra la ley de Economía, que tiene sanciones naturales que ponen en peligro ese comienzo de capital, seguramente les dejaremos lamentándose de no haber *consumido* los mil pesos. Y es que es más difícil conservar el capital que crearlo, y más difícil aún colocarlo de modo reproductivo, dadas las condiciones sociales existentes hoy.

No se diga que es tontera no enviarlo al Banco o emplearlo provisionalmente en un valor mobiliario de los que ofrece el mercado. Vamos por partes. El hombre de la calle no tiene confianza en el Banco; se han quebrado en porcentaje tan alto, que realmente no debemos forzar sus creencias. Los valores de Bolsa existentes actualmente pueden considerarse, sin el menor temor de ofender a nadie, valores especulativos. Ninguno de los valores existentes da al colombiano la impresión de seguridad que da al inglés el papel de su Gobierno, del 4 y del 5 %, semejante a la impresión de confianza que da la fiel esposa. Y eso es lo que necesitamos.

No se dirá que estoy sembrando desconfianza al rededor de los papeles de inversión existentes en Colombia. Los mejores valores industriales, o bancarios, o hipotecarios son considerados aquí, el centro del crédito del mundo, como valores más o menos especulativos; cuanto más los nuestros, sean ellos cuales fueren. Ya diré más adelante qué papeles de inversión aconsejaría. Por lo pronto debo ocuparme en hacer ver su necesidad.

Naturalmente he debido hacer la distinción entre utilidad derivada de un negocio o trabajo y ahorro, que son conceptos distintos. La utilidad se debe a apreciación del capital; el ahorro es abstención, es un sacrificio del presente en beneficio del futuro. No se ahorra por el simple deseo de acumular; el ahorro representa una abstención de consumos, lograda con la fuerza de voluntad que da la visión del venir, pues apenas es lógico que quien disfrute de alguna comodidad actualmente, piense en la conveniencia de procurarse otro tanto permanentemente, recortando el presente para cubrir el porvenir. Quien no ahorra no ve adelante, o no ve con la claridad necesaria que arrastre su voluntad y lo induzca a obrar en consecuencia. Ahorrar es como nivelar la vida, procurarse condiciones de vida uniforme; es alejar las inseguridades del futuro incierto: y ¿qué otra cosa es la vida, sino la lucha por la seguridad? Por lo demás, la diferencia entre el salvaje y el civilizado se concreta en que aquel sólo se mueve al compás de la presente necesidad, mientras éste puede disfrutar anticipadamente del futuro.

Cuanto más se impone el mañana sobre el hoy, más se recorta éste en favor de aquél, por el ahorro y el empleo lucrativo de toda utilidad sobrante. Esto, que es un imperativo categórico del individuo, se realizará en función de las facilidades para realizarlo. El ahorro, como acto de los más voluntarios, no es abstracto, sino algo muy concreto, y tiene efecto al amparo de los medios creados para su realización, dentro de la relatividad de los individuos y de los medios a su alcance. No ahorra únicamente el rico que no alcanza a consumir lo que produce, sino quien logra establecer un desequilibrio favorable entre la entrada y la salida, desequilibrio no producido por el exceso de beneficios, sino por las fuerzas anímicas en acción, iluminadas por esa visión del porvenir que anticipa penas y goces; por eso ahorra más una sirvienta francesa que un intelectual sudamericano, que mira con arrogancia los días venideros; la sirvienta ve mejor y más humanamente su futuro.

Pero el ahorro es factor dependiente de los medios de ahorrar, en relación con la naturaleza humana, y si tenemos en cuenta que de todo se nos enseña en las escuelas, menos a conservar el dinero sin gastarlo, lo que representaría una acumulación de energía y una disciplina de no menor valencia que la mental, habremos de convenir en que es deber social de primer orden facilitar el ahorro creando el instrumento que lo realice. Y en qué invertiría, de modo reproductivo y seguro, el pobre hombre que va acumulando centavo tras centavo? ¿Ha creado, acaso, la sociedad esos maravillosos

instrumentos de atar cada centavo, que aquí vemos en Europa? ¿O deja la sociedad desamparado a ese recién nacido, sujeto al embate de las tentaciones del poseedor? ¿No será verdad que situaciones complejas requieren medios también complejos para sortearlas?

En Inglaterra existe, por ejemplo, la institución del *Saving Certificate* o certificado de ahorro, creado en la guerra para brindar un medio de inversión a las clases pobres y medias, que abocaban, quizás por primera vez, ganancias inesperadas. Ese sistema de ahorro consiste en lo siguiente: Se compran estampillas en los correos hasta por valor de peniques; cuando se completan 15 ½ chelines, se cambia ese valor en estampillas por un Certificado, que al cabo de cinco años vale una libra esterlina. En diez años se han vendido certificados por valor de 750 millones de libras esterlinas, aunque no ganaban sino 2½% de interés, de manera que lo que costó en 1916 al inversionista 15½, valdrá 24 al cabo de 10 años. Hoy, a pesar de haber redimido muchos de esos Certificados, existen en la calle mas de 450 millones de libras esterlinas, y lo curioso es que hay como 20.000 ligas de niños asociados para comprar esos Certificados.

¿Qué medios hemos creado en Colombia, siquiera elementales, para ayudar al pobre en la lucha consigo mismo? El «Dejar hacer» social equivale a esto: si careces de confianza en los Bancos y en las Cajas de Ahorros-muchos de los cuales, desgraciadamente, han dado pésimas cuen-

tas-debes resistir a la tentación de consumir tus ahorros, hasta el momento en que puedas venir a engrosar la inmensa demanda de tierras, único medio de echarle un nudo definitivo a tu naciente fortuna.

*
**

Decía al comenzar que para hallar métodos más racionales de manejo de nuestras finanzas privadas basta apelar a conocimientos elementales en ciencias económicas, bien conocidos por la generalidad, mas desgraciadamente no aplicados. Ya he apuntado cómo se falta al principio fundamental de toda ciencia, el de la Economía de fuerza, al practicar el método extensivo en las ocupaciones, y que corresponde al mismo método extensivo del cultivo de las mentes y de los campos; veamos ahora cómo se falta repetidamente al mismo fundamental principio en los métodos financieros generales de los negocios.

Es innegable que en estas sociedades europeas tanto las clases medias como las bajas han llegado a adquirir un santo temor del futuro, a lo cual ha contribuido, no solamente la educación más generalizada, sino la formación individualista, en que cada cual tiene que bastarse a sí mismo sin contar con el apoyo de parientes y amigos, como sucede en las formaciones comunitarias, como la nuestra. Por eso el adolescente entra a la vida ansioso de conquistarse pronto un puesto estable y de ponerse en aptitud de cubrir su futuro, por medio del ahorro, que no practican entre nosotros ni las clases más

ilustradas. Pero hay que convenir en que estas sociedades han organizado al efecto los medios de realizar ese ahorro, sin que el individuo contravenga a las exigencias de la especialización del trabajo, ni tenga que luchar severamente consigo mismo, para resistir a la tentación de gastar el dinero, brindándole inversiones seguras y lucrativas en inmensa variedad. Se asegura ahora que existen en la Gran Bretaña 15 millones de pequeños inversionistas, y que la propiedad de las acciones de compañías anónimas está tan repartida, que las cinco grandes compañías ferrocarrileras cuentan con 894.000 tenedores de acciones, de los cuales el 56 % no poseen acciones por más de £ 500. Otro tanto pasa con los accionistas de estos inmensos Bancos, pues el promedio de la inversión de cada tenedor no pasa de £219. El caso del inversionista francés es demasiado conocido, y el estudio de la repartición de capitales en uno y otro país muestran muy claramente, no las crecidas ganancias de la gente pobre de estos países, sino su espíritu de ahorro, secundado por una organización adecuada.

Todo hombre, desde el punto de vista de su trabajo, o es una empresa unicelular, o es la célula de una empresa multicelular; siendo la empresa la unidad industrial. Como la Economía Industrial es el estudio de las condiciones en que el trabajo humano ha de producir los más amplios resultados para todos los interesados, inclusive la sociedad misma, encargo que lleva a cabo aplicando a esos problemas la ley de Economía de fuer-

za, con ayuda de la razón comprobada por la experiencia, no es extraño que una de las primeras condiciones halladas al estudiar la fisiología de la empresa industrial, como unidad táctica de la industria, sea que toda empresa debe contar con los esfuerzos y elementos necesarios a su subsistencia; y los elementos no son otra cosa que una instalación adecuada a la producción, y el capital circulante necesario, para que dicha unidad cumpla el ciclo completo de su existencia, que es comprar, transformar y vender. Esto es tan elemental como si se dijese que para que el cuerpo humano subsista ha menester de aire, agua y alimentos. Si el empresario carece del capital circulante necesario, se sale de los principios de la Economía, para andar a campo traviesa, quedando al arbitrio de quien se lo suministre; y si esta situación tiende a volverse crónica en la vida de cada empresa, no es de extrañarse que la incertidumbre y la inseguridad invadan el campo del trabajo; cuando el estado sano de las sociedades es aquel en que todas las fuerzas sociales conspiran en el sentido de conquistar la seguridad y concurren a alejar las sombras de la inseguridad y a despejar incertidumbres. La consecuencia o efecto de trabajar sin suficiente capital circulante es endeudarse, que es un juego por lo ilógico y lo descarrilado de las líneas de la razón. Vivir de prestado es recurso que condena toda sociedad como práctica inaceptable, desde todo punto de vista, por ser infaliblemente ruinosa; ya desde hace mas de 400 años decía a Laertes su papá, al despedirlo para el país de Francia:

«Nunca prestes ni vivas de prestado; pues si prestas el préstamo y amigo pierdas quizás; si vives de prestado malgastarás tu hacienda».

Entre vivir de prestado y trabajar de prestado no hay la menor diferencia; sólo que en sociedades que aún no han tenido tiempo de acumular ese fondo de experiencia en que los principios científicos se incrustan como nociones populares, la simpatía que inspira quien trabaja y lucha parece extenderse a quien, para trabajar, apela a recursos ruinosos, derrotando su objetivo, que es obtener los más amplios resultados. Este hábito de trabajar empréstando dinero está tan generalizado entre nosotros, es tan obvio que para emprender un trabajo no hay necesidad de contar con el dinero suficiente, muchas veces ni para la instalación, que todo el País, especialmente la provincia a que vengo refiriéndome, parece dotado de un impulso a endeudarse, de un *momentum* tal—como dicen en mecánica—que más parece un vicio social, que un recurso extremo que ha de emplearse con precauciones de droga. Que ese impulso es efecto de la deficiencia voluntaria y sistemática de capital circulante, es evidente; que todo colombiano está bien enterado de los principios económicos elementales, respecto al capital de trabajo, no hay que dudar; sólo que en éste, como en tantos otros casos, el colombiano no ajusta su conducta a sus conocimientos, dualidad de ocurrencia harto frecuente.

A riesgo de alargar demasiado este ensayo, voy a tratar de establecer la causa de esta especie de endemia, que se arraiga en el individuo con fuerza de hábito y se propaga como costumbre social. En éste, como en todos, encontramos que los problemas nacionales se entrecruzan, resolviéndose en el de la educación. Salvo opinión más sólidamente fundada, creo que contraer deudas como recurso para poder trabajar sin tener el capital circulante necesario y adecuado, es práctica viciosa que se origina en los resortes de la voluntad; es un método errado que prospera por el contagio de hombre a hombre, al amparo de una escasa fortaleza para resistir a la tentación que implica el dinero disponible. Si la escuela enseñase al niño a conocer y temer el paludismo, la anemia tropical, las enfermedades venéreas y lo ruinoso de endeudarse en cualquier forma, ya sería algo; pero estas vulgaridades del dinero carecen de interés abstracto, y el niño sale de la escuela sin advertir siquiera que la fortaleza necesaria para conservar el dinero, sin gastarlo en fruslerías, será una de sus armas más poderosas en la vida. Se podría medir el éxito que tendrá un niño en la vida por el tiempo que medie entre recibir algún dinero y gastarlo; en algunos el intervalo es insignificante, mientras que otros, capaces de retenerlo sin que les queme la mano, muestran desde temprano el poder de reprimirse, que es todo un índice. Ni se les enseña a resistir esas tentaciones, como actos concretos de voluntad, ni se les muestran todos los peligros del recurso de vivir o de trabajar de prestado, ni

se les ahorran siquiera los malos ejemplos; al contrario, la sociedad entera tiene una alabanza unánime para el uso del crédito, y carece de una palabra de condenación para su abuso; lo común y corriente es endeudarse. Recuerdo que en mis mocedades oí proclamar como un motivo de orgullo para Antioquia el que sus comerciantes disponían de *tres seises* de plazo para pagar las importaciones, y que mientras tanto empleaban el dinero de sus ventas en la agricultura. Supongo que los niños de hoy oirán alabar el que nuestros comerciantes sean tan emprendedores que emplean los beneficios de su comercio en comprar tierras, en lugar de aumentar con ellos su capital circulante y obrar como lo indica la Economía.

Lo curioso de este contagio es que va de arriba abajo; no son los pobres dirigidos, en general, los que claman por crédito; son los dirigentes quienes lo brindan como propaganda comercial, para atraer la clientela. Es peculiar del antioqueño el inducir al cliente a comprar lo que ha menester, y aún lo que no necesita, brindándole créditos; la vacilación del cliente, sea a comprar o a preferir a otro vendedor, se rompe tentándolo con un plazo. En realidad, si fueran a establecerse las compras estrictamente al contado, sobrarían las dos terceras partes del número de los vendedores. El modo como estas facilidades para el pago aumentan los consumos innecesarios, es algo que sorprende.

Y aquí cabe anotar de paso otra de las extrañas contradicciones del carácter antioqueño: de un lado, un sentimiento casi bravío por su independencia

individual, que se traduce en altivez, y en una disposición al sacrificio por conservarla; del otro, la prontitud y facilidad con que da el cuello a las cadenas de las deudas, con que se somete a la dependencia de quienes son capaces de conservar su capital en la forma en que tiene más fuerza viva, en acecho de las oportunidades que les brinda la costumbre de trabajar con dinero ajeno.

Mi tesis es, pues, esta: Los resortes de nuestra voluntad no están disciplinados para vencer las tentaciones que inducen a gastar el capital líquido en consumos improductivos, o suntuosos las más de las veces, o a invertirlo inmovilizándolo otras, como único medio de salvarlo. Es una deficiencia de educación que nos deja ceder a los fines próximos, en lugar de proyectar nuestros deseos en el futuro. El efecto es que la riqueza creada, por grande que sea, nunca llegará a proporcionar suficiente capital circulante, sino a aquellas personas constituídas especialmente para conservar el capital en forma líquida, quienes por razón de esa fortaleza obtienen seguras ganancias en la explotación de la debilidad ajena. Lo que da lugar al endeudamiento crónico no es, pues, la carencia de capitales, sino la deficiencia del *self-control*.

Como esta tesis, hipótesis o tentativa de explicación daría la clave de muchos de nuestros problemas nacionales, valdría la pena de discutirla y de verificarla. Ya sé que muchos no se conformarán con esa hipótesis, y atribuirán la falta de capitales a la de medio circulante, como se ha venido sosteniendo, o al concepto abstracto de nuestra

pobreza como país joven, o a otro concepto no menos abstracto de la falta de ahorro. Como primer prueba de bulto en favor de lo que vengo sosteniendo, podría citar la tendencia de las gentes a invertir utilidades o ahorros en propiedades inmuebles, que serían improductivas si la falta de buenos réditos no estuviese compensada por la valorización de la propiedad. Esta valorización se debe, tanto al progreso de las comunicaciones, como a la gran demanda de tierras, a falta de otros medios seguros de inversión, y como todo método errado es desastroso, el excesivo valor de las tierras parece surgir como una fuerza de equilibrio para tragarse las utilidades de otros negocios; fuera de que esos inversionistas acaparan la tierra sin convertirse propiamente en agricultores, error que también se paga con la carestía de los mantenimientos.

Una simple revista de las condiciones en que se trabaja en diversos peldaños de la escala social, confirmará la tesis de que el capital en su forma líquida quema las manos, como una brasa.

*
**

Observemos primeramente el numeroso grupo de individuos que trabajan por un salario, jornal o sueldo que apenas cubre sus necesidades corrientes, incluyendo peones, artesanos y empleados públicos y privados, y que son como las cuatro quintas partes de la población. Todos ellos reciben su salario por semanas, décadas o meses vencidos. Desde luego se debe notar esta extraña

división de períodos durante los cuales el empleado fía al *empleador* su trabajo: el pago semanal obedece al ritmo de los mercados o ferias de víveres de nuestras poblaciones, pero la década es simple recurso de contabilidad, y el pago mensual de salarios es algo tan insostenible por lo desmoralizante, que no se explica uno como aún se tolera, pues da motivo a bacanales que nos deshonran. Lo natural sería adoptar el período de los mercados, para facilitar al obrero o empleado la recta y más económica inversión de su soldada, y el no hacerlo así es una contribución de la sociedad en el sentido de crearse causas de perturbación.

Supuesto que se le pagase en vísperas del mercado semanal, la inversión del salario se haría con los más amplios resultados con el dinero en mano, y la lucha entre el obrero y la oferta de provisiones y menesteres se establecería con las mayores ventajas para aquél; infortunadamente, casi todo obrero o empleado ha contraído deudas a cuenta del salario que recibe; invierte el salario en pagar esas deudas y contrae otras nuevas para abastecerse. Se vive una semana adelante, descontando el porvenir, reconociendo por ello grandes descuentos. Las familias dejan un gran porcentaje del salario en el juego de las deudas. El límite del endeudamiento es la capacidad de hacerse abrir créditos. La ventaja de aprovechar la competencia entre diversos vendedores queda anulada por la manera de pagar, y el trabajador ha de aceptar las condiciones que se le impongan. Esto se vuelve un automatismo, y el endeudamiento es irremediable

ante la incapacidad del individuo para limitar su gasto al dinero disponible, sin usar la capacidad de comprar a plazo. Ensáyese a romper ese estado de cosas; provéase al trabajador o empleado de capital circulante para vivir una semana comprando al contado, y casi irremediamente resultará que no se consigue otro resultado que permitirle un gasto doble, durante esa semana; ha adoptado un automatismo a la medida de su incapacidad para retener el dinero y comprar al contado.

Ello resulta costoso, como que el vendedor de víveres, de telas y artículos de consumo diario tiene que recargar de modo extraordinario los precios para cubrir las pérdidas, a pesar de lo cual son bien pocos los que resultan gananciosos a la larga. Quien haya estudiado de cerca la vida del obrerismo en los poblados mineros lo sabe muy bien; aunque también es cierto que de los que explotan este vicio del juego de las deudas de las clases trabajadoras, es de donde surgen algunos de los ricos que van a poblar las ciudades.

Quiero insistir en el deber que tiene la sociedad de legislar para organizar la vida y reprimir los abusos. Si el pago mensual, que se les ha tolerado por mucho tiempo a tantas empresas, da lugar a las bacanales de que son una muestra típica los *veinticincos* de Remedios y Segovia, en Antioquia, la existencia de *proveedurías* en ciertas empresas, para pagar en género a los obreros, deduciendo del salario el valor de lo que se les ha fiado, es abuso que no debiera tolerarse a estas horas del

siglo XX. La prohibición de pagar salarios en especie está consignada en la legislación de todo país bien organizado. En Francia existieron esas *proceedurías* hasta que una ley sobre los *économats* desarraigó tal práctica.

La educación tiende a habituar al hombre a posponer goces que se presentan tentadores, en busca de otros más benéficos y lejanos; y es natural que la parte de la sociedad que, por tener que comenzar a ganar el pan desde la infancia, recibe menos educación, se deje halagar, como los niños, por la golosina de que puede disfrutar sin desembolso inmediato, aunque ha de pagarla restándole su valor de lo que debiera dedicar al mero necesario. Aún personas de buenos hábitos y en quienes la previsión ha sembrado ya raíces, se dejan inducir por las tentaciones del fiado, comprando lo que no han menester, las golosinas y efectos más extravagantes e innecesarios. El fiado, indudablemente, es el enemigo, no diré del ahorro, sino hasta de un *standard* de vida decente, por cuanto corroe la moral del individuo y encarece la vida.

Considero uno de mis justos títulos de orgullo, como reformador, haber contribuído a que en la Asamblea de Antioquia se anulase la disposición de policía en virtud de la cual un obrero podía ser reclamado, por medio de la autoridad, para que fuese a pagarle al patrón, en trabajo, dineros o géneros que este le había anticipado, lo que equivalía al servilismo reforzado por medio de la ley. Mas no estoy seguro de que en todos los rincones

de Colombia se haya logrado otro tanto, y hace muy poco tiempo que las haciendas del Departamento de Bolívar se vendían incluyendo en el precio a los peones, a quienes se había servilizado por el anticipo de dineros o de géneros. En un estudio sobre las proyecciones de este vicio social de emprestar y aceptar fiado, no podía omitirse este dato, que muestra a una porción de gentes de la clase directiva, valiéndose del fiado como medio de esclavizar a los más ignorantes.

*
**

Si de este plano de las gentes que han de ganarse su pan, pasamos a otro superior en la escala económica, en que englobemos a los que trabajan holgadamente por cuenta propia, como empresarios o como subordinados que ganan algo más que un pasar, no encontraremos mejores métodos financieros, ni de vida general, ni en el trabajo, pues la costumbre de vivir y trabajar endeudándose no es peculiar de ninguna clase, sino un impulso adquirido en toda la masa social. Si hubiera de ocuparme en revisar cómo se emplea este recurso del crédito en la vida ordinaria de nuestras clases superiores, pagando por ello altos precios, me saldría de mi objeto, que es el endeudamiento como recurso en el trabajo.

Descomponiendo este grupo en otros menores, por orden de oficios u ocupaciones, hallamos la misma nota dominante, que es la carencia o corteidad del suficiente capital circulante para realizar la transformación industrial consiguiente, sea que

se trate de ganaderos, de cafeteros, de importadores, de exportadores o de empresarios de otras actividades industriales o comerciales. O se ha tomado dinero a crédito para surtir de ganados las haciendas, o el ganado es propiedad de un tercero. O se vende el café en flor, o se exporta después de haber girado su valor aproximado. Toda importación o exportación es motivo de la apertura de un crédito, en que lo menos que pasa es que quien lo concede se lleva la flor de las utilidades. Si lo normal ocurriese, es decir, si quien emprende un negocio u operación industrial de esa especie tuviese disponible en su Banco el dinero necesario para la operación, los depósitos en los bancos serían enormes; como nadie quiere optar por este método clásico y seguro, existe siempre una corriente de demanda de dinero incontenible, desbordante; el número de los que se ocupan en negocios tales es exagerado, aunque todo ello resulta caro, pues la multiplicación de riesgos exige buenos coeficientes de seguridad. Añádase a ello que al multiplicarse los empresarios de la industria del crédito, resultan haciéndose ellos mismos la competencia, por medio de la oferta de más largos plazos y grandes créditos, lo que crea una situación bien anómala y peligrosa.

Este grupo que se está considerando es sin duda alguna el que más ahorra, mas lo curioso es que, por lo regular, toda posibilidad de ahorro entraña la apertura de un crédito: «El mejor medio de ahorrar es endeudarse», es dicho muy corriente, cuando lo natural sería que los ahorros viniesen

a aumentar los capitales circulantes disponibles.

No necesito recargar con sombras artificiales este cuadro desolador de nuestras finanzas privadas, pero sí juzgo necesario insistir en señalar dos consecuencias importantes de nuestros errados métodos: La una es que con el uso y abuso del crédito, el interés del dinero y el precio de los géneros siempre serán caros, y el costo de la vida muy alto; la otra, es que una raza que es por naturaleza muy nerviosa, vive con los nervios erizados y en estado de hiperestesia permanente, por la inseguridad creada alrededor de todo negocio de crédito. Alguien decía muy gráficamente que los malos deudores lo hacían dormir sentado.

Al hacer las afirmaciones que vengo haciendo he considerado debidamente el único argumento que podría oponerse, que es éste: el único motivo del fiado es la falta de capitales; pues emprestar dinero o crédito no es sino recurso obligado de quien quiere trabajar con alguna actividad más que la ordinaria. El análisis cuidadoso, no de casos particulares, sino de innúmeras ocurrencias, lleva, sin embargo, a afirmar que este ímpetu hacia el empleo y concesión del crédito, sin las debidas seguridades, es un impulso social adquirido a través de los años y alimentado por un defecto en la educación; es un error de método, más fácil de remediar de lo que parece. La prueba es que en la industria cafetera se han hecho grandes utilidades en los últimos cinco años, sin que ello haya contribuido en lo más mínimo a aumentar el capital circulante de que debe disponer cada cual, para la

producción y el comercio del grano en las mejores condiciones. Tanto las utilidades de esta industria, como las de otras que sucesivamente han tenido su florecimiento y prosperidad, no han servido, en lo general, para aumentar el abasto de dinero disponible, sino que regularmente los valores creados se invierten en tierras, dando a la propiedad inmobiliaria valores absurdos. A pesar de los precios altos del mercado de café, podría afirmarse que las utilidades netas de hoy quedan anuladas por los altos valores de las riquezas en que se invierten usualmente, ocurriendo un fenómeno que podría llamarse de reabsorción. Los precios de la propiedad raíz—único medio de inversión segura— se inflan al compás de la demanda, para tragarse las utilidades de todo otro negocio. Precisamente mi propuesta fundamental para resolver esta multitud de fenómenos que vengo estudiando, es crear un medio de inversión de utilidades y ahorros.

*
**

Cuando quiera que se ha pensado en crear este instrumento de inversión no han faltado las voces de advertencia de quienes temen que con ello «se le reste dinero a la industria»; aún entiendo que el propósito declarado por los directores del Ferrocarril de Antioquia, al ordenar la redención prematura de los bonos ferroviarios emitidos, empleando para ello dinero prestado en el extranjero, fué el de volver ese «dinero a la industria». Se parte, desde luego, de la base falsa de que quienes

han de cambiar obligadamente sus bonos tomarán una de estas posibles alternativas: o ponerlos a interés en depósito permanente en un banco; o en préstamo privado, a quienes vayan a implantar o a ensanchar una industria; o invertirlos ellos mismos en alguna actividad industrial. Lo primero no ocurre muy usualmente, por falta de confianza en los bancos; lo otro equivale a ejercer el inversionista actividades que desconoce, en que no es experto. Y se pregunta uno ¿qué derecho tiene la sociedad para procurarle de ese modo dineros «a la industria»? ¿y qué ventajas representa para la misma, ésta de cerrar puertas a quienes poseen algún dinero que no pueden manejar personalmente, para obligarlos a una inversión determinada? Lo natural, lo lógico y lo conveniente sería que esa misma sociedad creara un medio de inversión fácil y segura, que fuera como un foso de refugio de toda fortuna tímida, rodeado de varios cercos de trincheras de defensa. Lo natural es que, ante la inseguridad reinante, y que amenaza toda fortuna en formación, la sociedad se agrupara por orden de densidades de defensa, como quien dice; como lo hace el ganado en los Llanos Orientales, al verse amenazado: en la periferia amenazada los de mejor cuerno.

Mejor se realizaría ese propósito de dejarle dineros a la industria cortando de raíz el hábito indisculpable de nuestras entidades oficiales, de abrir créditos bancarios a corto plazo para inmovilizaciones, sea en empresas oficiales de servicios públicos, o en edificios, reformas y otros trabajos

que, aunque puedan considerarse reproductivos, no justifican el préstamo a corto plazo, y sí hacen verdadero daño a la industria, encareciendo el abasto de dinero. Hágase la cuenta de lo que adeudan, en el solo Departamento de Antioquia, en prestamos a corto o largo plazo, tanto el Departamento como los Distritos, y se verá la competencia que las entidades oficiales están haciendo a la industria en el mercado de dinero. El Departamento, por ejemplo, vive dando el nada edificante espectáculo de prestar de urgencia en los bancos, y a cortos plazos, para la construcción de edificios, no obstante que sus recursos fiscales han crecido hasta ser hoy casi el triple de hace diez años; es decir, que mientras más gordo es el presupuesto, más fácil y frecuentemente apela a recursos reprochables, con visible perjuicio para la sociedad. Es el hábito de adquirir deudas como método ordinario de vida; obedece al impulso general.

No solamente se oyen deprecaciones contra los «perezosos rentados», refiriéndose a los que invierten su dinero en algún papel de bolsa, sino que se considera un deber social invertir el capital de tal modo que ello obligue a los herederos a trabajar, sin derivar una renta independiente del trabajo personal. Es otro supuesto que sólo llega a ser real en algunos casos. No es natural que la aptitud y energías del hijo dependan del modo de inversión del capital que hereda; es lo natural y deseable que los hijos aprovechen la experiencia del padre, y sigan empleando su esfuerzo en el

mismo negocio u ocupación; pero un heredero inapto para proseguir los negocios del difunto, o un hijo a quien le fastidie el trabajo en las propiedades que hereda, eludirá fácilmente toda precaución. Más cuerdo sería que los capitalistas invirtiesen al menos parte de su fortuna en papeles de inversión de fácil manejo, y cuya renta sería como un mínimo de comodidades, que se sustraería del movimiento de los negocios usuales, y de las inseguridades consiguientes, para el sostenimiento de las familias. La práctica de dejar a los herederos una casa de habitación, que no es sino un capital convertido en riqueza improductiva, es una bella tradición, pero muy costosa. Más económico sería reducir los gastos de vivienda, e invertir el capital restante—que regularmente son economías de toda una vida de privaciones—en el papel de renta que estoy proponiendo que se cree.

*
**

No obstante que la sed de información se generaliza cada día más en nuestro país; que las lecturas de obras sólidas no están reservadas ya a unos pocos iniciados, y que los estudios profesionales cobran cada día más prosélitos, es muy de temerse que el espíritu rigurosamente científico y lógicamente metódico no haya al mismo tiempo echado raíces hondas en las mentes, lo que permitiría esperar que nuestro proceso civilizante sea verdaderamente sólido, aunque se efectúe con la lentitud del crecimiento de árbol de madera fina. Nuestros verdaderos pensadores no dejan de mos-

trar algunas inquietudes ante ciertas manifestaciones del proceso de nuestro desarrollo, ni de preocuparse de que tanto y tan costoso esfuerzo, y tan precioso tiempo, puedan malgastarse en modificaciones superficiales, que no impliquen modificación de los espíritus, ni aproximaciones reales hacia la verdad. Es muy de temerse, por ejemplo, que el conocimiento se acumule sin modificar sensiblemente el juicio; que el libro nos aparte de la realidad, en lugar de acercarnos a ella o facilitar su acceso; que el saber se convierta en una arma de defensa, sin quebrantar en lo más mínimo las apetencias vulgares o de satisfacción inmediata, en beneficio de lo lejano y trascendental; que la cultura del individuo se traduzca en simples formas o maneras, dejando intacto el militarismo que yace en el fondo de todo pueblo nuevo; o, finalmente, que en lo intelectual se produzca esa monstruosa dualidad que se observa en otras de nuestras manifestaciones, y en virtud de la cual el pensamiento va por un lado y la conducta por otro. De no cubrir debidamente esos flancos débiles, correremos el peligro de que nuestro proceso hacia la civilización tome un aspecto simplemente aparential o material que deje intactos los espíritus. A ello contribuyen eficazmente las auras populares, que así ensalzan los triunfos fáciles, como dejan inadvertidos los esfuerzos serios, persistentes y silenciosos; y a ello puede contribuir con dañina eficacia el espíritu un poco imitativo y un bastante deductivo que predomina entre nosotros, y que tiende a elevar a la categoría de inducciones cien-

tíficas dichos, frases o sentencias descubiertos por la sabiduría popular, consagrados por el trascurso del tiempo, sin previo examen, y que sirven como de principios de que cada individuo saca las conclusiones que han de informar—o justificar—su conducta.

En Antioquia, por ejemplo, tenemos varias sentencias y aún juicios preparados de antemano por la sabiduría de los siglos debidamente acumulada. Son muchas las iniciativas que han caído al dicho de «Aquí la química no sale», y que parece un específico social para canalizar las actividades en la tarea de copiar el triunfo ajeno, y flagelar «cuanto tiene visos de novedad», como decía Mon y Velarde. El acervo de sentencias de que dispone el concepto general para castigar toda desviación de la normal es tan numeroso como cáustico, y corresponde exactamente a la tendencia a acentuar los caracteres de la raza; pero por no desviarme del asunto, echo mano de este otro, como ejemplo: «En el camino se componen las cargas», específico patentado como pasaporte a toda improvisación, en lugar de la previsión y el cálculo. «Quien no arriesga no pasa la mar», se dice a toda persona que vacila en echar una suerte, o en dar «un salto en el vacío», como dicen los ingleses. Ya había citado otro que viene muy al caso de este ensayo: «El mejor modo de ahorrar es endeudarse», que equivale a conseguir acreedor del dinero en perspectiva. Ahora tenemos otro que se está incrustando en las mentes con persistencia de propaganda proselitaria, y al

amparo del prestigio financiero de Pérez Triana: «Un pueblo se mide por lo que debe», y con variantes y glosas de la misma sentencia, como la de «hay que endeudarse», se le da un ímpetu al pueblo colombiano para que recobre el tiempo perdido en emprestar, y reanude sus asientos en el «Gran libro de la deuda».

*
* *

No es mi intento oponerme a la corriente general de opinión que pide que se contraigan deudas en el extranjero para la prosecución de nuestras obras públicas, ni siquiera entibiar el calor con que esto se pide; mas, en la línea de consideraciones que vengo haciendo, me pregunto hasta dónde es ese el mismísimo ímpetu, en el sentido de endeudarse, y que viene dominando en los negocios y trabajos internos; y hasta dónde los compromisos externos que vamos a contraer serán de menos nocividad para el alma nacional, que lo han sido— a mi entender y según lo vengo exponiendo—nuestros métodos financieros en lo interior. Además, ya que todos hablan de crédito exterior, como recurso corriente, y no como expediente extremo y excepcional, se excusará que alguien que está al margen de la opinión, pero en meditación sobre los diversos aspectos y problemas de la vida nacional, inserte dos consideraciones que no encajan mal en el tema que se viene desarrollando.

La teoría del empréstito no deriva de la penuria ni del apuro del momento, sino de todo lo contrario; en sanas finanzas, se da crédito única-

mente a la persona o entidad a quien le resulta un superávit periódico, que destinaría al servicio del empréstito, consiguiendo la simple ventaja de ejecutar de modo rápido y barato, con ese recurso extraordinario, lo que de otra manera gastaría en ejecutarse los años en que los superávits sumados den el gasto de la obra, recargados con el interés muerto y gastos generales del retardo. Moralmente hablando, el superávit es una gran garantía, pues lo es de abstención en los gastos, de orden, de método, de refrenación de apetitos momentáneos. Y ante la actitud de los representantes del pueblo, encargados de ordenar los gastos públicos; ante ese apetito desordenado con que se distribuyen las entradas, se pulverizan los recursos y se autorizan empréstitos para llenar deficiencias, todo lo cual es erróneo e inadmisible en sana razón, pero que se subsana con reajustamientos interiores, no deja uno de preguntarse cómo es que no va a ocurrir otro tanto, pero de consecuencias distintas, con los grandes compromisos en el exterior. No es esa la atmósfera sana, de restricciones, abstenciones, sacrificios y dominio de sí mismo que precede al préstamo sano y que asegura su servicio, sin crear inquietudes. La ley restrictiva del presupuesto vive en tanto peligro como un merengue en la puerta de una escuela. No somos esclavos irrestrictos de la ley, como no somos esclavos de la verdad, y ni una ni otra admiten contemporizaciones, a que somos tan dados. Esto por una parte.

Por la otra, el préstamo es una ayuda, una dro-

ga, un esfuerzo de afuera hacia dentro, y es claro que el efecto que buscamos con un empréstito exterior debiera ir acompañado de un esfuerzo que sea muy nuestro, que brote del alma nacional. ¿Cuál es el efecto deseado? Alcanzar un más alto nivel moral e intelectual, por el intermedio de un más alto nivel económico; se trata de conseguir unos reales para impulsar nuestros medios de comunicación, con el fin de facilitar el trabajo que nos ha de hacer mejores; y no seremos mejores, sino acaso peores, con la simple aplicación de un parche. Hagamos, pues, algo que sea nuestro; un esfuerzo en consonancia con esa ayuda que pedimos al exterior; hagamos un sacrificio común, venzámonos a nosotros mismos, cada día un instante; dejemos un vicio común, abstengámonos de algo, refrenémonos; reemplacemos, aunque sea poco a poco, la educación negativa que nos lleva a endeudarnos tan fácilmente, por la positiva de bastarse a sí mismo y luego superarse; abstenernos primero de emprestar, y luego ahorrar; así podremos brindarle al Estado, no solamente un ambiente sano, de sanas finanzas, sino perspectivas de crédito interno inmensas, inimaginables.

Una transformación semejante valdría más que todas nuestras «riquezas naturales», y tendría más efecto que la construcción de miles de kilómetros de vías férreas; mas, siendo de imposible realización cuanto se dijera a este respecto, me limito a concretar las aspiraciones de reforma a esto: Que de cada tres pesos que gastemos en ferrocarriles y puertos, uno siquiera proceda de empréstitos in-

ternos. Sería una bella adición al capital nacional; sería un motivo del respeto que debemos inspirar al prestamista extranjero, y eso sí sería progreso legítimo.

Lo repito: desde mi punto de vista (que puede ser perfectamente errado), valdría más al País la construcción de 100 kilómetros de vías férreas con dinero suplido por el crédito interno, que la de mil con empréstitos extranjeros. El efecto moral que produciría lo primero sería incalculable, comparado con la simple influencia material de lo segundo.

Esta aserción, que a muchos parecerá tan aventurada como discutible, es un acto de fé, derivado del estudio de nuestras grandes dolencias, que son las que han suscitado nuestros grandes problemas. Con sólo poner en orden, y al hilo de la ciencia más elemental, nuestras finanzas privadas y las públicas; con sólo aplicar rigurosamente en el trabajo las reglas económicas que se derivan del principio de la Economía de fuerza, resultaría la necesidad de organizar el crédito interno de nuestras grandes entidades oficiales, con la correspondiente emisión de obligaciones de primer orden en que se invertirían los beneficios y ahorros; entre tanto, la industria privada, tras una reorganización financiera en concordancia, se pondría en capacidad de inspirar más confianza, y con estudio más riguroso y serio, prospectaría nuevas empresas e industrias, que no lleven tan fácilmente al fracaso. El Estado tiene suficientes obras de carácter reproductivo, y suficientemente prospec-

tadas (o en vía de serlo mejor), para absorber lucrativamente esos dineros y dos tantos más de dinero extranjero. Logrado eso, cesaría la gran presión que da valor tan elevado hoy a la propiedad inmueble; las tierras de labor bajarían de precio, y se subdividirían adecuadamente; retiraríanse del gremio agricultor innúmeras gentes carentes de vocación, de tiempo y de capacidades adecuadas para ocuparse en esa industria; cada cual se retiraría a su propio oficio, haciéndose más fuerte en él, y concentrándose, desde luego, en lugar de dispersarse en busca de trabajar sus ahorros, por falta de inversión adecuada; y, en suma: estableceríamos condiciones reales y efectivas para la división del trabajo, que es una diferenciación necesaria para el verdadero progreso.

*
* *

Si las consideraciones hasta aquí expuestas fuesen ciertas, querría decir que hay necesidad y posibilidad de organizar en bien de todos—y como escalón indispensable del progreso—el crédito interno. El lograr organizarlo, creando obligaciones que inspiren una fe ciega al hombre de la calle, sería una obra maestra de ingenio, de juicio acertado y de buena fé; no sería, ciertamente, tarea del primer advenedizo, y se corre el riesgo de crear un papel de segunda o tercera clase, errando el tiro, con el peligro de aumentar la desconfianza reinante. Desde luego no es el suscrito el llamado a dar las normas del caso, que resultarían mejor de la contribución de muchas capa-

idades y prestigios, nada escasos en Colombia, por cierto; mas juzgo un deber anticipar algunas consideraciones que quizás contribuyan a hacer más inteligible el resto de este ensayo.

Lo más esencial, o fundamental, es que el instrumento que se cree—por la Nación los Departamentos y aún los Municipios—inspire una confianza indiscriminada, absoluta, como la que el hombre busca en su esposa. Esto mismo es lo que pide el prestamista extranjero; sólo que somos más dados a ofrecer y dar a éste lo que sistemáticamente negamos a los nuestros. Si Colombia hubiese hecho en el interior el mismo colosal esfuerzo que viene haciendo hace veinte años, por mantener limpio su crédito en el exterior, las limitaciones que *todos* nos habríamos impuesto para lograrlo—Gobierno, Prensa y Contribuyentes—nos habrían regenerado. Se confía demasiado, sin embargo, en los reajustes interiores, y se reserva el esfuerzo genuino para darlo al extranjero, del mismo modo que se cuida de que la moneda conserve un valor externo estable, sin importarnos el valor interno de ella. El desgaste de fé que ha venido sufriendo Colombia debe cesar, comenzando por dar nueva organización al crédito interno. Para ello nos bastaría llenar sinceramente las tres condiciones bien conocidas para hacer una buena confesión.

La Nación, tras los benéficos resultados que le han traído las leyes dictadas a consecuencia de los trabajos de la Misión Financiera, está preparada hoy para un movimiento semejante, siempre

que el augusto Cuerpo Legislativo quiera entrar en este camino, que es de sacrificios y de privaciones. El Banco de la República podría ser un auxiliar de primer orden, lo mismo que el Consejo Nacional de Ferrocarriles, entrelazando su acción de modo que el inversionista vea levantarse como una triple trinchera que defienda sus intereses contra ciertas inconsecuencias e irresponsabilidades colectivas.

Con la satisfacción con que el médico observa la aparición de una yema carnosa sana en medio de una úlcera crónica, me complazco en ver en el Ferrocarril de Antioquia un núcleo departamental de primer orden para la creación de obligaciones de inversión del más alto rango. Una tradición de fiel y sincero cumplimiento de las obligaciones, desde hace treinta y cinco años; una organización dotada de elasticidad comercial, que nada merma la recta fiscalización; métodos de eficiencia al interior y al exterior; la vigilancia estricta de un pueblo celoso de esa creación; todo ello hace esperar que esa Empresa está en condiciones de no desdeñar el alto papel social que le corresponde, de hacer una buena emisión de bonos ferroviarios que tendría, por lo demás, otras líneas de trinchera de defensa, en el crédito de ese Departamento.

Cuanto a amortización, noto que en todas las emisiones hechas recientemente se ha entrado «como el soldado que por primera vez entra en batalla», es decir, preparando la retirada, estableciendo condiciones de redención prematura, tanto

por que se espera siempre—y ha tantos y luengos años—una merma del interés, como porque eso se estima un halago para quien va a invertir en esos papeles. Lo primero es anhelo que el pasado ha probado irrealizable, y el razonamiento *a priori* haría ver que es infundado, pues el interés no bajará sensible y generalmente, mientras no se establezcan condiciones de mayor seguridad, que son aquellas en que el acreedor no queda en manos del deudor, como se pretende. La próxima amortización de un papel de bolsa es ventajosa cuando éste se consigue con descuento y la amortización se hace a la par; en Londres no se considera muy deseable la pronta amortización de un papel que está a la par, porque ello obliga a un cambio de inversión, lo que implica la resolución de un nuevo problema. Lo que hace estimable un papel, en la generalidad de los casos, es la confianza, que le da el doble carácter de ser una inversión y al mismo tiempo convertible fácilmente a dinero en el mercado.

Está bien que se halague al prestamista extranjero, si se quiere, con *hipotecas* de nuestras rentas nacionales, que no lo son realmente, por no dar a la garantía el carácter de prendaria; los colombianos, estoy seguro de ello, no exigiríamos ni hipoteca ni prenda; bastaría rodear el servicio de las deudas de precauciones que inspiren plena confianza; la triple trinchera de que hablaba antes, para premunir al inversionista contra las veleidades y descuidos legislativos.

Cuanto al interés, es tan relativo respecto a es-

pacio y tiempo, que me limitaré a una breve observación. Bien vale la pena establecer un interés que sea 1 % anual más alto que el que se consiga en el extranjero, aunque no fuera sino como prima para el ahorro, y prima de seguridad contra complicaciones extranjeras; aunque también podría considerarse como prima de seguro contra la balanza comercial desfavorable, con sus consiguientes repercusiones en el cambio exterior.

Al calcular el interés *real* de nuestros empréstitos extranjeros se tiene en cuenta la influencia del descuento inicial, a la corta y a la larga, es decir, que un empréstito de 7 % anual, en que no se reciben sino 83 por cada 100, sale a la corta al 8,2 %, y que teniendo en cuenta que se repaga valorizado, puede salir al 9 %, juntando la valorización y los otros gastos menores; pero nunca se hace el cálculo del interés efectivo que se paga por cada una de las cuotas de amortización, consideradas como préstamo separado cada una. En el primer caso se calcula un *promedio* de interés en todo el tiempo del préstamo; mas hay que tener en cuenta que todo promedio supone una hipótesis de generalización que nada tiene de real. Lo otro, calcular cada amortización anual como un capital separado, cuyo interés conviene averiguar como *hecho* real, da una idea más exacta. Como en Colombia se da la preferencia al interés nominal bajo, con alto descuento inicial (olvidando que pueblos de mayor crédito, como Chile y Brasil, han prestado hace poco a las ratas más reales de 7 ½ y de 8 %), y aún se establece la

amortización a la par, el lector podría hacer, con una simple operación aritmética, la cuenta de lo que paga realmente por interés de las sumas que se van reembolsando año por año, y vería que si al final de la operación el interés es aceptable, los bonos que se amortizan en los primeros años resultan pagados a un interés de preñería.

También convendría simplificar nuestros empréstitos internos, no ofreciendo el pago mensual de intereses; son estos halagos anormales para el público normal y, junto con la redención paulatina, complican la administración de las rentas. La redención al cabo de diez o más años está más de acuerdo con la inversión que el Estado va a dar al dinero, y el dividendo semestral está más dentro de las vías usuales.

*
**

Sea de ello como fuere, y dejando el estudio de los detalles y procedimientos de creación de buenos papeles de Estado al cuidado de expertos en tales materias, no quiero cerrar este ya largo estudio sin dejar constancia de que por dondequiera que he abordado la multitud de problemas de cuya acertada solución pende la rata más o menos acelerada de nuestro progreso y mejora, he tropezado con la falta que nos hacen, además de un cambio sustancial de métodos de economía en el trabajo, ciertos instrumentos de crédito, cuya creación responde a necesidades tan hondas, que sin ellos toda solución resulta remedio de emergencia. Esos instrumentos son:

El bono interno.

El bono de prenda, con su correspondiente certificado de depósito, por medio del establecimiento de los Almacenes Generales de Depósito, ya autorizados por una buena ley.

Un instrumento que dé fé de cada venta al fiado y que sea descontable, como lo serían las letras domiciliadas, cheques, o lo que aconsejen los juristas especializados en cuestiones comerciales.

Esos bonos e instrumentos negociables tendrían otra virtud, fuera de la que les es propia, y es la de permitirnos establecer el crédito prendario, para reemplazar el hipotecario, que es el terror de las familias, y el factor personal en el crédito, cuya preponderancia en nuestras transacciones tiende a invertir los valores, como la intriga en política tiende a anular el mérito verdadero.

En cuanto al cambio sustancial de métodos, repito que consiste esencialmente en dos orientaciones que no son sino la recta aplicación de dos principios económicos:

Por una acción educativa aplicada desde la más tierna infancia, habituarse a conservar el dinero sin que queme en las manos, de manera que cada trabajador guarde el capital circulante necesario para el ciclo de la transformación que ejecuta, sin apelar al dinero ajeno, sino como recurso extremo y reconocidamente peligroso. Basta educar las voluntades en ese sentido concreto.

El otro principio económico es el de la repartición de las ocupaciones, y que está englobado en el de la división del trabajo. Por él sabemos que

si todo hombre sirve para algo, nadie sirve para varios oficios u ocupaciones; generalizando más, puede afirmarse que si en lo intelectual nos viene dando tan pésimos resultados el cultivo extensivo de las mentes, que produce *dilettantes* y *amateurs*, pero nunca expertos, la falta de concentración en el trabajo se estrella contra la ley apuntada, con las sanciones consiguientes, que en la línea de estas consideraciones no son otras que la evaporación de las fortunas nacientes. Esa dispersión de facultades se evitaría, en gran parte, dando al público un buen papel de Estado, que permita el empleo lucrativo de beneficios y ahorros, sin que el dueño tenga que salirse de la actividad que le es peculiar.

Londres, Junio de 1926.

LA AGRICULTURA Y EL COSTO DE LA VIDA

He aquí otro de los grandes problemas colombianos, puesto que nuestro País es esencialmente agricultor. Si miramos al interior y a sus consumos, encontraremos que la mayor parte de nuestra actividad se emplea en sacar unos cuantos frutos de la tierra y en elaborar unos pocos de éstos para adecuarlos al consumo. Si miramos al comercio exterior, vemos que lo importante de nuestras exportaciones consiste en frutos de la industria agrícola o de la extractiva, pues la minería da bien poco hoy, sea para el consumo interior o para exportar.

De ahí que, a la hora de invocar apoyo para la industria agrícola, sea en la prensa o en los cuerpos deliberantes, no haya nadie que se niegue a prestar su concurso y a mostrar su buena voluntad; las voluntades están siempre listas, los sentimientos e intereses allá nos llevan a todos; sólo que los medios de lograr un impulso que todos queremos y deseamos dar a la industria agrícola no se presentan a la mente como evidentemente eficaces; quizás se deba ello a que regularmente

se intenta abordar problema tan complejo aisladamente, en busca de un remedio específico, siendo un problema vital que está entrelazado con todos los otros y cuya solución es más necesaria e imperiosa a medida que andamos en la vía del progreso. Cualquiera convendrá con nosotros, ciertamente, en que no basta aprender la mejor nutrición de las plantas y de los animales de que nos servimos como vehículos de producción, ni el conocer mejor las enfermedades que las afectan y hacen desmerecer su rendimiento; sin esas tecnologías ningún avance firme y completo podría obtenerse, mas ellas solas nos dejarían casi en el mismo estado en que hoy nos hallamos. El problema linda por todas partes con todos nuestros problemas nacionales; se trata de una deficiencia afectada por todas nuestras otras deficiencias. No es un problema técnico, sino industrial, en que han de concurrir, a la par que buenos procedimientos, doctrinas, ideas y métodos. Agricultura parece ser un término que participa de la abstracción a donde solemos llevarlo todo; parece más exacto hablar de la industria agrícola, que, con sus derivaciones comerciales, es casi la única del País; o si se quiere de la empresa agrícola, sea ella unicelular, cuando se trata del campesino autónomo, o multicelular, cuando se constituye en la forma compleja en que entran un empresario con subordinados. La empresa agrícola tiene forzosamente que ser un centro a donde confluyen distintas fuerzas, cuya resultante es el provecho buscado, y es, por tanto, natural que sea necesario,

al tratar sus problemas peculiares, examinar y determinar la influencia de cada una de esas fuerzas.

En la empresa agrícola, como en toda otra, entran elementos y esfuerzos; estos no son mano de obra únicamente, o brazos, como se dice comúnmente, sino dirección, métodos, doctrinas, ideas, conocimientos, tecnologías; ¿cómo hacer a un lado estas fuerzas? Toda empresa es esclava de la demanda, a que debe su subsistencia; ¿cómo hacer a un lado esa consideración? Los elementos no son la herramienta y las máquinas; ¿cómo dejar a un lado los problemas del orden financiero que sobre ella obran? ¿Es acaso ese problema indiferente a los de repartición de la propiedad, y a los de seguridad? No hay duda de que el único modo de abordar debidamente el asunto es el de buscarle todas sus relaciones y aspectos, como pasa con todo lo que a la industria se refiere.

La Demanda

No junte el lector este concepto con el de oposición, como es usual, y nos entenderemos mejor. Estamos colocados en el centro de la producción, que es oferta, y mirando en rededor no vemos sino demanda, es decir, mercado, salida para el producto agrícola, y bien puede decirse que si no hay circunferencia, no habrá centro. La industria sólo es posible en habiendo una demanda, actual o potencial; demanda es lo único que no ha podido inventar el hombre, y es muy seguro que primero resolverá otros problemas, como el movimiento per-

pétuo. Por eso es música celestial la que nos dan los estadistas que hablan de nuestros baldíos como medio de resolver dificultades; las tierras son baldías porque lo que produzcan carecería de mercado, y el hombre corriente no trabaja sino para satisfacer necesidades ajenas, en cambio de lo cual obtiene con qué satisfacer las propias.

La empresa agrícola es, pues, esclava de la demanda, como toda empresa, que compra y transforma para vender; y efectivamente la escasez de mercados es el mal de que ha sufrido nuestra industria madre. La falta casi completa de vías de transporte *fácil y barato* (sobre este par de palabras conviene volver después) tiende a reducir el mercado al abastecimiento del consumo local, con todas sus consecuencias, viniendo a quedar cada lugar productor en el estado en que se encontraban las ciudades de Europa en la época de la economía cerrada. El productor queda así a dos pasos de la ruina, pues la peor calamidad que podría acaecerle sería una buena cosecha general. El campesino de marras no pedía una buena cosecha para él, sino una mala para los vecinos; por eso en algún lugar sabían que el precio de la panela iba a bajar con solo ver humeando la chimenea del único ingenio de ese lugar. Difícilmente llegaríamos a darnos cuenta exacta de los fenómenos, no diremos económicos, sino sociales, que provoca la superproducción en pequeños centros productores, pero aislados. Comparando el hoy con el ayer, bien podemos enorgullecernos de las 120.000 toneladas de café que exportamos

anualmente, y de los 15.000.000 de racimos de bananos que salen por Santa Marta; mas eso es nada comparado con nuestros consumos interiores. Suponiendo que cada colombiano consuma sólo dos kilos diarios de alimentos, montarían a 12.000 toneladas diarias o cuatro millones y tercio de toneladas anuales, los consumos de víveres en Colombia, que es un país del tamaño de Portugal, España, Francia, Bélgica y Holanda reunidas, y con menos población que la más pequeña de estas nacionalidades, pues Bélgica cuenta con ocho millones de habitantes. Aunque bien podría sostenerse que las nueve décimas partes de nuestra población se hallan comprendidas en una area continua de la cuarta o la tercera parte del total que encierra nuestra patria heredad, el efecto de la escasa densidad se acentúa por el hecho de la incomunicación, de modo que puede afirmarse que seis millones de habitantes están agrupados en unos cien centros de producción y consumo, tan aislados unos de otros, que bien puede sobrar el arroz en Pasto y carecer de ese grano Popayán; como puede estar la panela a precio vil en Cocorná y cara en Medellín, por falta de condiciones que establezcan esa a modo de solidaridad comercial que da fluidez a las mercaderías y las hace moverse como en vasos comunicantes. En semejantes condiciones es natural que un don, como lo es una cosecha abundante sea la ruina de muchos; que la iniciativa y espíritu de empresa de unos sea el castigo de otros: que una estación lluviosa desar-ticule los mercados, aumentando la incomunica-

ción, y que el beneficio de un aumento cualquiera en el poder de compra de la población quede anulado por la deficiencia de la producción agrícola para adaptarse a esa nueva condición.

Decíamos antes que estas economías cerradas de pequeños centros aislados de producción y de consumo dan lugar a fenómenos no sólo económicos, sino sociales; y, efectivamente, si ahondamos un poco, encontraremos cuán expuesta a dificultades, fricciones, y aun intranquilidad social está la vida del productor que sabe de antemano a quién va a verse obligado a vender el fruto de sus labores, por tener que moverse en un medio excepcionalmente limitado. Es una lucha de aldea en que el comprador juega con los productores como un gato antes de comerse el ratón; en que entran en juego de lado y lado hasta las más bajas pasiones; en que se subleva la altivez que es nuestra herencia común, dictando resoluciones desesperadas que no son, ciertamente, favorables a la mayor productividad del trabajo. Un ejemplo bien claro de esto podríamos encontrarlo en los intentos de cultivo de algodón que se han hecho en el interior del País, en donde apenas si existen media docena de compradores de esa hebra en todo el haz central del territorio. Ya se figurará el lector que, a menos de ser verdaderos santos varones a prueba de toda tentación, y verdaderos benefactores bien conscientes de todo el peso de una misión social grandiosa, los directores de tres fábricas hiladoras de Medellín y de las otras dos o tres del oriente colombiano, obrarán como usufructuarios de un

monopolio de hecho, bajo cuya acción entra voluntariamente todo aquel que intente ese cultivo; y apelamos al sentido común del lector para que nos diga cuántos colombianos irán a ponerse a tiro de que esas empresas los fusilen. Conviene, por consiguiente, ver este asunto del cultivo del algodón por su faz fundamental, que es la de la demanda; error grave sería dejarse llevar por los consejos de quienes diagnostican un cambio simplemente procedimental, relativo a la nutrición y semillas de esa planta. Ello es bueno y aún necesario para obtener los más amplios resultados; mas la existencia misma de esa industria no será viable mientras no se cubra bien el flanco de la demanda, dotando a ese artículo de mercado en condiciones de universalidad, es decir, sin contactos personales que puedan excitar pasiones extrañas a la industria. De ahí la situación privilegiada en que se hallan la Costa Atlántica y el Valle del Cauca, para compensar con el cultivo de esa fibra la ventaja que les lleva el interior en el cultivo del café, pues ellos siquiera podrían defenderse del monopolio de hecho con el recurso de la exportación.

*
* *

No les pasará a los cultivadores de algodón lo que les está sucediendo a los industriales del banana. Este fruto cuenta con una demanda indefinida y vive descuidado del peligro de la superproducción, que es la amenaza constante del cultivador de frutos de consumo interior; pero su mercado no lo hace el productor en condiciones uni-

versales; es uno solo el comprador, y por más que pueda alegarse que el productor de banano es el empresario agrícola que ha alcanzado en Colombia un mayor éxito, el monopolio de hecho que posee la compañía que es compradora, transportadora y distribuidora única de ese fruto suscita contactos personales, engendradores de pasiones extrañas al manso juego industrial, cual si se tratase del campesino del interior que produce para venderle obligadamente al vecino.

De ahí que falten palabras en el vocabulario corriente para entonar las alabanzas del café. ¿Cómo dió con el verdaderamente precioso grano el pobre cultivador colombiano? No dimos con él como resultante de las aventuras políticas cuyas querellas venimos alimentando hace cien años con el chorro de nuestras arterias y el dinero de nuestros bolsillos. Fue una intuición prodigiosamente feliz y fecunda la que dictó al campesino colombiano la resolución de embarcarse en el cultivo del café, como medio eficaz de exportar las energías de nuestro pueblo, aprovechando las muchas virtudes de ese grano, la mayor de las cuales es su potencialidad para hacerse aceptable en todas partes en busca de una demanda, sin el menor peligro de superproducción. De ahí que el café sea oro, aún estando en flor; el campesino sabe que lo puede negociar en esas condiciones de universalidad en que juegan libremente la demanda y la oferta, sin monopolios, sin fricciones, sin restricciones, sin molestias, sin contactos personales. Ha llegado hasta ese fruto el

ambiente favorable que en todas partes rodea a la próspera industria; el cafetero ignora a quien le venderá su fruto, tanto como quién va a consumirlo; como ignora el fabricante inglés quién ha de ser el comprador y el consumidor de su manufactura. Es una despersonalización salvadora, civilizante, y eso es lo que ha menester ante todo nuestro producto agrícola de consumo interior.

Para ello hay que romper los pequeños círculos de economía cerrada por medio de las vías de transporte, haciendo del territorio entero, o al menos de la mayor parte de él, un círculo completo que se baste a sí propio y aún se supere, exportando las energías sobrantes, incorporadas en los frutos de cultivo que pudiéramos llamar nacionales.

Esta fórmula de bastarse a sí propio puede que huela a nacionalismo, con ser de pura energética; basta dar al concepto *demanda* su valor real, cuan grande es. Desde nuestro punto de vista, una de las grandes riquezas de un pueblo es su demanda, por cuanto es la exclusiva generadora de industria, de empresas, de trabajo que redime, fortifica y espiritualiza. Sería despreciable un pueblo que tuviese al alcance de la mano oro y piedras preciosas con qué pagar los frutos o comodidades que otros pueblos le proporcionasen; suposición absurda, pues la codicia de otros daría al traste con esa holgura e independencia. Desatendiendo otros aspectos, podría decirse que el principal lazo de la nacionalidad consiste en la congregación de un puñado de hombres que se juntan en

un territorio dado para satisfacerse sus mútuas necesidades y tomar en común medidas que completen e intensifiquen esta relación. Más claramente: las necesidades de un colombiano son y deben de ser generadoras del trabajo de otro u otros ciudadanos, para que éste pueda satisfacer las suyas a la medida de sus capacidades y ambiciones. La demanda interna es capital que hace parte integrante de la común heredad, y cederla buenamente al trabajo extranjero, sin motivos muy justificados y compensativos, acusa falta de dirección en las sociedades. Esa riqueza se acrecienta con el crecimiento de la población, con la diversidad y variedad de las necesidades de todo orden, y también estableciendo condiciones tales, que demandas antes satisfechas de afuera, lo sean dando lugar a trabajo nacional. Hacer crecer la población, despertarle variedad de deseos cada vez de orden superior, reconquistar nuestra propia demanda, antes dejada a otros ¿no es eso progreso en caracteres concretos? ¿No es ello moverse de manera «que el mañana nos encuentre más lejos que el ayer»?

Desde estos puntos de vista, que probablemente serán juzgados desde discutibles hasta inaceptables, tenemos que declarar que nuestra colectividad dá la impresión de querer el progreso de su civilización sin adoptar medidas ni acomodar sus ideas en armonía con tal objetivo. La tarifa aduanera, por ejemplo, es palanca poderosa que regula la cantidad de nuestra demanda que nos reservamos para que el País cumpla sus funciones

económicas, y la que dejamos al extranjero en cambio de la demanda que de él solicitamos. Otra de las palancas de que disponen las sociedades son las vías y medios de transporte. Son estos dos instrumentos poderosos medios de defensa de que dispone la dirección de las sociedades para corregir o contrarrestar las deficiencias del territorio y de la población, en su lucha por la vida, así como por una mejor vida; y no hay que perder de vista que nuestra industria principal, que es la agrícola, se halla en una lucha simplemente defensiva. De todo ello se deduce la necesidad de darse exacta cuenta de aquellas deficiencias; pero como su estudio nos llevaría demasiado lejos, y ahora hemos de concretarnos al concepto de demanda para nuestros productos agrícolas, hemos de limitarnos a dar una muestra de una de esas deficiencias, que han menester pronto y eficaz correctivo.

Supongamos el mapa de Colombia construido en materia traslúcida, y marcados con colores oscuros los claros de la población, de manera que el tono más o menos acentuado indique la menor o mayor densidad de la población, para que la luz, traslúcida al través del mapa, nos dé una impresión de conjunto del modo como está distribuída la población. Un dispositivo tal nos permitiría ver inmediatamente que entre la zona poblada de la costa atlántica y los focos densos de población interior, media una larga zona inhabitada totalmente, y formada por el río Magdalena y sus afluentes. De Magangué al Salto de Honda hay una faja de 600 kilómetros de longitud aproxi-

mada, de una anchura de varias decenas de kilómetros a lado y lado del río, y tan completamente inhabitada, que, en el dispositivo antes mencionado, formaría una larga zona negra como el cuello de un cisne, y que separa la zona habitada de la costa de las del interior. Es ese largo cuello el punto más débil de la topografía colombiana, estratégica y también económicamente. Suprimamos ahora con la imaginación el tráfico del Magdalena en cuanto es internacional o de simple internación, y podrá verse cuán insignificante es el intercambio de productos agrícolas y sus derivados, entre la costa y el interior. La existencia de ese largo cuello, cuyos efectos no hemos sabido contrarrestar, deja la demanda de la población de la costa a la disposición del trabajo extranjero.

Por supuesto que no intentamos con esto quejarnos de que la población de la costa compre víveres al extranjero, en lugar de abastecerse del interior a más altos precios; pretender desviar corrientes comerciales con sentimentalismos, es tarea absurda; ni siquiera pretendemos que esos consumos, que se sustraen a la demanda que nos da trabajo, paguen impuestos como los pagan los víveres de producción nacional. Pretendemos dos cosas: una de ellas es mostrar una línea de prosperidad para nuestra industria agrícola, si ella lograra integrar esa demanda; la segunda es indicar cómo esa corriente de importación de víveres para la costa es, además, una amenaza para la agricultura nacional, pues en cuanto las condiciones le son favorables, inunda el País de víveres extranjeros; hiere la empresa indí-

gena y agosta y desalienta nuestra agricultura; todo ello sin el menor compromiso de alimentarnos, pues a lo mejor viene un estrangulamiento del cuello del cisne y el costo de la vida sube. Es, por ejemplo, una lucha muy desigual la que sostienen, de un lado, los importadores de arroz, y del otro, los empresarios de esa producción nacional; estos, a más de las zozobras e inquietudes de toda empresa industrial, están a merced de un cablegrama que se envíe a la India; los cargamentos que tras esto llegan a Colombia hacen más daño en nuestra industria que un cañón rodando suelto en un buque: a cada cabeceada del barco se va parte importante de la obra muerta. Decididamente: la importación de ciertos renglones de artículos comestibles, ni le hace bien ni honor al País. Ni corrige nuestras deficiencias, ni las deja corregir, y merma el capital nacional que es la demanda.

Transportes fáciles y baratos

Es tan notable el impulso que ha adquirido Colombia en los últimos años en el sentido de una resolución irrevocable de dedicar la casi totalidad de sus energías y recursos a los transportes, que estaría por demás indicar o mencionar siquiera las ventajas que de ello van a derivarse. Para nuestro objeto bastaría recordar cómo los transportes, en siendo fáciles y baratos, romperán las economías cerradas de los diversos centros colombianos de producción, y establecerán condiciones de universalidad en el comercio, barajando los produc-

tores y compradores, y evitando, tanto la superproducción local, como los contactos personales, generadores de pasiones extrañas al comercio. En suma: nos darán, fuera de una extensa demanda que se resuelve en posibilidades industriales, mil ventajas imposibles de calcular en un balance numérico, y que, en resumen, vienen a formar el ambiente favorable a la industria. Por consiguiente, los transportes fáciles y baratos son el instrumento esencial de la industria agrícola; son su base fundamental.

Conviene darnos cuenta de lo que es transporte fácil, pues su baratura es concepto que se entiende solo.

Así como el café lo juzgamos un hallazgo que linda con lo prodigioso, como fruto de exportación el más adecuado y conveniente para exportar la energía colombiana, hemos de hacer notar la maravillosa intuición que llevó al pueblo colombiano a adueñarse de unos ferrocarriles y a emprender el resto por cuenta del Estado; y ello sin que personaje alguno, ni ningún partido político, hubiesen proclamado ese principio como bandera de propaganda. Fué la opinión entera la que buscó esa línea de menor resistencia, contra principios adoptados por naciones que tratamos de imitar en todo. Alguna vez habíamos de aprender las lecciones de la experiencia, desechando las de los libros. No hay duda de que ello se debió, en gran parte, a que aprendimos prontamente cuánto poder representa la propiedad de una empresa particular de transportes, en un país en que tan fácilmente se abusa del poder. Hoy los ferrocarriles son casi total-

mente del Estado, y nuestros estadistas disponen de esa poderosa palanca que son las tarifas para la dirección de los movimientos económicos. Es lástima que no podamos decir otro tanto de la vía fluvial del Magdalena, propiedad del Estado para los únicos efectos de mantenerla limpia y expedita.

Infortunadamente, en esto del manejo de los ferrocarriles sufrimos el mismo error de aberración que se observa en otras manifestaciones de la actividad colectiva, en que abocamos los problemas dando más importancia a lo extranjero que a lo colombiano. Si se trata de alimentar y fomentar nuestro crédito, se piensa tan sólo en el crédito extranjero; si de colonos de tierras nuevas, se pensará en ofrecer al inmigrante lo que nunca concederíamos a los campesinos del País; si del tráfico de nuestros ferrocarriles o buques fluviales, se piensa en la carga de importación o exportación que, toda junta, no suma la décima parte del tráfico interno; o en los miles de pasajeros que vienen de afuera o salen para el extranjero, y poco más atendemos a los millones que se mueven dentro del país. Esto, unido a que el afán por construir vías férreas nos distrae por completo del cuidado de una explotación juiciosa de lo construído, ha hecho que la industria agrícola no se haya beneficiado, como era de esperarse, del impulso dado a la construcción de vías férreas.

Es de la más estricta justicia rendir un tributo de alabanza al manejo y organización de los ferrocarriles de propiedad oficial, que consideramos mejor manejados que los de propiedad privada, y aún

que muchas otras empresas privadas, cuyos defectos nadie tiene interés en analizar ni en criticar; de no estar tan regularmente organizados y manejados los del Estado, mal podría haber prosperado la doctrina que tiende a aumentar las empresas oficiales de servicios públicos; bastaría comparar la regularidad y armonía con que cumplen su función respecto a la colectividad, con el modo como cumplen la suya las de navegación del Magdalena, que son como una exhibición del fracaso del interés individual en las funciones sociales.

Sentado ésto, es de necesidad pedir un remodelamiento de doctrinas y de actitudes del manejo de los ferrocarriles respecto a la industria agrícola, en el sentido de abaratar y facilitar esos transportes. Parece inaceptable, en primer lugar, que se trate de obtener una ganancia del transporte de los productos de esa industria y de sus derivadas, lo que equivaldría a suponer que están en aptitud de contribuir con un notable aporte a la construcción de nuevas vías férreas. Es más: al abaratar un poco los fletes que paguen los productos nacionales, se aumentaría de tal modo el volumen del tráfico, que ello abarataría el costo. Pero nuestros ferrocarriles no están preparados para ese aumento; en realidad, hay tal deficiencia de poder tractivo y material rodante, que nuestras empresas, en lugar de ofrecer un exceso de acomodación, no alcanzan a prestar el servicio que de ellas se requiere actualmente. No están capacitadas para excitar el tráfico y promoverlo, como debieran, si han de cumplir bien su función. En tales condi-

ciones, es imposible que faciliten el tráfico; más bien tienden a evadirlo. Dan la impresión de disponer de un exceso de demanda, cuando esperamos de ellos que estén creando demanda de sus servicios; que sean una invitación constante y activa a servirse de ellos; y que no procedan como monopolios de hecho, que es lo que son realmente, en un país de tan escasos medios de transporte. La función social primordial que han de llenar nuestros ferrocarriles es la de *crear tráfico*, cada día más tráfico, y es eso precisamente lo que beneficiará a la industria agrícola.

Supuesto que se conviniera en abastecer de una vez de suficiente material rodante y tractivo a todas nuestras vías férreas, habría que adoptar otras medidas en consonancia. La primera sería separar debidamente la dirección del tráfico, de la dirección de las construcciones nuevas, cuyos afanes arrabatan toda actividad. Como todo jefe debe concentrar su atención en el punto más débil, o en aquél en que las deficiencias resultan más costosas, es claro que los jefes de esas empresas tienden a desatender las funciones de iniciativa del tráfico, para concentrar su atención en las nuevas construcciones. El jefe del tráfico debiera ser un empleado de tanta categoría como el de la construcción.

Esto concedido, conviene hacer notar un punto de doctrina en cuanto a organización. Aunque sería más recomendable para la organización de nuestros ferrocarriles seguir el método americano, por divisiones, de preferencia al inglés, que agru-

pa los servicios por departamentos, quizás convendría organizar nuestro tráfico a la moda inglesa, en que ese concepto incluye la movilización y la consecución. Las organizaciones americanas tienen un jefe para la movilización y otro para atraer y crear más tráfico; mas nótese que en uno y otro país existe la función de *buscar* nuevo tráfico, de aumentar el existente, mientras que entre nosotros el oficio del jefe del tráfico se limita a explotar el que *resulte*, como quien explota un monopolio de hecho, quedando atrofiada la función de conseguir más carga o pasajeros.

Al ferrocarril del Pacífico, creemos nosotros le vendría mejor adoptar la organización en tres divisiones con un Superintendente al frente de cada una, con poderes amplios en su división para regirlo todo, y cada uno con un jefe de tráfico, encargado de moverlo y de solicitarlo, es decir, de *crearlo*.

Sólo así, creemos, se podría cambiar de actitud respecto al agricultor, en su carácter de cliente de esas empresas, pero cliente hoy de segundo o tercer orden, sin las influencias ni el poder de hacerse oír sus quejas como los negociantes del tráfico exterior, o como los pasajeros de primera clase. El jefe de tráfico, cuya función requiere mucha iniciativa, don de gentes y simpatía, debería dedicar gran parte de su atención a los menudos problemas relacionados con la creación del tráfico; pero tendría que principiar por mirar al gremio agricultor, no con la frialdad de quien maneja un monopolio, ni siquiera con indiferencia, sino con verda-

dera solicitud; fundar su orgullo en el rápido crecimiento del tráfico local.

Sólo así se lograrían establecer los transportes fáciles y baratos; en realidad, transporte que no sea fácil no será nunca barato. Si los cosecheros no disponen de vías de acceso fácil a los puntos de carga del ferrocarril; y si estos puntos de carga se reducen a estaciones tan espaciadas unas de otras que no pueda arrimarse a ellas la carga de modo económico; o si los trenes son tan escasos o tardan tanto en llevar la carga a su destino, que el productor pueda temer un cambio de mercado, el transporte no resultará fácil. Todavía tenemos vías férreas que, después de años de explotación, no ofrecen sino un tren diario; todavía tenemos otras en que no hay tercera clase, que es la del viandante; todavía hay líneas en que hay que arrimar la carga a lomo de hombre; no todos los ferrocarriles llevan gratis, bajo la denominación de equipaje, los frutos que el campesino aporta al mercado.

En tratándose de facilidades del transporte nunca se encarecerá lo suficiente la necesidad de que éste sea rápido; no se refiere esto a la velocidad de los trenes, sino al tiempo que media entre la entrega del producto (sobre todo si es agrícola, sea que se trate de artículos perecederos o que deben aprovechar posibilidades de venta), y la llegada a su destino. Si no fuésemos tan adversos a considerar estos detalles que tienen, sin embargo, largo alcance, observaríamos que una es la velocidad media del tren y otra muy menor la efectiva

de los artículos transportados. La velocidad con que baja el café, por ejemplo, de Viotá a bordo de buque de mar es de tortuga; los víveres llegan a su destino cuando ya las condiciones del mercado que ocasionó el transporte han cambiado por completo. Como si el tiempo no fuera dinero. Calculemos la pérdida de intereses que sufre el País con la lentitud de movimiento de la carga de importación, de exportación y la local, y ésto daría una cifra aterradora; es desperdicio que a nadie aprovecha y a todos perjudica; pero que hiere fatalmente a la industria agrícola.

Ahora se ha acentuado en Colombia ese grave mal motivado por la incoordinación de los transportes, y, en lugar de provocar una fuerte reacción, todo el mundo celebra el expediente con que se le va remediando: la erección de bodegas, que son como monumentos para perpetuar o sistematizar la incapacidad. Para nosotros toda bodega es una declaración de incapacidad, o de impotencia, por ser el resultado de la imprevisión, o de dejar que los problemas se resuelvan solos. Sería preferible poder prescindir del empleo de bodegas por innecesarias, aunque nos mostrásemos menos partidarios de la agricultura nacional.

La Agricultura y su personal

Siendo las plantas y animales industriales simples vehículos de que se sirve el hombre para incorporar sus energías en transformaciones que le permitan satisfacer sus necesidades de todo género,

es factor más importante, en tal operación, el hombre que la planta o el animal que se tome como motivo de la transformación; precisa, por tanto, analizarle a la industria agrícola sus conexiones con el factor humano, como agente de esa producción, ya que se ha estudiado ese mismo agente en la función pasiva, que es la demanda.

Esa cuestión es de la mayor actualidad hoy en Colombia, en donde se viene proclamando la necesidad de que el Estado gaste dineros de los contribuyentes en importar brazos, que hacen falta para la agricultura, por estar empleando ahora en las obras públicas unos 30.000 obreros más que hace unos cuatro años; esto a tiempo que las subsistencias se han encarecido, por motivos, se afirma, de haber sustraído tantos brazos de la labor agrícola, y también por haberse malogrado las cosechas por el verano. Con la timidez de quien se aparta del concepto convencional generalizado, pero con la convicción de quien ha pesado maduramente todos los factores que intervienen al formar una explicación, teoría o hipótesis de esta clase, vamos a pasar por la pena de afirmar que no estamos de acuerdo ni con la explicación ni con el remedio; a proponer otra explicación, que es el aumento del poder de compra del pueblo colombiano, ideal concreto que es un verdadero índice de progreso; y a proponer como remedio, en lugar de expedientes que hagan abundantes los brazos, métodos de manejo que hagan más abundante y eficaz la dirección del trabajo.

El verano, que tan fuertemente hizo sentir sus

efectos esta vez, comenzó en Diciembre de 1925; fué excepcional, en cuanto la sequía debió producirse en todo el territorio a la vez—al menos en la hoya hidrográfica de nuestros dos grandes ríos—de manera que inmovilizó casi instantaneamente los barcos del Magdalena; pero no fué sino el último de una serie de veranos periódicos que se vienen registrando desde que se tienen medidas pluviométricas. Sin ir demasiado atrás, se recordará que tuvimos estación muy seca en 1920, en 1914 y en 1908 (estos dos últimos años con langosta). Como entonces había abundancia de brazos, y consiguiente poder de compra muy bajo, la carestía de víveres no se acentuó; al contrario, cotejando datos estadísticos de lluvias y precios de la panela, el suscrito pudo afirmar que en los períodos secos se abarataba este artículo. Cuando se afirma, por ejemplo, que el verano fué causa de la carestía de panela y azúcar, olvidamos que en otros veranos se pusieron estos dos artículos a precio tan vil, hasta valer dos pesos las ocho arrobas, precio que no pagaba al agricultor ni la elaboración de la caña.

El costo de la vida subió rápidamente desde Enero de 1926, cuando aún no se habían perdido las cosechas, lo que prueba que los avisos de escasez futura fueron una buena propaganda que atrajo negociantes que completaran los efectos de la escasez; pero hay que observar que el costo de la vida venía subiendo desde antes de llegar la sequía. Los números-índices del mercado que se llevan en Medellín no dan el valor exacto del costo de la vida, pero sí son expresión exacta de las fluc-

tuaciones de precio de comestibles de primera necesidad, y tienen la ventaja de ser índices cuantitativos. Ese índice era de 103 en 1918; en los dos años siguientes, que fueron de verano, pero en que ocurrió la fiebre ocasionada por el alto precio del café, fue de 121 y 136; con la crisis de 1921, en que tanto se redujo el poder de compra del obrero por escasez de trabajo, descendió a 101; de ahí en adelante ha seguido subiendo paulatinamente: a 114 en 1922; a 121 en 23; a 129 en el año 24, y a 135 en 1925. Hasta ahí no ha intervenido para nada el estado atmosférico; entra en función el gran factor, que es el poder de compra del obrero, aumentado por los altos precios del café y la actividad en las obras públicas y privadas; pues no hay que olvidar que si el Gobierno ha tenido la indemnización americana para invertir en trabajo, y los departamentos han dispuesto de empréstitos interiores y exteriores, los empresarios extranjeros no han permanecido inactivos, y los gananciosos del café tampoco se han abstenido de reformar o construir casas, montar empresas y proporcionarse comodidades, dando empleo a la clase obrera. El índice montó a 147 en Enero de 1926, cuando aún no se habían hecho sentir los efectos del verano, y en Julio llegaba a 219, en ascensos sucesivos mensuales; naturalmente el estrangulamiento del «cuello del cisne» de que hablábamos antes precipitó el alza en los precios que ya venían subiendo, por motivos que no podían ser otros que el aumento en el poder de compra de la población, y es claro que lo mismo dá que falten

viveres o que la gente compre más; casi seguramente habría la misma cantidad de viveres que antes; sólo que antes había muchas personas que no *comían completo*.

Como esta aserción es un pivote sobre el cual vamos a hacer girar nuestras ideas, conviene fundamentarla bien, para que el lector no tenga escrúpulo alguno en dejar al verano como simple causa concomitante y eventual, y pueda acompañarnos en las deducciones:

El alza venía produciéndose desde 1922, y el verano, al agregarse a las otras causas que la produjeron, sólo hizo que ésta se acentuara más y más;

En un país en que sobraban tantos brazos— a dicho de todo el mundo—el retiro de 30.000 obreros para intensificar las obras públicas no pudo producir semejantes efectos, por ser este número un pequeño porcentaje de la masa obrera de la Nación;

El verano mejora todas las vías secundarias de transporte, abarata los fletes y extiende los radios de aprovisionamiento;

El Valle del Cauca está sujeto a otro régimen atmosférico y económico, es región privilegiada en fertilidad y en transportes, y sufrió el mismo encarecimiento de viveres;

Y, finalmente, es evidente que el consumo de ciertos artículos ha aumentado con el poder de compra de la población.

La falta de estadística de la producción agrícola impide averiguar con exactitud si el alto pre-

cio de los artículos de primera necesidad se debe a escasez de esos artículos o a mayor consumo de ellos, dado que cualquiera de las dos causas produciría el mismo efecto. Pero sí hay datos concluyentes que demuestran un aumento constante de ciertos consumos, paralelamente al alza de precios. Uno de ellos es el aumento en el consumo de carne. Recordemos que el Gerente del Packing House de Coveñas explica el no funcionamiento de ese establecimiento diciendo que, aunque hace unos años sobraba gran cantidad de ganado en Colombia, suficiente para justificar esa empresa, el gran aumento del consumo de carnes, ocurrido en los últimos años, no deja margen para exportar carnes ahora. La estadística del número de reses sacrificadas en Antioquia, en cada uno de los últimos años fiscales apuntados en seguida, no deja la menor duda al respecto:

1918 a 1919	92.736	reses
1919 a 1920	83.087	—
1920 a 1921	70.722	—
1921 a 1922	83.391	—
1922 a 1923	103.042	—
1923 a 1924	111.656	—
1924 a 1925	117.439	—
1925 a 1926	127.295	—

La atenta consideración de las cifras anteriores dá una fuerza indiscutible a nuestro razonamiento; por añadidura, se ve que en los años de depresión, y especialmente de Julio de 1920 a Junio de 1921, el consumo disminuyó de modo bien notorio, en

concordancia con el bajo poder de compra ocasionado por la escasez de empleo.

El consumo de tabaco por cabeza ha ido en constante aumento en Antioquia, desde 1918, en que cada habitante consumió, en promedio, un kilo y medio, al año fiscal 1925-1926, en que ese promedio se elevó a 2.28 kilos.

*
**

Algunos dan una importancia extraordinaria a la sequía que se acentuó al principio de este año, como si el fenómeno del alto costo de la vida fuese pasajero; otros lo explican por la escasez de brazos para la agricultura, motivada por el aumento del personal empleado en las obras públicas, explicación que parece más acorde con los hechos, pues el precio de los víveres ha aumentado en proporción a la intensificación de los trabajos públicos. No negamos que el empleo de brazos en las obras públicas esté produciendo trastornos en la industria agrícola; lo discutible es la intensidad, los efectos que se le atribuyen y los remedios propuestos como reacción; mejor dicho: es inadmisibile que el empleo de unos miles de brazos, en trabajos distintos de los usuales, venga a encarecer la vida, y que se pretenda bajar los precios con la importación de brazos.

Nadie sería osado a negar que el progreso de un país no dé por resultado el aumento de la proporción de los que trabajan respecto al total de la población, así como la intensidad del trabajo de cada cual y el ennoblecimiento de las labores en

que la población se ocupa. De los 42.769.196 habitantes con que contaba la población de la Gran Bretaña en 1921, trabajaban 19.357.319, a sea 45.3 % de la población, pero hay que tener en cuenta que en este país está prohibido trabajar antes de los 12 años, y regularmente ne se empieza sino despues de cumplir los 15 años, mientras que en Colombia se empieza mucho más temprano. Como es ley que aquí todos los trabajadores que ganen menos de \$ 250 por año sean asegurados contra la falta de empleo, pérdida de la salud, &, puede afirmarse que los trabajadores que figuren asegurados de acuerdo con esa ley son trabajadores manuales no expertos, y en Julio de 1926 figuraba en los registros del seguro el 27.5 % de la población. Dadas las condiciones de nuestro país, puede afirmarse que por lo menos el 30 % de la población son trabajadores manuales, casi podríamos llamarlos peones, o asalariados de la categoría inferior; de manera que la masa obrera sería de aproximadamente 1.800.000 personas. Suponiendo que la intensificación de las obras públicas ocurrida en los últimos dos o tres años hubiera retirado 36.000 obreros, querría decir que el Gobierno retiró de su empleo ordinario el 2 % de la población obrera; mas si se quiere tener en cuenta que de la masa obrera hay gran cantidad de mujeres y de niños, y deducir solo el porcentaje de los adultos trabajadores, se podría conceder que el Gobierno dá empleo hoy al 5 % de los obreros colombianos dedicados antes a otras labores. Esto, evidentemente, no puede ser la causa

eficiente de que el costo de alimentación se haya duplicado. Abundancia y diversidad de empleo para las gentes es condición esencial de progreso; pero que esto viniera a producir trastorno profundo en la principal industria del país sería regresivo. No hace aún seis años, la prensa colombiana clamaba por empleo para las clases obreras e imploraba la iniciativa de las clases directivas para la creación de empresas que dieran trabajo; tan abundantes eran en esos tiempos los brazos, que no faltaban patrones que mezclasen razones políticas y aún religiosas a las usuales de simple conveniencia, al escoger el personal obrero que empleaban. Tan abundante ha sido la «mano de obra» hasta hace poco, que el empleo de la fuerza mecánica no ha podido reemplazar al brazo barato en ciertos menesteres; y así se ven gentes con inmensos fardos a espaldas, andando por las carreteras paralelas al ferrocarril. Con mayor razón puede decirse que el empleo del hombre barato ha triunfado sobre el del animal, sea en la labranza de la tierra o en el carguío; y es claro que quienes deseamos ardientemente el progreso del País estamos lejos de deplorar que la industria agrícola no disponga actualmente de brazos en abundancia. Es más racional que esa industria se reajuste rápidamente a las nuevas condiciones, las cuales le son en general favorables, puesto que hoy dispone de mayor demanda y de mejores precios para sus productos. La prosperidad del País y la de su industria agrícola no pueden estar jamás reñidas; abajar el poder de compra de la población por

cualquier medio, pero sobre todo por la falta de empleo para las gentes, ni conviene a la industria agrícola ni al País.

Mientras más hondo y detalladamente se entra en el estudio de problemas sociales más fácilmente se ve cuán absurda es la tesis de que el interés general resulta de la suma de intereses individuales, juzgados desde el punto de vista de los interesados, y no desde el de la comunidad. Ya hemos sugerido cómo, al amor de una mala tarifa aduanera, unos pocos importadores de arroz se han encargado de no dejar prosperar la producción indígena; cualquiera puede observar cómo es de nocivo para el País el estado de cosas del tráfico en el Magdalena; ahora veamos el conflicto de intereses que pretenden crear los productores de café, al amor de la simpatía general de que goza esa producción. Los cafeteros han sido los primeros en quejarse de no disponer de brazos suficientes para la recolección de la cosecha; ese respetable gremio ha menester en momentos dados de numerosos brazos, que la sociedad ha de mantenerles listos para cuando ellos los llamen; el resto del tiempo de empleo de ese personal no les interesa lo más mínimo, confiando en que la comunidad proveerá a ello.

Ya veremos más adelante que el remedio propuesto para remediar la falta de brazos, y que no es otro que el de la importación de brazos extranjeros, es ineficaz, injusto y regresivo; es un emplasto que se quiere aplicar a costa de la comunidad, para remediar un mal constitucional, cuyo

remedio ha de venir de adentro, como reacción del organismo social. Con aumentar en un 10 % la eficiencia del trabajo nacional todo quedaría remediado, y haríamos un gran progreso en la línea de nuestro mejoramiento espiritual y material, en esta ocasión que nos parece única; pero esa mayor eficiencia sólo se lograría con una más acertada conducción del esfuerzo, con mejores métodos de manejo y de remuneración, así como con organizaciones más eficientes. El problema es, pues, de cerebros y no de brazos, y es más justo y racional clamar por una abundancia de conducción que por la de brazos; bastaría observar que los más espléndidos progresos de pueblos progresivos, como los Estados Unidos, los ha originado la escasez de mano de obra, como estimulante del ingenio humano, en cuanto existe una demanda, que es lo fundamental.

*
* *

Podría clasificarse todo el personal que en Colombia se emplea en la industria agrícola en tres grupos, a saber: los propietarios de las tierras; los trabajadores manuales, y los intermediarios entre los dos grupos anteriores.

En Colombia son muy pocas las tierras cuya posesión se traduce en una renta para los propietarios. El ideal medioeval de ingleses y españoles, de hacerse señores de tierras que la gleba debía trabajar pagando un tributo, sólo han podido realizarlo en nuestro País unos cuantos afortunados; tanto por el carácter un poco levantisco de las

gentes, como por la posición de nuestras tierras en general, o la escasa intensidad con que se trabajan, la verdad, el hecho palpable es que nuestras tierras no son sino simples *trabajaderos*, es decir, medio más o menos lucrativo de empleo de la actividad del hombre; remuneran la actividad, sin dar propiamente una renta. El propietario vive de la tierra con más o menos holgura, según sea la calidad y cantidad de la que trabaje, y el capital y talentos que emplee.

Digamos de una vez que uno de los graves males de la industria agrícola consiste en el gran número de propietarios que, o no son agricultores, o se dedican a este oficio, fuera de tener otros varios, faltando a la ley de la división del trabajo. No se hace bien sino aquello que absorbe toda la atención, todas las facultades y tiempo; nuestra civilización no está ya en estado tan elemental que sea verdaderamente económico emplearse a la vez en varios oficios o actividades. La diferenciación, con la concentración correspondiente, es ley del progreso social, y sería absurdo y estéril esperar que en Colombia fallaran las leyes; por consiguiente, ya es tiempo de que cada cual se concentre y haga fuerte en una ocupación u oficio.

Si fuéramos a excluir, como es lo natural, del gremio agrícola a quienes sólo poseen tierras adquiridas como único medio de inversión, y a los que tienen la agricultura como actividad secundaria, el personal quedaría lamentablemente reducido; de ahí que en los Congresos y Asambleas resulten todos agricultores sin serlo; de ahí que aún a

las reuniones de carácter gremial asistan pocos exclusivamente dedicados a la agricultura, y esas reuniones las integren personas que han adquirido notoriedad en otras profesiones. Nos atrevemos a sugerir que quizás uno de los graves males de que adolece esa industria es que sean tan pocas las personas de talento y de conocimientos adecuados que se dediquen exclusivamente a explotarla. No viven dedicados a esa actividad, con exclusión de toda otra, sino los campesinos pequeños terratenientes; y de éstos, todo aquél que adquiere alguna ilustración o capital se desespecializa promiscuando en otros ramos. La escuela se encarga de desadaptar al hijo del campesino, cuando lo natural era volverlo al campo dotado de mayor fuerza de adaptación. Si es índice y síntesis de progreso espiritual que los hijos sean mejores que sus padres, es de trivial conveniencia que los hijos adopten, hasta donde ello sea factible, la profesión u oficio del padre; y concretando más podría señalarse como ideal que el hijo del campesino colombiano fuese un campesino más experto y mejor armado y equipado.

Por dondequiera que se estudian los grandes problemas de actualidad en Colombia se tropieza con este grave mal de la dispersión de las mentes y de las actividades, que pudo ser impuesta por las circunstancias de hace medio siglo, pero que no corresponde al estado de avance, digamos de complejidad, que ha alcanzado el País en la nueva era postcentenaria. Los escasos hombres de educación elevada, que florecieron tras la revolución

de Mosquera, estaba bien que se prodigaran cultivando varios ramos del saber, sin llegar a profundizar ninguno y atendiendo a todos los frentes del progreso, letras, filosofía, prensa, varios ramos profesionales, enseñanza, &; abajo, en la escala de los oficios, se veían las gentes obligadas a ser importadores, cultivadores, financistas, urbanizadores, consejeros y hasta prestaban servicios de cirugía menor; o se podía ser tendero de ultramarinos, saca-muelas y sacristán a la vez, a más de poseer tierras cultivadas. Era ésa la línea de menor resistencia y el modo de obtener los más amplios resultados del esfuerzo, en un país de escasísima densidad de población, y en que cada núcleo poblado tenía su economía cerrada, por la incomunicación. De 1870 a hoy, se ha duplicado la población, y el País mismo no se da cuenta exacta de los cambios que ha producido en cada uno de esos núcleos el sistema de comunicaciones alcanzado con los caminos, ferrocarriles y navegación fluvial y aérea, así como con las redes telegráficas, telefónicas e inalámbricas; todo lo cual, si es nada comparado con lo que hemos menester, es de mucha consideración, comparado con lo que teníamos entonces. El resultado de ese largo proceso de adaptación del territorio a nuestras necesidades es algo muy complejo de medir, mas para el efecto que nos ocupa puede resumirse en esto: a cada colombiano se le ha ensanchado enormemente su *demanda*, y hoy todo producto y toda aptitud encuentran mercado amplio, por la abundancia y variedad de la demanda; ya es lucrativo concen-

trar la actividad en un solo servicio o producción, y aún especializar en aquellos ramos que admiten el fraccionamiento del trabajo. Lo extraño es que aún tenga mercado la escasa profundidad de aptitudes de quien pretende saber de todo sin ser experto en nada. Que la sociedad tienda a rechazar esta dispersión y a preferir al experto especializado, es índice de progreso y de condiciones sanas.

Dando por demostrado que las innumerables personas que dedican alguna atención o interés a la industria agrícola, sin entregarse del todo a ella, hacen más mal que bien a la industria, a la sociedad y a sí mismas, es de justicia y conveniencia hacer una salvedad. Los lectores sin duda conocen el significado de lo que los ingleses llaman un *hobby*, concepto tan intraducible como lo son los términos de los deportes. *Hobby* es un género de actividad que, sin ser propiamente lo que se llama trabajo en Economía, ni ser tampoco una simple diversión, da empleo o salida a facultades y capacidades que no hallan su manifestación en el trabajo corriente; se produce, creando algo que no está destinado especialmente para el cambio, sin renunciar por ello a un provecho pecuniario. El *hobby* refleja más genuinamente la personalidad del hombre que el trabajo mismo, por ser más espontáneo y más de elección. El inglés, que es tan dado a concentrarse y a ser concienzudo en su trabajo, tiene, de un lado, los deportes, y del otro, el *hobby*; trabajo, deporte y *hobby* son un trío de actividades posibles, que le permiten poner

en juego toda facultad o potencialidad, con un resultado sorprendente respecto a salud, bienestar general y provecho económico a la vez, pues las dos últimas le permiten recuperarse para un trabajo más intenso. Mucho debe la Gran Bretaña, y puede decirse que el mundo entero, a la actividad que nos ocupa, pues los grandes adelantos de la humanidad no son hijos exclusivos del trabajo; el *hobby* ha contribuido con un gran aporte al progreso en todas partes. Los progresos en jardinería, en el cultivo intenso de las plantas, en la selección de semillas y creación de nuevas variedades, la producción de tipos selectos de sementales, &c., &c., no han sido, por lo regular, el resultado de empresas económicas, sino de aficiones en que se busca la excelencia, independientemente del resultado pecuniario, objeto exclusivo de la empresa industrial. Sería absurdamente injusto no mencionar la contribución aportada al progreso de Colombia por las personas que, sin mira alguna de provecho económico, han cifrado su ventura y deleite en obtener perfeccionamientos en el ramo agrícola, por deseo de triunfar.

*
**

Se hacía necesario revistar la posición de los poseedores de tierras en Colombia, aun a riesgo de desagradar a personas que creen estar obrando bien, y sin ánimo de corregir a nadie, sino como análisis previo que dará fuerza al diagnóstico de las causas que mantienen nuestra industria agrícola tan atrasada, y hoy en plena crisis. Desde

nuestro punto de vista (que sometemos respetuosamente a la consideración de nuestros lectores), el mal no está en los propietarios ni en la mano de obra, sino en los intermediarios, llamando así a los que manejan el personal obrero de esta industria directamente y por cuenta de los propietarios. Si en las otras industrias estos intermediarios se llaman sobrestantes, contramaestres o capataces, en las empresas agrícolas se les da el nombre de mayordomos; unos y otros desempeñan en la sociedad y en las industrias un papel preponderante, decisivo, valdría más decir excesivo, si se tiene en cuenta su deficiente preparación, o su impreparación para el oficio. Los sobrestantes y mayordomos son los verdaderos y directos conductores del personal obrero; reciben las instrucciones de los jefes de la industria, tanto en el orden técnico como en el administrativo, y las hacen ejecutar. Son el lazo de unión entre el jefe y los obreros; los encargados de recibir la ciencia de aquéllos y de traducirla a éstos en términos de ejecución; son los que informan al jefe sobre el desempeño de los obreros, y su voz respecto a remuneración de éstos es decisiva. Tienen la llave que da entrada a los ascensos, a la elevación y mejora del personal. El jefe ve y siente al través de ellos. Como la empresa es la unidad táctica de la industria, la cuadrilla de que estos intermediarios son capitanes es la unidad táctica de la empresa. Con respecto a la sociedad, esos capitanes ocupan una posición verdaderamente estratégica: dañan el personal, o lo mejoran, lo estimulan o deprimen,

lo educan o deseducan y hunden a voluntad. Reforma que ellos no acepten nunca se llevará a cabo; todo cambio de procedimientos o métodos ha de pasar primero por el calibre intelectual y moral del capitán, del sobrestante, del contra-maestre, del mayordomo.

El mal más grave de que adolece hoy por hoy nuestra industria agrícola, y en general toda nuestra industria, es la impreparación, el empirismo y el espíritu netamente reaccionario y opuesto a toda innovación, del intermediario entre el patrón y el obrero. Que ese puesto es delicado como pocos, y lleno de responsabilidades, es algo que no admite la menor duda; que se llenen esos puestos con peones escogidos entre los que muestran simplemente algún espíritu de orden y de mando, y un poco de los conocimientos rutinarios aprendidos por simple contacto o por tradición, es lo inconcebible. Lo racional sería que esos intermediarios llevaran al puesto una doble preparación: de un lado, como maestros de obra, deberían ser expertos en el motivo técnico del trabajo; como conductores de hombres deberían conocer a fondo toda la Economía Industrial, que es la ciencia del trabajo y dá los principios del manejo. De lo contrario, seguirán siendo, en lo técnico, barrera infranqueable a toda reforma o innovación; en lo económico, verdaderos capataces de presidiarios, que llevan al brazo, no el arma de fuego, sino el salario fijo como único recurso de manejo; y en lo social, los encargados de hacerles sentir todo el peso y las vulgaridades de la vida a los niños que salen de la

escuela para ingresar en un trabajo en que «se deja toda esperanza»; los que deshacen la obra laboriosa del maestro de escuela.

*
* *

Las afirmaciones anteriores son el resultado de una experiencia y una observación de 30 años, pues quien esto escribe se inició en la vida industrial luchando con la muralla china de los intermediarios del trabajo. Como uno de los principios fundamentales del manejo científico es «acercar la ciencia al trabajador», bien pronto comprendió que el empirismo del sobrestante era un obstáculo insuperable para realizar dos aspiraciones, al parecer modestas, pero de una influencia incalculable: hacer más científico el trabajo del obrero, de manera que el esfuerzo de éste produzca más amplios resultados; y bajar el precio de costo de las obras, dando ocasión al obrero de que obtenga mejor remuneración de su esfuerzo. Del choque con los encargados de manejar directamente el personal resultó la proclamación de este otro principio: a nuevos métodos, nuevo personal; principio nunca desmentido en nuestra varia y larga experiencia, así como en la observación de la experiencia ajena. En los dos libros que acaba de publicar Henry Ford, y que contienen más acerbo intelectual de lo que muchos se imaginan, resulta muy claramente confirmado ese principio. Cuando quiera que ese gran capitán de la grande industria americana—cuyas experiencias van confirmadas por los resultados más innegables—ha pretendido innovar, le

han sido estorbosos los expertos en métodos o procedimientos consagrados; ha tenido que crearse un personal adecuado a sus miras. Cuenta a este respecto anécdotas instructivas, como la de los incidentes relativos al establecimiento de su fábrica moderna para hacer vidrios planos, suprimiendo la mano de obra en todo el proceso de fabricación, contra la opinión de los expertos en el procedimiento hasta entonces empleado, y de cuyos servicios tuvo al fin que prescindir.

Dos casos, escogidos entre los de nuestra propia experiencia tendrán quizás más fuerza que lo extranjero y más avanzado.

Se trataba de iniciar los trabajos formales de balastar la antigua carrilera del Ferrocarril de Antioquia, asentada hasta entonces en un lecho de arcilla que cedía al peso de los trenes, y al efecto se organizó el trabajo de una cantera a un lado de la vía, con unos cientos de trabajadores que pusimos al mando del único jefe de cuadrilla que juzgamos capaz de manejar bien la cantera y el personal; un joven inteligente, ambicioso, de buenos recursos de ejecución y dotado de excepcionales capacidades de manejo: ejecutaba las órdenes e instrucciones aún mejor de lo que de él se esperaba. Era condición estricta que toda labor había de calcularse previamente, y el manejo darse cuenta del tiempo y costo exacto de cada operación; esto, naturalmente, dió lugar, no solamente a la selección automática del personal, sino a que ningún esfuerzo quedase sin su recompensa, y se suprimiesen los esfuerzos sin resultados. Los

obreros obtenían altos salarios y el precio de costo resultaba finalmente bajo; fuera de que los obreros obtenían una buena economía de tiempo para hurtarle el cuerpo al ardiente sol de esa región.

Este capitán fué más tarde muy solicitado para organizar y dirigir masas obreras en otras obras públicas, en donde se le pagaban sueldos como de Ingeniero. Ese individuo manejaba el factor humano como un Ingeniero puede dominar las fuerzas naturales, por vocación natural bien entrenada; poseía la habilidad de hacer un empleo racional y juicioso del esfuerzo humano.

No andaban las cosas tan a codal en el trabajo de balastar, en donde se tropezaba con la empírica rutina del capitán de cuadrilla de sostenimiento, con una reputación adquirida en achaques de carrileras, niveles, curvas y peraltes, todo hecho a ojo. Fue estéril todo esfuerzo para que aprendiera, aprobara y adoptara la nueva técnica, que juzgaba teórica e ineficaz; hubo que despedirlo, y el Ingeniero se puso al frente de la cuadrilla, como único medio de acercarle la ciencia al trabajador.

También recuerda el suscrito la penosa lucha para cambiar en la mina de «El Zancudo» el sistema de comprar a los mineros el mineral de fundición. Por años se compró éste al peso, lo que establecía una pugna permanente entre la administración que deseaba comprar sulfuros auro-argentíferos, y los mineros, a quienes convenia vender arcilla. El nuevo método consistía en comprar el mineral por el tenor en metales preciosos, según ensayo, a lo cual se oponían, no los

mineros mismos, sino todo el personal intermedio. El esfuerzo por entablar la nueva rutina fué tan grande, que difícilmente lo repetiríamos. Y eso que se trataba de jefes de sección y sobresantes de talento y bien escogidos. El lector puede hacer las aplicaciones que guste, reemplazando estos jefes de sección de una mina bien organizada, por mayordomos; y las operaciones relativas al mineral, por las de una industria como la agrícola, que es la más conservadora y rutinaria de todas las industrias del hombre.

*
* *

Hagamos ahora una combinación de primer grado: la relación entre esta clase de intermediarios y sus patrones. Cuando el propietario de la tierra vive entregado a su industria por entero, se realizan las mejores condiciones, precisamente porque entonces el papel del intermediario es, o ínfimo, como cuando el empresario está constantemente presente, o es cero, como pasa cuando éste es un pequeño terrateniente, quien usualmente se hace acompañar en su trabajo personal de unos pocos y ocasionales compañeros.

En el caso, harto frecuente en Colombia, del propietario de tierras agrícolas que ha adquirido a simple título de inversionista, o bien como actividad secundaria en la multiplicidad de sus oficios, el mayordomo, bien sea como jefe directo de los trabajadores o como jefe de los capataces de éstos, adquiere una importancia excepcional, y viene a ser el pivote sobre el cual resulta girando la empre-

sa, y toda esta azandereada industria. Si se tiene en cuenta la falta de preparación, ya sea técnica o administrativa y de manejo, de los mayordomos; que sus conocimientos se reducen a unas cuantas nociones aprendidas por simple contacto; que no solamente no están habituados a sacar un solo precio de costo, sino que en lo general son suficientemente analfabetas para intentarlo; que en la mayoría de los casos, el respectivo patrón no interviene directa ni continuamente en el manejo, sea por ocupaciones de otro género o por efecto de la distancia, se comprenderá fácilmente cuál es la causa principal de la postración en que se halla esta vital industria. Todo ello se resume en esto: empirismo, inercia, «dejar hacer», estagnación, falta de dirección. Ninguna otra industria subsistiría en tales condiciones. Haciendas conocemos tan complicadas y complejas en su manejo como una gran fábrica, con el aditamento de que el personal no puede estar recogido, como en éstas, sino diseminado en una gran extensión, en que el control es menos efectivo; haciendas de una producción variada y que absorbe gran cantidad de capital, y sin embargo manejadas por un peón habilitado de Gerente.

Entre los muchos beneficios indirectos que ha producido el avance de nuestras vías férreas, y que no pueden calcularse en los presupuestos del rendimiento de éstas, cabe anotar el acercamiento de las haciendas a los centros de donde se manejan, y que indudablemente va a producir un control más efectivo de esa producción. Mas esto

no es suficiente; es preciso emplear en los oficios de mayordomía otro tipo de hombre más elevado, preparado al efecto y, por tanto, mejor remunerado. De lo contrario, serían nugatorios los esfuerzos hechos por educar un personal técnico en las escuelas de Agronomía; ya se ve que sería preferible una escuela de mayordomos y de oficios agrícolas.

Todo el mundo clama, efectivamente, por la creación de escuelas de artes y de oficios, como si fuésemos un país netamente industrial en que hubiese apremiante necesidad de proveer a la formación de aprendices; se supone, sin embargo, que lo poco que hay que aprender en materia de oficios agrícolas puede dejarse a la simple imitación de hombre a hombre, al contacto y a la rutina. Grave error realmente, y error caro, por supuesto. De ahí que se deje a la ambición del peón común el ascenso a los puestos de manejo de la industria agrícola.

El tercer grupo de los que estamos considerando es el trabajador del campo, y que se suele denominar «mano de obra» o simplemente brazos; y el caso en cuestión es que los conductores de esos hombres, y que tienen a su cargo el manejo de las haciendas colombianas, acaban de declarar que hay escasez de brazos. Esta frase de orden, lanzada por los mayordomos de todo el país, ha repercutido en las ciudades y convirtiéndose en un clamor general: «faltan brazos». Habitado

quien esto escribe a observar por luengos años los métodos de manejo empleados en la industria agrícola, cuando el mayordomo disponía de «mano de obra» tan fácil y barata, que despedir a un trabajador era como reemplazar un ladrillo quebrado por otro nuevo, no ha dejado de sorprenderle que la sociedad en masa se haga eco de tal clamor y lo acoja. Precisamente, a los «ideólogos» aficionados a pensar en los problemas colectivos, a la hora en que todo el mundo rumia su propio problema, no dejaba de contristarles esa «abundancia de brazos», que estimaban como obstáculo insuperable para toda reforma que sea progreso, pues la abundancia de gente infeliz que plane por algún empleo que le permita satisfacer sus necesidades, siquiera del orden fisiológico, es lo que precisamente derrota todo cálculo, toda propuesta de reforma. Esa abundancia es la que hace económico el empleo de la azada en lugar del arado, y el hombre de carguío en lugar del asno o de la tracción animal. Como en los Estados Unidos y otros países el hombre de abajo no es tan «abundante y barato», el hombre de arriba se ingenia para obtener del «brazo» los más amplios resultados, y es precisamente ese esfuerzo de dirección del trabajo inferior lo que viene a constituir el capital humano de las naciones civilizadas. Cuando un publicista español sostiene que el empleo general de la máquina en los Estados Unidos se debe ante todo al gran capital de esa nación, y que otras, como la suya o el Brasil, nunca podrían hacer lo mismo, por la falta de esos capitales, resulta menos acer-

tado que de ordinario. Dos grandes factores prevalecen, a nuestro entender, en los Estados Unidos y que los han llevado a ese pináculo de prosperidad que contemplamos: su riqueza en elementos naturales y en elemento humano de buen quilate, de un lado; y la demanda interior, enorme en calidad y en variedad, del otro: factores que conviene diferenciar, aunque éste proviene quizás de aquél, pero predomina sobre aquél; la prueba es la riqueza de Bélgica, país tan pobre en elementos naturales. Podría un cataclismo barrer toda la riqueza material creada en la Federación del Norte, y al día siguiente contemplaríamos esa nación de abejas realizando prodigios con el trabajo *eficiente*. Son más de cien millones de cerebros, de amplitud bastante uniforme, satisfaciéndose mutuamente sus necesidades del orden más diverso, y por añadidura dispuestos a valerse de métodos diametralmente opuestos a los de la esclavitud. Los amos no pagaban salario a sus esclavos, pero la esclavitud fué un régimen que vino a tierra cuando apareció el concepto del precio de costo. Las Pirámides de Egipto, y la Alhambra de Granada, son los monumentos de la esclavitud a la esclavitud de la ignorancia; de existir entonces nociones comerciales no se habrían hecho ¿Cuánto habría costado el Canal de Panamá, empleando trabajo esclavo? Los Norteamericanos buscan ante todo un bajo precio de costo de las obras, y es por eso por lo que pagan salarios altos, lo que a su vez los obliga a valerse del cerebro que guíe la máquina, más que del «brazo» que haga la labor de ésta. De ahí

que sea tan respetable la determinación de ese pueblo, de no admitir obreros de razas de un «standard» de vida bajo, que irían a entorpecer el aguijón que sirve de estimulante a los cerebros. Esta actitud y aquel método de trabajo, tan bien encarnado en Henry Ford, no harán propiamente la dicha de la humanidad, siendo un camino de dicha, y en todo caso hay en todo ello más fondo de idealismo que del grosero materialismo que la crítica le ha señalado.

No es menester apelar a recursos sentimentales para mostrar cuán despiadado y regresivo sería atender el clamor de los mayordomos que piden más brazos. Las mentes se habitúan a mirar estos problemas, cuando los miran, con la rapidez con que pasa la cinta cinematográfica; empleando el recurso de que echa mano ese mismo mecanismo cuando quiere hacernos ver de modo exacto y completo el movimiento, echemos la película despacio. En Colombia ha habido algo así como un millón de trabajadores agrícolas de la clase inferior, llamados comunmente peones, a quienes se les paga, por diez horas de asistencia al trabajo, un salario fijo en consonancia con el concepto reinante en cada lugar. Antes de esta era de actividad oficial se les solían pagar las diez horas desde 20 cvs. en unos lugares, hasta 50 en otros. La paga ha sido y es independiente del resultado del trabajo; cuando éste se juzga insatisfactorio, se despide el peón, sin aviso previo, y se consigue otro, tomado dentro de la «abundancia de brazos»; no sin que en ocasiones y lugares medien en

la selección motivos religiosos o políticos, como el de preferir en el empleo al peón que ha de votar en los comicios de la República por el candidato del patrón. La actividad agrícola se rige por la demanda de empleo en las condiciones anteriores, de manera que si el jornal normal tiende a subir, muchos prescinden de nuevos cultivos o se refugian en el cultivo de pastos; así la inercia se encarga del sostenimiento automático de la pretendida ley de la oferta y la demanda, manteniendo el salario a un nivel convenido.

Este nivel es bien bajo por cierto, y apenas «necesario y suficiente» para que esa clase trabajadora «subsista y viva» (para emplear las nobles palabras de S.S. León XIII) en el nivel más bajo que pueda soportar criatura humana, satisfaciendo necesidades del simple orden fisiológico; esa clase inferior no consume sino unos cuantos víveres cocidos del modo más ordinario, anda con el pie desnudo, viste de telas burdas remendadas hasta lo inverosímil, duerme casi siempre en el suelo o en jergones infames, y su vajilla es vegetal, si acaso no han de servirse de dedos y uñas y sorbo a modo de cubiertos; añádase a esto un poco de aguardiente o de chicha o guarapo con no poca frecuencia propinados por el patrón, y en veces como parte del salario; un poco de tabaco, y pare de contar.

Cualquiera creería que de esa enorme masa han de destacarse individuos más vigorosos, de energía y ambición naturales o adquiridas en la Escuela, y esto es verdad, hasta cierto punto. En realidad, el ideal de todo colombiano es libertarse de la

coyunda a que está expuesta la masa, y muchos lo consiguen, sea porque logren entrada a otros oficios menos materiales, como el de ser escribientes, (es una obsesión de las clases inferiores ocuparse en un escritorio); otros logran el ascenso a mayordomos, capataces o capitanes de cuadrilla, en que serán adversos al mejoramiento de sus camaradas, así como la mujer es el más severo crítico de su sexo. Todo el resto de la masa, sin la menor diferenciación, queda convertida en peonadas, que el trato uniforme del mayordomo o del capataz convierte en una masa uniforme, como pasada por un laminador, que no otra cosa es ese intermedio. Por ese laminador pasa el mozo campesino a quien el Gobierno ha logrado mantener en la Escuela con grandes gastos para educarlo, esto es, para inspirarle ambiciones elevadas e insinuarle necesidades de orden superior: dormir en una cama decente, comer en mesa con mantel y cubiertos, vestir mejor que sus padres, leer y gozar de esparcimientos honestos; en suma: ascender al nivel de las clases medias. Espiritualizado así el individuo, siquiera a medias, bastaría que hallase el medio de sostener su poder de compra al nivel de sus necesidades, dando en cambio la energía productora de que se siente capaz. Desgraciadamente para Colombia entera (y no para él únicamente) el mayordomo se encargará de laminarlo, de recortarle las aspiraciones y de traerlo a la realidad de una vida vulgar y sin esperanzas. Esa es la tela de Penélope de nuestra instrucción pública.

*
**

Quien esto escribe tiene inscrito entre sus recuerdos inolvidables un banquete a que tuvo la fortuna de asistir en 1916, en el Club Liberal Nacional de Inglaterra, un día en que Pérez Triana daba una conferencia sobre Colombia a un grupo bastante distinguido de caballeros y señoras, en gran parte ingleses. Sobraría todo elogio para describir cómo resultaba exaltada nuestra nacionalidad con las frases llenas de hermosa elocuencia y de orgullo patrio del ilustre compatriota, pensadas y dichas en un inglés tan correcto como escogido, al decir de los oyentes. Desfilaron por el auditorio los altos personajes consagrados por la fama como orgullo y fundamento de nuestra nacionalidad, con una maestría insuperable y una voz de verdadero orador, que todavía acaricia el oído, y que a la concurrencia inglesa debió de producirle la impresión de que nuestro compatriota ocupaba, por derecho propio, el puesto que tantos políticos ingleses han honrado en ese Club.

Llegó la hora del champaña, de los cigarrillos y de la intimidad en que, a la usanza inglesa, los más conocidos son invitados a hablar, función que el inglés desempeña con toda naturalidad, con un poco de *humour* y un nada de elocuencia premeditada, pues el inglés rehuye por idiosincracia las actitudes heroicas. Un burgués que debía de ser muy popular en la concurrencia, pues todos se empeñaban en que hablase, lo hizo al fin diciendo lo siguiente más o menos, con el mayor desembarazo y naturalidad:

«He viajado por todo Sud-America y algo conozco de esos países, un poco difíciles de conocer por ser tan extenso cada uno como un continente. De Colombia conozco varios lugares, mas no podría decir que conozco ese país tan extenso. Mister Pérez Triana nos acaba de demostrar que allí ha habido grandes eminencias en todo género de actividades, y a la verdad que para convencerse de que Colombia ha producido hombres genuinamente europeos bastaría conocerlo a él, o siquiera oírlo hablar; pero estoy lejos de creer que todo en Colombia y en Sud America sea así. El habla de una minoría insignificante, que para evitar controversias podríamos calcular en 2 %, y, disminuyendo los requisitos, en un 5 %; y no es por ignorancia por lo que hablamos de indios. Ya lo sabemos que allá no anda la gente desnuda o vestida de paruma. Lo que nosotros llamamos indios es esa gente que anda descalza, no come bien, viste mal y duerme peor, con un *standard* de vida demasiado bajo, en comparación con el hombre de la calle entre nosotros, y que constituye una masa que está a merced de lo que diga una minoría insignificante. Por lo que he podido observar en mis viajes por ése y otros países latino-americanos, no hay verdadera opinión pública, y entiendo que las condiciones están automatizadas en esos países de tal manera, que es más fácil producir unos cuantos especímenes de los muy ilustres mencionados por Mister Pérez Triana, que levantar el nivel general siquiera una pulgada».

*
* *

El empresario agrícola colombiano, así como los otros industriales, no emplea otro método para remunerar el trabajo que el salario fijo, o sea por horas de asistencia; el resultado del esfuerzo del obrero no influye sino como consideración general para darle empleo o privarlo de él sin previo aviso. Por añadidura, se les paga a todos el mismo salario corriente en el lugar, sin diferenciaciones individuales, sea el obrero un mozo que llega de la escuela, sediento de mejorar, o el hombre de salud arruinada por los vicios o los gusanos estomacales, soltero o casado. Naturalmente, los trabajadores se nivelan automáticamente en el esfuerzo mínimo.

Quienes aconsejan como reforma o remedio, el pago por unidad de obra o por piezas, ignoran, sin duda, que este método es hijo legítimo del otro, siendo más insidioso, pues el precio de la unidad se calcula de acuerdo con el rendimiento conocido para que el obrero obtenga en 10 horas el salario corriente. Numerosa experiencia demuestra, sin embargo, que un esfuerzo del obrero por aumentarse su salario, trabajando más, sólo tiene el resultado de revelar al patrón las reservas de energía del trabajador, e incitarlo a rebajar el precio de la unidad. El patrón se cree engañado al ver que el obrero duplica su salario con un esfuerzo formal, sin tener en cuenta la correspondiente disminución en el precio de costo, que es lo sustancial. La actitud mental de los patrones respecto a los obreros es tal, en la casi totalidad de los casos; es

tal la condición de inferioridad del obrero respecto al patrón, en un país en que las uniones obreras no existen, que el pago así ideado es un arma contra el obrero, que sólo contados patrones se resisten a emplear, en su afán de obtener la mayor ganancia con el menor gasto. En las lecherías colombianas es corriente la creencia de que la vaca esconde la leche en el ordeño, y que el remedio eficaz para que la afloje consiste en soltar el ternero a mamar por pocos segundos, tras lo cual sale el chorro lácteo con nuevo vigor; esto es una imagen exacta del pago por unidad, cuando se emplea por gentes más codiciosas que atentas a obrar conforme a la psicología del trabajo. Para quitarle su carácter de celada que se tiende al obrero con este método de remunerar el trabajo, habría que añadirle una *prenda de lealtad* dada sinceramente al obrero, asegurándole que el precio de la unidad no cambiará, cualquiera que sea el rendimiento individual.

Obrar de otro modo es dejarse guiar en asunto de tanta monta social e individual por un *criterio envidioso*; es obrar con el prejuicio de que un obrero no puede alcanzar, cualquiera que sean su pericia, energía o necesidades como móviles del trabajo, sino el jornal reputado como corriente en cada región, y con el cual se marca al trabajador como al ganado con un hierro al rojo.

En países que han logrado enriquecerse por un más recto empleo de los móviles del trabajo, se obra más científica y rectamente. No se toma como *resultado* la cuantía del salario, sino el pre-

cio de costo, que es el termómetro real de la producción, y el único verdadero índice que puede marcar las ganancias de la empresa.

Pero en esos países el empresario sabe de antemano qué cantidad de labor ha de hacer un obrero normal, y al fin de cada día se sabe también qué cantidad de labor realizó cada uno. Ello implica un estudio previo y un «control», es decir, una dirección del trabajo, que es algo muy distinto del «dejar hacer» que prevalece en Colombia.

De ahí que al clamor de «faltan brazos» opon- gamos enfáticamente este otro: «faltan conductores del trabajo».

*
*
*

Quienes sostienen que en Colombia no hay una cuestión social, desconceptuando como agitadores a quienes buscamos las fuentes del malestar social para evitar crisis y allanarle al País la vía de su progreso armónico, olvidan que la llamada «cuestión social» por antonomasia no es, en el fondo, otra cosa que dos egoísmos de grupo enfrentados; y si en Colombia se insiste en desatender los dictados de la ciencia del trabajo, llegaremos a tener más o menos tarde las mismas hondas perturbaciones en que ahora se debaten estas civilizaciones que confiaron demasiado en los efectos del interés individual y de la competencia. El egoísmo humano es uno al través de los espacios y los tiempos, y el progreso no ha de consistir simplemente en acertar a disfrazarlo.

La función fundamental del hombre es el tra-

bajo, que se ha regido desde el comienzo de las edades por el principio de Economía, más universal, más evidente y más humano que la ley de gravedad: mas hay que saber interpretarlo.

Ese principio podría enunciarse como silogismo en la forma siguiente: El hombre es, por naturaleza, avaro de su esfuerzo y de su tiempo; es así que todo lo que ha menester le cuesta esfuerzo: luego el hombre tiende siempre a obtener los más amplios resultados de su esfuerzo. En la interpretación de tal principio importa fijar cuidadosamente el resultado buscado, y es corolario que se insinúa espontáneamente éste: para obtener cada resultado u objetivo, el hombre economiza su esfuerzo o su tiempo; emplea el «esfuerzo mínimo», que es como si se dijera que para ir de un punto a otro sigue la línea más recta; nada más natural y humano.

Si el resultado para el obrero ha de ser unos centavos como remuneración de su esfuerzo, empleará el mínimo esfuerzo, en Europa o en Sud América; si es un pago dado a cambio de hacer cierta obra, tratará de recortar el tiempo de la ejecución; si es dueño de obtener los más amplios resultados, dado que posea móviles suficientes, como lo somos los que trabajamos por cuenta propia, empleará toda reserva de tiempo y de esfuerzo en aumentar ese resultado, para obtener los más amplios resultados, que es lo que ahora se llama la mayor *Eficiencia*.

Decíamos antes que el resultado que debe buscar racionalmente todo empresario es un bajo precio de costo que, en siendo menor que el precio de venta, rige el provecho del empresario, y es

tanto más grande cuanto mayor sea la cantidad del producto o servicio. La empresa, si es industrial, tiene la característica de carecer de otro motivo que no sea el del provecho pecuniario; todo otro motivo sera extraño, impertinente, absurdo. ¿No veis, amados hermanos, que el móvil del empresario colombiano parece ser que el obrero no gane sino determinada suma? Y no veis que obra como si no tuviese otro índice de sus provechos que el pago del salario corriente? Esto es lo que hemos citado como criterio envidioso en el manejo; mas sería injusto atribuirlo a móviles aviesos, cuando es simplemente una línea de menor resistencia en el manejo y conducción del factor humano; es un «estado de cosas», un producto espontáneo de la inercia.

Simplificados hasta ese punto y reducidos a su más simple expresión los principios del manejo, la psicología del trabajo y los métodos de remuneración del esfuerzo y del tiempo, quedaría la ecuación del trabajo—cuán complicada es—reducida a dos egoísmos enfrentados: el del empresario por pagar lo menos posible, y el del obrero por llegar al «esfuerzo mínimo», que es la ecuación europea.

Sólo que en estos países los obreros se han ido organizando para la defensa colectiva, hasta llegar en esa vía a absurdos tan inexplicables como suicidas, como son la limitación voluntaria y colectiva del rendimiento, con la más completa anulación de la libertad del obrero por el obrerismo; y el internacionalismo, que, al emparejar

ideales entre obreros de diversas naciones, uniforma métodos y procedimientos de defensa, con desconocimiento absoluto de condiciones locales. Colombia está muy lejos aún de sufrir las consecuencias del descuido en las relaciones entre empresarios y obreros; ello sólo crea, por lo pronto, una especie de freno que demora nuestra evolución hacia formas de una civilización superior. La inercia en ese sentido se revela en que deseamos un progreso sin poner los medios adecuados a ese objetivo, sino tal vez los contrarios.

Esto puede concretarse ahora de modo tan sencillo como real: los empresarios han menester de la abundancia de brazos de que siempre han disfrutado, en tanto que todo estadista saludará esta escasez como ocasión única de levantar el nivel de la vida colombiana, como condición fundamental de progreso, como el orto de la nueva era postcentenaria de Colombia.

Quien estudie a fondo la psicología de las masas inferiores de nuestro País hallará fácilmente que el tipo menos evolucionado entre los jornaleros tiene un modo peculiar e inconveniente, (socialmente hablando) de defenderse de las injusticias del manejo, y aún de las disciplinas que son necesarias en todo trabajo intenso, y es «volver al monte», como alguien decía, queriendo significar con ello que tiende a retroceder al estado primitivo de las necesidades mínimas, y aún a soportar el hambre, en los casos en que la formación comunitaria de nuestra sociedad falla en su ayuda. Siendo incapaz de reclamar sus derechos,

se refugia en una austeridad que le es tanto menos dura cuanto está más dispuesto a dar la vida por cualquier motivo; mientras que el tipo más evolucionado cede más fácilmente ante las necesidades ya insertadas como hábito, y más aún ante las perspectivas de escasez para los suyos. Aquel modo de sublevarse, volviendo al estado más primitivo, o entregándose al vicio del licor, no pueden menos de ser una causa de preocupaciones para el sociólogo.

*
* *

El conflicto apuntado, entre las aparentes conveniencias de los empresarios y las miras del estadista, es fenómeno que debió de producirse mucho antes en Colombia, pero que otras causas retrasaron. Entre estas podríamos señalar las guerras intestinas, y en general, el estado de inseguridad en que estuvo sumido el País durante el medio siglo que antecedió al centenario de nuestra independencia, y que refrenó el espíritu de iniciativa y la formación de capitales. A éstas, quizás, podríamos agregar otra causa, que viene a dar el mismo resultado de mantener la abundancia de brazos, y es el recurso empleado por los agricultores colombianos de replegarse hacia el cultivo extensivo de las tierras, para sacar de éstas productos casi espontáneos, o que requieren el menor empleo imaginable de mano de obra. Nuestros agricultores han adquirido un verdadero impulso en esto de reemplazar lo intenso del cultivo con lo extenso de la tierra apro-

vechada, prefiriendo ante todo aquellas plantas que absorban la menor cantidad de trabajadores por área. El ideal de muchos es la siembra y cultivo del cocotero, y la generalidad se refugia en la cría y pastoreo de ganados, para lo cual se ha llegado a realizar la adaptación de razas vacunas que serían todo lo contrario del ideal de los europeos, pero que parecen dotadas de la virtud de vivir y procrear con el menor cuidado posible por parte del hombre. Se le saca así a la tierra algún beneficio; el propietario de ella vive descuidado en la multiplicidad de sus oficios, y se rehuye el problema complejo de los brazos. De ahí también que la parte central del País, que hemos logrado dotar de mejores vías de comunicación, es decir, de buenos mercados, permanezca casi inculta, casi inhabitada, desierta casi. De ahí, por ejemplo, que regiones tan bien dotadas como la llanura tolimense, con ríos navegables, caminos y vías férreas como ninguna otra en el País contengan tan poca población, cuando deberían ser el huerto colombiano.

Ahora acaba de expedirse una sabia ley que permitiría subdividir esos fundos y entregar al campesino un pedazo de suelo con su correspondiente mercado para que lo posea, lo ocupe y aumente la cantidad de salarios empleados en cada hectárea. Falta ver la efectividad de esa ley.

*
* *

Consideraciones anteriores nos relevan de las que teníamos pensadas al hacer la combinación

de los tres elementos humanos del trabajo, a saber: empresarios, intermediarios y trabajadores o jornaleros, y basta resumir la cuestión. Teniendo los empresarios agrícolas esta actividad como simplemente secundaria, o dispuestos a sacar de la tierra aquello que ella buenamente dé, sin mayor empeño, y ejerciendo esta actividad por conducto de los intermediarios cuyo perfil hemos diseñado, sin el menor ánimo de controversia y evitando ser injustos, el manejo del campesino agrícola asalariado se ha automatizado en términos inaceptables para él, para el empresario y para la sociedad, debido principalmente a la abundancia de brazos, que permite emplearlos con una insignificante remuneración en espera del esfuerzo que ellos buenamente hagan. Las consecuencias de esto son un alto costo en la producción de la industria agrícola; empleo poco productivo de las tierras, y estancamiento de la parte más retrasada y desvalida de la población. El bajo *standard* de vida de esas gentes redundaba en una demanda escasa, que a su vez afecta al empresario agrícola.

Los remedios a esta situación son claros. Recordemos la ley del progreso, que es la diferenciación con la concentración correspondiente. Entendiendo por especialistas a los que se hacen expertos en la fracción de un trabajo fraccionable, no intentamos invocar ni las ventajas ni las inconveniencias de la especialización, sino apenas las de la repartición de los oficios. Ya es tiempo de que cada cual se haga fuerte y experto en un solo oficio y abandone la multiplicidad de ocupacio-

nes y aún de profesiones que se ve por todas partes. Para recomendar ésto basta invocar la ley de la división del trabajo en su aspecto más elemental, ley que es un simple corolario del Principio de Economía. Siguiendo esta norma pronto podríamos contar con un verdadero gremio agrícola, exclusivamente agrícola, y capaz ante todo de estudiar el trabajo nacional y hacerlo más productivo, por medio de un manejo más efectivo y vigoroso, que diera por resultado aumentar la eficiencia de todo el personal en un 50 %; y estamos seguros—por experiencia propia en otras industrias— de que esto se lograría más fácilmente, *creando* un nuevo tipo de intermediario.

Estamos seguros de que el obrero colombiano responderá fácilmente a un buen manejo, a un mejor tratamiento. Esta afirmación no es hija de un optimismo premeditado, ni del deseo de adular a multitudes de que nada tememos ni esperamos; más productivo sería, ciertamente, halagar el oído de los de arriba, o siquiera el discreto silencio. Es el fruto del contacto con obreros de todas clases, cuando quiera que hemos logrado llegar hasta ellos y darles esa «prenda de lealtad» de que están ansiosos para entregarle su alma al trabajo; cuando quiera que logramos movilizar todo el hombre que hay dentro de lo que la Economía del siglo XIX tuvo a bien denominar «mano de obra». Hay allá abajo, y no escasamente, muchas virtudes, muy bellos corazones, muy altos sentimientos que no vió el inglés del Club Liberal Nacional cuando pasó rapida-

mente por Colombia, sin mirar más que los pies descalzos y las multitudes mal vestidas. Engrañar con ellos es obra de simpatía y de talento, pero la clave es asociarlos a nuestros resultados, en leal cooperación. Miles y miles de entre ellos esperan hace tiempo que llegue el prócer que les ha de conceder la Libertad del Resultado, de que disfrutamos los profesionales, trabajadores autónomos y empresarios, y que nos mueve a ponerle el alma entera al trabajo, y aún a trabajar por el placer de trabajar. Bien podrían decir nuestros campesinos a sus empresarios, prestando palabras a Su Alteza Hamlet: «Tiene una bella música este pequeño instrumento, pero no lograrás tañerme». Son una buena mina, pero hay que gastarles dinero, como lo hace el americano del Norte para producir barato. Y estamos seguros de que si esas infortunadas víctimas del salario fijo, en tierra tan ubérrima, pudieran interpretar un grito común, dirían a sus empresarios: «Hay para todos, como supiérais dirigir».

*
**

La diferenciación es aconsejable hoy en Colombia, no solamente en materia de oficios, sino en todo sentido, como condición de progreso. En la industria agrícola, como en ciencias, como en literatura, son muchos los llamados sin ser escogidos; son muchos los que hacen de agricultores sin serlo, simplemente por poseer tierras de media labor que han adquirido como inversión segura de su dinero. Si los innumerables propietarios que

caen en esta calificación se retiraran del todo de esa industria, dejarían el campo a otros más aptos y dispuestos a entrar en ello como actividad exclusiva o al menos predominante; y si esto no se ha conseguido hasta ahora, es por falta de mejores medios de inversión. De ahí que por doquiera que se estudien los problemas nacionales se tropiece con la falta de un buen papel de Estado en que puedan invertir sus capitales quienes no pueden, no quieren, o no deben trabajar con ellos.

El tono despectivo que se emplea en la prensa y aún en las esferas oficiales contra los «ociosos rentados» es una insensatez. A la sociedad no le conviene que quien se siente sin aptitudes o sin deseos de ser el empresario que invierta su propio capital, se exponga con ello a perderlo; es preferible que lo conserve, dándolo a otro a interés para que trabaje con él, pues el tener dinero no es equivalente de ser empresario; acorralar a los que poseen capital a que emprendan algo que reditúe una renta es absurdo, es lo que hace evaporar los capitales ya formados o en vía de formación, y es, por añadidura, lo que nos está proporcionando tanto «agricultor a palos».

La Agricultura y la Inmigración

El problema de la inmigración a Colombia es de los más complejos que puedan darse, y para tratarlo en toda su amplitud habría que considerarlo desde varios puntos de vista, como el racial,

que no nos incumbe, o el industrial, que es demasiado amplio; sólo vamos a permitirnos unas pocas consideraciones en cuanto dice relación con la industria agrícola.

Todo el mundo menciona la inmigración como elemento esencial para el progreso de Colombia, y en realidad todos vivimos esperando la deseada hora en que se establezca una corriente espontánea de sanos y avanzados elementos, que nos ayuden a dominar el territorio y a resolver los numerosos problemas, sin darnos cuenta de que esas migraciones las produce siempre un desnivel de condiciones, que no logramos establecer en la centuria pasada. Al contrario, los hechos muestran que el desnivel nos es desfavorable, y que hasta hace unos pocos años existía una marcada tendencia a emigrar, cuando quiera que se ofrecía alguna oportunidad. Recordemos los obreros enganchados para el Ferrocarril Madeira-Marmaré, que luego tuvo la Nación que repatriar; y la corriente de obreros hacia Cuba, cuando la fiebre del azúcar. La salida constante de compatriotas que vienen a Europa a holgar, gastando muchas veces sus capitales circulantes, es apenas comparable a la emigración de obreros de ciertos países que van a ayudar a la recolección de cosechas en otros.

Inmigración espontánea no la habrá en Colombia por luengos años (al menos de europeos), mientras no se eleve el nivel inferior de comodidades y de seguridades. El emigrante no sale en busca de un simple salario, ni con la mira de ve-

getar en otra parte más holgadamente. Deja las comodidades y seguridades generales de la vida europea, rompiendo sus lazos afectivos, para lanzarse en tierra extraña en pos de una fortuna muy probable; ve el salario posible y casi seguro como un mínimo, pero no va en pos del salario. Su ideal no es acomodarse en un vecindario extranjero a producir artículos de consumo local, sino que prefiere los países en que pueda producir artículos de exportación, no sometidos a los fenómenos de la superproducción y consiguiente envilecimiento de precios. En general puede afirmarse que el emigrante tiende a salir a otro país de civilización inferior, lo que desde luego constituye una superioridad para él desde la llegada. Otra de las ventajas que busca es una gran oferta de empleo; y es bien sabido que los países en que esto sucede, los gobiernos organizan la llegada del inmigrante y le ofrecen muchas otras ventajas que vienen a ser como un verdadero seguro contra las incertidumbres de llegar a establecerse en un país nuevo.

No basta, pues, desear la inmigración; hay que establecer condiciones permanentemente favorables al inmigrante, y habría que ofrecer ventajas adicionales al que llega. Quienes reclaman ahora condiciones y legislación especiales para inmigrantes encontrarán la resistencia de quienes reclamamos ventajas equivalentes para los colombianos. Efectivamente, si se emplease solicitud igual en proporcionar ventajas al campesino y al obrero colombianos, seguramente se subsanaría la

falta de brazos que hace pensar hoy en el recurso de la inmigración, fuera de que ello elevaría el nivel actual de la población, que es condición esencial para que se establezca una corriente de inmigración espontánea.

Los enganches de inmigrantes requerirían que se firmasen contratos de trabajo con las condiciones ya establecidas en países de emigración, como Italia y España, y en tales contratos figurarían estipulaciones que serían de una ironía insoportable para el obrero colombiano. Además, es ilusorio el proyecto de poblar nuestros baldíos con inmigrantes extranjeros, a menos que previamente los crucemos de caminos y de vías férreas, que nos faltan aún en la parte ya conquistada del territorio que ocupamos; e ilusoria y vana la preocupación que mantenemos respecto a las tierras fiscales, en lugar de concentrar el esfuerzo de que somos capaces en repletar el territorio ya hurtado a la selva y en vía de civilización. El impulso hacia la expansión nos convendría cambiarlo por el de intensificación, concentración.

Todo el mundo ha podido observar que los pocos extranjeros que llegan a Colombia se transforman en personajes de orden superior desde el desembarque, como si el contacto con el territorio o la población los realzara, elevándolos a una potencia superior, y llegan a ocupar puestos de dirección, aunque en su tierra fueran «mano de obra» o empleados de ínfimo orden. Habitados a un medio tan exigente como el europeo, en que cada cual ha de ser experto aunque sea en una

fracción de un trabajo, el medio inferior que encuentran en Colombia los autoriza para presumir de personajes y aspirar a jefes. Y aún hay quienes imaginan que los jornaleros que piensan importar para la recolección del café van a tener la modestia de dedicarse a esa humilde labor.

*
**

Como la inmigración espontánea, o sea en la forma que hoy llega a otros países, como Argentina, Brasil, Australia o el Canadá, es una simple ilusión que nos complacemos en acariciar los colombianos, por huírle a la brutal realidad, ahora cuando empieza a haber una verdadera demanda de brazos capaz de producir a la larga condiciones de verdadera inmigración, se ha preconizado la inmigración forzada, o sea la importación de brazos, como recurso de emergencia, naturalmente a costa del contribuyente. El consabido «interés individual» no se ha puesto en juego, esta vez, sino para azuzar el clamor de la prensa. De ese recurso dijimos antes que lo considerábamos injusto, ineficaz y estéril, calificativos que apenas si han menester alguna justificación.

Es injusto, porque tiende a alejarle a la clase inferior la ocasión única de mejorar. Sean cuales fueren las teorías que se lancen para explicar la carestía de los víveres, lo evidente es que el salario *real* del obrero colombiano ha subido; que ahora no intervienen en la recluta de obreros consideraciones extrañas al fenómeno simplemente

te económico; que hay empleo para todo aquel que desee trabajar; que ya hasta el más desheredado de la suerte está comiendo *completo*; que hay, por consiguiente, más demanda de víveres, una demanda más general, lo que, por ser fenómeno imprevisto, ha ocasionado una cortedad de subsistencias, que explica, sin necesidad de apelar a más teorías, el alto precio de toda subsistencia. Por añadidura, los empresarios cafeteros ya no tienen a su disposición las grandes masas de gente pobre a quienes empleaban, ocasional y únicamente en tiempos de recolección, lo que significa que esas gentes han hallado un empleo permanente y lucrativo en otras labores. ¿Es esto acaso un mal para la sociedad? ¿O es que la sociedad ha de subordinar sus intereses a los de esos empresarios?

¿Qué significaría la importación de cinco mil antillanos? Seguramente no irían a recoger café y a buscar otro empleo mientras vuelven a madurar los granos; lo seguro es que esos individuos, verdaderos nómades internacionales, irían a desalojar a los jornaleros colombianos que han hallado ahora ocupación permanente, quedando éstos como depósito disponible de los cafeteros.

Pero lo más seguro es que no se hallarán fácilmente los cinco mil antillanos que vayan a nuestro suelo a vivir la vida que llevan nuestras clases inferiores; aquellas gentes están demasiado influídas por los métodos americanos de manejar el esfuerzo humano, para que se resignen a ir a Colombia a alzar grandes fardos y a trans-

portarlos a la espalda; sería necesario que los dólares de la indemnización americana se hubiesen convertido en otros tantos millones de ruedas; sería preciso levantar aún un poco el *standard* de vida de la clase con que van a convivir, que es precisamente lo que aconsejamos, los que contemplamos estos problemas desde lejos y sin interés particular alguno de un lado o de otro.

Para conseguir hoy en el mundo «mano de obra» importable a Colombia, sería preciso incurrir de nuevo en el nunca bien lamentado error de los españoles colonizadores de nuestro País; habría que importar razas inferiores, que irían a bajar el *standard* de vida actual de nuestros jornaleros. ¿Llegaremos hasta ese extremo?

El recurso de la importación de brazos (tan semejante al de la «ley de emergencia» y al de las bodegas para coordinar los transportes) sería, por esas razones, injusto e ineficaz; como derivativo para distraernos de la recta solución del problema, es realmente eficaz.

Ahora acabamos de ver el informe de un experto médico, empleado por el Gobierno en la campaña contra la anemia tropical, en que se asegura que el 69 % de la población del Municipio de Medellín sufre de ese mal, tan fácilmente curable como fácil de prevenir; y quienes hemos manejado grandes masas de obreros, bien sabemos que esa enfermedad merma tanto la energía humana, que convierte al mejor peón en pordiosero. Es lástima que no se hagan demostraciones más palpables para mostrarle a la masa

de la población, especialmente a los niños de las escuelas, cómo se recobra la energía perdida por estos gusanos estomacales, con la administración de una simple droga. No sería extravagante proponer, por tanto, que los recursos fiscales que han de emplearse en la importación de «mano de obra» extraña, se invirtieran en curar de ese mal una parte siquiera de la masa de la población. Advierta el lector que como lo aconsejamos lo hemos hecho, pues los obreros de la mina del Zancudo gastaban el timol por arrobas, hace ya de ello 16 años, antes que la campaña fuese apadrinada por humanitarios extranjeros. Así podría cubrirse fácilmente el pequeño déficit de brazos.

Y el futuro lejano podríamos cubrirlo evitando la crecida mortalidad infantil que revela la estadística; los vientres colombianos son todavía «fecundos como el lecho de amor de la miseria», y bastaría que los cerebros fuesen igualmente fecundos, para poblar el territorio con nuestros propios elementos.

*
**

Si la inmigración espontánea no es posible ni probable ahora, disponemos del recurso de la inmigración forzada, pero no de brazos, sino de habilidades, que enseñen y ayuden a conseguir mayor productividad del trabajo y del suelo colombianos. El Gobierno ha hecho en los últimos años una labor tan apreciable, como mal apreciada, en ese sentido; sería más exacto y justo

decir que esa labor ha sido admirablemente acertada, aunque está lejos de ser completa, pues el País necesita que se importen miles de expertos profesionales, técnicos, maestros de obra, sobrestantes, artesanos y obreros que le inyecten conocimientos, métodos y prácticas, en diversos ramos de la actividad. Esa importación podría hacerse, tanto contratando empleados para el trabajo y la enseñanza directa, como subvencionando personal técnico que con tal ventaja fuese a establecerse en el País, por cuenta propia y en cambio de ciertas condiciones, fáciles de establecer en cada caso.

La industria agrícola sería tan beneficiada con un plan semejante, como las demás industrias ya establecidas, y el dinero que en ello se gastara sería una de las mejores inversiones que podría hacer hoy la Nación. Aparte del café, cuya técnica es bastante conocida, tenemos hoy otras cinco industrias agrícolas que reclaman todo nuestro apoyo: azúcar, algodón, arroz, tabaco y cacao, y aún podría agregarse la del ganado. Para cada uno de esos cultivos podrían importarse una decena de expertos que nos llevasen los conocimientos ya sistemáticamente empleados en países en donde esas industrias están en pleno florecimiento. En todas esas industrias necesitamos ampliar conocimientos en cuanto a alimentación de plantas y animales que son motivo técnico de la respectiva industria, y también, respecto a sus enfermedades, a la vez que disipar errores y leyendas que han arraigado como parásitos, en

largos años de rutina y de tanteos mal conducidos. Recuérdese el excelente resultado que dió en Antioquia la llevada de un experto en el cultivo y preparación del tabaco, y que es uno de los pocos impulsos acertados que ha recibido esa industria. En cuanto se relaciona con el cultivo y beneficio del arroz, todo está por hacer en Colombia, y el mejor medio de libertarnos de la dependencia indigna en que vivimos para la provisión de ese grano, es el de llevar expertos que enseñen los conocimientos, procedimientos y el manejo de máquinas empleados en los lugares que ahora nos abastecen. Ya la misión de Algodoneros, enviada de Manchester a estudiar las condiciones del cultivo de algodón en Colombia, nos mostró los serios errores que se cometen en ese cultivo, pero a más de los hombres de ideas que nos diagnostiquen, hacen falta expertos que dirijan establecimientos modelos. Ni hay que añadir una palabra respecto al cultivo del cacao, industria en que cada día que pasa acentúa su decadencia; parece increíble que en tantos años como han pasado, desde que ocurrió la enfermedad que hizo abandonar los cultivos de Antioquia, hayamos sido incapaces de descubrir y emplear un remedio. Da tristeza y desalienta ver que un pueblo de energías, como el de Colombia, retrocede ante una enfermedad, y entrega al extranjero su demanda de un fruto que es esencialmente colombiano, y que podría servir fácil y económicamente de vehículo para exportar la energía nacional. El problema de las enferme-

dades de esa planta, así como las mejores condiciones de su alimentación, podrían estudiarse una vez por todas, y para todos los interesados, por cuenta de la comunidad. Esa parece ser la vía recta hacia el progreso.

Hemos incluido la industria ganadera entre las más nacionales y merecedoras de apoyo, aunque no parece que sea necesario, ni siquiera conveniente, importar técnicos para mejorar las condiciones de esa industria y aumentar su eficiencia. Se excusará nuestra osadía al afirmar que, para lograr una reforma en esa industria, no hacen falta más conocimientos, sino un cambio fundamental de ideas, y, por consiguiente, de métodos, como se explicará más adelante.

Las escuelas técnicas

Cada día se hace más palpable la necesidad de que el Congreso conceda autorizaciones amplias al Gobierno para el nombramiento y debida remuneración de comisiones especiales que se encarguen de estudiar a fondo ciertas cuestiones de especial interés para la comunidad, y que se presenten con caracteres agudos. Esto es muy acostumbrado en la Gran Bretaña, en donde los grandes problemas de actualidad se confían a Comisiones Reales, escogidas entre los grandes sabios y expertos, en variedad que represente los diversos aspectos o matices de la cuestión, el técnico, el económico, el social y aún el político. Regularmente la prensa inglesa registra con res-

peto y aplauso, tanto las resoluciones de formar comisiones independientes, como el acierto que se emplea en la cooptación del personal. Tales comisiones, como la que se constituyó para estudiar el problema del carbón, antes que estallara la huelga, estudian los asuntos a fondo, recogen, coordinan e interpretan datos estadísticos hasta agotar la materia, y emiten sus opiniones y conclusiones con una autoridad que todo el mundo respeta o acepta. Al rededor de esos informes se localizan las discusiones de la prensa o del Parlamento, pues en ellos se exponen todos los datos y aspectos de la cuestión, y usualmente el Gobierno los adopta como base de su proceder. Los expertos en asuntos monetarios saben muy bien que la política actual de los diversos gobiernos ingleses de los últimos tiempos, se basa íntegramente en el informe de una de esas Comisiones Reales.

En Colombia dejamos todo eso a la actividad individual, a la investigación individual, casi puede decirse a la estadística que cada cual pueda lograrse o zurcir; y así la campaña al rededor de problemas vitales es una simple controversia de guerrillas en que cada cual acomoda un dato a su propio prejuicio. Tal acaba de ocurrir con el problema magno de averiguar las causas de la excepcional carestía de la vida. Una comisión nacional compuesta de los mejores estadistas, agricultores, ingenieros, economistas, &., habría circunscrito la discusión a unos pocos puntos, con la sola enunciación de datos tomados imparcial-

mente; habría canalizado la opinión pública, y nos habría evitado todo el empirismo, parcialidad y espíritu de controversia que se ha exhibido con ese motivo.

A una comisión, constituida en la forma indicada, convendría confiarle la investigación concerniente a la enseñanza técnica de Agronomía y Veterinaria, tal como viénese luchando por organizar hace más de diez años, tanto en Bogotá como en Medellín. Definir ese punto es de la mayor importancia para el País. Todo el mundo concuerda en prestarle un apoyo firme a la Agricultura; Asambleas y Congresos están siempre dispuestos a abrir las bolsas fiscales en persecución de ese objetivo, y muchos creen que de las escuelas técnicas nos vendrá la prosperidad anhelada. Algunos han opinado y sostenido que esos estudios se hacen demasiado teóricos, o más propiamente abstractos, y que sería preferible el establecimiento de granjas modelos, tanto para la investigación, como para la enseñanza de oficios agrícolas. Las discusiones periodísticas o en los cuerpos deliberantes giran al rededor del tópico de si la enseñanza debe de ser universitaria o práctica; pero, en general, se le concede una eficacia incuestionable a la enseñanza que se dé en las escuelas técnicas, como medio casi único de promover la prosperidad de esa industria; es ese un postulado que nadie se atreve a poner en duda, una especie de ídolo a que todos rinden tributo, en una u otra forma.

Las dos escuelas de Agricultura, sin embargo,

no han logrado aún mediana estabilidad, ni justificar siquiera su existencia. El espíritu de controversia y de pugna personal que pulula en el ambiente colombiano ha atribuído el mal éxito de esas escuelas a sus Directores, y se han fundado grandes ilusiones en los cambios de personal. En aquellos puestos se han turnado directores extranjeros y nacionales; y entre éstos se han ensayado directores de toda clase, Médicos, Ingenieros, Abogados, Ingenieros Agrónomos, sin modificar sensiblemente el resultado, sin que haya podido evitarse el desconcepto de magníficas unidades directivas, acreedoras a esperar mejores resultados de su esfuerzo, patriotismo y abnegación. La de Bogotá se cerró hace unos años, y la de Medellín se está reorganizando actualmente bajo la dirección de profesores importados de Puerto Rico, lo que parece probar que la reorganización de 1920 resultó ineficaz. Todo ello indica que hay un error de concepción, que ocasiona un desgaste inútil de reputaciones, un desperdicio de dinero, y la pérdida de un tiempo precioso.

Las discusiones han girado hasta ahora al rededor de este tema: ¿Cuál es la enseñanza técnica más adecuada al fin propuesto? Desde luego ocurre preguntar previamente ¿cuál es ese fin de que la enseñanza no es sino un medio que es considerado el más eficaz? Entendemos que el objetivo primordial es éste: emplear una buena suma de recursos de la colectividad en darle un impulso de acelerado progreso a la industria agrí-

cola; y entendemos por recursos, no solamente una suma considerable de dinero, que ha de salir del Fisco, sino también una parte de la energía y poder de organización que el Gobierno, como gerente de la cosa pública, posee para emplearlo en la multitud de sus actividades. Conviene recalcar esto último, y hacer notar que son tan limitados los recursos materiales como la atención, energía y poder organizante del Ejecutivo, para dar vida efectiva a todas las creaciones legislativas. El problema se plantea, pues, así: ¿Qué fuerza ha de aplicarse para impulsar la industria agrícola, y cuál ha de ser el punto de aplicación de esa fuerza o esfuerzo colectivo?

A juzgar por todas las manifestaciones, actuaciones y proyectos conocidos, parece que el consenso casi general en Colombia es que ese impulso ha de ser la enseñanza de Agronomía y de Veterinaria en escuelas creadas al efecto. Nuestra desautorizada opinión no está de acuerdo con este concepto general, como tuvo ocasión de expresarlo el suscrito, desde hace seis años, en la Asamblea de Antioquia, a propósito del proyecto en virtud del cual se le daba a esa enseñanza un carácter aún más universitario y abstracto del que venía dándosele. De entonces a hoy parece que los hechos no han justificado las ilusiones de nuestros oponentes; ha ocurrido el cierre completo de la Escuela Superior de Agronomía de Bogotá, y ahora leemos la situación precaria en que se halla la de Veterinaria. Vamos a añadir a este largo ensayo algunos de nuestros puntos

de vista, con verdadero temor de que se nos pueda refutar victoriosamente, y en la esperanza de añadir con ello algunos materiales a la arquitectura de la nueva mente colombiana.

*
**

No compartimos, pues, la creencia general, que ve en la enseñanza de las respectivas técnicas el medio eficaz de impulsar la industria que estudiamos, y el temor de estar equivocados se atenúa al pensar cuán posible es que en ésta, como en otras cuestiones que le son vitales, el pueblo colombiano esté creando un grito de combate, una especie de símbolo, como simple manifestación de indolencia intelectual. ¿Será esta fórmula que analizamos la obligada conclusión derivada de un maduro estudio de la situación? ¿Será esa, por ventura, la línea hallada como de mayor eficiencia? ¿O acaso la del esfuerzo mínimo?

Sostener que, hoy por hoy, el impulso de la industria agrícola ha de ser la enseñanza técnica, es tesis que sin quebranto alguno de su significado real puede descomponerse en las siguientes afirmaciones o creencias:

Que el mayor esfuerzo en pro del progreso de esa industria corresponde al Estado;

Que el estado debe aplicar todo su esfuerzo disponible al efecto, en las Escuelas de Agronomía y Veterinaria;

Que una o dos docenas de profesionales, que esas escuelas podrían dar anualmente, serían

capaces y suficientes para efectuar la deseada revolución en esa industria.

Plantear el problema en términos tan netos es darlo por resuelto. Efectivamente, nada menos que una revolución ha menester la industria en cuestión, y por más valioso y numeroso que fuera el personal de expertos que nos suministrasen las dos escuelas de Ingeniería Agronómica, se convendrá en que ese personal no es apto, ni suficiente, para efectuar esa revolución, por mil motivos. Las grandes reformas no son simples cambios de procedimientos, sino de ideas; la idea es la creadora, y es la que engendra los nuevos procedimientos, que luego se aplican a la materia. No hay necesidad de exagerar ni de aumentar el desprestigio que se ha creado al rededor de las escuelas de Agronomía que han existido, y de la que aún subsiste, para mostrar cómo el personal que de allí sale no es el llamado a efectuar revoluciones de ideas. A la mano está, por ejemplo, el informe que acaba de rendir el Rector de la Escuela de Veterinaria de Bogotá, y que dice entre otras cosas lo siguiente, que copiamos de un periódico: «La escuela carece de algunos elementos esenciales para su marcha correcta y para poder aprovechar en la enseñanza los últimos procedimientos científicos» (la eterna preocupación del «ultimo procedimiento») Añota «que no pudo funcionar el curso cuarto de la escuela por falta de profesores adecuados y que el curso solamente se principió en el mes de Mayo, por haber renunciado la casi totalidad de los profe-

sores que en años anteriores regentaban las cátedras, lo que hizo indispensable hacer una selección de profesores jóvenes, cuya enseñanza afortunadamente», en concepto del rector, «es plenamente satisfactoria». «El personal de alumnos es de 27 por todos y está compuesto en su mayor parte por jóvenes que no tienen preparación alguna para emprender estudios superiores». Al leer estos párrafos, y otros semejantes que omitimos y que se refieren a las escuelas de Agronomía, cualquiera se convencerá de que no hacemos daño alguno a esos jóvenes al afirmar que no son los llamados, ni por la cantidad ni por la calidad, a efectuar la ansiada revolución; y para ser justos debemos agregar que ellos, como sus profesores y superiores, ninguna culpa tienen en tal fracaso: son víctimas de una mala idea, de una concepción errónea y simplista de un problema grave y complejo. Aunque muchos de ellos sean de «facultades intelectuales mediocres», como lo afirma el señor Rector, estamos seguros de que son material colombiano de buena calidad, y que seguramente en una escuela de oficios agrícolas, y no en una profesional, serían excelentes unidades, y darían honra al plantel y a sus profesores.

Aún suponiendo que llegasen a crearse escuelas de primer orden, con un personal de técnicos profesores escogidos en el extranjero, y dotados de buenos elementos, con estudiantes que fueran a esas escuelas armados de la instrucción general y completa de un buen bachillerato, y no llevados

a la escuela por la tentación de las becas oficiales, que equivalen a vivir del Gobierno desde la adolescencia, sino con todo el impulso de una vocación irresistible: con todas esas condiciones ideales seguiríamos sosteniendo que la salida de docenas anuales de expertos en las tecnologías de los cultivos de plantas y animales industriales, no modificaría sensiblemente, con ese solo remedio, la industria más conservadora de la tierra, y de Colombia.

Sea la ocasión de hacer notar de nuevo al lector que hablamos de industria agrícola, y no de Agricultura, que es un concepto idéntico, pero a fin de contrarrestar la tendencia colombiana a lo abstracto, preferimos referirnos a la industria, o en veces, a la empresa agrícola, que son conceptos más y más concretos. En las escuelas técnicas se enseñaría Agronomía y Zootecnia, que son los motivos técnicos de esa industria, pero sería insensatez esperar que el educando saliera de ahí completamente preparado para entrar en la industria, y menos aún como reformador de ella. La industria agrícola dice relación a otra multitud de factores distintos del motivo técnico, así como la Ingeniería Civil estudia los motivos técnicos de otras industrias, por ejemplo, la de los transportes y la producción de fuerza. El motivo técnico es parte tan pequeña en la industria, que, con frecuencia triunfa más fácilmente un ignorante que esté en posesión de los otros factores, que un técnico que no posea sino ese conocimiento. La industria inglesa se halla ahora en grandes dificultades, y

nadie ha pretendido mencionar como causa las deficiencias técnicas; nadie creería que faltan conocimientos técnicos en el Lancashire, y, sin embargo, a la industria de hilados y tejidos de algodón de esa región se le tiene recetada una gran revolución para recuperar su prestigio. Las fuerzas naturales que la Agronomía enseña a dirigir y a aprovechar son una parte apenas del problema de la producción; otros factores son más preponderantes en ésta, como en las otras industrias, como el económico, el financiero y lo relativo al manejo, dirección y aprovechamiento del esfuerzo humano. De éstos hay algunos de orden individual, o que están al alcance del individuo, mientras que otros son problemas colectivos, o dependientes de la cooperación que cada industria ha menester de las otras. En suma, una cosa es ser agrónomo y otra ser buen empresario, y lo que la industria agrícola requiere ante todo es el recto tipo del empresario, el cual, por supuesto, no podría cumplir debidamente su papel sin echar mano de la Agronomía.

Esta, es, concretamente, nuestra *idea*: lo que ha menester la industria agrícola, así como toda industria de Colombia, es el verdadero tipo del empresario industrial, al frente de cada empresa de alguna importancia. Bien convencido de que una renovación no podría producirse de otra manera, quien esto escribe obtuvo de la dirección de la Escuela Nacional de Minas que dirigiese la educación y la instrucción de ese alto plantel de

altos estudios, en el sentido de producir ingenieros, si no debidamente preparados, al menos *sensibilizados* en el sentido del manejo de los negocios, y con una amplitud mental suficiente para adaptarse a variados motivos técnicos industriales (a más del técnico especializado, que por lo mismo es refractario a adquirir otros conocimientos y capacidades). Del resultado que va dando la reforma puede juzgarse al observar cuántos de esos profesionales ocupan hoy el puesto de empresario, no solamente en las empresas oficiales (a que no han entrado ciertamente por la puerta cochera de la intriga política), sino en las empresas privadas; y no solamente en aquellas cuyo motivo técnico se estudia en la Escuela, como el de las vías de comunicación, sino en industrias tan variadas como las de tabacos, bebidas gaseosas, producción de maquinaria, &, &. Una hacienda valiosa y de gran producción, como las hay tantas en Colombia, es de un manejo tan delicado como un banco o una fábrica, y lo curioso es que todavía no conocemos el caso de algún Ingeniero colombiano que haya sido llamado a gerenciar una hacienda. Ahí está el «busilis» de la cuestión que tratamos.

Y es que el verdadero objetivo del Ingeniero administrativo, o industrial, es producir a bajo costo. No es simplemente producir; no sería Ingeniero si no lo hiciese a más bajo costo que el empírico. No es que los demás sean incapaces de hacer un puente o hacer cigarros y cigarrillos; es que un ingeniero industrial los hará con menor des-

perdicio de materia, esfuerzo, tiempo y dinero que otro cualquiera, si es un verdadero empresario. Y no es que aprenda solamente a trazar líneas férreas o a dirigir obras de arte; es que está capacitado para enterarse suficientemente de cualquier motivo de producción, y sabe cuándo ha menester del especializado, y dirigirlo y aprovecharlo para bajar sus precios de costo. Esto es lo que no sabe, ni hace, el empresario actual de las empresas agrícolas; y por eso el técnico que el Gobierno se esfuerza en producir *carece de demanda*. Habría que producir primero el empresario que *demandara* los servicios del Agrónomo. En siendo Ingeniero el empresario, aún podría prescindir, en la generalidad de los casos, del especialista, pues su instrucción general lo capacita para especializar en lo que requiere la ordinaria rutina. De ahí que opinemos que es más imprescindible para la prosperidad de la industria agrícola el recto tipo del empresario, que el recto tipo del técnico agrónomo.

*
* *

Acabamos de afirmar, con más énfasis del necesario, que el técnico que las escuelas respectivas producirían *carece de demanda*, y esa es la faz fundamental de la cuestión: una producción que *carece de demanda* está destinada al fracaso. La escuela clásica de Economía prescindió de formular el consiguiente principio, probablemente por trivial; pero la verdad es que hace falta recordarlo a cada momento, en tratándose de cuestiones in-

dustriales, para conservar la pista; pues el hombre produce usualmente para satisfacer la demanda ajena, y si no hay demanda es inútil, estéril, in-económica toda producción, fuera de satisfacerse a sí mismo. Dicho principio es éste: El factor principal de la industria es la demanda consiguiente, y la abundancia de ésta facilita y abarata aquélla.

Hoy hay, por ejemplo, una buena demanda de Ingenieros civiles en Colombia; las empresas oficiales absorben cuanto elemento sale de las dos Escuelas de Ingeniería, y aún reciben los alumnos la oferta de un nombramiento antes del último examen final. Por lo mismo, las Escuelas están en condiciones de apretar sus condiciones de estudio, sin riesgo de disminuir los candidatos al aprendizaje. Son, pues, condiciones favorables a una buena producción de Ingenieros de alta calidad. Por añadidura, como se ampliaron los horizontes del empleo del Ingeniero en todo género de industrias, no es únicamente la oficial, es la industria privada la que ha aumentado su demanda de Ingenieros.

Es cruel, y es injusto por añadidura, afirmar que la mayor parte de los Ingenieros agrónomos ha desertado de la profesión, y empleándose como subalternos, llenando empleos oficiales o privados, aunque algunas buenas unidades han conservado algo de su carácter profesional, de modo indirecto, como en la propaganda hecha en diversas formas. El simple impulso adquirido, y el seguimiento de la línea de menor resistencia,

los habría mantenido dentro de la línea de sus estudios, si hubiera demanda de sus servicios en las empresas agrícolas; pero en el estado en que está la agricultura en Colombia, no hay demanda de esos servicios; y agregamos aún más: no debe haberla. Una somera comparación de esta profesión con las otras hará resaltar la verdad y disminuir el atrevimiento de esta afirmación.

Fuera de la del sacerdocio, que atiende a intereses de otro orden, la primera profesión que apareció en Colombia fué la del Abogado, pues bien sabido es que el hombre se arruina por defender lo que cree ser su derecho, o por cuestionar el ajeno. El campesino que no acude al médico para el cuidado de su salud, paga muy voluntariamente su abogado. Por todo se adivina que desde la Colonia debió de haber una gran demanda de los servicios de esa profesión, que contaba con un prestigio natural.

No así la del médico; es la civilización la que llega a insertar en el hombre la creencia de que la salud es la base fundamental del bienestar humano; el analfabeto semicivilizado se contenta con el servicio del yerbatero, en quien pone su fé. Ni es el temor de pagar más caros los servicios del médico, porque bien presentes tenemos casos en que el médico de una empresa, pagado y sostenido por ella para cuidar de la salud de los obreros y de sus familias, y con instrucciones de obrar activamente para hacerse aceptar de todo el personal, veía, en infinidad de casos, prevalecer el prestigio del empírico a quien sostenía material y

moralmente la fé popular. Entendemos que el establecimiento de escuelas de Medicina vino muy avanzado ya el régimen de la República, y que mientras tanto suplían las necesidades del común de las gentes, los impíricos; también hubo bastantes médicos extranjeros que encontraron su clientela entre los espíritus más avanzados, y que con sus hechos y proezas contribuyeron a fundar el prestigio de la profesión. Puede imaginarse la lucha que tuvieron que sostener las primeras unidades profesionales salidas de nuestra Escuela Nacional, para acreditar la profesión y acreditarse profesionalmente, al revistar el largo camino que aún hay que recorrer, hasta lograr que la masa entera de nuestra población rechace al yerbatero, y haga del médico el recto y frecuente empleo que ha menester nuestro progreso. Difícilmente se daría cuenta nuestra sociedad del papel, noble siempre, de esos profesionales que han de gastar una enorme cantidad de energía en civilizar a las masas, en crearle prestigio a una profesión sobre la cual está fundada la dicha y la prosperidad social; en enseñar, en suma, porque la misión de todo médico, por individual que parezca, es una perpetua misión docente, y el triunfo de cada personalidad de esas es un triunfo social. Es bueno recordarlo y reconocerlo, pues nada menos que labor semejante o superior estamos asignándoles a los reformadores de la Agricultura. Como una muestra de la lucha del médico en pro de la sociedad basta recordar que en la función más noble de la vida, el experto en obstetricia no ha lo-

grado desalojar a la comadrona empírica, sino de los hogares de la clase más cultivada, a pesar de que las sanciones de ese error son tan palpablemente fatales. En general, puede afirmarse que sólo las clases muy cultivadas y acomodadas apelan al médico oportuna, ya que no, anticipadamente, y que la casi totalidad de la población los tiene en el concepto de máquinas de apagar incendios, es decir, para los casos de emergencia; lo casero y las drogas de patente hacen el servicio ordinario. En estas Islas Británicas hay aproximadamente un médico por cada mil habitantes, fuera de los 11.800 en misión o en servicio fuera de la Gran Bretaña, o a flote; el día que Colombia llegara a extender su servicio médico como este civilizado país, tendría que sostener seis o siete mil médicos para una población como la actual.

El lector que no pierda de vista la analogía que queremos establecer, entre las otras profesiones y la del técnico agrónomo o veterinario, excusará desde luego estas digresiones.

Aparte de los Ingenieros extranjeros traídos a Colombia para obras especiales, como Codazzi y de Greiff, Moore y tantos otros, puede decirse que la era del Ingeniero colombiano no cuenta arriba de 60 años. Hasta fines del siglo pasado, y exceptuando algunas obras públicas bien escasas, el Ingeniero no tuvo demanda alguna, si no era como medidor de terrenos baldíos y de tal cual predio, rural o urbano; agrimensura y obras públicas eran nuestra demanda, lo que hizo excl-

mar a un conocido colega: «Esto no es profesión; es un suplicio». Quien esto escribe tuvo que estudiar nuevamente para Ingeniero de Minas, para no dejarse acobardar por la escasez de demanda, reducida entonces a una simple empresa oficial. Aún la misma mensura de campos era demanda bien reducida, pues el bajo valor de las tierras no requería evitar engaños de mensura; la unidad de área para medir baldíos era el mil de hectáreas. En el manejo de las obras públicas se prefería al militar de buen mando y mejores influencias. La demanda generalizada de esta profesión no vino sino con el renacimiento de la era postcentenaria, pues las fuerzas e intereses en juego hasta entonces los manejaban los interesados, sin ayuda experta.

El caso de los Ingenieros arquitectos es aún más análogo al de los Agrónomos y Veterinarios. Aquella profesión careció casi totalmente de demanda, si se exceptúa tal cual monumento público, que se confiaba a la habilidad extranjera. Aún los templos provincianos estuvieron a cargo del maestro de obra del lugar. La era postcentenaria les ha sido propicia, y ya comienza a tener una existencia real esa profesión. En el siglo XIX eran innecesarios esos servicios, dadas las ideas y gustos predominantes; habría sido absurdo pensar en que el común de las casas o edificios saliesen del dominio del maestro armador para ponerlas bajo la dirección del arquitecto. La industria de la edificación estaba en manos del vulgo, bien hallado con esa situación, y nadie

habría sido osado a alterar esas creencias. Fígurese el papel que habría hecho un arquitecto en cualquier aldea, población o ciudad de provincia; en cualquiera de los pueblos numerosos que en Colombia llevan el nombre de nuestro Sabio, por ejemplo. Hoy mismo apenas hay alguna demanda en las principales ciudades, y se lucha porque los monumentos y edificios públicos de provincias se hagan con planos y diseños que se les brindan desde el centro.

Algo semejante podría decirse de la profesión del veterinario, que apenas existe y que pugna por existir. Se comprende que donde haya animales industriales de gran valor sea preciso y económico el servicio del veterinario; si cada una de las unidades del ganado del país fuera más o menos valiosa, como sucede aquí en la Gran Bretaña, la demanda del veterinario sería apenas comparable a la del servicio médico; con animales de precio tan reducido como los que tenemos en Colombia, todo el mundo tiende a ser su propio asegurador, dando por sentado que el valor del ganado muerto es menor que la cuenta del veterinario. El terrateniente que posee unos prados abandonados, por allá lejos, a donde no va casi nunca, y en donde mantiene unas cuantas vacas que cuentan para su reproducción con la ayuda del toro de las vecindades, apenas podría contener la carcajada si se le propusiera que emplease los servicios del *vet.* El campesino que se ayuda en sus labores de un caballejo de valor de unos pocos pesos, tomaría a burla una propuesta semejante.

Y el hacendado que vende anualmente cientos de novillos gordos, diría que ha vivido toda la vida de sus ganados, sin necesidad de emplear *doctores*.

Aunque sea penoso decirlo, eso es lo mismo que pasa con los peones: han valido tan poco, que con algún esfuerzo que den voluntariamente, y sin mayor intervención, siempre se les gana. Un estado de cosas semejante no ha menester de expertos. Nótese que el hombre de las civilizaciones más elementales tiende a ser *todero* como vulgarmente se dice, y así como cree proceder bien ejerciendo tres o cuatro oficios a la vez, estima de insignificante o ningún valor el servicio de los demás, y dentro de esa creencia no vacila siquiera, no duda. El agricultor, mientras más genuinamente lo sea más tiende a bastarse a sí mismo en todo. Sólo cuando se trata de grandes fuerzas que se presentan como indominables a su valor y suficiencia, acude el hombre al experto, ya se trate de asuntos de la otra vida, de enfermedades graves, de operaciones de cirugía mayor, de grandes obras de arte o de monumentos, en que el tamaño de las fuerzas en acción agobia al vulgo; de caminos en que el práctico ve fallar la brújula de su sentido común; y, si nos hemos de referir especialmente a la Agricultura, al tratarse del empleo intenso de fuerzas, de las que de ordinario se emplean en proporciones tan atenuadas, que el vulgo las juzga a su alcance y de su resorte.

*
**

Ello explica suficientemente, a nuestro entender, por qué el agrónomo y el veterinario carecen hoy de demanda. Sus servicios, aunque interesantes e imprescindibles para el armónico progreso de la Nación, son hoy por hoy innecesarios. El empresario de la industria agrícola no ha menester de ellos, precisamente porque abriga la creencia de saber lo necesario para la producción corriente; está convencido de que sabe lo que puede saberse, y de que las innovaciones *no salen*, y están condenadas al fracaso comercial; él posee conocimientos que son el fruto de la experiencia, que es la gran maestra. El hombre de ideas, por el contrario, cree ver en esa experiencia el simple empleo parsimonioso de fuerzas que se adaptaron al movimiento lento de tiempos pastoriles; el aprovechamiento de lo que la tierra y el trabajo esclavo dan casi espontáneamente; un proceso de simple adaptación presidido por la indolencia intelectual, fomentada por la abundancia de recursos, en relación con una pobreza y simplicidad de necesidades que ya hoy se han transformado, venturosamente. Es muy de temerse, en efecto, que tanto el trabajo manual como el de dirección que corresponde al empresario, se hayan ajustado a cierto automatismo de condiciones fáciles, de «dejar hacer» en que cada cual busque los más fáciles resultados, con un mínimo de esfuerzo, en lugar de ajustarse al programa fundamental del sencillo Principio de Economía: «Obtener los más amplios resultados de todo esfuerzo». El empresario les saca a la tierra, y al personal que emplea,

la ganancia más fácil, así como el minero tritura malamente una veta para sacarle el poco de oro libre que tenga, arrojando al arroyo las arenas que llevan buenos valores, pero más difíciles de extraer. En lugar de exponerse a mil bregas con una vaca extranjera que podría darle, ella sola, 40 litros diarios de leche, prefiere emplear cuarenta vacas que maneja fácilmente con trabajo inexperto y sin mayor dirección. En vez de mil matas de maíz abonadas de acuerdo con conocimientos especiales, prefiere cultivar dos o tres mil, por los procedimientos ordinarios, librándose de cuidados. En la eliminación de esfuerzos se ha ido prefiriendo la cría y levante de ganados al cultivo de las tierras, para eliminar personal, logrando el milagro de no emplear mano de obra sino en cantidad mínima, probablemente no más de un trabajador por cada cien hectáreas, cuando la roturación se llevaría por lo menos cien veces más jornales, y así se ha logrado mantener la abundancia de brazos. Es el cultivo extensivo con todas sus implicaciones.

Se comprende muy bien que, mientras impere en Colombia este impulso indiscriminado hacia el cultivo extensivo, estarían de sobra los pobres muchachos que lograran salir expertos de las escuelas técnicas como agrónomos; y que los veterinarios sólo tendrían empleo en el cuidado del ganado extranjero de valor excepcional, o como auxiliares del Gobierno para dominar las epidemias o infecciones.

Pero debemos ir más lejos aún en este aná-

lisis, y mostrar, si posible fuere, las razones que nos asisten para dudar de la eficacia de los vastos planes que en dos ocasiones han sido presentados al Gobierno Central para reorganizar la Agricultura. Para ello debemos ir al fondo de la cuestión agrícola, y no contentarnos con sostener vagamente que es la rutina la responsable del atraso de esa industria; es preciso mostrar en qué consiste concretamente esa rutina. No faltará quien nos rectifique, si estamos errados.

*
**

El nudo, el meollo de la cuestión agrícola está en el cultivo extensivo, el cual obedece a una creencia: *que el cultivo y la cultura intensivos no son comerciales*. Nadie se atreve a negar la eficacia del abono, por temor de desacreditarse, así como nadie niega la de la estadística; sin embargo, ni los agricultores emplean los abonos, ni los estadistas y escritores emplean la estadística. Sería inútil probarle al agricultor colombiano la excelencia del abono, o sus resultados prácticos; creemos entender que lo que él no da por probado es su resultado comercial. A nuestro entender, el abono, sea químico, o de establo o de detritus, no es sino un medio eficaz del cultivo intensivo, y todo parece indicar que el agricultor desconfía del resultado comercial del cultivo intensivo; es decir, no cree que gastando abonos, más jornales y el mayor cuidado directivo consiguiente, se obtenga mayor ganancia líquida. Nuestros campesinos no creen que de-

dicando su esfuerzo íntegro a dos buenas vacas del tipo extranjero, estabulizadas con una alimentación intensa y costosa, relativamente, puedan sacar mayor beneficio que con 20 o 40, del tipo inferior de ganado, que tienen adaptado de modo que basta soltarlo en un prado a que se *rebusque* como pueda, y se deje fecundar por el primer macho que acierte a otear en las vecindades. Acostumbrados a que el árbol frutal nos dé buenamente cuanto deseamos para el casero consumo, sería inútil esperar que alguien trate de hacerlo fructificar doblemente, con podas, abonos y aplicación de desinfectantes, que son gastos y cuidados no compensados, según la creencia popular. No existiendo propiamente la horticultura, pues las hortalizas no entran en el dietario corriente, y las pocas acostumbradas resultan como producto secundario, nos han faltado las lecciones de esa gran maestra, que es como la nodriza del cultivo intensivo de la Agricultura. El cafetero prefiere extenderse a concentrarse, llevado de la idea de que el abono es *práctico*, pero no paga.

En resumen: la creencia general del gremio es que esas fuerzas que habrían de ponerse en juego en el cultivo intensivo, *no son remunerativas*; que es más económico atenerse a la fuerza química natural de la tierra y al empleo fácil del brazo; que da mejor resultado extenderse que concentrarse. Nos atrevemos a pensar que esa creencia no era del todo errónea hace unos cincuenta años, y que es por lo menos explicable

hoy mismo, en tratándose de lugares periféricos y aislados, en que el hombre vive en lucha desigual con la selva y la soledad, con tan ínfimos recursos como escasa demanda para sus frutos; pero tiene que ser evidentemente errónea con respecto al área ya conquistada, con alguna densidad de población y con medios de transportes que amplíen la demanda local. Esa creencia hay que rechazarla, no en nombre de una ciencia abstracta, sino apoyándose en los sencillos principios científicos que han venido aplicando los campesinos europeos hace ya luengos años. Es más aún: entendemos que en la Sabana de Bogotá, en donde se nota el mayor esfuerzo agrícola del País, hay una tendencia decidida hacia la intensidad del cultivo, en contraposición con la rutina de todo el resto de Colombia.

Creemos no estar errados al localizar, en la sencilla fórmula anterior, el problema agrícola colombiano, pues toda observación contribuye a comprobarlo. Bastaría observar que ni en los alrededores de las principales ciudades, menos aún en los campos, se acostumbra aprovechar de modo racional la enorme cantidad de estiércoles y residuos animales y vegetales, debidamente fermentados, para la más activa nutrición de las plantas, sino que todo ello se desperdicia; que ni alrededor de las ciudades existen verdaderos establos para la producción intensa de leche y de sementales; que por parte alguna se ve esa íntima correspondencia que es necesaria entre el establo y la labranza, entre lo que come el animal y lo que devuelve a la

tierra; que la mayor demanda requerida por el aumento de población se ha suplido por la extensión del cultivo, apartando así el centro de gravedad de éstos, respecto a los centros de consumo, con lo cual se agrava cada día el problema del transporte, de suyo grave; que estamos lejos, finalmente, de estar dispuestos a darle a un campo seis fierros de arado con buen ganado de tracción.

¿Será esto debido a falta de capitales, de conocimientos o de diligencia? Seríamos los últimos en afirmarlo; que hay abundancia de hábitos rutinarios y un tanto de molicie, es indudable; pero se ven por todas partes en el País esfuerzos tan asombrosos; la inteligencia y clara comprensión son dotes tan generales en Colombia, que hay que rechazar semejante suposición. Para concentrarse en el cultivo no es preciso más capital que para cultivar en extenso; por otra parte, los conocimientos relativos al cultivo intenso están al alcance de personas capaces de viajar o de leer. Luego la explicación no puede ser otra que un error de creencia o de doctrina: no se juzga provechoso el cultivo intensivo. Por más protestas que los hombres *prácticos* lancen contra las teorías, hay que advertirles que en este mundo toda acción obedece a una teoría, más o menos comprobada por los resultados; el peligro está en conformarse con una teoría simplemente comprobada por resultados que antes fueron mediocres y que van resultando ínfimos.

*
**

Supuesto que no hayamos perdido el hilo de la verdad que venimos investigando, es claro que la verdad opuesta, o sea la bondad y eficiencia del cultivo intensivo, no podría resultar sino experimentalmente, mostrando al gremio agricultor que por ese método *obtendrá seguramente los más amplios resultados*; habría que apelar a la demostración, con experimentos en escala y en condiciones de negocio corriente; todo otro argumento sobraría, como ha estado de sobra todo ese enorme esfuerzo de propaganda hecho hasta hoy.

Ya se comprenderá que a la luz de estas consideraciones no podríamos juzgar acertadas las recomendaciones que los técnicos agrónomos oficiales han hecho a nuestro Gobierno para organizar la acción oficial agrícola en el País. Tanto el proyecto de Monsieur Deneumostier, presentado al Gobierno en 1916, como el plan propuesto hace poco por el Ingeniero Agrónomo Asesor del Ministerio de Industrias Señor Coreth, consisten en un enorme tren burocrático, no solamente costoso y difícil de establecer y organizar, sino ineficaz, en nuestra opinión. Se comprende, desde luego, que los dos profesionales en cuestión, aun concediendo que sean grandes expertos—como deben de serlo—en esas disciplinas, carecieron del suficiente conocimiento de nuestra psicología y de la índole especial de nuestros problemas y dificultades; seguramente son ellos magníficas unidades para entrar a hacer parte de una buena organización existente; otra cosa es ser capaz de *crear* una organización adecuada al País, tarea que equi-

vale, como adaptación, a una verdadera invención. Entre el compositor y el conductor de orquesta media buena diferencia.

Hay que tener en cuenta, de un lado, que el poder *organizante* del Gobierno es muy limitado en comparación con los múltiples problemas urgentes que requieren atención inmediata. Un organismo como el propuesto por esos caballeros requeriría, de parte del Ejecutivo, una acción de vitalización del nuevo organismo tan extraordinaria, tan intensa, que se arriesga a que la nueva creación degenera en un simple apéndice parasitario, que sustraería jugos vitales sin llenar función alguna apreciable. Quienes por exceso de optimismo o de inquietud mental o de impaciencia explicable pretenden recargar al Ejecutivo de iniciativas creadoras, no hacen otra cosa que acumular motivos de injusto descontento. Basta ponerse en el caso del Ministro a quien le correspondiera la inmensa labor de poner en movimiento esos complicados trenes burocráticos aconsejados para reforma de la Agricultura, aparte de las mil subyugantes tareas rutinarias adscritas al Ministerio, al cual corresponde dar estímulo y apoyo a todo el trabajo nacional, para darse cuenta de la esterilidad de semejantes planes.

Por otra parte, el plan de reforma incurre en el error, que es como un índice de error nacional, de aumentar la distancia entre el trabajador y la ciencia que éste ha menester, en lugar de disminuirla, como es lo buscado. Salvo opinión mejor fundada, creemos que el camino de nuestro progreso es el

de ir llenando en todo campo la inmensa distancia entre los de arriba y los de abajo. Entre el hombre de ciencias y el trabajador; entre la clase ilustrada y la masa; entre el electorado y el elegido, media casi un abismo. Carecemos de esas gradaciones que hagan sólida nuestra organización y mantengan, por decirlo así, el contacto mental y moral, de manera que las savias espirituales circulen por capilaridad continuamente de arriba abajo, y de abajo hacia arriba. Nuestro medio manifiesta una tendencia evidente a subir demasiado a quien puede subir algo, y a bajar demasiado a quienes no triunfan en la lucha. El medio no soporta densidades medias. Ese abismo entre las masas y la clase directiva hay que llenarlo con clases medias, que ocupen una posición intermedia en la sociedad, bien sea por sus pequeños capitales o porque sean expertos en un trabajo, sin ser precisamente ilustrados o directivos. A nuestro País le hace falta una buena cantidad de trabajadores expertos (*skilled labour*), no solamente en la industria manufacturera, sino en la agrícola; y uno de los grandes males de que adolece esta industria es la falta de ese gremio intermedio, de expertos en la técnica y el manejo de sus trabajos; expertos cultivadores y mayordomos.

Los planes propuestos al Gobierno para organizar la Agricultura nacional adolecen de aquél defecto; no van a suplir la carencia de ese elemento intermedio, sino que parecen encaminados a aumentar el abismo de clases, con el establecimiento de una Agricultura oficial, sin más contac-

to con los verdaderamente interesados, que las plantas de experimentación y demostración; sólo que, organizadas éstas como dependencias de tamaño tren burocrático, le quedaría al País la duda de si esas demostraciones no serían más bien el jugo fiscal, convertido en hermosos frutos agrícolas, sin beneficio comercial alguno.

Si no se echara a mal una sugestión, nos permitiríamos proponer que se adoptase el procedimiento que es usual en la industria química y en la metalúrgica, haciendo una experimentación de *frasco*, es decir, en pequeña escala, del modo siguiente: aprovechar el tiempo que ha de durar la maduración de un plan eficaz, dando al experto del Ministerio de Industrias la hacienda oficial de Santo Domingo, y una buena cantidad de miles de pesos del Tesoro Nacional, como capital de trabajo, para que labre esa hacienda por los métodos modernos durante unos años, con tal de que llene dos requisitos: que sus cultivos sean verdaderamente ejemplares y dignos de imitación; y que publique anualmente sus balances. Las leyes de la imitación harían el resto. Y si se juzga poco eso, se podría hacer lo mismo en cada Departamento; y si se quiere intensificar aún más la propaganda demostrativa, podrían subvencionarse cien familias belgas, italianas y holandesas, para que fuesen al País con sus ganados y procedimientos de cultivo, con la sola condición de establecerse al rededor de las ciudades más importantes y mantener sus cultivos y ganados accesibles al público interesado. Los gastos de viaje y subvención anual, así

como el arrendamiento de dos hectareas para cada familia, serían poca carga para el Estado, y sí una inversión muy lucrativa. Podrían multiplicarse, de tal manera, los campos de demostración, y ello obraría al cabo de poco tiempo como la preparación del terreno que recibiera más tarde—mejor dicho, hiciera necesaria—la organización de servicios centrales de investigación, de enseñanza técnica y de propaganda.

Como se vió antes, objetamos la inmigración de brazos, pero no de cerebros, pues bien se comprende que el mejor, si acaso no el único medio de mejorar el trabajo nacional, es importar trabajadores mejores que los que tenemos, y especialmente educados en la escuela práctica del trabajo de naciones civilizadas. Necesitamos el ejemplo de individuos que hayan recibido los beneficios de la ciencia que llega al trabajador y le ayuda a vivir una vida más sana y más decente. Pero también creemos tener razón al sostener que la importación de técnicos que vayan a dar lecciones y a organizar oficinas es prematura, porque les faltará el contacto con el gremio, con un gremio que no aprende sino por imitación.

Conviene recordar de nuevo, el gran beneficio obtenido en Antioquia del experto en el cultivo de tabaco, llevado de Cuba, con un gasto insignificante, y que es una de las mejores inversiones que hayamos visto. Ese individuo no era un letrado, ni hombre de ciencias, pero conocía su oficio; era un contraamaestre que obraba directamente en el trabajo, injertando conocimientos,

enseñando el oficio prácticamente e influenciando al obrero. Fuera de eso, cambió no poco las ideas reinantes; mostró la adaptabilidad de nuevas regiones para el cultivo de esa hoja, y demostró cómo era *negocio* concentrar esfuerzo y fuerza química a fin de cosechar más cantidad y de mejor calidad. Esta fructuosa experiencia está mostrando el camino para introducir mejoras análogas en otros cultivos nacionales, como el algodón, la caña de azúcar, el arroz, &., así como en ciertas manufacturas que coadyuban al mejor trabajo agrícola, como la de jamones, quesos, conservas, &. Nótese que de esa manera se pone a nuestro trabajador en contacto con la ciencia, aunque no sea «con los más modernos adelantos».

Otros motivos de nuestro atraso agrícola

A riesgo de resultar prolijos, vamos a aventurar la exposición de otros motivos que asignamos a este estado de estancamiento de nuestra industria madre, y que la hace aparecer al margen del progreso nacional, logrado en todo otro orden.

Desde luego ocurre pensar si en Colombia se tendrá un concepto erróneo del papel de la tierra como motivo de industria. Los errores de los hombres son casi siempre la consecuencia de erróneas concepciones. Desde nuestro punto de vista, la tierra no es riqueza intrínseca usufructuable. La tierra no vale tanto por su fertilidad, cuanto por su situación favorable para la demanda de

sus frutos: bien pueden tener las tierras del Putumayo varias brazas de humus vegetal, que por mucho tiempo no valdrán tanto como los peladeros de Belgica. La tierra es una área en que el hombre establece su laboratorio. El hombre lo es allí todo, sea como cerebro que combina y dirige las fuerzas, o como consumidor, que establece el tiro de la demanda, sin la cual no habría producción. La riqueza de los pueblos que nos preceden en la civilización no se finca en la riqueza del suelo, que diariamente se esteriliza, sino en la función activa, creadora, disciplinada de los cerebros, que así hacen producir artificiosamente a la tierra, como le crean condiciones de situación ventajosa respecto a los mercados.

Bien intonso, por cierto, ha sido el constante pregón de nuestras riquezas naturales. Más riqueza potencial posee nuestra patria en la rápida comprensión y en la agilidad latina de los cerebros de sus hijos, pues, de la comparación con otras razas, llegaríase fácilmente a la conclusión de que la inteligencia del hombre medio colombiano es, por lo menos, igual a la del de cualquier otro país más avanzado. Poseemos una gran fuerza mental; pero una fuerza se manifiesta, tanto por su intensidad, como por su punto de aplicación y por la dirección en que se ejerza. Sin engolfarnos ahora en mostrar cómo el cerebro colombiano pierde la mayor parte de sus efectos por errado punto de aplicación y por mala dirección, vamos a analizar uno de los aspectos que coadyuvan al atraso de la Agricultura.

Entendemos que los tres aspectos de la actividad humana son: el trabajo económico, el «hobby» o actividad favorita y suplementaria, y el juego. El juego, sea sedentario o deportista, permite al hombre recuperar su atención para concentrarla en la tarea posterior, fuera de gozar y disfrutar la vida misma. Entre los trabajos y el juego hay una interrelación estrecha: se trabaja para distraerse, y hay que distraerse para poder trabajar mejor.

Si el trabajo económico, es decir, destinado a cambiar servicios con nuestros semejantes, da los medios de satisfacer necesidades, la afición favorita da salida y sirve de medio de expresión a la personalidad; revela gustos, facultades, predilecciones que no hallan salida espontánea en el trabajo, y por lo mismo dan lugar a veces a verdaderas creaciones, puesto que no se busca con esa actividad un equivalente cambiante, sino las íntimas satisfacciones de lo perfecto, de lo concebido como ideal; es el camino de las iniciativas originales. Es, en ocasiones, el mejor medio de darse.

Recapacite el lector sus observaciones a la luz de estas afirmaciones, y no sería difícil que por ese medio lograra darse cuenta del móvil perseguido en muchas de las mejores acciones humanas, así como del origen de grandes perfeccionamientos y grandes obras. No siempre es la vía ordinaria de la producción económica la que conduce a la invención ni a la obra maestra, las que muy frecuentemente son hijas de «un exceso de alma que jamás halla empleo en este mundo». No es el

vagar perezoso el que da lugar a la obra de literatura, ni a la obra científica, ni al maravilloso artículo de periódico o de revista. Son éstos los modos de expresión de almas que han logrado officiar en su propio altar, en momentos robados a la función económica ordinaria; es el poeta que se sale momentáneamente de la subyugante labor ordinaria para ser original, para ser alguna vez él mismo. Y bajando bastante más: no es el pobre campesino, agobiado por el necesario deber de la producción para el cambio, el que selecciona razas, mejora semillas, y las sube de tono, o ensaya nuevos métodos y procedimientos. Esto lo hace alguien que persigue más la perfección que el lucro, más el triunfo espiritual que el registrado por el dinero. Sin que esto quiera decir que tras la actividad favorita ejercitada desinteresadamente (desde el punto de vista económico) no se hallen a veces escondidos los más grandes provechos pecuniarios; tal pasa con muchos globos de tanteo, que encuentran un buen éxito inesperado. No toda obra literaria de mérito sale del escritor profesional, ni los sementales que la Argentina compra en Europa por miles de libras salen del establo ordinario. El trabajo corriente de la industria es el de la repetición, no el de la invención.

Analizada la robusta mentalidad colombiana desde este punto de vista, es como resulta más desperdiciada, por error de punto de aplicación y del sentido o rumbo en que se aplica. Nuestra juventud es excepcionalmente inteligente, excep-

cionalmente generosa también; no huelga añadir que es también muy industriosa, hemos de repetirlo desinteresadamente y sin el menor ánimo de paliar así los reparos subsiguientes. Quiere aquello decir que hay en nuestra patria excesos de almas que no encuentran expresión completa en el trabajo ordinario, y que hay un exceso de energías que no encontrarían salida sino en aficiones favoritas; sólo que las aficiones favoritas no están aplicadas ni dirigidas en el sentido del más rápido progreso del País. Buena parte de ese exceso de actividad se va a la política; otra buena parte a la literatura; alguna menos al simple flirteo con las ciencias; las obras de piedad tienen grandes devotos, y no poca de nuestra actividad se emplea en propagar ideas y creencias; en influenciar, en ejercer presiones laterales sobre otros cerebros. Todos ellos son, sin duda, caminos de perfección personal que, sumados, no dan perfección colectiva ni avances colectivos, las más de las veces. Cuando ese excedente de energía se emplea en obras completas, como en darle alma y vida a un Gimnasio Moderno, en arborizar la ciudad o en fomentar el culto y la mejora de «la ciudad», o cuando se dedica a organizar y dirigir la construcción de un hospital grandioso, nos da ejemplares hermosos de cuanto es capaz de realizar el alma colombiana en sus actividades favoritas suplementarias, aplicadas al bien común, y bien canalizadas. El libro «Civilización Contemporánea», es hijo de la actividad favorita suplementaria del autor, y habrá de ser, por añ-

didura, trabajo en el sentido económico, por los resultados materiales que obtenga. Veamos lo que pasa a este respecto en la Gran Bretaña.

Lo corriente, lo normal, es que todo inglés tenga un trabajo, un juego deportivo favorito, y un «hobby». El trabajo forma como el «chasis» económico del individuo, y las seis horas del día en que el hombre puede ser peligroso, para él mismo o para los demás, las emplea el súbdito británico en el deporte o en su «hobby».

Esta clase de energía social tenía que llevar un nombre bautismal inglés. Este fué el primero en acumular esa reserva de recursos que permiten a un pueblo libertarse del mero necesario; da importancia, cual ninguno, a la educación de la voluntad y al *self-control*, y está, por añadidura, dotado de una inclinación natural a lo concreto y a rehuir lo abstracto. Como si temiera que el excesivo empleo del cerebro lo inhabilitara para las realidades, se le ve una tendencia marcada a afirmar su contacto con la realidad en el empleo inteligente de las manos, que son como el intermedio entre los pies, que a fuerza de pisar la tierra la ignoran, y el cerebro, que nos lleva a mundos distintos del terrestre. Ese empleo inteligente de las manos, aparte del deber económico diario, de producir algo para cambiar, es el que da lugar al «hobby», en que se hace, se construye, se realiza algo que es siempre un intento de perfección o de mejora, por el móvil que lo motiva. De ahí resultan producciones, reproducciones y aún invenciones que no siempre repre-

sentan simples triunfos personales: es esa una línea de triunfo individual que siempre tiende al triunfo colectivo. Y si es verdad, como lo hemos sostenido siempre, que el hombre, como racional, es un animal que se alimenta de triunfos, no hay duda de que los «hobbies» son una línea de batalla la más adecuada para lograr triunfos en la lucha por la felicidad humana. Es de envidiar, ciertamente, la disposición de esta raza a buscar sus satisfacciones íntimas, aparte del trabajo ordinario, en la fabricación simplificada de sus aparatos inhalámbricos caseros, en la producción de bellas fotografías, en la reforma y mejoramiento de bicicletas, motocicletas, automóviles, etc., etc. Volviendo a la cuestión que nos ocupa, venga el lector y observe el admirable trabajo que se realiza en este país como actividad favorita y suplementaria en el huerto y en el establo, en el perfeccionamiento y mejora de semillas y de razas, así como en la producción de nuevas variedades o ejemplares de la flora.

La exposición de perros que actualmente hay en Londres se ha evaluado en £150.000; hace poco que en una exhibición de orquídeas, un nuevo y singular ejemplar alcanzó un precio de £1.000; y un amante de los gatos ha obtenido uno tan hermoso que lo han avaluado en £200. Todo ello revela esfuerzos encaminados a la perfección y obedece a móviles de nobleza indiscutible.

Si el exceso de energía colombiana, que no ha de aplicarse a la producción para el simple cambio, se endilgase en el sentido del perfecciona-

miento agrícola; si un buen número de personas acomodadas, a quienes no les falta ni ilustración, ni fáciles medios de ilustrarse en la técnica respectiva, ni carecen tampoco de un pequeño campo para sus experimentaciones e investigaciones, estuvieran dispuestas a adoptar este «hobby» de la agricultura, seguramente no habría necesidad de que el Gobierno hiciese en las plantas de demostración la labor que hemos propuesto antes, con el fin de romper la doctrina rutinaria de esa industria. Infortunadamente todo nuestro tren educativo está viciado por esa tendencia a lo abstracto, que es tan característica de nuestra mentalidad, y que nos lleva a la simple cerebración, a evadir las realidades y aún a considerar lo manual, lo concreto, como innoble.

Si la clase directiva hubiese llenado oportunamente esta función de acreditar nuevos métodos de cultivos, nuevos ejemplares de plantas y de animales industriales, y de investigación, no como trabajo industrial y de repetición, sino a modo de actividad favorita, en que se persigue la excelencia en un ramo dado por el íntimo placer que se experimenta con todo triunfo; si el excelente y nunca bien ponderado esfuerzo que han hecho algunos benefactores de nuestra sociedad en tal sentido se hubiera generalizado, no tendría el Gobierno que llenar el vacío con granjas experimentales y de demostración, o lo haría en una escala más elevada. La otra parte de los organismos aconsejados por los Técnicos extranjeros, o sean las Oficinas Centrales de Dirección, será

absolutamente necesaria cuando se logre romper la rutina actual, y la industria se cure de la dispepsia intelectual que la aqueja; mientras tanto, esos mecanismos burocráticos serían más o menos prematuros, más o menos parasitarios.

*
**

Otra de las causas principales que asignamos al atraso de nuestra Agricultura y al alto precio de las subsistencias es la ausencia casi completa de la horticultura, que hemos calificado atrás como nodriza de aquélla, siendo natural suponer que el hombre aprendió la excelencia del cultivo intensivo haciéndolo en pequeña escala, alrededor de su casa, y cultivando los frutos fáciles, de rápido crecimiento como las hortalizas, y que tan fácilmente responden al cuidado del hombre. En la huerta se aprovechan y valorizan desperdicios caseros, tras su debida transformación de fermentación, y seguramente fué con élla y no con el campo abierto que se inició esa correspondencia entre el establo y las plantas, en que el ganado parece coadyuvar a su alimentación al dar elementos fertilizantes. Si vemos que en toda otra industria toda reforma se ensaya en pequeño, y que toda industria nace pequeña, es natural suponer que fué la horticultura la que enseñó el recto cultivo del campo, la que mostró al hombre la ventaja de concentrarse, y de ayudar y favorecer las reacciones químicas que más tarde descubrió, explicó y enseñó la Agronomía.

¿Será aventurado sostener que en Colombia

no existe propiamente hablando esta industria? Y de no existir el cultivo sistemático del huerto en la forma practicada en Europa y Norte América ¿no será verdad, como lo sostenemos, que nos hace falta ese paso en la evolución? ¿Y no es verdad que si existiese el cultivo intenso y sistemático del huerto, las gentes se alimentarían a más bajo costo?

Quien esto escribe ha tenido la fortuna de recorrer los ferrocarriles franceses en casi todas las líneas que de París parten hacia la periferia en todas direcciones, y uno de sus tópicos de favorita observación ha sido el huerto francés, tan esmeradamente cultivado como uniformemente repartido en todo el país. Se comprende bien, al observar esos huertos, que al campesino francés le cueste tan poco su alimentación, puesto que produce gran cantidad de hortalizas en gran variedad, así como frutas de esta zona; se explica uno que del cultivo del huerto pasen al del campo, con la misma intensidad y esmero, con sólo aumentar el establo que ha de dar fertilizantes, aparte de sus otros productos; se adivina la íntima comunidad que se establece entre las eras, la casa, el establo, la vacada y los campesinos.

Todo ello es algo que siempre hemos deseado ardientemente para nuestro País; algo fácilmente imitable, y con gran ventaja por cierto, desde todo punto de vista; no solamente a fin de facilitar a nuestra Agricultura su natural evolución, y no solamente teniendo en mira simples intereses ma-

teriales: en nombre de todos los ideales del hombre, de todos los reclamos de la civilización que buscamos, aún en nombre de las ideas de libertad, de igualdad y de fraternidad, y hasta en la lucha por la liberación de los espíritus. Infortunadamente, todo se opondría a este sencillo ideal burgués, de redimir a nuestras pobres gentes proporcionándoles los medios de ser cultivadores independientes de un pejugal que trabajarían intensivamente y de acuerdo con dictados elementales de la ciencia, que sería preciso hacerles llegar por encima de tanta barrera. Nada se hace para favorecer la subdivisión de los hogares campesinos, y la proliferación da lugar a la emigración, o al viaje a la fábrica. Luégo, las creencias y convicciones populares: el cultivo intensivo no sería remunerativo; la vacada en establo es para países sometidos a los rigores del invierno. El ganado existente, por otra parte, no vale la pena de la estabulización; el estiércol se pierde en las mangas, y la ceniza del hogar se aventa al espacio; finalmente, proponerles a nuestras gentes que se alimenten con legumbres hortalizas y frutas, sería hasta ofensivo.

La huerta, efectivamente, responde a la demanda de hortalizas y frutas, y nuestras gentes tienen como dietario regular subsistencias que corresponden al cultivo en grande. Estúdiense, en efecto, la lista de los víveres de consumo corriente en la familia colombiana, y se podrá comprobar la verdad de esta aserción. Refiriéndonos a nuestra propia observación, anotaremos que, al

estudiar los consumos de una familia de Medellín, constante de diez personas de la clase media, y tras minuciosa disquisición, con el objeto de establecer en 1918 el índice de los víveres mencionado al principio de este estudio, encontramos que lo normal de esos consumos se reducía a nueve artículos, a saber: maíz, frísoles, arroz, panela, carne, tocino, huevos, chocolate, y papas; sobre esos artículos se estableció el número-índice, en que faltó incluir otro artículo de consumo constante, que es la sal. Aparte de estos diez renglones, quedaban otros de menor cuantía, como los bizcochos que se emplean al desayuno, yucas y plátanos, así como algunas especias. En otras partes del País ocurrirán ligeras variaciones, como el ñame por la yuca, y el trigo por el maíz, pero los demás renglones prevalecen uniformemente. Ahora bien: obsérvese cuán pocos de esos renglones podría cultivar nuestro campesino en su huerto para bastarse a sí mismo y de modo barato en su alimentación, como lo hace el campesino belga o el francés, que están habituados a consumir una gran cantidad de hortalizas, queso y papas de producción casera. Esto no solamente representa una gran economía, sino que da solidez a la estructura nacional; de ahí que los campesinos hayan sido los menos afectados en las crisis de esos países en el período que siguió a la guerra; de ahí tal vez la importancia que adquiere en el concepto nacional el trigo, que es de primera necesidad, pero no de producción casera, de manera que ínfimo porcentaje de alza en ese ar-

título—digamos 10 %—conmueve todo el andamiaje económico y político, mientras que nosotros experimentamos alzas de 100 %, en el precio del pan o de todo el costo de nutrición, con un fatalismo asombroso, y que nada tiene de resignación cristiana. Quince días de suspensión de navegación de la arteria fluvial desarticulan todo el sistema nutritivo y vuelcan el presupuesto de familias.

Nos atrevemos a indicar este otro punto digno de profunda investigación, no propiamente del Gobierno, sino de las gentes de talento y ansiosas de investigar verdades de grueso calibre: ¿será el dietario actual el más adecuado a nuestro clima y a nuestras condiciones económicas? Por lo pronto se nos ocurren unas cuantas sugerencias, como fruto de experiencia y de observación personal. En Colombia, creemos, se come demasiado, como indudable herencia española; en todo caso, la permanencia en Europa trae la consecuencia natural de disminuir la cantidad y el número de comidas. Hay artículos como la panela, y el chocolate sin desengrasar, que deben de afectar profundamente las funciones hepáticas, en una zona en que cada cual sufre más o menos sensiblemente de ese órgano. La ingestión de grandes cantidades de manteca de cacao, y sus efectos sobre el organismo, no parecen haber sido suficientemente estudiados por nuestro cuerpo de profesores. Aunque en Colombia consideran que alimentarse de frutas es algo que acusa miseria, lo cierto es que en Europa es comida de lujo,

esencial para las funciones digestivas, y ello contribuiría en Colombia a abaratar el presupuesto de familias, con sólo un poco de orientación adecuada.

Pero el punto principal es éste: si nos conviene o no, desde el punto de vista de la salud, en sus relaciones con la renovación de la energía consumida en el trabajo, una alimentación más vegetariana, en que entren de modo sobresaliente legumbres y hortalizas que ahora no cultivamos, y ciertos vegetales que no apreciamos hoy suficientemente, como la arracacha y la yuca (que debe de ser de valor nutritivo superior al de la papa, que no falta en la comida inglesa). La cuestión es saber si se puede dar a nuestro dietario una dirección tal, que de allí resulte la necesidad de la horticultura sistemática, no solamente como escalón necesario en la evolución de la Agricultura, sino como motivo de industria casera, siendo evidente la necesidad de multiplicar y robustecer la hoy lánguida industria casera, que es uno de los mejores sostenes del hogar y el medio más efectivo de abaratar de modo permanente el costo de las subsistencias.

En el mismo orden de ideas nos permitimos la siguiente observación: se ha proclamado frecuentemente la necesidad de enseñar Agricultura en las escuelas rurales, y ahora hay una ley más concreta sobre ese asunto, y que seguramente se hará efectiva. Sólo que se va a tropezar con este inconveniente: esa enseñanza se daría más fácil y eficazmente cultivando hortalizas; si a la vez

se enseñase al niño a comerlas, la educación sería más completa; cultivar en la escuela lechugas y rábanos y vegetales de ensalada que los niños no hayan de comer, sería el colmo.

La necesidad de proporcionar al obrero una distracción sana; la de darle aire libre en estas grandes ciudades impregnadas de humo y de gasolina, y la de ayudarle a abaratar su alimentación, han sido satisfechas por medio de disposiciones legales que obligan a las Municipalidades a mantener disponibles grandes campos al rededor de las ciudades, y que se dividen en pequeñas áreas de a 50 metros cuadrados más o menos, que se alquilan a los obreros por un rédito anual ínfimo y al alcance de todo el mundo. Allí va el obrero por las tardes a cultivar su pequeño huerto, y el conjunto de esos lotes intensamente cultivados es algo muy digno de atención. Con frecuencia se establecen premios para los lotes mejor cultivados, y más frecuentemente aún entran en competencia con sus frutos selectos en las exposiciones. Todo ello es como un tributo a la Agricultura. El obrero gasta muy honestamente las horas, deriva el placer de comer los frutos de su huerto, esto le abarata un poco la vida, y para las entidades oficiales representa un gasto mínimo, si acaso es gasto. Esto, que sería muy imitable entre nosotros, con beneficios de todo género, encontraría con un obstáculo casi insuperable. Lo explicaremos en párrafo aparte, pues lo merece.

La Agricultura y la inseguridad de la propiedad

Quien esto escribe no pierde la esperanza de que algún día lleguen a considerarse las necesidades humanas como el fenómeno social fundamental, que se manifiesta en la demanda. Entonces podría considerarse el Estado como la Super-Empresa que gobierna o controla toda empresa, y el gobierno de las naciones como el personero, procurador o gerente de la demanda, la cual es de suyo incapaz de la organización que caracteriza a todo lo que ha de funcionar como un organismo dotado de fines, así como de medios para satisfacerlos. La Ciencia Económica del siglo pasado arrastró a la Política en el sentido de dejar que la empresa de propiedad particular prevaleciera sin otros límites que los que le inspiraran sus propias conveniencias, o el temor de que el competidor le hurtase la demanda que explotaba o devoraba. El gobierno era un simple gendarme listo a impedir las vías de hecho, y la demanda inerte no disponía de más arma defensiva que el ayuno o la abstinencia.

Las necesidades humanas podrían clasificarse en tres categorías, desde el punto de vista del papel del Gerente de la demanda:

La primera categoría comprendería las necesidades que se satisfacen con servicios cuya producción no da lugar al beneficio pecuniario de quien las produzca, por ser necesidades del or-

den espiritual, como son las de protección y seguridad de la vida, del honor, de la salud y de la propiedad; son los bien entendidos derechos de todo hombre, cuya demanda no podría satisfacer otro que el Estado. Los «gastos de instalación» de las garantías individuales cuestan sangre y dinero; los de mantenimiento de esas garantías nadie los discute cuando son dinero; lo malo es el gasto en sangre.

La segunda categoría comprende servicios cuya producción puede ser motivo de empresa industrial, pero que el Estado puede producir mejor, y casi siempre más económicamente, sobre todo si se han de tener en cuenta factores inaccesibles a la contabilidad. En Colombia, por ejemplo, se ha hallado que la producción de servicios de utilidad pública por empresas privadas menoscaba de tal manera las facultades del gobierno y los derechos del ciudadano, que casi, casi pueden clasificarse estos servicios entre los de la primera categoría; se espera que demandas como las de luz, agua, transportes férreos, telégrafos y correos, etc., las satisfaga el Estado, en quien quedan así refundidas las funciones de garantizar los derechos del hombre y la de producir servicios sociales que puedan afectarlos. Allá verá el lector que a la navegación del Río Magdalena, que hoy se hace por medio de empresas privadas, le pasará algo análogo cualquier día.

La tercera categoría la constituyen necesidades de orden más material, cuya producción privada afecta menos los derechos del hombre, y apenas

han menester del control del representante de la demanda, para que coordine los intereses de las empresas privadas con los de aquella, a fin de que los productores no se devoren o estorben entre sí, o devoren su demanda; es decir, que hay que ponerle coto así a la excesiva competencia, como a la falta de ésta.

La tendencia política moderna es a aumentar la primera y segunda categorías a expensas de la tercera.

Para nuestro objeto basta considerar ahora las necesidades de la primera categoría, los derechos del hombre en cuya persecución llevamos ya un siglo de lucha. Para la generalidad de los ciudadanos, unos de esos derechos les benefician directamente, y otros apenas indirectamente. Torrentes de sangre ha costado obtener la garantía de que nuestros hombres públicos puedan escribir o hablar libremente, o de que al infeliz que delinque en grado sumo se le deje el derecho de vivir, aunque sea un vivir miserable; todo eso beneficia ciertamente a todos los asociados, aunque de modo muy indirecto a la gran mayoría. Es admirable el poder alcanzado en nuestra democracia para derrocar ministros, presidentes y otros altos funcionarios; todas esas son conquistas colectivas muy apreciables, y necesarias para fundar sobre bases sólidas nuestra nacionalidad; sin embargo, al 98 % de la población le beneficiaría más directamente una buena policía. De todas esas conquistas tan costosas como inapreciables podrían decir nuestros campesinos, como

el cura de pueblo a quien se le encomiaba la belleza de su sobrina: «¿y yo qué me suplo?».

Efectivamente: quien estudie a fondo la inseguridad en que se mantiene en Colombia la propiedad del agricultor, y por consiguiente su vida o su bienestar, habrá de convenir en que los tales están participando de nuestras conquistas solamente en cuanto éstas son obligadamente colectivas; y que las clases educadas se han cubierto abundantamente de garantías personales, postergando necesidades fundamentales de toda la población, como la de garantizarle al cultivador rural el fruto de su trabajo, y la de impartir recta y pronta justicia en sus minúsculas, pero diarias diferencias. El hecho es que la ratería rural es algo muy abrumador e intolerable; al campesino le hurtan los frutos de su siembra, las frutas de su huerto, el cerdo del rancho, aún el racimo de plátanos que cuelga entre el rancho de la casa y el de la cocina, o las gallinas que duermen bajo el alero, todo ello a ciencia y paciencia de las autoridades. El cultivador rural tiene que dormir en la sementera abrazado a la escopeta y alerta el oído a los ladridos de su perro, para evitar que un día amanezca el yucal sin raíces, el maizal sin mazorcas, la papa sin los huevos de su nido. Ver a un campesino trasnochando en la vigilancia de su sementera, es el espectáculo más chocante que pueda presenciarse en Colombia, entre el fragor de nuestras luchas de predominios personales o de hegemonías de círculo.

Bien se comprenderá que la existencia de con-

diciones tales afecta profundamente el bienestar de las clases pobres y sin influencias, pues el hombre tiende siempre a defender la propiedad a riesgo de la vida. Esa inseguridad de la propiedad rural, y la falta de jueces de paz que resuelvan rápidamente las mil disputas que se suscitan en el trabajo del campo, bien sea por cuestiones de aguas, de linderos, de cercos o de animales sueltos, que como fieras invaden toda propiedad, devastándolo todo, hacen de la vida rural una desgracia interminable, o que no termina sino con la migración a la ciudad y el abandono del campo. Esas pequeñas luchas, así como las que ya mencionamos en otra parte, y que se originan de los mercados personales, son las verdaderas causas de la alta criminalidad que se observa en nuestro País; ese ambiente de inseguridad y la ausencia de justicia fermentan el crimen o la desdicha, y son la real causa del crecimiento de la ciudad a expensas del campo.

Y es, naturalmente, uno de los principales motivos del alto costo de las subsistencias. Aquello se resuelve en un ambiente adverso a la producción, puesto que la inercia resulta el único medio de lograr la calma. De ahí el abstencionismo en la producción agrícola; ésa es la razón del huerto incultivado, de la éra convertida en prado. Para no vivir bajo la lluvia de piedras que arrojarán al pasar todos los chicos de la escuela rural, lo mejor es prescindir del árbol frutal, que daba sombra y frutos a la casa; para poder dormir en cama no hay como abstenerse de sembrar

maíz o frijol; para evitar visitas nocturnas del cazador furtivo, lo mejor es comerse las gallinas y sentarse a leer el Diario, que proclama con orgullo los progresos patrios, pero lamenta la carencia de los víveres.

Nada paga tan caro una sociedad como la inseguridad; no hay nada de efectos más económicos que los derechos del ciudadano, adquiridos en todo y para todos. El derecho al trabajo, y a la propiedad de sus frutos, no es simplemente una inquietud espiritual, sino parte integrante del capital o equipo de un pueblo. Por eso resulta tan absurdo y exótico el anhelo de nuestros intelectuales por adquirir el conocimiento de «los últimos adelantos de la ciencia», dejando postergados los principios universales y hasta triviales; así como el anhelo de nuestros dirigentes por ponerse al hilo de las modernas conquistas del derecho, dejando en la inseguridad más completa las vidas y propiedades del 80 % de la población. Muchas conquistas vamos haciendo, y más aún vamos persiguiendo en las necesidades de la segunda y aún tercera categorías mencionadas antes; sólo que nos falta generalizar la satisfacción de las de la primera categoría, que son fundamentales. No hay industria humana que resista la adversidad de condiciones a que está sometida entre nosotros la agrícola. Todo ello redundará en alto precio de costo, para no juzgar esos efectos sino desde el punto de vista de este ensayo.

La Agricultura y la distribución de sus productos

Un problema que es ahora motivo del estudio de una Comisión Real en Inglaterra es el precio de los artículos de primera necesidad. Esa Comisión sigue de cerca en sus investigaciones el costo de la carne y su precio de mercado al por menor, el precio de la harina de trigo y el del pan. Desde luego ha puesto a la vista sorprendida del público, y a la amenazadora del Gobierno, la diferencia entre el precio que recibe el productor y el que paga la mujer que compra para abastecer el hogar; pues también aquí, como en Colombia, de los cuatro o cinco tantos que paga el consumidor, sólo uno va al productor campesino, trátase de frutas, papas o legumbres. En Colombia el precio de mercado de una fruta y otros comestibles es el mismo que recibe el cosechero por una docena de esas unidades; lo demás se queda en el camino, como si el vehículo que los condujese del campo a la despensa los fuese derramando en la vía. Es el triunfo del intermediario: y es la derrota, también, de la inorganizable demanda, y de una industria tan desorganizada en sus ventas cual ninguna otra. Esto, por supuesto, no acusa falta de brazos, sino de cerebros capaces de evitar el desperdicio de riqueza producida. Cada cual obra de acuerdo con sus propios dictados, en la misma lucha de guerrillas que caracteriza todas nuestras activi-

dades, cuando lo económico sería la adopción de mejores métodos de distribución, que implican, naturalmente, asociaciones de cerebros y de voluntades.

La Comisión Real mencionada no tendrá que confrontar un problema que nos es peculiar: el alza de costo que implican las ventas al fiado. Como este modo de vender crea riesgos que el comprador tiene que pagar, para que los vendedores subsistan, quienes pagan cumplidamente costean los riesgos del negocio. Ya hemos tratado este punto más extensamente, pero no sobraba recordarlo a propósito de los males de que sufre la industria agrícola, así como de las causas del alto costo de las subsistencias, pues es bien seguro que al establecer ventas estrictamente al contado, se rebajaría en no menos de 20 % el costo de los mantenimientos.

En estos países va prosperando bastante el sistema de cooperativas de consumo, en que un buen número de familias se asocian para reservar su demanda a los almacenes que ellos mismos han montado y provisto del pequeño capital necesario, y cuyas ganancias se redistribuyen en forma de reducciones en los precios de venta.

Problemas de la industria cafetera

Por ser ésta la más importante de todas las industrias agrícolas, en un país tan principalmente agrícola como el nuestro, la recta y pronta solución de sus peculiares problemas tendría las más

amplias repercusiones sobre nuestra economía. Insinuaremos algunas soluciones, como tema de discusión, al exponer algunos de esos problemas.

Ya se había apuntado que esa industria ha sido la primera en quejarse de la falta actual de brazos y en pedir que se importen; también se había mostrado el conflicto que esa situación plantea, entre los intereses colectivos y los de los empresarios de esa industria, consistente en que a éstos conviene la existencia de una población flotante o nómade, lista a moverse cuando quiera y donde quiera que esa industria la necesite, y que habría de permanecer ociosa mientras tanto, a menos que otras industrias le diesen empleo en los intervalos de las cosechas. Exponer esa tesis es darla combatida, puesto que la conveniencia de la sociedad es que todos sus habitantes se fijen definitivamente en sus lares, con un empleo continuo; la población flotante suscita problemas y complicaciones de que puede darse cuenta quienquiera que medite en ello. Por otra parte, no es de conveniencia social que cada hacienda de café, que ocupa buena parte del territorio, contenga únicamente las habitaciones de la administración y del servicio doméstico, como sucede con las haciendas destinadas al engorde o cría de ganados, que ocupan cientos de hectáreas sin más habitación que la del dueño o mayordomo. El progreso del País exige que esas haciendas se repletan de población, sea por subdivisión de la tierra—que sería lo mejor—o porque cada una de ellas contenga los habitantes que su beneficio ha

menester. Si cada hacienda se trabajase en cooperación con las familias de los trabajadores, de modo que estas cultivasen un huerto de que sacarían gran parte de sus subsistencias, dedicando su actividad principal al cultivo dominante de la hacienda, no en trabajo mercenario, sino a modo de pequeños empresarios, los intereses privados y los sociales quedarían coordinados, y se caminaría hacia la producción barata con los más amplios resultados para *empleadores* y *empleados*, así como para la comunidad. Cada una de las haciendas de 100.000 árboles de café podría dar así empleo y residencia definitiva a unas cuantas familias, cuya actividad íntegra conspiraría en favor del interés del propietario.

Se ve, pues, que ese problema de brazos se resuelve en un problema de dirección.

Las transacciones a que da lugar ese fruto suscitan una serie de problemas de cuya recta solución está pendiente el progreso del País; se verá que son todos problemas de dirección, de revisión de métodos y de sometimiento de voluntades individuales a fines colectivos. Afortunadamente, esa industria dispone de una demanda ilimitada para el producto, lo que es tener asegurada la subsistencia y despejada la mayor de las dificultades; se trata únicamente de buscar métodos más eficientes que los actuales a fin de obtener los más amplios resultados en la venta del grano.

La serie de operaciones a que da hoy lugar el ajetreo de ese producto, desde la hacienda hasta su venta en mercado extranjero, es la misma que

se empleaba hace treinta años, cuando la exportación de café colombiano era veinticinco veces menor que la actual: o el productor, o el negociante que lo compra al productor, lo clasifican, lo marcan con señales individuales, y lo envían a una casa comisionista en el extranjero, para su inmediata venta, no sin que antes se le haya girado a ésta por una parte considerable del valor calculado. Por inspección ocular el suscrito ha comprobado la verdad de este hecho, muy frecuentemente alegado por los comisionistas que reciben esas consignaciones: el grano pierde mucho en el curso de nuestros lentos y precarios medios de transporte; fuera de que no siempre se elabora allá el grano conforme al agrado de la demanda. Pero la queja más incesantemente repetida y alegada por los vendedores de nuestro café es ésta: el cambio frecuente de las calidades, respecto a su designación; las marcas iguales no designan iguales calidades, incertidumbre que se resuelve en contra del vendedor. Añádese a todo lo anterior que la de café colombiano es una de las pocas ofertas que se presentan al mercado extranjero sin el menor acuerdo, en luchas individuales aisladas, y acosada por el afán de vender para pagar deudas contraídas. Si el café colombiano no alcanza, pues, la plenitud del precio que merece su alta calidad, ello se debe, en nuestra opinión, a que el exportador se coloca en un plano de inferioridad, por razón de las prácticas establecidas en la sistematización del negocio.

Una de las más costosas es el método de fi-

nanciación, que consiste en girar anticipadamente por el valor aproximado de las ventas. Quien permite el giro anticipado del dinero tiene que cobrar caro ese servicio, y estimar por lo alto sus riesgos; por eso ese método resulta caro, fuera de que implica la venta precipitada del grano, en condiciones que excluyen la búsqueda de oportunidades del mercado. La falta de uniformidad en las clasificaciones se paga también muy cara. El deterioro del grano, en su ordeal desde el interior hasta nuestros puertos, es un hecho que parece inevitable por mucho tiempo, y que hace casi estériles los excesivos cuidados que emplean en elaborarlo acabadamente en el interior.

Todos estos problemas los confrontó el Brasil desde hace décadas de años, y les dió una solución que hoy resulta ejemplar en el decurso de veinte años de aplicación. El procedimiento es el del establecimiento de Almacenes Generales de Depósito, con su juego de Certificados de depósito y sus correspondientes Bonos de prenda, y responde a la idea de unificar el producto y los medios de acción. El café llega a los Almacenes de Depósito de Santos, en donde sufre una última elaboración, que resulta barata por las grandes cantidades tratadas. Tras esa final elaboración el grano queda, no solamente con la apariencia que agrada al comprador extranjero, sino clasificado conforme a tipos designados por números, que responden a calidades ya universalmente conocidas, de manera que los compradores saben de antemano de qué tipo se trata, aún

sin verlo. Esto permite negociar en «futuros», que es una gran ventaja para el productor. Este puede conseguir anticipos de dinero, mediante los bonos de prenda, a los tipos más bajos que puedan darse, puesto que el almacenamiento equivale a la constitución anticipada de una prenda de forma conocida y aceptada universalmente, y el café queda listo para ponerlo a bordo en cualquier momento, sea para venderlo a flote o en puerto extranjero; pero en todo caso, la urgencia de las ventas ha cesado y la ecuación con el comisionista queda restablecida. Al rededor de Santos se ha formado un formidable mercado de café, y se han agrupado numerosos establecimientos bancarios, que entran en las transacciones consiguientes y que mantienen, con su competencia, una amplia provisión de dinero.

El establecimiento de Almacenes Generales en nuestros puertos marítimos principales, como Barranquilla, Cartagena y Buenaventura, traería las mismas ventajas para la venta organizada de nuestro grano. Ello implicaría, desde luego, la desaparición de nombres individuales, sacrificio más aparente que real, ante la ventaja de lograr una clasificación *standard*, que garantice la uniformidad de los tipos ofrecidos; aún podrían conservarse las procedencias actuales, y ofrecer al mercado extranjero *Cauca*, *Medellines* o *Bogotáes* de los números adoptados. La ligera y baratísima elaboración que diera el Almacén al grano haría desaparecer las averías del transporte por climas húmedos, y ello permitiría ela-

borarlo menos acabadamente en la hacienda o la ciudad de origen. Así desaparecería la urgencia de las ventas, y los exportadores se presentarían ante el mercado extranjero mejor armados. Aún el problema de los sacos de empaque, que no es poco serio, podrían resolverlo los empresarios de los Almacenes, que contarían con una demanda unificada para los empaques.

Cuestión tan interesante, tanto para el respetable gremio que hoy es la espina dorsal del País, como para toda la colectividad, merecería ser estudiada en profundidad por otra de las comisiones cuya constitución hemos sugerido. Si el primer país productor de café en el mundo está satisfecho con la solución de esos problemas por medio de los Almacenes de Depósito, el segundo país productor, que es, a la vez, el de mayor producción de café suave, no puede dejar pendiente esta cuestión por más tiempo. O se adopta esa solución tras un informe favorable, y entonces se procedería a instalar los primeros Almacenes, aunque sea a costa del Fisco, o se desecha, borrándola del horizonte mental de Colombia, como objetivo estéril e indigno de ocupar la atención. Lo único inaceptable en la materia es la solución mediocre de dejarla entre las cuestiones que se resuelven solas.

Cultivos de carácter nacional

Del prolijo análisis que precede puede sacarse la conclusión general de que en la labor de reconstrucción y reorganización de nuestra industria agrí-

cola corresponde una buena parte al Estado, aunque no tanta como se ha creído generalmente, ni en la forma en que se le ha indicado en informes y publicaciones; otra porción, y no secundaria, por cierto, corresponde a la iniciativa particular, y ha de consistir, si no estamos errados en nuestras conclusiones, en un cambio muy sustancial de doctrinas y de métodos. En ningún otro radio de acción, como en éste, resulta tan nociva la costumbre de las razas latinas de esperar todo del Estado; pero si, a más de las reformas propuestas para encauzar la ayuda oficial a esta industria, se fuese a idear un esfuerzo oficial concreto y en armonía con las líneas generales expuestas, nos atreveríamos a sugerir que se estudie un plan de acción oficial, debidamente secundada por la iniciativa particular, en la forma siguiente:

Dividir esa acción en períodos sucesivos de, digamos, cinco años, en cada uno de los cuales se concentraría el esfuerzo a determinados objetivos. Supongamos que se resolviera, tras madura consideración, adoptar como los cultivos más dignos de la exclusiva atención oficial y particular, durante el primer quinquenio, los de arroz y caña de azúcar, cacao y tabaco, fuera del algodón, que ahora está entre mientes: se podrían contratar uno o más entomólogos extranjeros muy expertos que vayan a estudiar las enfermedades de que suelen adolecer esas plantas; esa acción se complementaría con la de contramaestres extranjeros expertos en las condiciones de mejor cultivo y alimentación de esas plantas, así como del tratamiento de

sus frutos, para elaborarlos debidamente para su presentación en el mercado. Es muy seguro que esos expertos indicasen profundos cambios, no tanto de procedimiento, cuanto de ideas y principios; por ejemplo, la unificación de la elaboración de la caña de azúcar, que hoy hace cada terrateniente de modo individual, y, por consiguiente, costoso, pues esa tendencia de cada cual hacia la independencia, de cada cultivador a tener su trapiche, así como de cada pequeño municipio a tener su plan-tica eléctrica para el alumbrado público, resulta muy costosa; otro tanto puede ocurrir respecto a la elaboración independiente de cada lotecito de arroz producido en cada región. Unificación y concentración son recetas específicas para casi todo lo que hay que reformar en Colombia.

Podrían concentrarse a esos cinco cultivos también los fuegos de las baterías de nuestras aduanas. El País es capaz de bastarse ampliamente a sí propio en los cinco frutos mencionados, y aun de excederse para la exportación. Creemos que debería reservarse toda nuestra demanda de esos artículos para nuestra producción. Su importación es precaria, inefectiva, falla cuando más los necesitamos, y esa posibilidad no obra, las más de las veces y para la mayor parte del territorio, sino como amenaza pendiente que ahuyenta al cultivador indígena.

También podrían ponerse en juego la tarifa ferroviaria y la organización del tráfico, para dar tarifa adecuada y facilidades especiales al transporte de esos renglones, de manera de ampliar-

les su demanda a los centros productores de tales artículos.

Con tan señaladas ventajas y bajo tan buenos auspicios, el esfuerzo individual haría lo demás, y es seguro que al cabo del quinquenio de prueba se habrían sistematizado de modo tan científico como industrial esos cultivos, y podrían destinarse esos recursos y atención a otros.

POST-SCRIPTUM

El ensayo anterior fué escrito durante todo el año de 1.926, a medida que se iban delineando los fenómenos de la carestía de la vida, y ahora al corregir las pruebas nos es grato acusar recibo de dos excelentes libros aparecidos recientemente. Por orden de fechas, el primero trata de «La Carestía de la Vida» y es del Dr. Carlos Uribe E.; el otro, escrito por el Dr. Fabio Lozano T., se titula «Con los Agricultores de Colombia». Ambos son excelentes contribuciones al estudio de las cuestiones palpitantes enunciadas en los respectivos títulos, y ambos están proclamando tanto el patriotismo y vasta ilustración de sus autores, como la conveniencia para Colombia de mandar a Sud América diplomáticos capaces de añadir a su función peculiar, la de observadores del progreso de pueblos de índole semejante a la nuestra, que nos muestren nuestras deficiencias y propongan, con verdadero espíritu constructivo, las correspondientes reformas.

La obrita del Dr. Uribe E. trata de la carestía

de la vida, sobre todo desde un punto de vista monetario, y el ilustrado escritor no vacila en afirmar que hay una inflación ocasionada por el exceso de moneda. Este terreno es demasiado complicado para nosotros, y nos abstendríamos de agregar nada a sus conclusiones, si no fuera por el temor de que en el estudio de estos fenómenos se le vaya a dar demasiada importancia a una sola causa y a considerar las demás como triviales o simplemente accesorias. Nos atrevemos, pues, a sugerir, como tema de meditación, que quizás el Dr. Uribe E. da demasiada importancia a uno de los dos factores que constituyen el poder de compra, a expensas del otro. Después de afirmar que los poderes de compra deben guardar correlación con la producción, hace un cálculo de ésta, la halla en déficit, y deduce que hay exceso de moneda, olvidando que antes dijo que «bajo la denominación de *poderes de compra* se comprende no sólo la moneda circulante, sino también los créditos que se otorgan». De paso hay que advertir que el cálculo de la actual producción colombiana hecho por el autor es muy discutible; por analogías no bien aceptables llega a establecer que de 1.916 a 1.924 aumentó en *peso* de 70 %, mientras que la moneda *circulante* aumentó 162.5 % en pesos. El lector, bien familiarizado con los hechos, no dejará de sorprenderse de que se haya tenido en cuenta que entre las dos fechas la exportación de café ha aumentado en un millón de sacos, pero no que toda la cosecha de 1.924 se vendió a precios superiores, que han llevado el bienestar a Colombia.

Volvamos al punto capital. Dice el autor comentado. «Si en un país el índice de los precios sube, es o porque se han aumentado los poderes de compra indebidamente, o porque no se han reducido de manera proporcional a las mermas que se hayan observado en la producción. De este principio se deduce, en lógica rigurosa e incontrovertible, *que siempre que hay alza en el costo de la vida, el fenómeno es monetario y denuncia una política emisora equivocada*». Y en otra parte: «Los argumentos que hemos presentado no tienden a demostrar la existencia de la inflación, que la revela la sola carestía creciente. Con ellos hemos querido analizar el fenómeno mismo y saber si obedece a aumento indebido de poderes de compra o a que estos no se redujeron en oportunidad. Dentro de este pensamiento, dijimos en nuestro segundo artículo que de 1.916 a 1.925 la exportación de café había crecido en un 90 por 100 (en peso, agregaremos nosotros); que suponiendo, más allá de toda lógica, que de igual manera hubiese aumentado toda la producción nacional, tendríamos para ella la misma cifra de 90 por 100 (en peso) en aquella unidad de tiempo, y que la moneda circulante—no la cantidad de numerario, que es otra cosa—creció en el mismo período 162 por 100!»

La argumentación del Doctor Uribe E. puede presentarse en la forma siguiente, sin desfigurarla: Toda alza del costo general de la vida revela una inflación, sea por aumento de moneda en actual circulación o por aumento «de los créditos que se

otorgan»; es así que en Colombia han aumentado considerablemente los costos de la vida, luego hay un exceso de moneda.

Cada cual en sus juicios tiende a recargar el valor de los argumentos que están en simpatía con sus juicios previos; nuestro ilustrado amigo da grande importancia a la moneda en circulación; nosotros al otro factor del poder de compra, que es el crédito, teoría que viene en apoyo de argumentos expuestos en ensayo anterior. Ambos estamos afectados por un índice de parcialidad, que el lector debe tener en cuenta.

La expresión «poderes de compra» parece a primera vista una noción inconfundible, mas en el fondo es muy compleja. Desde el punto de vista del hombre de la calle, es evidente que la «situación» se ha presentado más holgada desde que se inició la Administración del General Ospina; los negocios se han activado, la gente sin empleo, o parcialmente empleada (y de esta clase ha habido una gran cantidad que nadie ha calculado), ha disminuido; los salarios de los peones han aumentado de modo *real*, no nominalmente; y el aumento en los consumos permite afirmar este hecho como palpable: *la demanda* ha aumentado considerablemente, tanto en géneros extranjeros, como en frutos del País y en servicios que se prestan dentro de él; tanto las clases acomodadas, como los jornaleros y mucho trabajadores autónomos, cuentan con un mayor poder de compra que se resuelve en demanda, pero no a expensas de cierta clase media, como los empleados públicos

y privados, sino que a éstos no les ha llegado el soplo de prosperidad, fenómeno de frecuente ocurrencia aquí en Europa. Aquella prosperidad, casi general, parece un hecho, a juzgar por toda apariencia. Si eso es verdad, esa prosperidad ha de manifestarse, ante todo, por un aumento de la demanda, especialmente de la de artículos y menesteres de primera necesidad; hay más peones que comen y visten más abundantemente, y muchos de entre ellos alquilarán casa, cuando antes vivían arrimados &. Concretando más: los miles de peones que le trabajan ahora al Ferrocarril de Antioquia no comían antes carne, a razón de media libra diaria, que les da el Ferrocarril, ni ganaban tanto jornal *libre* como lo obtienen ahora. El número de cafetos de las 11.439 plantaciones de café que existían en Antioquia en 1918 era de 4.500 en promedio, y como hay varias plantaciones de más de 50.000, se deduce un dato que, por lo demás, es bien sabido: que un gran número de plantaciones no contienen más de mil cafetos, que se trabajan en familia; por consiguiente, hay una gran cantidad de familias, tanto en Antioquia como en todo el País, que son productoras autónomas de café, y que hoy poseen un poder de compra muy superior al que tenían en 1916. Y ampliando: el café exportado en 1916 valió \$ 16.000.000 y al exportado en 1925 se le calculó un valor de \$ 66.579.916, o sea más de 400 % respecto a 1916. Pero es más: hoy no cuesta movilizar una tonelada de café lo que costaba en 1916; el medio millón de sacos del Quindío esta-

rían allí para contradecirnos, si sostuviésemos lo contrario.

Esto es lo que hemos apellidado aumento de poder de compra en este ensayo, empleando la expresión en el sentido que le da la prensa europea, y que en ningún caso podría merecer el calificativo de *indebido* que repetidamente emplea el Doctor Uribe E. en sus escritos. Es esa una capacidad cuya mejor manifestación es esta: *un aumento de demanda*. Como esto no podría negarlo nuestro ilustrado amigo, bastaría preguntarle enseguida en qué forma respondió nuestra Agricultura a ese aumento de demanda. Transladémonos, para simplificar el problema, al mes de Noviembre de 1925, en que hubo menor actividad del Gobierno que en 1926; no había entrado a funcionar el verano como obsesión colombiana para explicarlo todo; los acaparadores no estaban aún en la pista de cómo se puede abusar de un país desorganizado; la demanda de víveres aumentaba de día en día. ¿Estaba la Agricultura preparada para abastecer esa mayor demanda? Se observa que en los varios aspectos del progreso nacional el País anda con un movimiento de *lacet*, como dicen los franceses del tren que anda como en zigzag en la carrilera, ocasionando desgastes; y lo grave es que el tren nacional muerde los rieles tanto como las ruedas cada vez que las de un lado se adelantan a las del otro.

Una cosa es sostener, por ejemplo, que «si se hubiesen comprobado mermas apreciables en la cantidad de los productos, los *poderes de compra*

han debido seguir el mismo descenso, bajo una administración bancaria inteligente», y otra cosa es estar de Gerente del Banco de la República despachando esta clase de fórmulas, pues para bajar el poder de compra de la población habría que destruir café, dejar en los EE. UU. la indemnización americana, y restringir el crédito de modo extraordinario, cuando en Colombia hay toda una escuela de ilustrados escritores que se escandalizan de que el Banco de la República no ponga sus redescuentos a la par con la rata del Banco de Inglaterra; y el Doctor Uribe va a convenir con nosotros que esto si sería inflación de pura cepa. Rebajar el poder de compra para ponerlo al tanto de una producción que nadie ha medido es cuestión tan grave, que estamos seguros de que el ilustrado escritor no la adoptaría, pues equivaldría a esto: puesto que la producción agrícola anda a la zaga, pongamos todo el País a mediovapor, mientras aquella se pone a la par con su demanda. En el presente ensayo nos hemos esforzado por mostrar que no ha ocurrido menor producción, sino que la producción de víveres no anda paralela con la de café para exportar; por consiguiente, es preciso hacer presión sobre la industria agrícola de víveres, a fin de que empareje con el progreso en otros órdenes, para lo cual cuenta hoy con la base que siempre le faltó: una gran demanda.

Quien esto escribe ha mostrado en el curso del presente ensayo mal disimulado alborozo porque en Colombia ha aumentado el poder de compra, mientras que el muy ilustrado autor citado sostiene

muy claramente que la política bancaria debe tender a rebajar ese poder de compra, que juzga indebido; cualquiera diría, por tanto, que no hay tal aumento de poder de compra, que todo ello es una ficción producida por la inflación, que el tal aumento es simplemente nominal y debido a la desvalorización de la moneda. Los hechos en que nos apoyamos para apuntar el aumento del poder de compra son reales, y sin embargo los principios citados por el Doctor Uribe son doctrinarios; es indudable que el poder de compra lo representan la moneda en activa circulación y los depósitos bancarios listos para ser girados por cheques; estos dos factores, como se podría demostrar, es muy difícil aumentarlos. Que la cantidad de moneda y de créditos han de guardar estricta relación con la producción, es lo sostenido por economistas que todo el mundo consulta. El Honorable Señor McKenna, citado por el Doctor Uribe, decía en su celebrado discurso de Enero de 1926, al dirigirse a sus accionistas del Midland Bank: «En un momento dado el volumen total del comercio en el país se conduce sobre la base del crédito y la moneda existentes en ese tiempo. Si los precios fueran más altos, se requeriría un mayor volumen de crédito para la misma cantidad de comercio, suponiendo que no ocurrieran alteraciones compensadoras en la velocidad de la circulación. Del mismo modo, si bajan los precios bastará un menor volumen de crédito. La teoría de los deflacionistas (entre los cuales parece formar nuestro ilustrado amigo) es que por una restricción del crédito y la moneda los precios pueden bajarse a un nivel

inferior, de manera que el mismo volumen de comercio medido en comodidades pueda llevarse a efecto, pero a precios más bajos. La sencillez (simplicity) de la teoría es muy atractiva; tiene la cualidad satisfactoria de una ecuación y aparece como una verdad evidente por sí misma. Lo infortunado es que la teoría no es tan exacta como parece, y que al aplicarla no produce los resultados esperados. Veamos cómo obran la restricción del crédito y de la moneda. Pueden deprimir los precios; pueden reducir la velocidad a que el dinero circula; pueden disminuir la producción. El grado en que pueden ocurrir estas consecuencias, o algunas de ellas, varía de acuerdo con las condiciones del comercio; pero nada es tan seguro como el que los precios en descenso o una menor velocidad de la moneda afectan adversamente la producción».

También estamos de acuerdo en que para fijar la cantidad de moneda de un país hay que tener en cuenta tanto el valor interno como el externo de dicha moneda.

Si los hechos no coinciden con las ideas y principios es porque existe algún error al aplicar éstos a aquéllos; infortunadamente nuestra versación en la ciencia monetaria es tan insuficiente que no nos permite sino plantear el problema o insinuarlo, fuera de agregar algunas sugerencias.

Al comparar la cantidad de moneda en circulación en los dos años de 1916 y 1925, que era de veinte y cincuenta y dos millones respectivamente, hay que tener cuenta lo anormal de la situación

monetaria en el primero. Colombia no tenía entonces la cantidad de moneda que necesitaba. Poco después de esa fecha las letras sobre Nueva York se vendían al 85 %; la prohibición de exportar oro de EE. UU. acentuó la deflación que venía ocurriendo en nuestro País. Veníamos de un periodo de indigestión de moneda, y el País no halló otro modo de curarse de ella, que someterse a una dieta rigurosa que, por otra parte, entorpeció la producción. Comparar la cantidad de moneda actual en relación con la de 1916 es como calcular lo que come un hombre en estado sano según la dieta que se impuso estando enfermo. Parece más racional hacer la comparación con la moneda circulante en 1910.

Todo el mundo supone que en 1925 y 1926 mermó la producción de víveres, sin aducir el menor dato estadístico.

En Europa y EE. UU. el alza general del costo de la vida es indicio seguro de fiebre monetaria o de que algo anormal pasa en la política bancaria, porque estos pueblos han logrado ya el ideal que nosotros perseguimos, de darle una extrema movilidad al producto. Si en Inglaterra escasea un producto, la situación se reajusta inmediatamente, en horas o pocos días, movilizándolo de otra parte, y así la presión se reparte en una gran superficie, como el nivel del mar. Nosotros carecemos casi en absoluto de esa extrema movilidad del producto, pero nos consolamos echándole la culpa a la tarifa aduanera. En cambio, nos permitimos cometer el error de mover las gentes como si fue-

ran ganados y las acumulamos en ciertos puntos (Barranca Bermeja, Wilches &) creando nuevos problemas de transportes, como si tuviéramos pocos. Concentrar tres mil trabajadores en una área que nada produce, sin organizar previamente la provisión de subsistencias, es algo tan grave, que apenas hay que indicarlo. Y es que estamos procediendo de modo exactamente contrario a como debiéramos, para ajustarnos a las condiciones del País: en lugar de mover la población y de concentrarla en determinados puntos, como en toldas de gitanos, deberíamos regarla, para que cada cual coma al pie del sembrado, mientras damos al producto la extrema movilidad que tiene en Europa, y así poder aplicar acertadamente principios europeos. La acumulación de trabajadores acumula demanda en ciertos puntos, y la entrega al acaparador, el cual puede evolucionar con miles de toneladas de cada producto sin el menor riesgo. En Europa esto es imposible.

Finalmente, ya que todo el mundo se queja del exceso de moneda y achaca a esta causa los fenómenos que se vienen sucediendo, convendría que se estudiase también el otro factor de los dos que constituyen el poder de compra, es a saber, el crédito, no sea que la inflación, si existe, se deba a esa causa y no a exceso de moneda. Por lo pronto haremos notar las presiones que se ejercen en Colombia sobre el Banco de la República, y en sentidos opuestos. De un lado, se reclama contra la inflación y, naturalmente, se aconseja la destorcida; del otro, se acusa al Banco de no haber

abaratado lo suficiente el interés del dinero, y hasta se llega a proclamar que el Banco dé préstamos a los particulares, prescindiendo del intermedio de los otros Bancos; y todos encuentran deficiente la actuación del Banco agrícola e Hipotecario, que debiera—se dice—facilitar más el crédito; y todo crédito infla, creando poder de compra artificial.

*
**

Igualmente interesante, pleno de datos e informaciones, y de un sabor muy estimulante, es el libro en que nuestro distinguido Ministro en Lima trata temas más propiamente agrícolas, como los de irrigación y abonos, que resultan presentados con sencillez y maestría. Cuanto dice el Dr. Lozano sobre las industrias agrícolas que, en el Perú como en Colombia, son cultivos nacionales, se lee y se recuerda con agrado.

Para el autor de estas líneas es motivo de especial complacencia ver que los Doctores Lozano y Uribe E. insisten en la necesidad imprescindible de provocar la subdivisión agraria; y que uno y otro apoyan la tesis con datos muy útiles de cómo se ha llevado al cabo esa subdivisión en el Perú, Uruguay y Argentina, por medios razonables y sin violencia. Al Doctor Lozano se le escapa casi involuntariamente este grito de patriótica indignación: «El latifundio es el hijo mimado de la Conquista.» y que despierta en la mente del lector este comentario: «La República no ha corregido aún ese error.» Sus comentarios sobre la región pe-

ruana llamada La Campiña son supremamente interesantes; y sus preciosas advertencias para que se estudie científicamente un plan de irrigación, palidecen comparados con la detallada descripción que nos da de las medidas adoptadas por el Gobierno del Perú para subdividir las zonas que va dotando de irrigación, y que nos muestra bien claramente un camino de acción.

La parte más interesante del libro del Doctor Uribe E. es la que describe los medios empleados en el Uruguay para comprar latifundios y subdividirlos. En lugar de hacer comentarios sobre este tópico, preferimos copiar enseguida, y para terminar este ensayo, lo que dice ese autor al respecto, no sin agregar previamente algunas insinuaciones.

Al convenir una política agraria, convendría fijar una línea de acción respecto a nuestras tierras fiscales, a fin de impedir la formación de nuevos latifundios. Lo mejor sería prohibir constitucionalmente la adjudicación de tierras baldías por todo otro motivo que no sea el de actual ocupación y cultivo de pequeñas áreas. También convendría renunciar a la quimera de colocar inmigrantes en las tierras baldías; si el inmigrante fuere de un tipo inferior a nuestros obreros, debe prohibirse su entrada al País; y si fuere superior y más experto en cualquier trabajo, conviene que se sitúe en donde las gentes puedan aprender algo de él.

Dejando los baldíos como reservas futuras, y para que los vayan ocupando lentamente los cultivadores que quieran aventurarse aislándose del con-

tacto social en busca de independencia personal, podríamos concentrar todo el esfuerzo de la República y los recursos fiscales disponibles al área ya domada, conquistada y medio poblada, en el sentido de subdividir la propiedad y repletar su población. Podría la Nación adoptar un plan para subdividir en el curso de diez años la hoya del Magdalena, arriba de Honda, y en el mismo tiempo cada Departamento podría hacer algo en el mismo sentido con las áreas más propicias. La subdivisión agraria es operación de alta cirugía social, y por lo mismo hay que idearla sin despedazar fibras musculares ni cortar arterias que no se hayan ligado previamente.

Va un ejemplo, en apoyo de una tesis sostenida en otro de estos ensayos: puesto que muchos de los propietarios cuyas tierras conviene adquirir para la subdivisión carecen hoy de otro medio de inversión para sus capitales, habría que crear un buen medio de inversión, y ello podría ser la emisión de bonos internos, sea para darlos en pago a los propietarios, o para venderlos y pagar con su producto, función que podría desempeñar el Banco Agrícola Hipotecario, como lo insinúa el Doctor Uribe E.

Una comisión que se nombrase para aconsejar un programa de acción podría indicar fácilmente la existencia de no menos de mil haciendas de más de dos mil hectáreas cada una, bien situadas respecto a las vías de transporte, y trabajadas insuficientemente por sus propietarios, sea en extensión o en intensidad. Serían éstas por lo menos

dos millones de hectáreas, bien situadas respecto al mercado de sus frutos y dignas de una colonización de segundo grado, para subdividir las y repletarlas de población. Teniendo en cuenta que el territorio actualmente medio poblado en los catorce Departamentos no alcanza a 300.000 kilómetros cuadrados, o treinta millones de hectáreas, las mil haciendas por subdividir serían el 7 % del área, y valdrían, por lo bajo, cincuenta millones de pesos, si acaso no el doble. Suponiendo que el Estado llegara a comprarlas en el curso de diez años, ¿en qué podrían invertir los propietarios ese dinero, si no ha de ser en tierras? Si esos propietarios fuesen verdaderos empresarios, capaces de emprender una nueva industria, ya lo habrían hecho, vendiendo la tierra que poseen; luego debemos suponer que el valor de esas haciendas representa un capital inactivo y miedoso, que teme salir a asumir riesgo en busca de utilidades. Estas son algunas de las arterias que hay que ligar al planear la operación, y sugerimos que el medio adecuado no puede ser otro que la *creación* del crédito interno del Estado, por medio de un papel muy sólido, que inspire plena confianza, y cuya renta sea un pago que tenga prelación sobre todo otro gasto.

En todo caso, hay que prepararles la retirada económica a los capitalistas que queremos desalojar de la simple posesión de las tierras, y que no pueden trabajarlas con la intensidad que requiere el progreso actual de Colombia. Esa retirada puede relacionarse con la solución de otros problemas nacionales. Por ejemplo: ya se ha visto

que hace falta un medio adecuado para recibir el ahorro, y ese medio tiene que ser el bono nacional de crédito interno; estas emisiones servirían también para aplacar los fundados escrúpulos de quienes se inquietan con los compromisos que estamos contrayendo en el exterior. Además, el Banco de la República podría regular la cantidad de numerario en circulación activa por medio de la compra y venta de seguridades o bonos de Estado, como lo hacen el Banco de Inglaterra y el de las Reservas Federales.

Los parágrafos del librito del Doctor Uribe E. sobre subdivisión agraria dicen así:

MEDIOS EMPLEADOS EN EL URUGUAY PARA LA SUBDIVISION AGRARIA

«Podemos decir sin exageración, y después de serenas y juiciosas comparaciones, que el Uruguay es el país que realiza en la América una política colonizadora más sabia, que ahora tratan de implantar en la misma Argentina, con los naturales cambios que imponen las circunstancias diversas, política que persigue altos fines económicos y sociales, porque aspira a fomentar la pequeña propiedad, a abrir campo adecuado a la inmigración y a orientar la agricultura hacia el cultivo de la granja, particularmente en las cercanías de los grandes centros urbanos.

«El banco hipotecario del Uruguay, institución oficial dirigida por personas muy prácticas, y no limitada en sus fines por los intereses de accionis-

tas particulares, tiene una sección llamada *Fomento rural y colonización*, con el encargo especial de adquirir tierras, de preferencia los latifundios, por compra o por expropiación, para venderlas, fraccionadas en pequeños lotes, que no pasan de 75 hectáreas, a los colonos nacionales o extranjeros, dando prelación a aquéllos, en igualdad de circunstancias, y con destino a las industrias agrarias.

«El Banco, por medio del cuerpo de hábiles agrónomos, que tiene el ministerio de industrias, estudia las tierras de propiedad privada (pues ya el Uruguay no posee tierras fiscales), propias para la colonización, prefiriendo las que no tienen cultivos, o que están trabajadas por arrendatarios, y en todo caso, las que se hallan más próximas a las ciudades, con el pensamiento de alejar los ganados de engorde, y la agricultura extensiva, y dar campo al pequeño cultivo, a la granja donde se explotan unas pocas vacas, se fabrica mantequilla y buenos quesos, se cultivan hortalizas en abundancia, algunos cereales, y se tiene un magnífico corral de aves de raza, de valor industrial y de rendimientos económicos.

«Seleccionadas las tierras, el banco las compra y las paga de la siguiente manera: el 15 por 100 lo suministran en efectivo los que van a adquirir los pequeños lotes, quienes a la vez hacen hipoteca de los mismos a la institución. Esta, sobre esa hipoteca, emite títulos por todo su valor, a 30 años de plazo, a los cuales, puestos en venta como papeles de inversión, es perfectamente posible realizarles el 85 por 100 necesario para completar el

pago. Si no se alcanzase a obtener ese 85 por 100 en la venta de los títulos hipotecarios emitidos sobre todo el valor de la propiedad, el Banco pone la diferencia. De manera que los dueños de los lotes sólo quedan debiendo al banco el 85 por 100, ya que dieron al contado el 15 por 100. Esa deuda la garantizan con la hipoteca de las mismas tierras adquiridas, y la pagan en los mismos plazos y condiciones que el banco ha establecido para sus títulos, cuyos intereses y amortización estarán a su cargo. El atenderá a estas obligaciones con las cuotas que deben pagarle sus deudores hipotecarios. «En todas estas operaciones—dice textualmente la ley—el beneficio del banco no podrá exceder de 1 por 100.» Si no fuere posible la compra amigable, se decreta la expropiación, que está reservada al estado. «A los efectos de la expropiación—agrega la disposición legal—se dará preferencia a las tierras no explotadas directamente por sus propietarios, o que no están destinadas a la agricultura, o mayores de 500 hectáreas»,

«De lo expuesto se deduce que esta admirable política colonizadora, que abre campo al inmigrante y lo vincula al hacerlo propietario; que brinda espléndidas facilidades al nativo que vegeta en los centros urbanos y que anhela trabajar; que tiende a desarrollar la producción y a diversificarla; a formar el pequeño propietario, y a establecer con las granjas despensas en las inmediaciones de los centros populosos, puede llevarse a cabo sin empleo de capital o con una ayuda insignificante.

«Cuando nos vinimos del Uruguay, el ministro de industrias tenía el proyecto de modificar la ley en el sentido de que no se exigiera al colono ninguna suma al contado, y que el banco proporcionaría la total indispensable para la compra. «Establecida la venta de la tierra en esta forma, decía, nos sería fácil traer de inmediato colonización seleccionada del exterior.» «En materia de colonización—agregaba—no me detendré a discutir el eterno asunto de quién ha de ser el primero si el huevo o la gallina; si las redes de camino y ferrocarriles en todo el país, o la obra colonizadora inmediata en los lugares utilizables desde ya. Considero esto último primero, porque su rendimiento dará posibilidades a las finanzas nacionales, y permitirá atender a las obras edilicias complementarias. Afirmando que todo lo que se gaste, todo lo que se arriesgue en la obra colonizadora, gastando en progresión aritmética, es previsión, es ganancia, es camino, es ferrocarril, es avance total sumado en progresiones geométricas».

«¿No sería posible hacer algo semejante en Colombia, por medio del banco agrícola? Dividiendo las grandes propiedades, adquiridas por compra amigable, ¿no se abarataría la vida, al fomentar las granjas cerca de los centros urbanos, como se ha abaratado dondequiera que se ha llevado a la práctica ese pensamiento? Y convertir al arrendatario en dueño de la tierra que él ama y que él trabaja, ¿no es una finalidad económica y social que podría alcanzarse dentro de todo el rigor de las leyes y los métodos conservadores y respetuosos, con enormes beneficios para el país?»

VIAS DE TRANSPORTES

*Dedicado al Señor General Pedro
Nel Ospina, ex-Presidente de Colom-
bia.*

Las cuestiones agrarias resultan del movimiento de la población en el sentido de apropiarse el suelo; las agrícolas, de la actividad de la población al explotar la tierra para satisfacer sus necesidades; unas y otras están condicionadas por la de las vías de comunicación que, modificando las deficiencias o dificultades del territorio, cambian la situación de las tierras y dan valor a sus producciones. Estos problemas están, pues, tan íntimamente ligados entre sí, que ahora se hace preciso estudiar el interesante fenómeno de los esfuerzos que ha hecho o proyecta hacer nuestra población, para adecuar el suelo y poner sus productos al alcance de la demanda interna o externa. Por ser el tema demasiado extenso hay que limitarse a exponer ideas, principios y planes generales.

Mirar la cuestión de los transportes en Colombia desde un punto de vista en que solamente se cuentan los productos de la industria colombiana, puede que sea criterio nacionalista, pero que se justifica al considerar que el producto extranjero no entra al País sino a suplir deficiencias de la

industria actual. Lo predominante, permanente y principal es la producción nacional; el producto de origen extranjero es secundario y más o menos temporal, a la medida del progreso industrial y comercial. La deficiencia de un país en ciertos productos puede ser momentánea o temporal, o permanente de modo irremediable. La de Colombia en hierros de fundición, trigo y géneros burdos de algodón es, o debe de ser, más o menos temporal; la de azúcar y arroz es momentánea, probablemente; y la de artefactos de acero puede considerarse como permanente, aunque no hay razón para creer que el País no llegue a bastarse a sí mismo en esta materia algún día. Deficiencia permanente e irremediable es, por ejemplo, la de Inglaterra, que tendrá que importar siempre productos tropicales, como café, caucho, arroz, cacao, quina, etc. Consideradas, pues, las deficiencias de estos dos países, resulta una gran diferencia en favor de Colombia, y es claro que esa diferencia es concepto que ha de regular la dirección de nuestra sociedad en lo futuro.

Se contempla en el párrafo anterior la movilización de las cosas, por considerar que la de los habitantes es secundaria y subordinada a la de los productos, que es la principal. La población no cuenta entre sus funciones la de trasladarse de un punto a otro, ni vive viajando, como el producto, desde que nace hasta que se le consume; el movimiento del pasajero—en función de acción—está subordinado al de los productos, si acaso no es originado por éstos. El progreso en el sentido de los transportes consiste en darle extrema movilidad

al producto de la industria humana, a menos que éste sea fijo por destinación; al contrario, el progreso en otro orden de ideas consiste en crear condiciones de extrema fijeza para la población. Si alguna explicación necesitaren estos dos postulados, bastaría mostrar el absurdo de los contrarios; es incivilizable una población al estado nómade, en que los hombres se mueven como dotados de alas; y es, también, de condiciones negativas para la civilización, si los productos de su industria se comportan como si tuviesen cien veces mayor peso del real, y están, por lo mismo, destinados a consumirse *sur place*. ¡Lo que valdría una manzana, del valor nutritivo conocido y de peso de un quintal! Y no otra cosa pasa a los pueblos carentes de medios de transportes: la casi inmovilidad del producto resta ganancias al productor y encarece los mantenimientos. En cambio, el hombre como trabajador, que es el aspecto considerado, sólo se desplaza momentáneamente, y casi siempre en pos del producto.

*
**

Los españoles no eran tan solícitos como los romanos en la construcción de carreteras para el manejo y defensa de las colonias, sino que más bien se adaptaban con sorprendente facilidad a la falta de comunicaciones; de manera que, al constituirse la República, no había caminos, propiamente hablando, y si el de mayor importancia entonces, que fué el que sirvió para la huída del Virrey, a principios de Agosto de 1819, se halla-

ba en tan pésimo estado un siglo después, cuando se terminó la vía férrea que lo reemplazó, ya puede imaginarse lo que serían las otras vías de entonces.

Estas se fueron haciendo por los rumbos hallados como de menor resistencia por el público, con el trazado que fué sancionando el vulgo con sus huellas, y que respondía bien a las exigencias, tráfico y recursos de entonces. Regularmente esos caminos seguían las crestas de las cordilleras, o de sus estribaciones, lo que prestaba diversas ventajas: la cresta marcaba el rumbo sin riesgo de pérdida; se evitaban las luces y vados, así como el movimiento inicial de tierra y las construcciones de desagües. En cambio, resultaban pendientes y contrapendientes obligadas, y se cruzaban las cordilleras por los puntos más altos, que es de donde se desprenden las estribaciones en sentido opuesto. De aquella manera el problema de las vías quedaba al alcance del vulgo, y quien mire hoy el trazado de caminos como el de Guaduas, el de Isllitas, o el de Cali al Pacífico, no dejará de sorprenderse de lo acertado de esos trazados empíricos, dadas las condiciones existentes en aquella época.

Los Ingenieros que primero entraron a prestar su concurso en los caminos, tuvieron que someterse a la obra estéril de remendar lo hecho; buen ejemplo de cómo la ciencia ha de limitarse a enmendar errores que más valiera abandonar. Pero si esos campeones hubieran negado su dirección entonces, habrían cometido el mismo error en que ahora in-

curren algunos miembros de la clase dirigente, al sustraerse del todo a la función directiva, alegando un mal estado de cosas.

En la última cuarta parte del siglo pasado fué cuando empezó a mostrarse inconformidad con los caminos de herradura heredados de los españoles o hechos por la República. Las tres fuerzas que obran en el problema venían aumentándose: tráfico, exigencias de la opinión y recursos fiscales. Fruto de esta inconformidad fueron, por ejemplo, la carretera de Cambao, las de la Sabana, la de Medellín a Barbosa, &, aunque es muy discutible que esos caminos pudiesen llevar el nombre de carreteras. Más bien podrían llamarse caminos *carreteables*, nombre aplicado por el Señor Pereira Gamba a uno del Sur, de trazado suave, pero sin el afirmado que corresponde a una verdadera calzada; nombre cuyo empleo se generalizó más tarde, al aplicarlo al que transmonta La Quiebra. Para que un camino merezca el nombre de carretera o calzada no basta que tenga una gradiente adecuada al rodaje; lo más característico de ella es el afirmado, que ha de ser resistente a la erosión de las lluvias, incompresible, aunque elástico, y de un material que no haga pasta con las aguas; y el piso, antes que presentar obstáculos al rodaje, ha de ser liso y economizar el desgaste de las llantas. Cuando el firme no responde a las características exigibles, el camino se hace con menos costo inicial, sometiéndolo en cambio a cada vehículo a desgastes y daños que elevan el costo de su explotación y disminuyen su vida. Cuando el

tráfico es muy intenso, es claro que todos estos costos individuales sumados compensan ampliamente a la colectividad del empleo de un buen capital que se invierta en obtener un afirmado perfecto; es decir, será más económico para la sociedad tener afirmados perfectos, como los de Inglaterra. El tráfico escaso no merece la inversión de grandes capitales, como los que se gastan en las calzadas de primera y segunda clase en este país, y menos aún si el camino se ha de destinar al tráfico mixto de ruedas y de cascos de mula. Ni la mula de carga requiere un afirmado especial, ni es posible evitarle a un buen firme la degradación constante de los cascos herrados.

Esta parece ser la explicación de por qué en Colombia haya sido tan ineficaz el esfuerzo por construir y sostener verdaderas carreteras; la de Cambao quedó prácticamente abandonada, aún antes que el Ferrocarril de Girardot viniera a satisfacer en gran parte la necesidad que dió ser a ese camino. Indudablemente el frecuente tráfico de mulas por éste degradaba el piso y tendía a excluir las ruedas. Es natural que en la lucha entre el tráfico de ruedas y el de mulas de carga acabe por triunfar éste, por el solo hecho de que el tránsito de la mula daña el camino para las ruedas. Eso hace el sostenimiento demasiado caro, sobre todo si es escaso el tráfico. Si aún hoy, por arte de encantamiento, se transformaran todos nuestros caminos de herradura y carreteables en carreteras de las que clasifican en la Gran Bretaña como de segundo orden, el País sería

incapaz de sostenerlas en condiciones adecuadas a la explotación fácil y barata del automóvil, por dos razones: primera, porque sería imposible evitar la degradación a que está sometido todo camino de herraduras; y segundo, por el enorme costo del sostenimiento, en relación con el poco tráfico.

Sin embargo, todo va cambiando; la tremenda habilidad del arriero para sortear malos caminos va siendo reemplazada por la que requiere el manejo del motor. El tráfico de los caminos ha aumentado considerablemente, y seguirá en aumento al compás de la construcción de vías férreas. Los recursos fiscales se incrementan en consonancia. El público, que es a la vez demanda del camino y contribuyente del Estado, es cada día más exigente, y reclama *facilidades* de traslado y de transportes, es decir, comodidad y oportunidad en las movilizaciones. Finalmente, todas estas fuerzas que intervienen en el problema de las vías de comunicación han crecido hasta salirse del alcance del vulgo, a la vez que el País ha creado toda una legión de técnicos capaces de confrontar dichas fuerzas; hoy los trazados se hacen con pendientes gobernadas y hasta compensadas, los vados no importan, las luces se multiplican, se sigue en el trazado la medialadera de la montaña, y las cordilleras se cruzan por los puntos más bajos, que son aquellos en que nacen dos corrientes de agua en dirección opuesta.

Es preciso insistir en mostrar todo el progreso que implica el sacar ciertas obras del alcance del vulgo, que siempre trata de poner las cosas a su al-

cance, refrenando el progreso. Precisamente esto es lo que no deja dar un impulso sólido a la Agricultura nacional. Ejemplo bien claro es también cierta disposición del Código de Minas de 1.868, aún existente, que autoriza a medir las pertenencias mineras a *cabuya pisada*. El día que se disponga medir esas pertenencias por sus proyecciones horizontales, se sustraerá esa operación de Agrimensura del dominio del vulgo.

Bajo los favorables auspicios revistados antes, Colombia se dispone a recobrar el tiempo perdido en la tarea de completar su equipo nacional, de que son parte muy principal las vías de comunicación. El camino de herradura ya no se construirá más, y la atención pública se fija en la construcción de carreteras, como complemento de las vías férreas y funiculares, y aún como subsidiarias de éstas. Por eso es de la mayor importancia aclarar ideas, y establecer doctrinas y principios, valiéndose para ello, hasta donde sea posible, de los datos y lecciones de la experiencia del País mismo, sin incurrir en imitaciones desastrosas, pues ya está visto que hasta los procedimientos mismos requieren una adaptación adecuada.

*
**

Lo que va corrido del siglo XX ha sido una época de profundas transformaciones en los transportes, especialmente de los terrestres sin rieles. El motor de explosión, la llanta neumática, la alta calidad de los productos de la industria siderúrgica, y las explotaciones petrolíferas, que no

solamente dan el combustible adecuado, sino el material que hace elástico y liso el afirmado de las vías, han dado lugar a toda una serie de industrias nuevas que concurren a crear el transporte económico por medio del automotor, tanto para la carga como para los pasajeros, y no solamente en concurrencia con el transporte férreo, sino aún en competencia con éste. El automotor que funciona en estas carreteras de requisitos inmejorables ha creado, en resumen, un nuevo tráfico, que es el de placer; ayuda a la vía férrea recogiendo y distribuyendo carga y pasajeros, y aún ha llegado a hacerle tal competencia en algunos países y lugares, que sería del caso discriminar si Colombia ha de tener en cuenta esto último, en relación con sus planes de vías de comunicación. Es natural preguntarse hasta dónde los nuevos procedimientos y principios modifican planes anteriores.

Sin duda el país en que se ve más claramente la competencia entre el automotor y el ferrocarril es la Gran Bretaña; mas afortunadamente la disimilitud de condiciones es tan visible, como es de intensa la lucha entre uno y otro medio de transporte. Esta isla tiene de norte a sur su mayor longitud, que es los ocho décimos de la distancia entre Cartagena e Ipiales, y como su área es apenas la mitad de la de los catorce Departamentos colombianos (exceptuados los territorios de Intendencias y Comisarías), se comprende bien la facilidad de los transportes en ella; bastaría observar que de la línea media longitudinal hacia los lados media una insignificante distancia al mar, de ma-

nera que cada lugar del interior está cercano a un puerto de mar, y que las montañas son insignificantes. Los numerosos ferrocarriles necesitan el complemento de los caminos para recoger la carga y distribuirla, lo que hace más temible la competencia del carromotor, que a la vez que desempeña esta función, hace el transporte en pequeñas distancias más económico que la vía férrea. A esto se agrega que los ferrocarriles en este país tienen que pagar a los municipios altos impuestos, como toda propiedad territorial, mientras que el automóvil no paga sino una libra anual por cada caballo de fuerza.

Sin contar las treinta y dos mil millas de ferrocarril, la grande isla tiene hoy 178.361 millas de caminos de primera y segunda clase, fuera de los meramente vecinales. En todos ellos gastan las autoridades locales sumas que en el año fiscal de 1923 a 24 alcanzaron a 41.393.100 libras esterlinas. Sin contar los caminos vecinales, la isla posee carreteras a razón de dos millas por cada milla cuadrada.

Los Estados Unidos cuentan en el área de 3.600.000 millas cuadradas que constituyen esa Nación, 2.900.000 millas de carreteras, de las cuales el 10 % son bien cementadas; todo ello a más de las 270.000 millas de vías férreas. Es esa la tierra del transporte a larga distancia, en que nadie pensaría en la posibilidad de construir una carretera en lugar de un ferrocarril, pero por lo mismo la carretera es un accesorio necesario de éste; aún ha ocurrido que muchos ramales férreos,

destinados a alimentar los ferrocarriles, han sido reemplazados ventajosamente por carreteras, cuando el tráfico era escaso.

De Francia puede decirse que tuvo un buen sistema de carreteras antes que un buen sistema de vías férreas. Se ve mucho allí el tipo de carretera de afirmado de macadam, con ancho apenas suficiente para el encuentro de dos vehículos, y que parece más adecuado a las condiciones de Colombia.

Desde luego se comprende que ni Colombia está en aptitud de construir lo que aquí entienden por carreteras de primera y de segunda clase, ni el escaso tráfico de sus vías lo exige, ni lo permite aún el carácter mixto del tráfico. Respecto a esto último, es claro que en habiendo buenos caminos de ruedas tenderá a desaparecer la tracción animal, y más aún el carguío a lomo de mulas, lo que permitirá dedicar mayor cuidado y más grandes recursos al afirmado. En la Gran Bretaña había 669.530 vehículos automotores en 1922, y 175.971 de tracción animal; mientras que en 1.926 se expidieron licencias por 1.204.061 vehículos automotores y por 96.784 tirados por bestias. En cuanto al afirmado con todos los requisitos técnicos, es claro que nos resultará demasiado costoso, fuera de innecesario, por ahora, y habremos de contentarnos en Colombia con un macadam mejor y más sólido del que ha venido acostumbrándose, aunque sea sometiendo a cada vehículo en circulación a una cuenta grande de reparaciones.

En esta materia de carreteras de tercera clase tiene Colombia un programa inmenso para el futuro, y cuya ejecución, al menos parcial, se hará más imperativa con la construcción de vías férreas. Lo importante es abocar el problema con principios y conclusiones netamente colombianos, sin adoptar indiscriminadamente las conclusiones y principios de países de condiciones o de equipo completamente distintos de los nuestros. Sería muy aventurado, por ejemplo, aplicar en nuestro país principios deducidos de la competencia entre vías férreas y carreteras de primer orden.

Muchos y muy notables han sido, en realidad, los adelantos en los últimos veinte años, en materia de transportes terrestres no férreos, tanto en cuanto a la vía como en los vehículos; pero no sería aventurado asegurar que un plan de vías férreas, que se hubiera adoptado en Colombia al principiar este siglo, no habría sido modificado de modo apreciable por tales adelantos, sino que estos permitirían complementar ese plan y alimentar mejor los ferrocarriles proyectados.

FERROCARRILES

Los diversos factores que hay que tener en cuenta al idear un plan de vías férreas son estáticos o dinámicos. Entre los primeros se destaca el de la fisonomía o relieve del territorio, y viene después la situación del País respecto a las otras nacionalidades. El relieve, tal como lo muestran los mapas hidrográfico y orográfico, condiciona

el problema especialmente desde el punto de vista técnico, y dicta las características del trazado; mas es indudable que los rasgos principales del plan los dan los factores dinámicos, o sea la población en función de acción en el territorio.

Ante todo hay que tener en cuenta la actual distribución de la población y el probable acomodo del crecimiento de ella. Gran parte de los problemas colombianos lo son por la escasa densidad de la población. No hay que olvidar, en efecto, que de los 1.283.400 kilómetros cuadrados que abarca la patria heredad, 807.000, o sean casi dos terceras partes del área, corresponden a los territorios de Intendencias y Comisarías, y de una densidad de población tan débil, que obligadamente hay que prescindir por ahora de esos territorios para el efecto considerado. Los 476.000 kilómetros restantes son el área de los catorce Departamentos, y en ellos está la población tan desigualmente repartida, que apenas podría considerarse la mitad de esa área—o sea una igual a la de la Isla Británica—como medianamente poblada; el resto está casi inhabitado, o es inhabitable por mucho tiempo. De San Faustino a Turbó hay una diferencia de longitud de cuatro grados, y de Puerto Colombia a Ipiales la diferencia de latitud es de diez grados. Dentro de ese rectángulo, que mide aproximadamente 400.000 kilómetros cuadrados, están desigualmente regados unos 6 millones de habitantes; si la densidad fuese uniforme, sería de 15 habitantes por kilómetro cuadrado. El problema de las vías de transporte se simplificaría si se tratase de una

densidad de población como la de Bélgica, que es de poco menos de 300 habitantes por kilómetro, y más o menos igual a la del Municipio de Medellín. No se olvide, al respecto, la deficiencia del territorio colombiano y que se llamó en los ensayos anteriores «el cuello del cisne»: una faja como de 600 kilómetros de longitud, y de latitud variable, a lado y lado del río Magdalena, que puede estimarse de una área de 24.000 kilómetros cuadrados, o sea el 6 % del área de los Departamentos, y que está inhabitada, si acaso no es inhabitable.

Los factores dinámicos que hay que considerar de preferencia son: las demandas de la población, la fuerza centrípeta hacia el centro de gravedad, y las centrífugas ocasionadas por la influencia de otras nacionalidades.

La demanda consiste principalmente en géneros nacionales, en gran parte alimenticios, y extranjeros, que se obtienen en cambio de los productos del suelo, demandas que se concretan en mercados, nacionales y extranjeros. Las regiones de distinto clima tienden a comunicarse para cambiar frutos, planteando el problema técnico de las pendientes.

Las fuerzas centrífugas se manifiestan en las fronteras, o sobre las costas de dos mares.

*
**

Quien estudie el mapa de Colombia con ánimo de idear un plan racional de vías férreas, lo primero que observará son los dos ríos que, aunque aca-

ban por juntarse al norte, corren más o menos paralelamente en la mayor parte de su longitud, por el fondo de dos valles que están separados entre sí por una alta cordillera; del otro lado de cada río se alzan también dos altos macisos andinos, de manera que la sección transversal del territorio medianamente poblado afecta la forma de una W. La pobreza del equipo nacional ha obligado a considerar navegables esos dos ríos, aunque las condiciones de navegabilidad de uno y otro son muy discutibles, sobre todo en un trayecto más o menos largo, y que varía según el punto de vista que se adopte. Considerando hoy únicamente el flete del transporte fluvial, resulta barato en comparación con el férreo; si se tiene en cuenta que la capacidad transportadora de los ferrocarriles es uniforme, mientras que la fluvial varía, desde responder a las exigencias del País hasta anularse por temporadas, y que en todo tiempo la demora, falta de oportunidad y averías en el transporte fluvial causan lucros cesantes y daños emergentes, que debieran cargarse como aumento del flete, la economía resultaría muy discutible, y al aumentar mucho el tráfico sería redondamente negativa. Ello depende, pues, de la magnitud del tráfico, y es claro que, como vía exclusiva, la arteria fluvial se empequeñece cada día, con el progreso del País, y por lo mismo tiende a quedar relegada al segundo término, como lo está hoy la navegación a vela en los mares. Hoy mismo se ve que la navegación del Magdalena, de Neiva a La Dorada, así como la del Alto Cauca, están por debajo de las

necesidades del País, sin que ello signifique que hayan de desecharse como recursos eventuales.

El río Cauca confluye al Magdalena por las Bocas de Guamal y de Tacaloa, mas para los efectos de este estudio bien podría considerarse que sigue directamente al norte, hasta el Canal del Dique, sin consecuencias sensibles. Partiendo de este supuesto, puede afirmarse que los dos ríos, el Magdalena desde sus cabeceras hasta Nare, y el Cauca desde su nacimiento hasta Cartagena, se prestan admirablemente para localizar dos grandes vías troncales, de pendiente muy suave, y que unirían longitudinalmente inmensos territorios, en gran parte poblados o habitables en condiciones favorables para la vida. De Nare hacia abajo la prolongación del sistema férreo estaría condicionada por la conquista del «Cuello del cisne» por la población, cuando ésta pueda vivir allí de manera segura y decente, a la vez que por las exigencias del País en materia de transportes. El sistema del Cauca en toda su extensión, de Popayán a Cartagena, ofrece toda clase de condiciones favorables para el desarrollo de una enorme masa de población: gran productibilidad del suelo, equilibrio estable para la vida, cercanía a los mares. Las diversas partes de ese valle, casi aisladas hoy unas de otras, quedarán unidas por esa vía troncal como las cuentas de un collar.

Otro tanto podría decirse del sistema del Alto Magdalena hasta donde las tierras cenagosas rompen el equilibrio de la vida. Está más retirada del mar esa zona, pero en cambio ocupa la po-

sición más privilegiada de Colombia en cuanto a mercados; el suelo es rico, el clima es propicio para el desarrollo de la vida, y el día que la población pueda desbordar, en condiciones ventajosas, hacia el Caquetá, las posibilidades de esa región serán inmensas.

*
* *

El estudio del mapa colombiano, en combinación con el censo de la población, revela, en segundo lugar, la existencia de un centro que, sin ser propiamente económico, adquiere en las mentes un valor imponderable y una importancia preponderante, como que es el centro de la fuerza de gravedad que da unidad a todo el sistema y hace de él una verdadera nacionalidad. El sistema ferroviario del País debe proveer de medios y facilidades para que la Capital desempeñe esta noble función. Bogotá no debe su existencia ni su preponderancia a la casualidad; es como el centro de una región de clima admirable, el más favorable al traslado de una cultura europea, y de una fertilidad que ha permitido el desarrollo de uno de los núcleos de población más densos e interesantes del País. Si de Monquirá a Santa Rosa de Viterbo se traza una línea como base de un triángulo escaleno que tuviera por vértice a Soacha, se abarcaría así una región como de cinco mil kilómetros cuadrados (con ciento de base), cuya población podría calcularse en 800.000 habitantes, o sea un promedio de 160 habitantes por kilómetro, toda ella de suelo muy rico y de temperatura ideal; y

ensanchando un poco el área podría decirse que vive en esa región la séptima parte de la población colombiana.

El punto débil de la Capital es su lejanía del mar-aún más que la de Méjico-fuera de que semejante clima tan cerca a la línea ecuatorial no se tiene sino a grandes alturas, que dificultan los transportes. Por consiguiente, la primera necesidad en materia de vías de transporte es corregir esas deficiencias de modo artificial, acortando las distancias a ambos mares. Si desde el punto de vista económico o comercial esta deficiencia crece proporcionalmente a la distancia, o a los tiempos empleados en recorrerla, desde el punto de vista de la constitución, conservación y prosperidad de la nacionalidad, la fuerza centrípeta de la Capital disminuye con el cuadrado de la distancia, dejando los puntos débiles, que son las fronteras y las costas, a merced de las influencias exteriores.

Hasta 1.920, la distancia comercial de Bogotá a Buenaventura y Cartagena era de unos diez días, con una capacidad transportadora tan pequeña, que cualquier emergencia exterior nos habría puesto en grandes dificultades para cubrir desde Bogotá esas costas la frontera venezolana; y respecto a la del sur el tiempo era triple y la capacidad transportadora inferior aún.

Todo ello hace ver la necesidad de incluir en el plan ferroviario otro sistema que ponga a la Capital en capacidad de llenar su misión peculiar, sea independientemente de toda consideración comercial o, mejor aún, combinando ventajas comer-

ciales. Por eso las vías férreas que corrijan esa deficiencia son las más nacionales de todas, y ha de concedérseles la prelación. Dos vías férreas que únan a Bogotá con el bajo Magdalena, la una, y con el Pacífico la otra, responden a las necesidades estratégicas y comerciales a la vez. Ambas acortan el tiempo entre la Capital y las costas, son vías indicadas para el comercio internacional, y darán un gran volumen de tráfico local. La del Norte es de un trazado más accidentado que las dos troncales que van por valles, pues tiene que ir atravesando varias mesetas altas, separadas por divorcios de aguas que presentan, sin embargo, puntos estratégicos para pasar de uno a otro; y comunica las tierras frías de la Altiplanicie con las templadas y calientes del norte. La de Bogotá a Buenaventura es transversal y muy accidentada, con más problemas de gradientes que la anterior, y por lo mismo une varias zonas de diversos climas alternativamente.

Es de notarse que, estando la costa atlántica más sometida a las influencias exteriores, todo el trabajo de construcciones férreas realizado últimamente ha acercado a la Capital la costa del Pacífico, sin que la atlántica haya recibido hasta ahora el menor beneficio.

Otra costa marítima y otra frontera, en el Golfo de Urabá, y otra fuerza interior, como lo es Antioquia, merecen consideración especial, no solamente desde el punto de vista de la seguridad y prosperidad de la nacionalidad, sino comercialmente hablando. Una transversal que cruzara los siste-

mas descritos anteriormente en Bolombolo y Moniquirá, llenaría bastante bien todos estos requisitos, y daría medios de activar el intercambio de productos entre dos regiones cuyas actividades se complementan.

Del cruzamiento de las líneas que irán de sur a norte con las transversales ideadas resultan puntos de un interés especial, y destinados a tener una gran importancia en lo futuro. Flandes, Zarzal, Bolombolo y Moniquirá pueden llegar a ser grandes ciudades, las tres primeras de clima cálido. Esas ciudades quedarán situadas en los vértices de un gran polígono de líneas férreas de grandiosas proyecciones, que tendrá el efecto de comunicar en un tiempo de horas regiones que hoy están a distancia de días, y así, tanto las movilizaciones militares como las comerciales, quedarán modificadas como es de desearse.

No está por demás hacer notar que las líneas comprendidas dentro del plan anterior permiten la más económica y equitativa distribución de un artículo de primera necesidad, cuya producción se ha reservado el Estado, que es la sal.

*
* *

La función principal y más noble de esas líneas es la de estrechar los lazos de unión y de simpatía entre los poblados periféricos y los interiores: es decir, permitirán al centro ejercer más eficazmente su fuerza de atracción sobre las regiones periféricas o costaneras, aminorando a la vez las atracciones y repulsiones a que las dejó sometidas por

tanto tiempo la carencia de comunicaciones con el interior. Quedan, sin embargo, retazos de territorio cuyos problemas de comunicaciones conviene relacionar con el plan general, o proveer especialmente, teniendo en mira los mismos objetivos del plan general.

Riohacha resulta Puerto Olvidado en ese plan. Las inmensas reservas de tierras feraces que moran al interior de ese puerto, y la facilidad para comunicarla con él, merecen atención especial del estadista colombiano.

La Nación debe hacer todo esfuerzo por alcanzar objetivos e ideales fincados en el proyecto completo del Ferrocarril de Santa Marta, uniendo efectivamente ese puerto con el bajo Magdalena y aumentando así la fuerza de atracción nacional. Ello completaría, además, el plan antiguo de ligar nuestros puertos principales del Atlántico, Puerto Colombia, Santa Marta y Cartagena, con la arteria fluvial principal.

Parece indicado que la fuerza de atracción sobre el Golfo de Urabá y la frontera que le queda cerca se ejerza al través del territorio y del pueblo antioqueños; tanto en este concepto, como en el de abrir un gran sector en que la civilización colombiana no ha penetrado lo suficiente, la llamada Carretera al Mar tendría un carácter nacional.

Ahora hay que considerar el problema de las fronteras terrestres. Colombia es un país esencialmente pacífico, sin la menor ambición sobre los territorios vecinos, y ha sabido plantear desde un

principio su diplomacia en armonía con su aspiración de no exigir de los países limítrofes sino respeto y fraternal amistad; es una agua mansa, de las que dan la impresión de fáciles para el incauto, y de peligrosas para quien tenga desarrollado el sentido de las responsabilidades. Ha vivido ajena a todo temor externo, realizando el ideal de ser el país capaz de sostenerse con un mínimo de aparato militar, sea con respecto a su población o a la extensión de su territorio, siendo en ambos conceptos la tercera nación de Suramérica. Huelga añadir que nunca ha pensado en practicar la hipócrita divisa del renglón latino que comienza «*Si vis pacem...*»

Quiere ello decir que en un plan general de vías férreas no hay que considerar sino la conveniencia de acortar razonablemente la distancia a las fronteras terrestres, más con el objeto de estrechar los vínculos nacionales que de preparar movilizaciones. El plan anterior realiza ese objetivo en grado suficiente y para mucho tiempo.

Quedarían por considerar los problemas comerciales con nuestros vecinos, y desde ese punto de vista sí se hallarían algunas deficiencias que conviene corregir.

Con el Ecuador sostenemos algún comercio, que hoy parece hacerse de modo desfavorable a Colombia, por la incomunicación en que se halla la región del sur, respecto al interior, así como con respecto al mar; desventaja agravada últimamente por la depreciación de la moneda ecuatoriana. Sería muy de desearse que esta ventaja temporal de

nuestro vecino se tolerase sin adoptar medidas de emergencia que viniesen a menoscabar el intercambio comercial, que es y será siempre ventajoso para ambos países, y cuyo equilibrio se restablecerá bien pronto, cuando el vecino sane su moneda y Colombia adelante suficientemente las dos vías férreas que marchan convergentes hacia Pasto, y muy especialmente la del Ferrocarril de Nariño, que puede considerarse tan nacional como cualquiera de las líneas mencionadas antes, y por las mismas razones.

Con Venezuela existe un problema de tránsito que ha de arreglar con calma la diplomacia, apoyada con medidas de orden económico. No es preciso dar carácter de urgencia, ni ha de responder a sentimientos de pánico, la construcción de un ferrocarril que en lo futuro permita recorrer en horas la distancia entre la Capital y Cúcuta, con buena capacidad transportadora, o de Cúcuta al puerto de Gamarra. Cuando un pueblo ha dispuesto sus acciones todas de modo convergente a sus objetivos, bien puede darse el lujo de esperar con calma el desarrollo de los acontecimientos y de economizarse afanes. Llegará un día en que las tarifas del tránsito sean exclusivamente reguladas por los incentivos que podamos ofrecer por el territorio nacional, en las diversas vías que están en curso de construcción, aunque sea con algún sacrificio de nuestras propias tarifas.

*
**

Carecerían de la debida unidad estos ensayos si al idear un plan de ferrocarriles se omitiese la

especial consideración de renglón tan importante como el del ganado vacuno, cuya producción, ya se ha visto, afecta los problemas agrarios y agrícolas. Se ha calculado en ocho millones de cabezas el censo del ganado vacuno de Colombia, y pueden estimarse en ochocientas mil, o quizás en un millón, las reses que se sacrifican anualmente para el consumo de la población. Ya se ha hecho notar antes la a modo de tendencia que se nota en el País, a ocuparse de preferencia en la fácil industria del pastoreo, cuando la actual actividad del País parece indicar que la divisa debiera ser esta: *«Más arado y menos pastoreo»*.

Al estudiar o confrontar la verdad de esta doctrina hay que tener en cuenta que la tierra colombiana, que resulta más fecunda y capaz mientras mejor se estudia, posee enormes criaderos naturales de ganado vacuno en Casanare, Arauca y San Martín, de un lado, y en Bolívar, del otro; a los cuales podría añadirse el de Patía, al sur. Siguiendo líneas de menor resistencia y en armonía con la ley de la división del trabajo, a Colombia le convendría reservar la cría y levante de ganados de modo preferente a esas regiones, y dedicar el resto del territorio interior, ya conquistado, dominado y equipado, para engordes y para la cría que es inherente a la industria de la lechería intensiva y a la producción de sementales; esto sin contar con que el ganado porcino y el vacuno son medios los más adecuados para quebrantar la selva y preparar la ocupación definitiva de esas tierras por la población.

De ser posible y conveniente ese plan, el ferrocarril troncal de Occidente podría servir para la distribución del ganado de Bolívar y del Patía en todo el Occidente colombiano, con lo cual se evitaría el gran desperdicio de carnes y de tiempo que hoy ocurre en la distribución de ese elemento.

Dentro de la misma hipótesis de la concentración de la producción de ganados en lugares excepcional y naturalmente dotados para esa labor, surgiría el problema de dar salida a los ganados de la llanura oriental, para distribuirlos en el Oriente colombiano sin el desperdicio actual, por medio de una vía férrea que, aprovechando algún punto estratégico de la cordillera oriental, permitiera el descenso a la «pata del Llano» en las mejores condiciones. Ello permitiría, además, establecer una mayor compenetración del espíritu colombiano en los habitantes de poblaciones hoy tan sometidas a las atracciones y repulsiones alternativas del pueblo vecino, que a los visitantes y viajeros procedentes del interior se les denomina aún con el apelativo de «reinosos».

Forzando un poco las cosas en pos de establecer unidad en el plan, bien pudiera concebirse la transversal del Norte como una cuerda que se extendiese de Turbo a Cabuyaro. Esta extensión, aunque parezca a primera vista fantástica, vendrá a su debido tiempo a ponerse en igualdad de prelación con otras, pues no ha de tardar el día en que los Territorios reclamen su derecho a participar en el equipo nacional. Entonces también reclamarían atención la prolongación del sistema del Alto

Magdalena hacia el Caquetá, y la del sistema del Occidente hacia Mocoa, posibilidades que se anotan con el objeto de mostrar que el sistema delineado atrás es lo suficientemente comprensivo para incluir extensiones futuras, pero cuya consideración actual dispersa atención, que debemos concentrar al interior.

*
**

El plan de ferrocarriles así bosquejado parece ser racional, puesto que se han tomado en cuenta todos los factores que intervienen en casos tales, y se ha tratado de hacer una justa ponderación de tales fuerzas; es un plan ideológico, que responde a la unidad fundamental de nuestras necesidades, sin consideración indebida de influencias locales, y tiene, además, la ventaja de no llevar nombre propio, sino que es producto del pensamiento colectivo, pues ya el lector habrá notado que el raciocinio no ha hecho otra cosa que justificar o dar base científica al programa con que los diversos gobiernos han venido bregando por dotar al País del equipo férreo más indispensable. Afortunadamente el plan es obra del pensamiento colectivo, que raras veces se equivoca, cuando es pensamiento y es colectivo verdaderamente; es el mismo caso del café, de la exclusión de la propiedad privada en la producción de servicios públicos, y de otros raros aciertos de que no se dan bien cuenta quienes siembran de modo inconsciente el desaliento y el desconcierto, al proclamar que se tra-

baja sin plan, sin unidad y dispersando el dinero. Naturalmente, alrededor de cualquier plan de obras se puede establecer discusión de carácter más o menos académico, en que se ponderen de diversos modos las fuerzas, o se calculen de manera diferente las prelaciones que han de tener unas construcciones respecto a otras; lo esencial es establecer que el estudio de la cuestión revela que existe un plan, que no se anda a ciegas y que el esfuerzo nacional no ha sido vano en el pasado y menos aún lo será en el futuro. Como la opinión pública se ha dado plena cuenta ahora de los errores del pasado, que tan difícil y costosamente se vienen subsanando, juzga todo con la nerviosidad de quien ha sido engañado otras veces, y ve en todo un nuevo engaño, un nuevo signo de la incapacidad o incompetencia del pasado.

Si el plan de ferrocarriles es lógico, sin ser indiscutible, el programa de acción ha de ser igualmente lógico y está más expuesto a ser discutido, puesto que las influencias locales tienden a establecer diversos derechos de prelación.

Lo primero que advertirá quien aboque estas cuestiones desde un punto de vista constructivo es que para llevar a cabo tan vasto plan de vías férreas habría que adoptar un programa de construcción en que se tuviesen en cuenta dos necesidades fundamentales: la una es la de construir primero aquellos trayectos destinados a satisfacer las más urgentes necesidades, es decir, de tráfico más concentrado; la otra es que la construcción de vías férreas está subordinada a los recursos del

País. Como aquello es obvio, conviene tratar esto a más espacio.

Los recursos necesarios para esas construcciones no consisten únicamente en dinero. Mientras el País estuvo careciendo de este elemento, se hizo la ilusión de que con dinero en mano las construcciones adelantarían a gran velocidad; error funesto y grave, que quien esto escribe hizo todo esfuerzo por disipar oportunamente, aunque en balde. Todavía hoy se proclama por algunos la conveniencia de no dispersar recursos, y de concentrar el esfuerzo a una «obra única», doctrina hija del error apuntado. Habría sido más científico resolver previamente este problema: ¿Cuál es la velocidad de avance en la construcción de una vía férrea, supuesto que se cuente con el dinero necesario, y se trate de trabajar en condiciones ventajosas, es decir, sin despilfarros? En forma de teorema el autor de estas líneas había afirmado que el País no estaba capacitado para avanzar más de unos cincuenta kilómetros anuales en cada uno de los frentes de trabajo, de lo cual se desprende claramente que un programa racional de construcciones férreas tendrá que establecer varios frentes, si se quiere avanzar lo más rápida y económicamente posible. La razón es muy clara: aunque se cuente con dinero en abundancia, los demás recursos del País son muy limitados.

Estos recursos pueden agruparse en dos clases, a saber: elementos y personal. Los elementos son materiales nacionales y extranjeros, que hay que diseñar, pedir, contratar y movilizar de manera

que todo llegue a tiempo, en la calidad y cantidad requerida, como si fuera llovido del cielo, o previsto y provisto por un cerebro poderoso y omnipotente, de manera que nada falte en el frente de trabajo; de lo contrario, todo el trabajo quedaría dislocado, la construcción se efectuaría en condiciones antieconómicas, y el avance se retardaría. Aún suponiendo que la alta función de contratar esos materiales se desempeñase de modo perfecto, habría que tener en cuenta la dificultad de las movilizaciones, en un país en que los productos tienen tan poca movilidad, que precisamente el problema fundamental son las construcciones férreas que han de dar extrema movilidad a las cosas. Para un programa de construcciones férreas es imposible partir del supuesto de que ya existen medios fáciles de transporte, es decir, medios de transportar oportunamente la inmensa cantidad de materiales necesarios para esas construcciones. La adopción de diversos frentes de trabajo permitirá aprovechar todo recurso local, sin recargar más allá de lo debido los medios existentes. El sistema de transportes del País no estaba adaptado (o preparado) para una gran actividad en las construcciones férreas, aún habiendo repartido los frentes del trabajo en todo el País; y ya podrá el lector imaginar lo que habría sucedido si, en lugar de varias obras, abastecidas por los varios sistemas de transportes, se hubiese adoptado la «obra única». El verano en esto, como en lo del costo de la vida, cargó con toda la ojeriza del público, mas luego vino la congestión del puerto de Buena-

ventura a traernos a la realidad; afortunadamente, las diversas construcciones estaban *dispersadas*, de manera de aprovechar todo recurso local; y aunque la vía fluvial ha ocasionado ya serias demoras, se adelanta en otros frentes de trabajo a la vez, que son abastecidos de materiales extranjeros directamente por Tumaco, Buenaventura y Cartagena.

Al considerar los recursos de personal disponible para determinar un programa de acción, conviene tener en cuenta que los trabajos de construcción de vías férreas no se llevan al cabo con «brazos» únicamente; son menester multitud de personas expertas, tanto del orden técnico como del administrativo. Sin contar los Ingenieros y Médicos, infortunados profesionales a quienes se moviliza de un extremo a otro del territorio, como mosqueteros que han de batirse donde quiera que se siente fragor de lucha, considérese la gran cantidad de empleados del orden administrativo, y el sinnúmero de trabajadores expertos, no menos necesarios cada cual en su especialidad: albañiles, herreros, cerrajeros, carpinteros, armadores, sobrestantes, inspectores, enrielladores, agentes, etc, que hay que emplear y coordinar para llegar a enriellar siquiera uno o dos kilómetros de vía férrea por semana; personal que no puede improvisarse y que, por representar un tipo superior al peón de barra y pala, se halla radicado en el suelo que le conviene y no está muy dispuesto a moverse de un extremo a otro del territorio.

Lo ideal sería que cada Distrito tuviese trabajo suficiente para sus habitantes, a fin de que cada jefe o miembro de familia pudiese cumplir su misión productiva, y atender a la subsistencia de las «bocas improductivas», sin emigrar en busca de trabajo a lugares lejanos, en donde le harán falta el contrapeso y la influencia de la familia, y el freno que viene a ser el respeto debido a ella; quedando, además, expuesto a derrochar su salario en golosinas, amores de baratillo y aguardiente. Mas si ello no fuere posible, y el País está condenado a seguir sufriendo las consecuencias de esas movilizaciones y aglomeraciones obreras, al menos debía concebirse el programa de acción de manera de aprovechar en cada Departamento el trabajo experto y, hasta donde fuere posible, el inexperto o mano de obra del mismo, con el establecimiento de numerosos frentes de trabajo en la ejecución del plan nacional.

Ya se había hecho notar atrás la tendencia de las organizaciones agrarias y agrícolas del País a considerar la población como si fuera una masa líquida, lista a moverse en cualquier tiempo y a cualquiera parte en que la presión social la solicite; esta actitud hacia las clases inferiores parece un resabio de nuestras guerras civiles y del modo como en ellas se disponía torpemente de la materia prima abundante y barata que respaldaba las discordias de los dirigentes. Continuar esa actitud aún hoy, y agravarla fundando en ella el programa de construcciones públicas, sería navegar contra la corriente del progreso. Esas migraciones de artesa-

nos y aún de peones de un Departamento a otro, en busca de trabajo, ni convienen al País ni hablan bien de su actual civilización. El espectáculo de los antioqueños y boyacenses que en otro tiempo migraban hacia el Quindío revela el poder de reacción de nuestra raza contra la adversidad de condiciones creadas o toleradas por el medio, pero es índice de malestar social. Al menos esos héroes migraban con mujer e hijos, mientras que los ganados humanos que hoy enganchan la Nación y los Departamentos se marchan dejando a la sociedad de que hacen parte el problema de la subsistencia y educación de los improductivos. Las masas colecticias que antes atrajeron los trabajos mineros de Remedios y Segovia, y las que ahora se acumulan en Barranca Bermeja, Puerto Wilches y otros lugares, ocasionan más males que bienes, y son motivo de zozobra social.

Los éxodos de trabajadores agravan el malestar social en lugar de descargar la tensión. Si ello fuera absolutamente necesario, deberían ligarse previamente las arterias que van a desangrar con esa operación. Basta citar dos aspectos.

En los países bien organizados se les dan facilidades especiales a los miembros de familia, que trabajan lejos de sus hogares, para remitir por correo y con plena seguridad y presteza la porción de salario que corresponde al mantenimiento del hogar. Quienquiera que haya entrado en Europa a una Oficina de Correos habrá observado el sinnúmero de personas que hacen turno en la cobranza de dineros, que regularmente son porciones

del salario de los ausentes. Italia se ha enriquecido con los recortes de salario que mandan a sus casas los emigrantes. En Colombia serían éstos meros detalles vulgares que a nadie interesaría.

Las acumulaciones de obreros, en que todo revela a simple vista que carecen del respeto que el hombre se debe a sí mismo o a su familia, dan lugar a bacanales vergonzosas, que nos desacreditan; pero el aspecto que ahora interesa exponer es el problema de subsistencias que crean esas grandes masas de obreros que consumen víveres sin producirlos ni en mínima parte, en un país en que hay tantos problemas de transportes. Tres mil obreros acumulados en un frente de trabajo crean una demanda de orden especial, pues no solamente consumen más, sino que el consumo en masa crea la necesidad del abastecedor, el cual *acapara* para abastecer, y especula en grande y sobre seguro. Esos mismos miles de obreros estaban esparcidos antes en un territorio extenso, y probablemente su demanda de víveres era un bien para el productor que los cultiva en cantidades insignificantes. La acumulación produce transtornos tales, que sería menester una organización ideal para que ese solo fenómeno no sea una de las causas más eficientes del alto costo de la vida en Colombia, pues a los abastecedores del personal de esas empresas les basta desviar, o demorar el curso de sus provisiones, para producir el alza que les conviene.

Multitud de personas cuya opinión se oye siempre con respeto han venido aconsejando al Gobierno que restrinja las construcciones férreas a una o

nos y aún de peones de un Departamento a otro, en busca de trabajo, ni convienen al País ni hablan bien de su actual civilización. El espectáculo de los antioqueños y boyacenses que en otro tiempo migraban hacia el Quindío revela el poder de reacción de nuestra raza contra la adversidad de condiciones creadas o toleradas por el medio, pero es índice de malestar social. Al menos esos héroes migraban con mujer e hijos, mientras que los ganados humanos que hoy enganchan la Nación y los Departamentos se marchan dejando a la sociedad de que hacen parte el problema de la subsistencia y educación de los improductivos. Las masas colecticias que antes atrajeron los trabajos mineros de Remedios y Segovia, y las que ahora se acumulan en Barranca Bermeja, Puerto Wilches y otros lugares, ocasionan más males que bienes, y son motivo de zozobra social.

Los éxodos de trabajadores agravan el malestar social en lugar de descargar la tensión. Si ello fuera absolutamente necesario, deberían ligarse previamente las arterias que van a desangrar con esa operación. Basta citar dos aspectos.

En los países bien organizados se les dan facilidades especiales a los miembros de familia, que trabajan lejos de sus hogares, para remitir por correo y con plena seguridad y presteza la porción de salario que corresponde al mantenimiento del hogar. Quienquiera que haya entrado en Europa a una Oficina de Correos habrá observado el sinnúmero de personas que hacen turno en la cobranza de dineros, que regularmente son porciones

del salario de los ausentes. Italia se ha enriquecido con los recortes de salario que mandan a sus casas los emigrantes. En Colombia serían éstos meros detalles vulgares que a nadie interesaría.

Las acumulaciones de obreros, en que todo revela a simple vista que carecen del respeto que el hombre se debe a sí mismo o a su familia, dan lugar a bacanales vergonzosas, que nos desacreditan; pero el aspecto que ahora interesa exponer es el problema de subsistencias que crean esas grandes masas de obreros que consumen víveres sin producirlos ni en mínima parte, en un país en que hay tantos problemas de transportes. Tres mil obreros acumulados en un frente de trabajo crean una demanda de orden especial, pues no solamente consumen más, sino que el consumo en masa crea la necesidad del abastecedor, el cual *acapara* para abastecer, y especula en grande y sobre seguro. Esos mismos miles de obreros estaban esparcidos antes en un territorio extenso, y probablemente su demanda de víveres era un bien para el productor que los cultiva en cantidades insignificantes. La acumulación produce transtornos tales, que sería menester una organización ideal para que ese solo fenómeno no sea una de las causas más eficientes del alto costo de la vida en Colombia, pues a los abastecedores del personal de esas empresas les basta desviar, o demorar el curso de sus provisiones, para producir el alza que les conviene.

Multitud de personas cuya opinión se oye siempre con respeto han venido aconsejando al Gobierno que restrinja las construcciones férreas a una o

dos obras, hasta acabarlas y ponerlas en plena producción, antes de emprender otras. Es una doctrina que se presenta con un aspecto de sencillez que atrae, y con la fuerza de un postulado o verdad que no ha menester demostración. Si las consideraciones expuestas antes no son falsas o exageradas, la sencillez de tal doctrina es la del hachazo para amputar un miembro en el menor tiempo y con el menor trabajo posible, y es indefensible desde todo punto de vista. Parte del supuesto de que los materiales y productos poseen ya la movilidad que se trata de conseguir con la construcción de vías férreas. Supone que el sinnúmero de trabajadores que se necesitan para esas construcciones, expertos e inexpertos, son una población ambulante, nómade, flúida, dispuesta a trasladarse a cualquier parte en pos de trabajo; supuesto que es falso, y que de ser verdadero nos deshonraría. La premisa de que conviene terminar una obra antes de comenzar otra carece de fundamento. Lo que el País busca con la construcción de vías férreas, por este aspecto, es emplear lo más reproductivamente posible el capital y demás recursos disponibles, obteniendo los rendimientos directos del tráfico y los indirectos del desarrollo y ensanche de las industrias. Por regla general, en todas las construcciones que el País viene haciendo por su cuenta desde hace décadas de años se ha logrado esto, que parece ideal al respecto: que cada kilómetro construído éntre en explotación casi inmediata. Observe el lector que esto ha pasado con casi todas las construcciones férreas: el Ferro-

carril del Pacífico, el de Girardot, el de Antioquia, el de Caldas & El único que agrava la situación en lugar de irla resolviendo con cada riel es el Ferrocarril del Norte, caso que se tratará después. El País no tiene hoy una velocidad de construcción mayor de 300 kilómetros anuales, y suponiendo que el programa de ejecución tuviera diez frentes de avance, se añadirían 30 kilómetros anuales a cada una de las líneas férreas; y nadie negaría que esa longitud de rieles va a producir un gran bienestar en cada región y un progreso armónico de todo el País. Ninguna de nuestras proyectadas vías posee hoy un gran tráfico que la justifique plenamente; pero la vía misma se va formando su propio canal, crea todo un sistema de transportes, se va creando entradas y desarrollando regiones. Un ferrocarril no es como una máquina, una acequia o un pozo de petróleo, que sólo sirven una vez terminados; en nuestras condiciones hay ciertas ventajas en dar al tráfico secciones construídas, para que el órgano vaya creando la función o la desarrolle.

Sería, por otra parte, injusto e inconveniente que doce Departamentos hiciesen de fakires mientras se concentrasen los recursos colectivos para construir el chasis económico y vital de los otros dos. Si la armazón fisiológica del niño pudiese recobrar el tiempo perdido en alimentar por turnos a los hermanos de una familia, se realizaría el milagro de aplicar los recursos con efecto retroactivo; pero el tiempo que se va no vuelve, desgraciadamente.

Facilmente se dará cuenta el lector de la imposibilidad de concentrar la construcción de ferrocarriles en una, y aún dos obras. Ya se ha dicho que la rata de construcción no puede hoy estimarse en más de trescientos kilómetros anuales. Para construir esa longitud en uno o dos frentes, sería preciso movilizar la población disponible a ese frente; los transportes actuales no darían el rendimiento que ese aprovisionamiento exige y, en resumen, sería preciso construir antes una carretera de primera clase o un ferrocarril, para abastecer el frente de trabajo con materiales extranjeros y nacionales, además de los víveres necesarios. Considérese que habría que enrielar a la rata de seis kilómetros semanales, cuando nuestras organizaciones apenas si permiten enrielar uno cada semana.

Sea porque tuvo en cuenta todas estas razones, o algunas de ellas, o por una intuición afortunada, la verdad es que el Gobierno adoptó un programa de acción con numerosos frentes de trabajo, y hoy puede decirse que de los mil kilómetros de vía férrea construídos en los últimos cinco años no hay quizás 50 que no estén en activo servicio de explotación. En la línea Troncal de Occidente se han mantenido cinco frentes de trabajo, en Cartagena, Cáceres, Bolombolo, San Francisco y Popayán, fuera del de Tumaco, que pertenece a un ramal de este sistema. En la línea longitudinal del Alto Magdalena se sostiene uno, que va ahora hacia

Neiva. En la línea transversal de Bogotá a Buenaventura se han mantenido dos frentes, el uno que acaba de llegar a Armenia y el otro de

Ibagué hacia el Quindío. En el Ferrocarril de Bogotá al Bajo Magdalena no hay sino dos frentes, uno que adelanta hacia Bucaramanga y otro de Chiquinquirá hacia el Norte. Sería de aconsejarse que se establecieran otros dos frentes, a lado y lado de Bucaramanga, para lo cual podría apelarse al expediente de enrielar con rieles muy livianos, de 15 libras por yarda, para el paso de locomotoras livianas de construcción, mientras llega el enrielado en firme. En la transversal de Tunja a Bolombolo existen dos frentes de trabajo, uno en el Ferrocarril de Carare y otro hacia Bolombolo. La línea que ha de acercar en lo posible las ciudades de Bogotá y Cucuta cuenta con otro frente, y existe otro en el Ferrocarril de Caldas, sin contar ramales de menor importancia. El Gobierno Nacional sostiene hoy, pues, unos diez frentes de trabajo, en los cuales aprovecha los elementos, personal y recursos de todo género de cada región, a la vez que ha puesto en función todas las vías y sistemas de transporte disponibles para proveer los trabajos de material extranjero.

La distribución de los recursos fiscales en los diversos frentes ya es otra cosa, pues en ello intervienen irremediablemente factores locales, influencias políticas y preferencias muy naturales del Gobierno en desarrollo de la política que le sea propia. Lo importante es que se construyan siquiera trescientos kilómetros anuales durante los diez años venideros, porque Colombia necesita indispensablemente tres mil kilómetros más de ferrocarriles; esa rata de avance parecerá modesta, pero es me-

jor quedarse dentro de las realidades y proyectar el futuro con los datos de la experiencia. Sin embargo, conviene agregar cuatro palabras respecto a la prelación de unas vías respecto a otras, procurando adoptar un punto de vista general.

La vía férrea más necesaria y urgente hoy es la que ha de acercar la Capital a la Costa Atlántica. Se dijo atrás que el avance del Ferrocarril del Norte no ha hecho sino agravar el problema de la región interesada, y así es en efecto, porque Boyacá estará *embotellado* hasta que ese Ferrocarril se comuniquen con el de Puerto Wilches. Un habitante de Moniquirá tendrá que recorrer hoy una buena porción de los ferrocarriles nacionales y de la vía fluvial antes de volver a situarse en el Magdalena, al frente del punto de partida. En cinco años de bastante intensidad en las construcciones Bogotá no está una hora más cerca de Cartagena, sino acaso unas horas más, debido a que ahora se trata de utilizar la vía de Ibagué a Ambalema para obviar la navegación del Alto Magdalena. Como sería casi imposible, o por lo menos antieconómico, intensificar demasiado el frente de trabajo que va de Bogotá hacia el Norte, lo más indicado sería establecer otros frentes en Bucaramanga, como se indicó antes, con lo cual se aprovecharía personal de esa ciudad, del que probablemente no iría a trabajar en la línea de Puerto Wilches.

Nadie osaría sostener que fue un error la construcción del Ferrocarril de Girardot, puesto que esa línea está dentro de un plan estrictamente na-

cional; lo discutible es la prelación que se le dió respecto a otras vías que habrían contribuido a *desembotellar* a Cundinamarca y Boyacá a la vez, sin plantear el problema de transportes que se confronta hoy para abastecer la construcción del Ferrocarril del Norte. Es ese un error de prelación que representa una pérdida incalculable para el País, pues ese ferrocarril planteó más problemas de los que resolvió.

El sistema transversal que ha de comunicar a la Capital con la costa del Pacífico es el más avanzado de todos los del plan, pues está construido en sus dos terceras partes. Es el que comunicará más regiones de distintos climas, lo que le da una gran importancia desde el punto de vista de la carga local, aunque la disminuye en cuanto al comercio con el extranjero; servirá al menos para corregir las deficiencias de poder transportador de las vías que se proyectan hacia el Norte o Noroeste, y para fijar a éstas una tarifa máxima, por encima de la cual ocurriría la desviación del tráfico hacia el Pacífico. Tanto en previsión de esto, como porque el mayor tráfico del sistema ocurrirá entre los valles del Magdalena y del Cauca, es de la mayor importancia buscarle una solución adecuada al paso de la Cordillera Central, problema que, hoy por hoy, es el más grave de los problemas técnicos de Colombia, después del de Bocas de Ceniza. Como la Cordillera tiene una altura mínima de unos 3.200 metros, seguramente habrá que eliminar la parte más alta y escarpada de la cresta por medio de un túnel. Determinar la localización,

altura y longitud de obra tan grande, y proyectar las dos líneas que han de unir las bocas con los extremos de las líneas férreas que hoy se adelantan hacia la Cordillera, es cuestión grave y de grandes responsabilidades, y sería muy deseable que los encargados de decidir cuestión de tanta monta obrasen de modo de evitarle al País un remordimiento o motivo de desaliento. Por lo pronto lo único que se ve claro es la conveniencia de unir los dos extremos de vía férrea con una carretera macadamizada, que a la vez que sirva al tráfico actual permita el transporte económico de los materiales para el túnel.

En conclusión:

La actual construcción de ferrocarriles obedece a un plan general que es el más racional, porque atiende bien a las necesidades del País.

Ese plan se lleva al cabo por medio de un programa que comprende diversos frentes de trabajo en que se aprovecha todo recurso local para obtener el más alto rendimiento con las menores perturbaciones posibles. En todos los Departamentos hay actividad constructiva, excepto en el del Magdalena.

En el desarrollo de ese programa conviene prestar más atención al elemento humano. Los recursos pecuniarios, procedentes del Fisco y del crédito, parecen asegurados, como consecuencia de veinte años de régimen severo en el cumplimiento de obligaciones, tras el cual la promesa del Estado es aceptada en cambio de dinero en el Exterior y en el País mismo. Hay que establecer ahora un plan semejante para el mejor aprovechamiento del tra-

bajo experto e inexperto, por medio de una dirección acorde con nuestra sociología.

Entre el elemento humano de las obras públicas se destaca el cuerpo de Ingenieros, que tan bien y fielmente secunda a la Nación en el sentido de corregir las deficiencias del territorio y acreditar al Estado como productor de servicios públicos. Tanto la Escuela de Ingeniería de Bogotá como la de Medellín suministran personal técnico bien orientado en el servicio de la Nación, y por lo mismo esas Escuelas deberían de participar en algún porcentaje del dinero que se dedique a las obras públicas anualmente, a fin de que puedan sostener un alto *standard* de estudios, con Profesores aguerridos y habituados a prestar servicio.

Los errores que se hayan cometido en cada obra no alcanzan a bajar el coeficiente de acierto, en la empresa respectiva o en la actuación de cada Ingeniero, hasta un nivel comparable con el coeficiente de otros hombres de acción en sus respectivas actividades privadas, públicas o profesionales, y, por tanto, deberíamos economizarle a la Nación el desgaste de reputaciones y de la instintiva fe que le inspiran estos y otros de sus fieles servidores, para quienes el lucro particular es incentivo insignificante comparado con la expresión más alta y noble de personalidades que se revelan mejor en el servicio público. De los errores de hoy surge el triunfo de mañana, como los tanteos de la campaña de Venezuela engendraron las batallas decisivas de nuestra libertad.

Marzo, 1927.

INDICE

	Pág.
Comentarios	7
La Cuestión agraria	20
Dineros y deudas	65
La agricultura y el costo de la vida	123
Vías de transportes	275

INDICE

IMP R E N T A
PARIS-AMÉRICA
14, Bd POISSONNIÈRE
PARIS (IX^e)

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

FAES

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100057284

